

Septiembre del 94



"Puzle literario en el que encajan todas las piezas"

"Si piensas que ya lo has leído todo, te sorprenderá"

"Interesante y visual"

SEPTIEMBRE DEL 94

LOLA KABUKI

ISBN-13: 978-1726248785

 totakabuki.com ISBN-10: 172624878X

©Lola Kabuki 2019

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Del Código Penal).

CAPÍTULO 1: LA FAMILIA BAKER

VIERNES. BUS

SÁBADO. HUÍDA, RESCATE Y OPERACIÓN GASOLINERA

DOMINGO. LA SILLA TURCA Y EL FORD MUSTANG DEL 68
ROJO

VIERNES. BUS

Un día por la mañana, al ir a coger el coche para ir a trabajar, me di cuenta de que me habían rajado las cuatro ruedas.

No me hubiera preocupado demasiado si no fuera porque al día siguiente se las rajaron al coche de mi mujer.

Las cambiamos y decidimos dejar los coches estacionados en las calles más céntricas del pueblo, pero al día siguiente las ruedas volvieron a aparecer destrozadas. Pusimos una denuncia y volvimos a cambiarlas, pero la historia se repitió al día siguiente.

La policía no tiene ninguna pista, no saben nada de lo que está pasando de momento, aunque siguen investigando. O al menos eso dicen.

De esto hace ya casi una semana.

Vivo en un pueblo de 4000 habitantes en el que nos conocemos todos y no tengo problemas con nadie. Eso creo yo al menos, aunque está claro que el hecho de que nuestros coches hayan aparecido así cada mañana no es casual.

No tengo garaje porque nunca pensé que lo necesitara. Las calles son muy tranquilas y siempre hay aparcamiento de sobra cerca de cualquier sitio.

Ahora empiezo a plantearme seriamente comprar o alquilar alguna parcela cerrada cerca de casa.

La policía me ha pedido que les de un margen de tiempo y que no cambie las ruedas hasta el lunes.

No se muy bien de que sirve esto. Sólo se que como no tengo coche, me toca desplazarme a mi trabajo en autobús.

Lo odio.

Más de cuarenta minutos diarios de interminable viaje a la capital, que es donde trabajo.

Maldito transporte público.

Me suelo sentar al fondo, junto a la ventanilla de la izquierda siempre que puedo, y salgo 5 minutos antes todos los días para poder coger “el de en punto”.

Parezco un crío.

Siempre he tenido coche.

Desde que me saqué el carné con dieciocho años, y nunca pensé que

tuviera que desplazarme en autobús.

No estoy acostumbrado a esto.

Me asquea profundamente oler la colonia barata que se echa la gente para disimular que no se duchan. Se acercan casi amenazadoramente por el pasillo y a veces se sientan cerca o al lado, y tengo que ir respirando “eso” todo el viaje. Otras veces no es sólo la colonia, se mezclan otros olores.

Lo peor son los jueves y martes, días de mercado, cuando sube gente con bolsas cargadas de carne y pescado que me revuelven el estómago hasta sentir náuseas.

Gente que por lo visto, tampoco tiene coche.

Detesto las conversaciones matutinas sin fundamento.

Conversaciones radiadas a todo volumen entre individuos sin neuronas. Hacen participes de la mediocridad de sus vidas a todo el autobús.

Siempre son penurias: quién ha enfermado, quién esta terminal o quien ha muerto.

Simplemente deprimente.

Me he cansado de ver a jóvenes tontolabas en tropel. Recién salidos de clase, cargados de mochilas y carpetas. Jóvenes que hablan con la boca llena, que se alimentan a base de bollería barata y chucherías, haciendo crujir ruidosamente sus envases de plástico.

Jóvenes que mastican con la boca abierta, dejando a la vista sus sucios dientes y salpicando trocitos de comida mientras hablan a gritos.

Y es que necesitan hablar así, a gritos, porque como llevan la música a todo volumen en sus radiocasetes portátiles con auriculares, necesitan gritar para poder entenderse.

La llevan alta que se pueden escuchar perfectamente las canciones.

Conversan acerca de las cosas más insustanciales y surrealistas posibles. Lo más irreal que me he visto obligado a escuchar, fue un día en que dos chavales discutían acerca de cómo se hacían las predicciones meteorológicas.

El primer iluminado, decía que el tiempo era cíclico, que siempre se repite. Tres días sol, uno sol y nubes y luego dos de agua. Cuanto más al norte, más días de agua y cuanto más al sur, más días de sol, pero que todo vuelve a repetirse.

El segundo lumbrera, decía que cuando llueve en el norte, el agua en unos días “baja” al sur “por eso de la fuerza de la gravedad”. Explicaba el hecho de que en el sur lloviera menos a consecuencia del evidente gasto de

agua que se quedaba por el camino. Es decir, de norte a sur...

Como para explicarles a estos dos atontados que la tierra no es plana.

Los jóvenes que no llevan radiocasetes portátiles adosados al oído, llevan maquinitas de videojuegos. También con los sonidos a todo volumen. A veces suenan todas las máquinas a la vez, y las melodías compiten unas con otras por atraer la atención.

O por distraerla.

Los mayores suelen girarse malhumorados para ver quién es el atrevido mozalbete que lleva “esa música” tan irritante. A veces se sorprenden al comprobar que el que lleva la maquinita, es en realidad, lo que a simple vista podría ser un padre de familia honrado de casi cincuenta años.

Ladean sus cabezas cansados y disconformes, y chasquean las lenguas en señal de desaprobación, pero nada más.

No se atreven a mostrar su malestar en alto.

He intentado por todos los medios no coincidir con estudiantes, pero es bastante complicado. Fuera del horario lectivo la mayoría de ellos tiene clases particulares en alguna academia.

Coincido con algunas personas a diario, personas que hacen siempre la misma ruta a la misma hora y que a pesar de eso, van mirando el paisaje por la ventanilla con suma atención. Como intentando descubrir algo nuevo en lo mismo de siempre, algo que no han visto hasta ahora.

Algo que no verán jamás, porque no hay nada que descubrir.

Me disgusta profundamente intentar mirar por la ventana, y comprobar que no se puede ver nada. Los cristales chorrean.

Me costó lo mío descubrir lo que eran esos círculos grasientos de los cristales, justo a la altura de los ojos. A determinadas horas, la mayoría de la gente descansaba apoyando la cabeza justo ahí.

Hay freidoras industriales con menos grasa que las cabezas de esta gente.

Desde entonces, antes de sentarme, siempre me fijo en esos círculos e intento elegir un cristal lo más limpio posible.

Ahora mismo, son las casi las cuatro.

Es viernes, y no llego a trabajar.

La locutora de la radio, dice con voz estridente que el fin de semana lloverá, y a continuación pone lo que ha sido la canción del verano. O una de ellas, según dice: “Baby I love your way”.

Tengo calor a pesar de que no lo hace. Estamos a finales de septiembre y

no creo que hoy pasemos de los 22°.

No hace calor.

Se supone que este autobús debería haberme dejado en mi destino hace casi diez minutos.

Es viernes pero da igual, porque trabajo en un hipermercado familiar y mañana sábado, también me toca aparecer por allí.

En la séptima parada que hace el autobús desde que he subido, una octogenaria con gafas en forma de concha y moño cardado acompañada de su hijo sesentón (probablemente gay), no se deciden a subir.

Son como personajes de tebeo.

Ella lleva un capazo de esparto colgado del antebrazo, que probablemente usará para hacer la compra y parlotea con el chófer sin descanso. Sin sentido y sin escuchar.

Me remuevo incómodo en mi incómodo asiento de plástico. En parte por el calor, y en parte por la impaciencia.

Percibo una oleada de fuego pegajoso subiendo por la espalda, y la separo lo máximo posible del respaldo para estar más cómodo. No es fácil porque hay muy poco espacio entre asientos.

Mis rodillas chocan contra el respaldo delantero y una pareja de gitanos de edad indefinida se giran para comprobar con cierta precisión ocular, que no ha habido ninguna mala intención por mi parte.

La mujer tiene un crío sentado encima, al que se le caen los mocos mientras discute con el hombre sobre un trabajo que le ha debido salir a él. En un taller mecánico.

Casi no les puedo entender a pesar del alto volumen de la conversación porque hablan medio en castellano, medio en su idioma. Él no parece muy contento por tener trabajo.

El niño me mira con los ojos redondos como platos y de color café, muy atento.

Se sorbe los mocos ruidosamente, hasta que le suben rápidamente por la nariz hasta quedando casi ocultos.

Al poco vuelven a caer densos como natillas de vainilla, hasta su labio superior para quedarse ahí un buen rato, al borde de la boca.

Aparto la mirada asqueado y me centro en el chofer, que por algún motivo mantiene el autobús parado.

Me ha debido tocar el único hablador de la línea porque sigue hablando

con “octogenaria e hijo”, y les está explicando horarios y paradas.

Desde mi sitio no puedo oírlo, pero es lo que me imagino.

Otra cosa no tendría sentido.

Que ganas de tener coche otra vez.

Si algún día me llego a enterar de quien es el cabrón que me jode las ruedas, le rompo las pelotas.

Miro por la ventanilla y analizo nuestro típico paisaje gris e industrial. No hay ni rastro de color verde, sólo el de la camiseta de un crío en su sillita rodeado de muñecos de plástico que espera con su madre en un paso de cebra.

Y no hay más color.

Ni dentro ni fuera del autobús.

El niño de la camiseta verde, tira constantemente los muñecos al suelo y se ríe mientras los recoge la madre una y otra vez. Creo que a la madre la conozco de vista, o de algo... pero no sé d qué.

“Octogenaria e hijo” parece que ya se han decidido: no suben.

Se cierran las puertas y el bus se pone en marcha.

Increíble.

Ahora sólo me falta coger todos los semáforos en rojo.

El chofer se despide y cierra la puerta.

No me equivoco en mis pronósticos, y llego casi veinte minutos tarde.

No es que me importe demasiado porque no tengo que fichar.

Soy el gerente, el responsable, no tengo a nadie por encima, aunque cierto es que debería al menos llegar a la hora para dar ejemplo al resto de trabajadores. O incluso mucho antes de la hora.

Tenemos varios supermercados en diferentes ciudades y en este hipermercado en la capital, que es donde tenemos las oficinas centrales, y desde donde se gestiona todo.

Bajo del autobús incómodo, con gotas de sudor resbalando por la espalda y los calcetines húmedos.

Cuando entro por la puerta, dos empleadas, “frutería” y “carnicería” respectivamente, me miran con cara misteriosa y sueltan risitas indiscretas entre ellas.

No sé si por mí o por cosas tuyas. Saludo apresuradamente y me meto en la oficina.

Una americana gris claro de Armani descansa en el respaldo de una silla.

La reconozco de inmediato.

Un hombre de altura considerable y ancha espalda mira con atención unos papeles, con una taza de café en la mano izquierda.

Hoy venía el “Gran jefe”.

Normalmente no suele avisar de sus visitas, pero hoy sí, porque se quiere reunir conmigo.

“Gran jefe” es mi padre.

Él es en realidad el jefe de todo esto.

Yo sólo soy su marioneta.

Aunque ya esté jubilado oficialmente, tiene por costumbre realizar visitas periódicas para organizarlo todo a su manera, y para comprobar personalmente que no hundo el negocio que, como él dice, “tanto le ha costado levantar”.

Cuando realiza sus apariciones sorpresa, intento no inquietarle mientras trabaja, por miedo a que me pida colaboración.

Desde pequeño he tenido la sensación de que no le caigo bien, pero tampoco es algo que me preocupe, porque no le cae bien casi nadie.

Mi abuelo era indio americano, comanche. Mi padre es mitad indio, de ahí le viene el apodo.

Nació en California y con sólo 17 años, llegó aquí por negocios hace más de sesenta años. Su familia se dedicaba a la ganadería, y él quería intentar hacer negocio en el maravilloso mundo de la alimentación.

Y lo consiguió.

Mi padre siempre ha conseguido “todo” lo que se ha propuesto en la vida.

Siempre ha sido el “Gran jefe”, y no sólo en el trabajo. Creo que no sabe ser otra cosa.

Sólo sabe ser jefe, y desde que ha enviudado, hace tres años, es más “jefe” que nunca.

Está sentado en la mesa con sus gafas de leer de cerca apoyadas en la nariz. Su aspecto es impecable como siempre.

En un acto casi reflejo me miro de arriba a abajo. Siempre he envidiado su cuerpo atlético y porte elegante, que yo, de cuerpo blando con tendencia a engordar, y casi diez centímetros más bajo, no he heredado.

Se puede oler su aftershave desde la puerta, y yo hace tres días que no me afeito.

Mi padre toma café sólo. Levanta un instante sus ojos del papel y me mira, me saluda de forma elegante con una ligera inclinación de cabeza, para

volver inmediatamente después a sus facturas.

Hay varios archivadores abiertos sobre la mesa. A saber qué papeles estará mirando.

Miro por encima del hombro: facturas.

Me preocupo porque creo que esto puede ir para largo.

Le devuelvo el saludo algo acelerado y a destiempo, y levanta nuevamente la cabeza para mirarme con cierto afecto y una media sonrisa. Se levanta para coger otro archivador y yo me dirijo al “vestuario” a ponerme mi “ropa de trabajo”.

Lo que llamamos “vestuario” sólo un triste cuartito sin ventanas que tenemos junto a la sala de descanso. Armarios, taquillas dos bancos de madera y un espejo grande y rectangular.

El resto de trabajadores tienen otro diferente, mucho más grande, junto al almacén, que tampoco tiene ventanas.

Saco del armario mi ropa de trabajo: una chaqueta azul marino con una corbata de rayas grises y granates. La chaqueta está un poco arrugada así que la intento alisar con la mano mientras pienso en lo larga que va a ser la tarde.

Seguro que mi padre me entretiene con sus tonterías. Me va a pedir alguna factura que no aparecerá, y me dará la charla.

Le oigo hablar a lo lejos, pero no sé qué me dice. A lo mejor no habla conmigo, a lo mejor está hablando por teléfono.

Me peino con los dedos y cuando me miro en el espejo que hay junto al colgador, veo la cara de un hombre profundamente agobiado.

Gris, triste, que probablemente parece mucho más viejo de lo que es en realidad.

Tengo cara de paisaje.

Soy yo y casi ni me reconozco.

Me siento como si me hubiera hecho viejo de repente y me tomo mi tiempo para intentar rescatar algún recuerdo de la última vez que el espejo me devolvió una imagen joven y feliz de mi mismo.

Vuelvo a sentir la misma ola de fuego del autobús, pero esta vez en mi cabeza.

Me acuerdo de las ruedas pinchadas del coche y me caliento un poco más.

Aliso la chaqueta de nuevo.

Mi padre sigue hablando sólo, a pesar de saber que no le puedo oír.

Le grito que ahora voy, sabiendo que casi seguro que tampoco me oye y

dejo de alisar la chaqueta.

No tiene remedio, que le vamos a hacer.

Habrá que mandarla a la tintorería.

Apoyo la espalda contra la pared y respiro tan hondo como si fuera a hacer un largo buceando en la piscina.

Me dirijo a la oficina resignado a perder la tarde, y dispuesto a dejar que mi padre me torture, pero al pasar por la sala de descanso, veo por la puerta abierta a mi hijo tirado en el sofá.

Con los pies sobre la mesa, viendo la tele, leyendo un cómic porno japonés y fumando.

Sorprende cómo a veces es capaz de hacer más de una cosa a la vez, y otras veces no es capaz de hacer nada.

Mi hijo se llama Quanah, y en buena hora se nos ocurrió ponerle ese nombre.

No merece llamarse igual que el último gran jefe y guerrero legendario de la nación comanche.

Antes de que naciera pensábamos llamarle John, como primogénito. Es una tradición familiar.

Continuar con la cada vez más decadente saga de los llamados John Baker.

Me temo que hemos ido degenerando la especie de generación en generación.

Cuando nació, mi padre se empeño en que le llam ramos Quanah.

Decía que se notaba en la mirada (el pobre ni siquiera abría los ojos), y en la forma de los pies y las manos, que acababa de nacer un guerrero.

Alguien que sería legendario, que "todo" estaba lleno de señales y que era mejor no contradecirlas ni llevarle la contraria al destino.

Consiguió que cambiáramos de idea, y así es como rompimos la tradición y nació Quanah Baker, mi hijo. Una réplica infernal pero casi exacta del legendario Quanah Parker^[1].

El mismo día que le inscribí en el registro me di cuenta del error.

Mi hijo no es honorable, no tiene palabra, no tiene respeto, aunque desde luego, es un guerrero.

Parece un delincuente juvenil salido de una película de miedo. Qué

pelos tan largos, qué camiseta tan llena de grasa (una camiseta negra que dice "The client is always wrong[2]", que le prohibí expresamente que trajera a trabajar), y qué botas tan sucias. Tiene las orejas, cejas y nariz agujereadas y lleva collares y muñequeras de cuero, y espalda y brazos tatuados como un salvaje amazónico.

Asomo la cabeza por la puerta, y le digo por las buenas que se ponga a reponer pero ya.

Mi voz suena demasiado ronca de repente, y supongo que por eso se sobresalta ligeramente en el sofá.

Me suelta que el trabajo es algo tan bueno, y que ha decidido generosamente dejarlo para los demás.

Se queda tan tranquilo y se empieza a reír como el inútil que es y me dice que sí, que no le agobie.

Echa la ceniza del porro al suelo y me dan ganas de sacudirle.

Aquí no se fuma.

Me planto frente a él, tapándole la tele deliberadamente, para ver cuánto tarda en empezar a trabajar.

Se levanta del sofá con agilidad para explicarme que se le ha olvidado que hoy tenía que venir a la tarde, y que ya tiene planes.

... bla, bla, bla...

Este hijo mío es un mierda que sólo piensa en divertirse.

Algo he debido hacer muy mal con él en algún momento, pero ya es mayorcito. Cada uno elige lo que quiere y tiene lo que se merece.

Eso me pasa por haberle dado demasiado. Lo ha tenido todo y nunca ha tenido que molestarse por tener que conseguir nada.

Me echa humo en la cara mientras habla.

Tonto del culo.

Carraspeo y me cruzo de brazos. Noto un peso inmenso en la zona frontal de la cabeza, y las pulsaciones en las sienes me van a mil por hora.

No.

Se vuelve a sentar en el sofá, dejándose caer pesadamente, como si pesara veinte toneladas.

Hace unos meses, le corté el grifo del dinero porque amenazaba con dejar los estudios, en el último año de instituto. Está en tercero de BUP, pero mi hijo ha repetido ya dos veces y parece el padre del resto de los chavales de su clase.

Es una vergüenza.

—... además... tú llegas tarde papi —me dice con una sonrisa burlona señalando el reloj digital de su muñeca.

Suspiro y me aflojo la corbata.

A tomar por culo todo.

Trago saliva y vuelvo a respirar hondo.

Empiezo a sentirme como Michael Douglas en “Un día de furia”. Hoy parece que el mundo entero se ha confabulado para tocarme las narices.

Respiro.

Avanzo hacia Quanah de una zancada y le levanto bruscamente del sofá agarrándole de la camiseta y mirándole fijamente. Pone cara de sorpresa y abre mucho los ojos, todos llenos de millones de venitas rojas.

Supongo que para verme mejor.

—¡¡Ponte a trabajar pero ya!! ¡¡Y de aquí no sales hasta que acabe tu turno, que es a las nueve!! —le grito escupiendo ligeramente al hablar, soltándole la camiseta de mala manera.

Mantengo la mirada fija en sus ojos rojos mientras el porro cae al sofá y quema el reposabrazos.

—¡Eh, viejo tranquilo, que yo no tengo la culpa de tus rollos! Ni de que llegues tarde, ni de que te hayan quitado el carné por conducir borracho, ni de que tengas el coche jodido —me grita con acritud alisándose la camiseta con las manos.

Me recuerda a mi mismo hace unos minutos, cuando trataba de alisar mi chaqueta frente al espejo.

Se acerca y se atreve a darme unas palmaditas en la espalda que me sientan como si se estuviera riendo en mi cara, y me vuelvo a enfurecer.

Carraspeo para gritarle mejor, pero me interrumpe antes de empezar.

—¡Me piro, no necesito tu dinero, ni este trabajo de mierda, ni nada de nada! —dice gesticulando y moviendo rápidamente sus manos.

—¡A mi nadie me ha quitado el carné... ! —Rujo mientras noto cómo me sube la sangre a la cabeza.

Eso no es lo que ha pasado esta vez.

Quanah se encoge de hombros y me mira con la chulería de alguien que cree que lo sabe todo, pero que acaba de salir del cascarón.

No es más que un ignorante que aún no se ha dado cuenta de que lo es.

Me reta con la mirada mientras se aparta un mechón de la cara.

—Si te vas, vete de verdad, no te quiero ver más por casa. —le digo más calmado tirando el porro del sofá al suelo de un manotazo para pisarlo —

Apareces y desapareces cuando quieres, no haces más que darnos disgustos... Tienes a tu madre destrozada y yo ya no sé que hacer contigo.

Intento tranquilizarme y vuelvo a alisarme la chaqueta y el pelo compulsivamente mientras hablo. Quannah se acerca lentamente para contestarme.

—Sí. A ella le gustan tanto las pastillas como a ti beber, por eso está destrozada —dice lentamente, arrastrando las palabras con rencor y poniendo justo esa cara de autosuficiencia que no quería que pusiera.

Me lo dice tan cerca de mi cara, tan cerca..., que no me controlo y le agarro otra vez de la camiseta. Intenta soltarse violentamente y casi sin pensar, le suelto un sonoro puñetazo en la mandíbula con la tensión del forcejeo.

Yo intento no meterme donde no me llaman y el debería hacer lo mismo, pero no.

Mejor que no empecemos a jugar al juego de la reminiscencia. Mejor que los recuerdos sigan siéndolo.

Quannah inmóvil y sorprendido, se toca la mandíbula mientras yo me froto la mano dolorida del golpe con la otra, y pruebo a estirar y flexionar, mientras le mantengo la mirada.

Me gustaría que sangrara de la nariz o de la boca, para añadir dramatismo, pero no es así.

Me mira con la cara torcida, de perfil.

Con los ojos desafiantes.

Se gira y comienza a andar en dirección a la puerta.

—Si te vas, no vuelvas. Si sales por esa puerta, no vuelvas a entrar. —le digo casi de forma automática apartando la mirada y colocándome la corbata.

El hecho de que mi hijo y yo no nos apreciábamos así como mucho, no es ningún secreto.

Desde que puedo recordar, hemos protagonizado miles de escenas similares a esta, sobretodo en casa.

Todo lo que dice me suena siempre falso e interesado, las incontables batallitas cuando esta a buenas y las incontables mentiras una detrás de otra cuando necesita algo, o se mete en líos. No se puede confiar en él.

Estudio informática (dicen que es el futuro y mi padre se ha empeñado en informatizarlo todo), y he aprendido que un virus informático, es un programa que se replica a si mismo, dañino, y que sé autoreproduce en la memoria.

Igualito que Quannah, es una descripción perfecta para él.

—Me voy —dice, y su voz suena tan fría y tan adulta que por un momento me lo creo y siento una punzada de miedo y arrepentimiento en el estómago, pero se me pasa enseguida.

Le digo “adiós” lo más fríamente que soy capaz, y se va.

Me quedo un rato pensando sin pensar en nada. Clavado en el sitio, con la mente en blanco y la mirada perdida en la puerta.

Inmóvil.

Respirando.

Me quito la chaqueta y la corbata. Lo arrugo todo con furia, hago una bola y la tiro al sofá.

Tardo, pero cuando vuelvo en mí, resuelvo automáticamente y sin ningún tipo de duda, que necesito un trago.

Salgo por la puerta despacio y al pasar por la oficina, me fijo en la cara de mi padre. Una cara seria y probablemente decepcionada.

Se ha levantado de la silla y está parado, en medio de la sala, con las manos apoyadas en la cadera y mirándome como si estuviéramos muy lejos.

A muchos kilómetros de distancia.

Se quita las gafas de leer de cerca, con las que creo que tampoco ve bien, y las deja sobre la mesa, encima de la pila de facturas. Como si no supiera que esto iba a acabar pasando, sólo espero que ahora no valla corriendo a soltarle pasta a su querido nieto.

Me mira con dureza y abre la boca como para decir algo, pero no dice nada. Su mirada se me hace intensa e interminable.

—Me voy —le digo mientras abro la puerta con decisión.

Respiro hondo y salgo al exterior.

Necesito un trago.

Más que nunca.

Hoy más que nunca.

Mi padre estará sacudiendo la cabeza a mis espaldas. Lo intuyo, pero no lo puedo saber, porque ya he salido por la puerta y estoy a punto de cruzar la calle.

Mi vida es triste.

Igual que mi reflejo en el espejo.

Lo único reseñable que me sucedido hoy, desde que me he levantado a la mañana, es que he perdido el sentido común y los papeles discutiendo con mi hijo.

Espero poder encontrar ambas cosas antes de que finalice el día.

SÁBADO. HUIDA, RESCATE Y OPERACIÓN GASOLINERA

Cuando entré en la iglesia, al oír el sonido del órgano, casi me sorprendió que Michael Stipe no cantara “Let me in”.

¿Alguien sabe porqué todas las jodidas canciones de órgano suenan igual?

Supongo que no había casi nadie porque era demasiado pronto para la misa.

O demasiado tarde.

La historia de mi vida.

Ayer por la tarde se montó una buena en casa, y me comí todo el puto marrón.

Después de que mi viejo me echara del curro, mi vieja me echó de casa.

Para cuando llegué, mi vieja había encontrado un cuarto de hachís, speed y cocaína, en el registro diario de mi cuarto. Me había hecho una redada en toda regla, si.

Esto no me habría importado una mierda si no fuera porque amenazaba con llamar a la policía histérica perdida, aunque bien mirado, podría haber sido peor.

Mucho peor.

Mi vieja está loca, y una amenaza suya es motivo suficiente para sentirse acojonado, porque siempre va en serio.

Metí lo que pude, en mi mochila de monte, con mi vieja pegada a la chepa chillando todo el rato igual que uno de esos monos pequeños que tienen el culo rojo, y me fui de mala manera.

Rápidamente, sin poder coger casi nada.

Tiene una voz aguda y chillona que se clava en la cabeza como una aguja, pero a mí estas cosas ya no me afectan.

Me voy a volver de piedra, y es que mis viejos me están haciendo entrar en una fase de indiferencia total.

De obligada indiferencia total.

Una vez en la calle no sabía muy bien donde ir, y estuve caminando sin rumbo fijo unos veinte minutos.

Fumando, andando y pensando, con la mochila cargada de mierda.

Cogí el tren a Bilbao porque allí es donde viven la mayoría de mis colegas, y me bajé cerca del Casco Viejo. Había un funeral a pocos metros de donde yo estaba, en la iglesia, y la entrada estaba plagada de indigentes.

Si conseguía entrar, estaba salvado: no pueden detenerte en una iglesia, o al menos eso dicen.

Lo que sí que tenía claro era que nadie me buscaría allí, y que dentro tendría la tranquilidad que necesitaba en ese momento.

Me sentía al borde del infarto, el corazón se me salía por la boca y tenía las sienes estaban a punto de estallar. Si me hubieran tomado la tensión en ese momento, hubiera hecho explotar el cacharro ese.

Una vez dentro, nadie pareció darse cuenta de mi presencia. Por una vez, parecía que mis ropas oscuras y mi piel pálida no llamaban mucho la atención.

Nadie se fijó en mis pelos, nadie me hizo ni puto caso, todo el mundo parecía estar a su rollo.

Mejor.

Había tenido suerte. La última vez no tuve tanta y un colega y yo tuvimos que tragarnos unos 200 gramos antes de que nos llevaran a comisaría.

Hice lo que tenía que hacer lo más deprisa y discretamente que pude.

Trabajar bajo presión no me sienta bien.

Saqué la bolsa de plástico del bolsillo pequeño de la mochila y la metí con rapidez en un hueco que conocía, entre el confesionario y la pared.

Ese sitio me había librado de alguna antes, no era la primera vez que lo hacía, aunque seguía poniéndome nervioso como la primera vez, y la idea de irme a tomar por culo de allí rápidamente, me parecía lo mejor que podía hacer con diferencia.

Una vez en la calle, intenté llamar a mis colegas desde una cabina, pero estaban todas jodidas, y tuve que andar un buen rato hasta encontrar una que funcionara.

Estaba cansado.

Primero llamé a Maider, que como no hace nada útil, era la que más probabilidades tenía de estar en casa.

—¿Si? —contestó con indiferencia.

—Maidier tía... Estoy cerca de San Nicolás... — me interrumpí al escuchar risas al otro lado del teléfono.

—¡¡Jajajajajaja!! No estamos en casa. Deja tu mensaje y te llamaremos.
¡Agur! —Dijo su voz de forma despreocupada.

Putos mensajes de contestador originales.

Busqué más calderilla en mis bolsillos y llamé a Leire, aunque colgué al segundo tono, por que si alguien me iba a coger el teléfono no iba a ser ella. A esas horas sabía donde podía encontrarla, y no era en casa.

Llamé a Jon, que tampoco estaba en casa, y la voz de su compañero de piso en el contestador, con tos incluida, me dijo que de tal a tal hora está currando y el resto del tiempo, por los bares.

Empezando a impacientarme, me decidí a llamar a Txelu, que por suerte estaba en casa.

Su vieja le pasó el teléfono muy de mala gana, dejándome bien claro que no le caigo bien, y al rato Txelu se puso al auricular.

Le conté por encima lo que había, y sin problemas de ningún tipo me dijo que me podía quedar en su lonja todo el tiempo que necesitase. Así que quedamos en diez minutos en su portal.

La lonja de Txelu está en esa misma calle, y es casi como un apartamento, y está habilitada como txoko^[3], tiene una cocina pequeña con mesita y sillas plegables de camping, baño sin ducha y tres sofás. Todos diferentes, cada uno de una forma y un color. Sofás que nos han ido sobrando a los colegas en casa, cuando los viejos los cambiaban.

El de color verde es el que teníamos antes en la sala, junto al ventanal, es bastante cómodo y además de estar prácticamente nuevo, se hace cama.

A mi vieja nunca le gustó y lo cambió en menos de un año.

En las paredes hay algunas estanterías con libros y cosas colgadas, y justo en el centro de la pared, su mayor tesoro.

Nuestro mayor tesoro, las entradas de los mejores conciertos a los que hemos ido.

Mudhoney e Intestellar Villains en el 92 (en Deba, rodeados de subnormales), Nirvana con Teenage Fanclub en julio del 92 en la Casilla de Bilbao (uno de los conciertos más caros, 3000 pesetas, pero el último de Nirvana que podríamos ver jamás), The Cure en el velódromo de Anoeta en noviembre del 92 (increíble), The Breeders y El Inquilino Comunista en Vitoria (Sala Elefante Blanco, muy bueno, este mismo año e. —abril, el último gran concierto al que habíamos ido).

Cada vez que miro las entradas enmarcadas no puedo evitar una sonrisilla, porque cada vez me hacen recordar algo que merece la pena.

Un baúl lleno de revistas y cómics viejos de segunda mano, nos hace de mesita para poner las cervezas y los pies cuando nos sentamos en el sofá.

También hay cosas de esas que guardan los viejos en los garajes y que no sabe nadie para qué sirven.

Ah, y las bicis de Txelu colgadas de unos ganchos, claro.

Eran ya casi las siete cuando salimos a la calle para echar unas cervezas.

Fuimos al **Boss**, y allí nos encontramos con Maite, que cada día está más buena y es más zorra.

Sonaba Joy División.

Me puse nervioso sólo de pensar en cómo está la tía. Llevaba una falda increíblemente corta con sandalias y una camiseta de tirantes con bastante escote. Encima llevaba chaqueta de cremallera muy fina que no le tapaba nada.

Unos guiris borrachos no le quitaban el ojo de encima. La miraban como si fuera la única tía del mundo y ellos acabaran de salir de la cárcel. Les miré con mala cara pero ni se inmutaron.

En este bar cada día hay gente más rara y más colgada.

Sólo les cambió la cara al ver al nuevo novio de Maite, que sólo es un gilipollas sin neuronas que mide dos metros y que tiene un jodido pitbull atigrado de mirada competitiva.

A saber lo que le pueden dar de si esas tres neuronas desentrenadas que tiene. Es tan corto que seguro que no es capaz de distinguir un buzón de una papelera.

Su puto chucho me odia, en cuanto me ve siempre está venga a dar el coñazo gruñéndome.

El día que me ponga a repartir ostias me quedo solo.

Puto perro de mierda, me dan ganas de liarme a patadas con él a ver si se calla.

Después de las cervezas, la canción “Looser” de Beck nos acompañó hasta la puerta como una premonición. De allí nos fuimos a cenar algo, dejando la canción a medias.

Nos fuimos a malcomer unas hamburguesas pequeñas, que parecían plástico con patatas fritas.

Me quedaban tres mil pelass^[4] y necesitaba conseguir dinero.

Lo conseguiría sin problemas al recuperar mi bolsa de plástico.

Estuvimos echando unos cubatas en el **Crazy**, el bar en el que solíamos reunirnos los fines de semana.

Sonaba Offspring y Green Day.

Era viernes, teníamos que salir un rato y echar unas risas y unos tragos.

Después fuimos al **Asylum** y en la barra con encontramos con Maider, y Jon, que acababa su jornada de trabajo.

Andaban Gaizka y Joseba también por allí, unos cabrones que vienen conmigo a clase.

Cuando voy...

Charlamos y echamos unas risas entre trago y trago. Entre los seis nos metimos como veinte millones de rayas, pero nos quedamos sin tabaco en menos de dos horas, y Txelu y yo decidimos volver a casa.

Bueno, él a casa con sus viejos y yo a su lonja.

Por el camino, Txelu no paraba y se cargó unos cuantos espejos retrovisores que estaban en su camino porque sí. Yo compré tabaco rubio de la marca más barata que había en una máquina pintada con sprays.

Txelu me lanzó las llaves de la lonja, en un llavero de la rana Gustavo al llegar al portal de la casa de sus viejos. Lo cogí ágilmente y sonreí.

¡La Rana Gustavo, tío!

¡Un llavero de la Rana Gustavo!

La lonja está en esa misma calle, dos números más abajo.

—¡Mañana te despierto! —me gritó antes de subir corriendo las escaleras del portal. Antes de que se lo tragara la oscuridad.

Le grite que me trajera comida, antes de ver sus zapatillas desaparecer por la escalera, pero creo que no me oyó.

Todo esto fue ayer, y hoy es hoy.

Al despertarme a la mañana tenía serias lagunas mentales.

Había cosas que recordaba perfectamente, y otras cosas que no.

Nada serio.

Es lo que me suele pasar, que me cuesta recordar.

“Víbora”, “Tótem”^[5] y algún ejemplar de “Los Cuatro Fantásticos” tirados por el suelo, un sofá descolorido de color amarillo, otro verde y una butaca negra, cortinas negras con dedicatorias en tipex separando los espacios, entradas de conciertos y posters empapelando las paredes... ¿donde estoy?

Me dejo caer hasta el suelo para intentar espabilarme y debajo de la mesa de la cocina, veo una revista de tías.

No de las que salen tías, sino de esas que leen ellas.

Qué raro.

Me incorporo y consigo recordar de golpe que estoy en la lonja de Txelu, porque me han echado de casa.

Veo mi mochila en el suelo y con la frente arrugada del esfuerzo por recordar, me acuerdo de golpe de que tengo cosas importantes que hacer.

Con la garganta completamente seca, la sed se me hace insoportable de repente, por las cervezas y cubatas de ayer.

Cayeron unos cuantos.

Me medio arrastro hasta una botella de agua sobre la encimera de la cocina y mientras me la bebo de trago, rezo mentalmente para que efectivamente sea agua. Hay tantas cosas que lo parecen pero que no lo son: lejía, aguarrás, disolvente... y no me extrañaría nada que el colgado este o su padre, tuviera algo así aquí encima.

Empiezo a sentir nauseas y miro a mí alrededor en busca de un sitio donde poder vomitar y le toca al fregadero.

Era agua, pero a mí estomago esta revuelto de todas formas.

Me visto rápidamente y bajo a desayunar al primer bar que veo cerca, lleno de jubilados y trabajadores. Me queda algo de dinero de ayer, no todo lo que me gustaría pero más que suficiente para un café y bollo.

Para cuando llego a la iglesia son las diez menos diez de la mañana, pero por alguna extraña razón, no está vacía.

A lo mejor he vuelto a llegar demasiado pronto, o a lo mejor demasiado tarde: la historia de mi vida, otra vez.

El sonido de órgano se me mete en la cabeza, dispuesto a taladrarla sin piedad, y a acabar con lo poco que queda ahí dentro.

Saco los cascos y me pongo a escuchar mí música. Suena “Enjoy the silence”^[6]. Tampoco es que me entusiasme mucho, pero no tengo otra cosa.

Con las prisas de irme de casa no tengo nada de nada.

Intento aparentar que estoy atento a la misa poniendo cara de interés, pero la verdad es que este tipo de cosas no me han enrollado nunca nada. Me he sentado en un banco del fondo, discretamente: en la ópera y en la iglesia, cuanto más al fondo, mejor. Además, así estoy cerca del confesionario.

Joder, creo que voy a tener que tragarme parte de la misa, sólo espero que el sermón sea corto, y el cura, ciego o gilipollas, y que me ignore.

El cura tiene un micrófono.

¿Un cura con micrófono?

¿Eso es lo normal... ?

A mi lado hay una rubia que me recuerda a Leire, aunque no sé

exactamente porqué, ya que no se parecen en nada. Después de darle un par de vueltas al tema llego a la conclusión de que todas las rubias me recuerdan a Leire justo cuando se me queda mirando extrañada.

¿Estaré pensando en voz alta?

Ahora suena la canción “I feel you”^[7], y noto cómo se me van acelerando las pulsaciones mientras la miro con la máxima atención.

Rubia, alta, aunque no muy delgada, con el pelo por los hombros cortado a capas y flequillo recto largo. Lleva una camiseta blanca y por debajo se le transparenta un sujetador rojo.

Ni negro ni blanco.

Rojo.

La siguiente canción, es una de mis preferidas de Depeche Mode “People are people”^[8].

Al parecer estoy escuchando una recopilación o un mix de canciones, que supongo que es de mi hermana.

Depeche Mode no están tan mal, pero jamás lo admitiría, ni compraría nada suyo.

La rubia tiene la piel bastante morena, una boca preciosa, pequeña, redondeada, parecida a las de las muñecas hinchables. Ja, ja. Empiezo a imaginarme haciendo guarradas con ella, y me empiezo a reír casi sin querer hasta que me da un empujón y se cambia de banco.

Vaya, esta chica empieza a interesarme de verdad.

Ha tenido suerte de encontrarse conmigo en un sitio como este, porque si la pilló en otro lugar, a otra hora, sin tanta gente, se iba a enterar.

Es igual.

Esta ciudad es grande, pero no lo es tanto. Seguro que otro día volvemos a coincidir, y entonces las cosas serán de otra manera.

Todo estará a mi favor.

Supongo que después de todo, he estado hablando en voz alta, porque no creo que la rubia tenga telepatía...

Apago la música y centro mi atención en la misa, porque toda la iglesia está cantando de pie; menos yo, no me he levantado desde que he llegado.

Intento seguir la corriente, y hacer lo que hacen los demás por muy ridículo que me parezca, pero cuando me levanto, pierdo un poco el equilibrio, y me agarro al respaldo del banco de delante para no caerme de morros.

Una vieja se gira para mirarme con todo el odio con el que supongo que

es capaz de mirar a alguien, y también con un poco de cara de susto.

Al final voy a terminar llamando un poco la atención.

Una vez que el cura termina la chapa (que dura casi tres cuartos de hora), viene hacia mí y me pregunta si necesito ayuda o algo así. O si quiero confesarme, o algo parecido, no le presto mucha atención porque vuelvo a tener los cascos puestos a medias pero escucho las palabras “hijo” y “confesionario” y me animo.

“Si, si”-pienso —“a confesarme...”

Noto que se me queda la garganta seca.

Trago saliva y le digo que sí con la cabeza, así me lo quito de encima y puedo acercarme más a mi objetivo.

Creo que me ha debido confundir con un drogadicto o con un delincuente, porque me da una tarjeta con una dirección donde dice que me pueden ayudar.

Sonrí con la boca retorcida de la ilusión que me hace.

Me la guardo en el bolsillo trasero de mis vaqueros negros y le sigo el rollo.

Me acerco al confesionario casi flotando, y nuestra conversación va más o menos así:

Yo: —Ave María Purísima. —Esto lo he visto en las pelis, no falla, es lo que se dice siempre.

Él: —Sin pecado concebida. — Pausa —Dime hijo, ¿Tienes algo que confesar... o algo que desees contar... ?

Le escucho tragar saliva de forma asquerosa desde donde estoy.

Asqueroso.

Muy listo el tío, seguro que piensa que necesito ayuda. Muy listo.

Yo: —Verá, no sé por dónde empezar. Tengo tantos problemas y tantas cosas en la cabeza...

Mientras hablo intento alcanzar la jodida bolsa, sin éxito de momento. Sólo necesito estirarme un poco más sin llamar la atención y todavía quedan bastantes viejos por aquí a pesar de que la misa ya ha acabado.

Él: —Habla hijo... —Tose—. Aquí estamos para ayudarte, la Iglesia es tu amiga.

Yo: —Vale, pero voy a tener que resumirlo todo un poco, porque tengo un poco de prisa.

Hago esfuerzos por no reír a carcajadas cuando alcanzo la bolsa con alegría y la meto con rapidez en la mochila.

Él tose de nuevo.

Yo: —Mi familia es imbécil, ni siquiera les caigo bien, y me han echado de casa sin ningún motivo. Mi vieja es una psicópata enganchada a las pastillas con receta y se le va la pinza día sí y día también. Mi viejo también es un psicópata y es alcohólico. En realidad son ellos los que tienen un problema. Son ellos los que necesitan ayuda. —le digo de forma inocente —... les puedo dar a ellos la tarjeta.

Él: —Entiendo. —Me dice, y no me gusta nada el tono que emplea para decirlo.

Yo: —No viejo, no entiendes...

Carraspeo ligeramente y acaricio mi objetivo.

Sonrío con cierta amargura.

No soy ni un drogadicto ni un delincuente y me jode que él lo piense y sea tan descarado.

Él: — ¿Einn? —pregunta alucinando

Yo: —Sah... pero eso no tiene importancia porque tengo muchas “amigas”. —Le digo, y me aseguro de decir “amigas” con el mismo tono que él ha utilizado para decir “entiendo”. Pero el muy inútil parece que no lo pilla... mejor para él.

Un dolor de cabeza que se ahorra.

Este cura ya me está empezando a aburrir, y viendo que esta conversación se puede eternizar, decido zanjarla de una vez.

Yo ya tengo lo que quiero y él no va a tenerlo jamás.

Aunque me anima a seguir hablando, me deshago de él rápidamente diciendo que ya volveré.

Lo mejor en estos casos es decir siempre la verdad, porque nadie se la cree. Decir la verdad respecto a mis “problemas”, no a lo de volver.

Eso sí que no está en mis planes.

Cuando salgo por fin de la tétrica oscuridad de la iglesia, a la brillante luz del sol de la mañana, sólo tengo dos cosas en la cabeza: la rubia y Leire.

Como de la rubia no hay ni rastro, y se supone que Leire es mi novia, voy a buscarla con idea de echar un polvo.

Ah, y también necesito pasta y llevar esto a la lonja, no voy a pasearme con toda esta mierda por la ciudad.

Cojo el 48 y en menos de siete minutos estoy frente a la lonja de Txelu. Saco la rana Gustavo y cierro la puerta metálica detrás de mí.

Lanzo la bolsa sobre el sofá y le pongo un cojín encima no sé muy bien para qué.

Me quedo mirando la bolsa bajo el cojín.

Me parece un poco infantil lo que acabo de hacer, y lo quito.

A veces no sé muy bien porque hago las cosas que hago.

Meo en el baño y salgo pitando olvidando tirar de la bomba.

Me meto en el Casco Viejo a paso rápido, y me dirijo directamente a la esquina en la que Jem y Leire tocan la guitarra, cerca de la plaza.

Ah, la guitarra, marcar la melodía con la mano derecha y el contrapunto con la izquierda.

Ellas lo llaman arte, pero sólo lo es cuando se toca bien, y este **no** es el caso.

Todo el que crea que los hippies se han extinguido debería venir a ver a estas dos, bandoleras con flecos, colgantes y pendientes de plumas, camisetas desteñidas o con estampados psicodélicos... mola pero no es mi estilo.

Me siento junto a Leire sin hablar para no interrumpir, aunque a mí me parece una mierda lo que están tocando.

Al poco, se interrumpen ellas solas.

O a lo mejor es que ya han terminado la canción. Canción o lo que sea eso que tocaban.

Jem está liando un porro, bastante mal por cierto, cuando Leire se me echa encima como un oso y me planta un beso en los labios.

Siento cosquillas cuando me dice que ya han terminado por hoy, muy cerca del oído y me estremezco disimuladamente.

Han sacado casi dos mil pelás, y no es ni la una.

Aunque el porro liado por Jem es una auténtica chapuza, no lo rechazo cuando me lo ofrece.

—¿Por qué? —pregunto antes de dar una calada.

—¿Por qué, qué? —pregunta mientras guarda sus cosas.

—Que por qué os vais ya —respondo seco —Acabo de llegar y todavía es pronto, ¿no?

—¿Y por qué no vamos a irnos? —Leire es así, suele contestar a mis preguntas con otras preguntas. — Haber llegado antes —Sonríe —Vamos a tomar algo. Las cosas no se hacen por hacer. Esto no es un puto trabajo, no tenemos horario, solo faltaba

Ella es así. Le llama tener espíritu zen.

Yo lo llamo tener ganas de marear.

Dicen que es rara.

Dicen, pero a mí no me impresiona, la mayoría de la gente que conozco lo es bastante más.

Yo sólo diría que es un tanto peculiar la forma que tiene de comprender las cosas, pero lo justo.

—Además son casi las dos. —añade la petarda de Jem a destiempo como siempre mirando su muñeca.

Ya, ¿y?

—No es verdad, no es ni la una... —digo mirando mi muñeca y comprobando que yo tengo razón.

Que yo tengo razón y ella se equivoca.

—Mi reloj va bien, el que se equivoca es el tiempo ¿vale? —Me interrumpe de mala manera haciendo un gesto circular con el dedo índice que le hace parecer un poco ridícula y un poco sobre actuada a partes iguales.

Oigo a Leire reírse y arrugo las cejas, vaya un razonamiento...

—Vale tía. Será la hora que **tú** quieras que sea. —digo con sarcasmo, remarcando mucho el “tú”.

Jem es un ser extraño, mitad friki, mitad extraterrestre.

Ella **si** que es rara de cojones.

En Carnavales se disfrazó de drag-queen-zorra y eso la hizo interesante por una noche, pero las frases ilógicas que suelta cada vez que abre la boca son como para escribir un libro.

Una vez se atrevió a decir que los negros pueden mentir mejor por que no se ponen colorados.

Madre mía, el poco tiempo que coincido con ella, lo mire como lo mire, siempre me parece siempre demasiado.

No tiene nada que ver con Leire.

Jem es hippie sólo para joder a sus padres. Es una impostora incapaz de distinguir el símbolo de la paz del de Mercedes.

¿Qué clase de nombre es Jem? Eso ni siquiera es un nombre.

Txelu estuvo un poco-bastante colgado por ella hace tiempo, afortunadamente ya se le ha pasado.

En fiestas estuvieron tonteando y quedó con ella en la taquilla de los autos de choque para el día siguiente a las diez de la noche, pero al final no se vieron y ahí terminó todo.

Desde entonces ella no le traga.

Puede que influyera el hecho de que nos emborracháramos de mala manera, y que Txelu apareciera casi hora y media tarde donde habían quedado.

Pobrecillo.

Levanto las cejas mientras miro como se levantan del suelo y van recogiendo sus cosas.

Ni me muevo hasta el último momento, me está pegando el sol en la cara de lleno, y estoy tan a gusto como una lagartija en un muro de piedra. Cierro los ojos y me concentro en absorber todo el calor por la piel.

Estamos en septiembre y hace calor, y eso que supuestamente iba a llover este fin de semana.

Abro los ojos y cojo la flauta de Jem mientras ellas hablan y simulo que hago bailar a una de esas serpientes indias. Lo hago tan bien que casi me lo creo. Mi actuación no dura mucho porque Jem me pregunta muy seria, que si es mucho pedir que deje de hacer el payaso.

Yo le contesto más serio todavía que sí, que es mucho pedir.

Pone los ojos en blanco igual que una animadora pija de instituto americano, recoge sus cosas y se va airada.

Eso es lo que más me gusta de ella: siempre sabe cuando sobra, aunque seguro que volvemos a coincidir.

—¿Te parece divertido lo que acabas de hacer? —Me pregunta Leire al borde de la carcajada.

Se nota que a ella si le ha parecido divertido.

Se aparta un mechón rubio de la cara y busca en su bolso unas gafas de sol de cristales amarillos y redondos.

—No está cabreada. —le contesto yo.

Cuando hablo, siempre me mira como si lo importante no fuera lo que digo, sino algo más. Eso me encanta.

—Lo sé. —dice Leire remarcando las palabras, como si Jem no se cabreara nunca o algo así.

—Sah... —respondo vagamente. — Estoy tan aburrido...

—Pareces triste —me dice mientras cuenta las monedas por encima.

—Ya, ¿y?

—¿Has empezado a echar de menos a tus padres? —Me mira por encima de las gafas y guarda el dinero. —Maider y Jon me lo han contado todo.

—No. No se puede echar de menos lo que no se ha tenido nunca. —Le suelto casi sin pensar.

Si a mis viejos les hicieran un examen de viejos, seguro que lo suspendían.

—¿Cómo estás? —me pregunta.

—Bien —le digo rápidamente.

Mentir no miento muy bien por más que ensayo, pero fingir se me da genial.

—¿Vienes a tomar algo o que? —Me pregunta Leire cambiando rápidamente de tema. —He quedado en el Crazy con estos...

Enciendo un cigarrillo y le digo que sí con la cabeza, mientras me digo a mí mismo como tantas otras veces, que no debería fumar tanto. Por el camino le voy contando toda la movida de ayer con mis viejos. Si me tengo que fiar de la versión de Maider, estoy arreglado.

—Pero, sabes... he estado pensando en volver a casa... dentro de un tiempo. No creo que esto sea definitivo por mi parte. — le suelto sin saber muy bien porqué.

A ella le parece una buena idea, creo.

—Seguro que me dejan volver —insisto —Me darán la chapa, me echarán la bronca y eso será todo. Soy su hijo... ¿no?

Dudo

—Los neozelandeses dicen que un árbol, por muy grande que sea, no puede mantenerse solo... — Me dice como si eso lo explicara todo.

Qué manera de simplificar.

—Ya, muy listos los capullos.

No veo qué tiene que ver conmigo.

Este puto cigarro no tira, cojo el mechero y vuelvo a encenderlo.

Me gustaría que Leire hablara claro de vez en cuando, pero ese no es su estilo.

Cruzamos en rojo antes de llegar a la calle peatonal, y Leire saluda con la cara a un tío con cara de empollón que pasea a un perro patada.

Yo le hago una mueca por la espalda nada más pasar.

El tío lleva pelo engominado y camiseta de cuello pico de color rosa, ¿se puede parecer más imbécil a simple vista?

—Lo que tú digas, lo de volver a casa necesito pensarlo, sólo llevo un día fuera. Necesito mantener el suspense. Bueno... que no lo tengo pensado del todo... — pongo cara de niño bueno y añado que he madrugado un

montón y estoy algo cansado.

Se ríe. Seguro que no se lo ha creído, pero asiente con la cabeza.

—Piénsatelo bien —me dice cogiéndome de la mano a la vez que se sopla un mechón que le cae sobre la frente.

Que las tías me cojan de la mano, es algo que odio, y que por lo general no suelo hacer, pero en este momento ni siquiera me importa.

Al entrar al **Crazy** suena “Lithium” de Nirvana en concierto.

Veo a Txelu en una mesa del fondo, con un montón de cervezas en una mesa. O hay más gente con él o se va a poner fino.

En la barra, hay dos colegas de Txelu que casi no conozco, con pinta de imbéciles colgados totales.

Aparecen Maider y Jon, que al parecer estaban en el baño. Me miran con una ancha sonrisa y se sientan junto a las cervezas.

Maider me pregunta si es verdad que no pienso volver nunca más a casa.

Así, directamente en mi cara. ¡Para qué se va a andar ella con rodeos!

Pelo negro cortísimo, Dr. Martens granates (con unos 25 grados que tendremos hoy), vaqueros y camiseta verde oliva desteñida y deshilachada con un cinturón de plástico con pinchos en color naranja.

Muevo la cabeza de arriba abajo.

Sigue hablando pero no le hago mucho caso. Habla y escupe las palabras como con una ametralladora.

Sólo le veo mover la boca.

—Volverás, no te preocupes —me dice mirándome fijamente mientras da un trago largo a su birra —En cuanto te metas en líos o te haga falta pasta. Ya verás. Fijo que tus viejos te perdonan lo que sea. Si son un chollo, tío. Están forrados y te dan todo lo que quieres. Son perfectos, te los cambio por los míos si quieres.

Deja la cerveza en la mesa y me mira con autosuficiencia. Como dando a entender que soy un niño mimado o algo así y que ella no necesita a nadie, que es más fuerte y mejor que yo.

No tiene ni idea, habla por hablar sin saber, como siempre. The Breeders cantan "Cannonball", y tarareo con ellas el estribillo.

Le miro expectante porque abre la boca como para decir algo, pero sólo es para bostezar. He leído últimamente que todos tenemos un ojo dominante y que se puede saber cual es, por el bostezo. Cuando alguien bosteza el último ojo que se cierra es el ojo dominante. El suyo es el izquierdo.

Tengo que investigar cual es el mío.

Maider me sigue mirando fijamente son sonrisa burlona.

—¿Que?! —le digo levantando las cejas y la cara en plan macarra.

—Que me he encontrado con “Gran Jefe” a la mañana. Parecía cansado y preocupado. —dice Maider acercándose a la mesa y a mi cara.

“Gran jefe” es mi abuelo, le llamamos así porque su viejo era indio de verdad.

Indio americano.

A la gente le mola saber estas cosas, es gracias a él que me llamo Quanah, el nombre de un guerrero comanche, Quanah.

Mis viejos pensaban que era mejor llamarme John, igual que mi viejo y mi abuelo. Menos mal que cambiaron de idea, porque con un nombre como ese no hubiera tenido tanto éxito con las chicas.

—Ya, ¿y? Amm, bueno ¿te ha dicho algo? —Le pregunto apartándome el pelo de la cara con las dos manos, y empezando a impacientarme.

Tengo la frente sudada y eso me molesta.

—No que va, sólo le he visto de lejos. Pululaba por la calle con Baxter, con cara de querer cargarse a alguien.

Pongo los ojos en blanco, esta tía y sus interpretaciones absurdas...

¿¿Pululaba??

Mi abuelo no ha pululado en su vida.

El siempre sabe dónde va y pisa fuerte, no pulula...

Suena “Walk on the wild side” de Lou Reed y canturreo un poco el estribillo tonteando con Leire, que se ha sentado a mi lado. Me acerco a ella y le doy un mordisquito en el labio.

—Tu abuelo mola un montón, se nota que es un tío con clase. Y su perro también. —dice Leire y Maider asiente.

—¿Enserio? Pues creo que no se llevan muy bien entre ellos —digo haciéndome el gracioso.

Me fijo en que hay una tía en la barra que no para de mirarme, que pesada. Le devuelvo la mirada con mala cara.

Al poco se acerca a nuestra mesa a saludar a Txelu.

Ahmm.

Sonrí echándoles el humo a los dos hasta que Leire me da un codazo suave.

Ya paro, joder.

No sé quién esa tía, pero tiene pinta de pija, y se ha tomado muchas molestias viniendo hasta aquí desde la barra para saludar a éste.

Cuando se va, Txelu me aclara que es su prima y añade que tiene un hijo, cosa que no viene a cuento, pero agradezco la información extra.

Acabo la cerveza y voy al baño a vaciar el depósito.

Cuando vuelvo, Txelu y Leire discuten sobre cine, hasta que les interrumpe Maider para contar que el otro día (a saber cuando), le pararon en un control.

—El pavo era así de alto —dice poniendo la mano con la palma hacia abajo a la altura de su frente. Esboza una sonrisa maliciosa, dando a entender que el tipo era un enano.

—¿Enserio? ¿Y que pasó? —pregunta Leire con ojos abiertos.

—En realidad nada. Él me dijo: “¿Tiene los papeles?”, y yo le dije: “Si, tenga.” —comenta poniendo voces. —y se los di.-Termina Maider encogiéndose de hombros.

Uf, vaya cosa.

No me interesa, así que me levanto y me voy a la barra a pedir más cervezas.

Se me acerca uno de los colegas colgados de Txelu. Tiene mala pinta, y es mayor. De edad avanzada difícil de determinar.

Lo mismo tiene cuarenta que cincuenta.

No le conozco, pero sé que ha estado metido en un millón de asuntos bastante feos. Ni siquiera me ve, y eso que estoy a menos de un metro de sus narices.

The Who cantan “My generation”.

Se me acerca y me pregunta si conozco a Quannah, el colega de Txelu, de forma totalmente despreocupada. Sin tener ni puta idea de hasta que punto me está tocando las narices, y hasta qué punto está poniendo en peligro su físico.

¡Si sé donde está! pregunta el muy gilipollas.

Delante de tus narices cacho cabrón.

Me encojo de hombros y me giro para volver a la mesa cargado de cervezas.

—Tiene algo que podría interesarme. —Dice a mis espaldas escupiendo las palabras y hablando un poco más alto de lo normal para asegurarse de que le oigo por encima de la música.

Supongo que Txelu le habrá contado lo que tengo.

Sigo andando sin más.

Me acerco a la mesa, y le señalo con un gesto de cara a Txelu, el colgao

de la barra.

—Encárgate —le digo pasándole a “Gustavo” que vuela hasta sus manos —Está dentro de la bolsa, sobre el sofá.

Me acerco más a él y añado —A mí que no se me acerque este desgraciado.

Txelu se va con el colgado de la barra, que farfulla en mi dirección que me perdona la vida o algo parecido agitando el puño cerrado.

No me viene bien darle un puñetazo en este momento, pero tomo nota mental de que le debo una. En ese momento Maider decide acompañarles.

Gilipollas.

Es un fantasma y no tiene ni media ostia, puto retaco que mide metro y medio.

Es un gilipollas que habla como si tuviera sopas en la boca y lleva un chaleco vaquero ochentero lleno de tachuelas y pantalones sucios de cuero, como si fuera un macarra desfasado y retrasado o algo así. Todo él me da mala espina.

Si le jode que le den la espalda cuando habla, que elija mejor a quien se dirige.

Seguro que me lo encuentro más veces.

Lo bueno que tengo es que aunque me cabreo enseguida se me pasa enseguida también.

Jon y Leire me miran un poco sorprendidos.

No sé de qué se sorprenden la verdad, porque yo soy así. Salto cuando me joden.

Cambiando de tema, Jon refiriéndose al marrón que he tenido con mis viejos, me dice que si necesito algo, le diga. Me pregunta si necesito dinero y le digo que ya no.

Jon trabaja.

Es el mayor de todos nosotros, tiene 24. Es músico y toca muy bien casi todos los instrumentos que existen, y eso sin haber estudiado. Aunque como músico casi no le contratan. Trabaja sobretodo como técnico de sonido, o ayudando a montar y desmontar el escenario en **Asylum**, una sala de conciertos bastante pequeña, pero que trae bastante gente interesante.

Lo malo es que suele tener jodidos casi todos los fines de semana. Si no, se podría decir que es el curro perfecto.

Se lo merece, la verdad, porque es un tío de puta madre. Tiene muy buena pinta, le gusta cuidarse al muy cabrón, siempre con sus camisetas

ajustadas.

Yo nunca tendré sus músculos, por mucha sangre india que corra por mis venas, soy más bien delgado.

Maider y Txelu tardan dos cervezas y cinco cigarros en volver.

Vuelven con dinero fresco.

Genial.

Cambiamos de bar y nos vamos al **Boss**, que no tiene terraza, pero que para el caso da igual, porque en la terraza del **Crazy** no estamos casi nunca.

En la terraza no es escucha la música, así que...

Ahora suena "Another brick in the wall", y me encanta...

Parecemos putos murciélagos, siempre metidos en cuevas oscuras haga el día que haga en la calle.

Allí nos encontramos con más colegas del equipo de fútbol. Txelu juega y yo antes también lo hacía.

No lo hacía nada mal, pero era un rollo tener que ir a los entrenamientos, y si no entrenaba no me dejaban jugar, así que lo dejé.

Veo a Maite de lejos, con el cromañón de su novio y su puto chucho pitbull.

Echamos unas risas y unas cervezas más con los chicos del equipo de fútbol, hasta que se van a comer por ahí. Al parecer estaban celebrando que han ganado algo.

Nosotros pillamos unos bocadillos y unas raciones de patatas en el puesto de la esquina de Gran Vía junto a la estación de tren, y nos vamos hasta la playa en la furgó de Jon para comer en los acantilados.

En esa zona hay cuevas junto al mar, en el monte.

Hace años que nos reunimos en una de ellas, en la mejor. La menos húmeda de todas y la que tiene mejores vistas.

De críos solíamos acercarnos en bici, son casi treinta kilómetros pero merecía la pena. Cuando conseguíamos reunir algo de dinero, comprábamos dulces y los escondíamos allí. Conseguimos una especie de mueble bajo de madera y unas hamacas que alguien había tirado a la basura.

En el mueble solíamos guardar auténticos alijos de donuts y gominolas que se conservaban perfectamente.

Ahora guardamos otras cosas.

Una vez llegamos a tener un sofá, pero al final era una mierda porque siempre estaba la tapicería húmeda y no servía.

Fue una mala idea y nos tuvimos que deshacer de él.

Las cervezas las guardamos en un hueco de la pared, que agrandamos con ayuda de un martillo. Una nevera natural.

Otra vez encontramos un perrito abandonado en la calle.

Leire lo encontró.

Intentamos que no nos siguiera y que se fuera, pero no hubo manera y nos lo llevamos a la cueva. Le cuidábamos y le llevábamos comida a diario, un día cada uno, hasta que un colega de Jon se lo llevó a su casa.

Se llamaba Mendi.

Hoy nos hemos reunido aquí como tantas otras veces, para comer y charlar un rato. Ya no somos los críos de entonces, pero tampoco hemos cambiado tanto.

Leire se acomoda en una esquina sobre un puf de plástico hinchable, a comer su bocadillo vegetal mirando al mar.

Maidier se coloca a su lado, calladita, con su hamburguesa doble de carne a la parrilla. Abre la tapa superior del pan y echa un vistazo poniendo la misma cara que alguien que descubre que ha atropellado una rata y mira bajo la rueda. Sin embargo, le echa una bolsita de ketchup, y cierra de nuevo la hamburguesa para darle un buen mordisco.

Algo no va bien.

En Leire es normal el silencio, en Maidier, sospechoso.

Que beba callada en vez de chillar, reír y hacer el idiota con nosotros en las hamacas es muy raro.

Jon acaba de tirar a Txelu al suelo, y fingen una pelea a muerte de Pressing Catch^[9], en la que sin duda ganará Jon.

Apostaría todo lo que tengo por él.

—Tú. ¿Qué pasa? —Le tiro a Maidier el envoltorio de mi bocadillo a la cabeza. Se gira y me pone mala cara.

Me dice que está pensando. Ja, ja.

Venga ya.

Jon y Txelu levantan la cabeza y se ríen del comentario. Se acercan empujándose el uno al otro.

¿Pensando? Ellos también se han dado cuenta de lo raro del asunto.

Les sonrío y le doy un trago a mi cerveza, es la número no sé cuantos que me bebo hoy. La cuarta creo.

No, es la sexta, pero alguna la he dejado a la mitad.

—¿Pensando...? ¿En qué puedes pensar tú un sábado? —Txelu le da un suave manotazo en la espalda. —Dime. —Y se sienta al lado. Sonriente, con

su boca llena de dientes perfectamente alineados.

Justo en este momento, Maider se pone de pie y nos explica su plan estelar.

Se gira en plan teatral para mirarnos a todos de frente, uno a uno, y de paso, darnos un poco de miedo.

Sólo le falta un cañón de luz y telón rojo de fondo. Tiene los ojos brillantes como un animal salvaje.

Me dan ganas de aplaudirla cuando empieza a hablar de lo que ella llama “el golpe del siglo”, mientras saborea la cerveza como si fuera caviar, echando chispas por los ojos.

Esta Maider, lo adorna todo de una manera..., es mucho más simple que todo el rollo que nos está metiendo.

Yo lo resumo: se trata de robar en una pobre gasolinera.

Eso es lo que está planeando.

Ella ya lo hecho más veces, pero es una mangui de poca monta.

Se aficionó desde pequeña a coger cosas ajenas. Le han detenido mil veces por pequeños hurtos, y una vez por desacato a la autoridad. Solía robar bolsos con sus amiguitos, en las iglesias, autobuses y trenes y también entraban a casas vacías.

Hasta que les detuvieron.

Por lo que se ve, le ha dado igual.

Me quedo mirando a estos como la escuchan.

Ella les asegura una cantidad de dinero, que seguro que luego no llega a ni a la mitad.

La gasolina ha subido, pero no es para tanto. Además, la mayoría de la gente paga con tarjeta.

—Os informo —dice Maider finalizando teatralmente su monólogo, y haciendo un gesto con la mano como de reverencia teatral.

—Tú no informas. No das noticias. Dejas caer cosas y hay que andar investigando. Habla claro. —Txelu le pide información más concreta.

—Totalmente seguro garantizado al 100% —Maiden sonrío misteriosamente.

—Ya, ¿y? —digo yo un poco desconcertado por el nuevo giro que de repente están tomando las cosas.

¿Me está pareciendo que Txelu está poniendo interés en el tema?

Leire, escucha y come.

Tiene los ojos ligeramente más abiertos de lo normal. No hace mucho

me dijo que hablaba con las plantas, y la creo. Si me lo hubiera dicho cualquier otra persona del mundo me habría muerto de la risa.

En ella parece lo más normal.

Cuando Maider termina de contar su plan con detalle, se hace el silencio nuevamente.

—No podéis estar hablando enserio. —Miro a Leire de reojo —Si estáis hablando medio enserio, también estáis hablando medio en broma, ¿no?

—Me apunto —dice Leire seria, haciendo que casi me atragante. ¡¿Qué?!

Se aparta un mechón de pelo de la cara, y me mira de frente para añadir que habla totalmente enserio.

—¿Queeeeé?, ¿Estag looca? No medecece la pena —Le digo hablando y medio tosiendo a la vez.

Me aclaro la voz y bebo un trago de cerveza.

—No merece la pena que te metas en algo así.-le digo mirándola directamente a los ojos, de frente.

Y la veo tan segura, tanto... que sólo puedo girarme hacia Maider y decirle que yo también voy, aunque no estoy convencido.

No pienso dejar que Leire se meta en problemas.

La humedad en el ambiente de repente me hace sentir un frío intenso.

—¿Alguien más?, necesitamos más gente si queremos que el plan salga dentro de lo previsto —Maider ha terminado su bocadillo y enciende un cigarro.

Jon y Txelu discuten. Sacan pegas al maravilloso plan de Maider, aunque está claro que se van a terminar apuntando.

Yo no les escucho.

No como ni nada, tengo una bola en el estómago.

No por mí, que me da igual, sólo que no me apetece que Maider meta a Leire en sus líos, ya lo que me faltaba.

Una cosa es trapichear a lo seguro, y otra muy diferente es atracar.

Arrugo lo que queda de bocadillo y lo meto en la bolsa de plástico que tenemos con basura. Se me ha cerrado el estómago.

Definitivamente.

Me enciendo un cigarro mientras observo el mar. Me centro en las olas, una detrás de otra, sin sorpresas.

Los demás siguen hablando, pero da igual porque yo no les oigo.

Cuanto menos sepa, mejor.

—Esta noche —le oigo a Txelu con tintes evidentes de emoción en su voz.

—Es un poco precipitado, igual es mejor pensarlo, y ya si eso, lo hacemos otro día.

Lo digo en alto mientras cierro los ojos, sabiendo que no me van a hacer ni puto caso.

En realidad me lo estoy diciendo a mí mismo.

—Mañana podría ser demasiado tarde, en principio están sin cámara de seguridad hasta el lunes, pero nunca se sabe si mañana tomarán alguna medida. Lo que es seguro es que hoy no tienen. Está en una carretera secundaria, no pasa mucha gente por ahí. —aclara Maider con voz afectada.

Jamás sabremos cómo llega a enterarse de este tipo de cosas.

Respiro y vuelvo a mirar al mar.

Sólo quiero que pase el tiempo.

Cierro los ojos nuevamente y cuando vuelvo a abrirlos prácticamente ya no hay vuelta atrás, estamos metidos de lleno en lo que estos chalados llaman “Operación Gasolinera”.

UFFF.

Hace rato que ha anochecido y estoy en la furgó de Jon, que de repente se gira desde el asiento del conductor y me dice que “está todo controlado”.

Yo estoy sentado justo detrás.

Levanto las cejas y agacho un poco la cabeza para hablarle en voz baja.

—¡Pero qué ostias controlado! Hay dos jodidos maderos ahí dentro, y hasta que no se larguen, no podemos bajar del coche... — Digo nervioso.

Jon me mira.

—Podemos mirar las ruedas, el aire o lo que sea, para hacer tiempo hasta que nos dejen vía libre. Leire está sola ahí dentro, joder —añado más nervioso de lo que me gustaría.

Estas cosas es mejor tomárselas con tranquilidad.

—Si no está haciendo nada ilegal, joder... — Maider, que esta sentada a mi lado se acerca para hablarme.

Jon sale fuera y se pone a mirar las ruedas.

—Relájate —me dice por la ventanilla dándole un golpecito al cristal.

—Si tardamos demasiado tiempo va a resultar un poco sospechoso, ¿no? A ver que coño hace una embarazada dando vueltas y vueltas por el supermercado de una gasolinera. — Le digo mirando a Leire disfrazada a través del cristal de la puerta del súper.

Txelu está con ella y parece que está mirando los chocolates.

—Leire no es idiota, ¿vale? No necesita que andes todo el puto día haciendo de guardaespaldas coño, que a veces parece hasta famosa. Contigo de escolta todo el puto día. Además... — Añade Maider sonándose los mocos —está con su jodido novio, o marido, o lo que sea, joder.

Las embarazadas tienen antojos, a lo mejor está buscando algo que no hay, o yo que sé.

Esta tía ya me está tocando los cojones, y encima aquí se supone que no se puede fumar. Le lanzo inevitablemente una mirada llena de furia, y añade poniendo voz inocente que a ella no le parece sospechosa.

Me asomo por la ventanilla para ver cómo Jon comprueba el aire de las ruedas. La camiseta de Harley Davidson gris que lleva, se le ha levantado un poco por detrás dejando a la vista los músculos de su espalda.

Siento envidia.

—Empiezo a sentirme ridículo, ¿qué tal si finjo que cambio una rueda? —propone acercándose al cristal bajado.

—Si tío, y luego salimos corriendo sin ruedas, no te jode. —Le digo.

Nos reímos de la situación hasta que Maider se pone en plan seria, y nos sugiere que nos dejemos de chorradas, que ya vale de tonterías.

Vaya, ahora que me relajo yo, ella se empieza a preocupar. Pues qué bien.

—Lo que podemos hacer es entrar en el súper y si el asunto está chungo, lo podemos dejar para otro día. —digo yo —¿Vale? —pregunto levantando las cejas —Venga vamos.

Justo cuando bajamos del coche salen los polis, por suerte para ellos, y también para nosotros.

No llevan dulces jejejeje, se nota que no son americanos.

Leire está hablando con el encargado. Se van hacia el fondo a buscar alguna cosa. Se sopla el mechón que le cae sobre la frente en un gesto muy suyo.

Lo está haciendo muy bien.

Me alegra saber que tenía razón, cuando me repetía una y otra vez que sus clases de teatro no eran ninguna estupidez. Cualquiera día le dan el Oscar de la Academia.

Es muy buena. Mejor de lo que yo pensaba, y parece que vamos a tener suerte después de todo.

Estamos ocho personas aquí dentro. No tienen ningún empleado en el almacén, antes de entrar nos hemos asegurado de eso.

Sin policía, sin cámaras, con disfraces y un poco de suerte, esto puede salir bien. Un escalofrío de optimismo me recorre el cuerpo.

El encargado habla con Txelu y buscan no sé qué.

Fuera, el coche de policía arranca POR FÍN.

Starsky y Hutch se largan a tomar por culo de allí.

Jon asoma la cabeza por la ventanilla del coche y nos hace una señal.

Le hago un casi inapreciable gesto afirmativo a Txelu y nos decidimos a entrar en acción.

Que empiece la función.

La cajera está leyendo el horóscopo de una revista de cotilleo. Por lo visto ha intentado hacer el crucigrama sin éxito, porque lo ha tachado enterito y ahora parece interesada en lo que les pasará a los libra.

Su vida tiene pinta de ser bastante penosa, seguro que hace años que no está con un tío.

Junto a la estantería de música hay unos cincuentones con gafas de sol, y chancletas hawaianas de goma.

Uno de ellos lleva un sombrero color caqui de explorador y cámara, todo hace pensar que son turistas.

Nos ponemos los pasamontañas negros, y se hace el silencio.

Me voy al fondo a controlar a la embarazada y compañía, y Mairer se queda al frente controlando a la cajera y a los turistas exploradores.

Sacamos nuestras pistolas, que por cierto son de juguete aunque parecen muy auténticas, y apunto a Leire con ella.

Directamente a su cabeza.

A su falso pelo castaño que le llega casi hasta la cintura.

Me gusta más de rubia. Pone cara de susto y deja escapar un grito ahogado, se ajusta las gafas falsas, y finge que no respira bien o que le está dando un ataque de ansiedad.

Se merece un segundo Oscar.

Sonrío debajo del pasamontañas, y me dan ganas de decir eso de “alégrame el día”, pero me contengo y le digo simplemente que o se acerca o disparo y avanzo con ella hasta la caja.

El encargado está flipando. Se agarra el pecho y comienza a hacer gestos espasmódicos, a ver si le va a dar un infarto...

Le ordeno que este tranquilo, que nadie saldrá herido.

Maidier tiene controlado todo el asunto en la zona caja. Ha limpiado la caja registradora y también las carteras de la zona.

—No queremos que nadie salga herido, así que cuidado con lo que nos obligáis a hacer. Si todo el mundo hace lo que decimos, esto saldrá bien, pero si a alguien se le ocurre hacerse el héroe, mejor que se olvide. — digo en alto mientras Maidier coge el resto de las carteras, incluyendo la de Leire y Txelu.

Leire parece muy asustada, lloriqueando, hasta tiene la cara enrojecida del susto y Txelu intenta consolarla en la distancia, ya que está conmigo y mantengo la falsa pistola en su cabeza.

Los turistas exploradores están muy pálidos y con los ojos vidriosos, al borde del llanto.

No puedo creer que se hayan tragado lo de matarles.

No tenemos pinta de asesinos, ¿no?

¿Qué pinta tienen los asesinos?

Maidier corta el cable del teléfono con la navaja que siempre lleva en sus botas Doc. Martens.

Les atamos de pies y manos con un cable metálico mientras les avisamos de que no hagan fuerza para soltarse, porque el cable les puede cortar la piel y no queremos que mueran desangrados. Les vendamos los ojos y la boca.

Les metemos en diferentes estancias, no sin antes advertirles con voz seca y seria, que esperen 10 minutos sin moverse, y que después pueden intentar salir y seguir su vida como si no hubiera pasado nada.

Les recuerdo que no sean tan idiotas de denunciarlo a la policía, porque tenemos sus carteras, con sus dnis y sus direcciones de casa.

A la cajera y uno de los turistas los metemos en uno de los baños, y al turista con gorro de explorador en el otro. Al encargado le toca quedarse sólo en el almacén que queda en la otra punta de la gasolinera.

Por idiota.

Maidier se acerca al “explorador” y le quita violentamente la cámara réflex. No entiendo de cámaras pero esta parece que es buena y seguro que

vale un pastón.

Bien hecho.

Esto tiene que ser rápido y ya está hecho.

Sacamos a Leire y a Txelu de allí, y nos vamos en el coche a toda velocidad quemando rueda y sin dejar ni rastro.

No ha estado tan mal después de todo.

En la radio suena “Mr. Jones” de los Counting Crows a todo volumen. Estamos como locos, celebrándolo con gritos y haciendo planes para la noche mientras la adrenalina nos sale por los poros.

Un auténtico subidón recorre las venas de todo mi cuerpo.

Una forma fácil de ganar dinero rápido, y bastante dinero además.

Maidier tenía razón.

En la caja había un total de sesenta mil pelás y entre las carteras de todos, un total de casi treinta mil gracias a los turistas. Y tenemos la cámara para inmortalizar cada momento de esta noche.

¡Ahora a celebrarlo!

Es sábado por la noche, somos jóvenes y ¡tenemos pasta!

¿Se puede pedir algo más?

DOMINGO. LA SILLA TURCA Y EL FORD MUSTANG DEL 64 ROJO

Tengo un Ford Mustang del 64 de color rojo en el garaje.

También tengo un utilitario familiar de color negro, que es el que uso normalmente.

Estoy orgulloso del Mustang.

Muy orgulloso.

Tiene un motor Corvette de 350v.8 que yo mismo elegí y le coloqué. Mi mujer eligió la tapicería y demás detalles exclusivos que hay en el interior.

Tengo tres hijos.

De algunos estoy más orgulloso que de otros, pero sé que todos ellos hacen lo que pueden. Chapotean, más que nadan para no ahogarse en la vida.

Una abogada, una odontóloga y mi hijo pequeño, que es el nuevo director general del negocio familiar. Un negocio de alimentación que creé hace más de cincuenta años y que espero que siga muchos más.

También tengo nietos, un total de siete.

Un locutor de bingo, un aprendiz de delincuente juvenil, una estudiante universitaria que vive en piso compartido en Vitoria, una sanguijuela social, una dependienta snob, una estudiante de dieciséis años que viste como si tuviera veintidós y dos nietos menores de diez años que a saber cómo saldrán.

De momento son bastante geniales, pero el genio se suele apagar al alcanzar la mayoría de edad, y la mayoría de edad se alcanza, al llegar al entendimiento de la mayoría de las cosas. No a los dieciocho años como dicen. A cada uno le llega a su hora.

A algunos les veo casi a diario, a otros sólo en fechas señaladas, aunque no tengo demasiada complicidad con ninguno.

A los más pequeños les asusto un poco porque casi no se me acercan, les gusta observarme desde lejos con cautela y los mayores cada vez que me visitan es siempre por que necesitan algo.

La mayoría de las veces, es por dinero.

Tengo una casa fantástica, casi doscientos metros cuadrados hábiles y algo más de 300 metros de exterior con jardín. Un terreno con más de cincuenta árboles y un columpio de madera que han usado dos generaciones

de la familia, vecinos y amigos.

También tengo un apartamento en Lisboa, de unos cien metros cuadrados. Es un ático con vistas al mar y terraza enorme.

Mi mujer se enamoró de él a principios de los años setenta, y desde entonces hemos intentado ir de vacaciones todos los años, por lo menos una semana.

Era tan feliz en esa época..., es cuando empecé a conocer el miedo.

Cada vez que algo me iba muy bien en la vida, deseaba morir ante la angustiada posibilidad de que algo me arrebatara mi felicidad.

Me agobiaba el hecho de tener tanto que perder.

Era feliz.

Con Marga en este mundo, parecía posible cualquier cosa.

Ahora, soy viudo desde hace tres años.

Hay un órgano que es clave en la regulación de hormonas. Es una cavidad ósea que tiene forma de silla de montar invertida y por eso se llama “silla turca”.

Yo no sabía hasta entonces lo que era.

Cuando la prolactina está elevada, se tiene que hacer una resonancia magnética para comprobar si es debido a un prolactinoma, esto es, a un tumor benigno que desaparece con medicación.

Mi mujer no tenía un tumor benigno, y no pudieron curarla.

Dicen que un enfermo sabe cuando va a morir.

Ella tardó varias horas y durante todo ese tiempo sólo pude mirarla.

Sabía que la iba a perder y quería mantener esa última imagen fresca en mi cabeza. Mirarla todo el tiempo posible, para confirmarme a mí mismo que todos estos años juntos, no habían sido un sueño.

Cierro los ojos y aún puedo verla.

Exactamente de la misma forma. Con la misma expresión de estar muy lejos, con su piel pálida, sus ojos rasgados de color dorado, su pelo oscuro con algún mechón plateado de canas recogido en una trenza.

Jamás se me ocurrió pensar que ella fuese mortal, así que me llevó mucho tiempo hacerme a la idea.

Desde entonces no he dejado de sentir que me falta algo muy importante.

Hace tiempo que tengo un vacío enorme, es casi como una sensación de hambre que te oprime el estómago.

No sé cómo llenarlo, sólo sé que me falta algo.

Primero intenté llenar mi vida con plantas, plantas aparte de los árboles y el huerto que tengo.

Compré una enredadera de interior y murió a las pocas semanas.

En la floristería me dijeron que eran delicadas y me convencieron, no sé cómo, de que probara con algo más duro, como yo, como por ejemplo un cactus. No me parece que las enredaderas sean delicadas, porque hay muros y casas que albergan este tipo de plantas entre sus piedras, y siguen vivas a pesar de que nadie las cuida.

El cactus sobrevivió a una peligrosa plaga de bichitos para después de unos meses morir ahogado porque lo regué demasiado un par de veces.

En cierto modo sí que era verdad que nos parecíamos.

He ganado grandes guerras pero he perdido casi todas las pequeñas batallas.

Adopté un perro: Baxter.

Baxter es un rottweiler, y nos parecemos tanto que a veces tengo la impresión de que no le caigo del todo bien, pero me gusta. Siempre nos estamos gruñendo el uno al otro y casi nunca estamos de acuerdo en nada, pero nos entendemos a nuestra manera.

Dicen las antiguas leyendas indias, que Perro era amigo de Lobo hasta que prefirió las comodidades humanas, que por eso se hizo fiel compañero del hombre y nunca más volvió con Lobo.

Baxter es muy inteligente. Se maneja igual de bien en inglés que en castellano.

No es que haya recibido educación bilingüe, es que simplemente hace caso cuando quiere independientemente del idioma en que le hables.

Me volqué en mis amigos radioaficionados.

Somos una gran familia, y nos conocemos desde hace más de treinta años.

Suelo hablar con ellos, de todo esto porque se me hace más sencillo al no conocernos en persona y por la gran confianza que tenemos.

Todos me conocen como “Cuervo blanco”, no como “Gran jefe”, que es como me llaman habitualmente en casa.

Elegí este nombre porque según los esquimales, Búho tiñó las plumas de Cuervo con grasa de Ballena, por eso Cuervo tiene las plumas negras. Es el

único animal que puede acompañar a los muertos hasta la Aurora Boreal, y dicen que será un Cuervo blanco (sin teñir) el que anuncie la llegada del fin del mundo.

Cualquiera podría pensar que comparto mis sentimientos más íntimos con desconocidos, pero les conozco cien veces mejor que a cualquiera de mis hijos.

Toda mi vida he intentado no establecer relaciones materiales, para no ahogarme en una espiral de consumismo.

El ser humano tiene tendencia a llenar sus vacíos existenciales con cosas que no necesita. Después de una larga e introspectiva meditación que ha durado varios meses, me he observado a mí mismo desde el interior y lo que he visto me ha llevado a una clara conclusión.

No necesito nada.

Lo único que necesito es morirme.

Morirme.

Necesitaba una gran y merecida muerte cuando perdí a mi mujer, pero no la tuve y desde entonces estoy un poco perdido.

A mis 68 años no estoy en edad de dejar un cadáver bonito y veo la muerte como una digna retirada a tiempo.

Me siento como si hubiera llegado mi hora y la muerte no me hubiera encontrado, como si hubiera pasado de largo en un despiste.

Estoy convencido de que debe andar buscándome.

Creo que el suicidio es voluntario y que yo tengo claramente esa voluntad.

Alguna vez de joven lo pensé débilmente y sin hacerle mucho caso, pero no tenía motivos y fue más como una reacción automática de tirar la toalla por el cansancio acumulado, que otra cosa.

Con el tiempo mis ideas han ido madurando, y tengo más que superados los típicos argumentos negativos respecto al suicidio porque yo lo entiendo desde el punto de vista de mi tradición y mi cultura comanche.

Jamás entenderé porqué en esta sociedad es un tema tabú hablar de querer morirse.

Morirse es un derecho, y mientras todo el mundo dice que no merece la pena quitarse la vida, nadie se da cuenta de que tampoco merece la pena vivir por vivir.

Es un desprecio absoluto, hacer algo sin querer.

La vida es demasiado grande como para menospreciarla de esa manera.

Cuando sepan que he muerto todo el mundo pensará que es una mala noticia, pero nadie sabrá exactamente porqué. Siempre se piensa que la persona que se suicida pasa por un estado alarmante con problemas insuperables y que la mayoría de los suicidios son consecuencia directa de una crisis depresiva y que siente un dolor emocional insoportable. Tanto que no ve más salida que la muerte.

No es mi caso.

Se tiende a pensar que estas personas no quieren en realidad terminar con su vida, sino con su sufrimiento, y esto no es así en todos los casos.

No debería ser difícil de entender que existamos personas que simplemente no deseamos seguir viviendo, sin ningún motivo.

No hay que darle tantas vueltas. El derecho a suicidarnos es una extensión lógica de nuestro derecho a la hora de decidir sobre nuestro cuerpo. Negar el derecho de auto propiedad, me plantea conclusiones absurdas.

Igual de absurdo me parece que el derecho a decidir sobre nuestro cuerpo recaiga en otra persona que no seamos nosotros mismos.

En el suicidio al menos, siempre se cumple nuestra voluntad presente.

Alguna vez he imaginado que los médicos me diagnostican una enfermedad grave, física o psíquica, da igual, pero algo que sea irreversible.

Me negaría a seguir un tratamiento para que alargara lo que al final terminará sucediendo.

Es la naturaleza de las cosas.

No se puede ir contra eso.

Una decisión así no es fácil, no es algo que se pueda comentar con los amigos en una cena, ni con la familia, ni con el vecino regando el césped, ni con nadie.

Con casi nadie.

No tengo depresión, ni siento soledad, ni necesito hacer psicoterapia, ni que me receten antidepresivos.

Estoy bien.

Durante este año me he asegurado de tener una buena despedida con todas las personas que han formado parte importante de mi vida sin que lo supieran. Han sido más de 132 personas de las que me he querido despedir, y guardar ese último recuerdo para mí.

Sé que mucha gente me cree ese tipo de persona capaz de despedirse para siempre sin mirar atrás, pero aunque puedo hacerlo, me cuesta mucho.

A algunas personas he tenido que visitarlas en el cementerio, a otras sólo

las he podido observar desde lejos, por diferentes motivos que no vienen al caso.

He tenido que hacer muchos kilómetros, pero me he asegurado de que cada uno haya tenido su despedida.

A mi familia la he dejado para el final, porque era lo que más me costaba.

Estuve reunido con Nora, mi hija mayor, el mes pasado. Ella es abogada, y le pedí que hiciera algunos cambios en el testamento. Estos cambios están en un anexo que sólo se podrá leer después de mi funeral.

Le aclare que no era nada importante, para que no me creyera más excéntrico de lo que creo que ya piensa que soy, y con este pretexto aproveché para hacer mi despedida con ella.

Desayunamos en una pastelería del centro y dedicamos tiempo a hablar de nuestras cosas. Volvimos a ser “padre e hija”.

Aunque es mi hija mayor, por un momento me pareció que ella volvía a tener 9 años y un diente partido por que se había caído al suelo mientras corría. Conserva la misma sonrisa y sencillez de entonces.

Quiero que su hija Laura se quede con Baxter.

Laura es su hija menor, estudia en la universidad en un piso compartido de estudiantes en Vitoria y los veranos ayuda a su madre en el bufete. Seguro que no le dejan tenerlo en el piso, así que le pagaré el alquiler completo del piso que quiera los años que le queden de carrera o los años que quiera seguir estudiando. Sé que Baxter con ella estará bien.

La hija mediana de Nora no hace nada con su vida, ni estudia ni trabaja ni nada.

No lo necesita, siempre ha tenido todo lo que ha querido. Tiene veintisiete años y no quiere hacer nada con su vida, ni le preocupa. Es una especie de parásito que no va a valorar nada de lo que le deje, así que no le dejo nada.

La mayor de las tres hijas se llama Karen, y a pesar de haber estudiado diseño en las mejores universidades, trabaja como dependienta en una tienda de ropa de diseño mientras caza al marido millonario que ella cree que merece.

Me vende los trajes que llevo y no están mal.

Sé que le gustan las joyas, por eso he decidido dejarle un collar y pulsera de esmeraldas que sé que le encanta. Se lo regalé a mi mujer hace muchos años y ella jamás se puso porque le parecía demasiado ostentoso.

No tengo la más mínima duda, de que Karen lo estrenará enseguida.

Me despedí de mi hija Niza hace un par de semanas.

Es odontóloga, así que aproveché la última revisión.

No me tocaba hasta diciembre, así que la he tenido que adelantar unos meses, con la excusa de que igual hago un viaje antes de las navidades.

Se llama Niza porque la encargamos allí, en unas fantásticas vacaciones de verano.

Es muy diferente de sus otros hermanos, muy atractiva, incluso demasiado. No sé a quien se parece, porque en la familia no hay nadie así.

Parece una de esas de esas actrices de la época dorada de Hollywood.

Marga tenía la elegancia de Grace Kelly y de joven se parecía mucho a ella.

Mi hija Niza, es más del estilo de la más alocada Marilyn.

Le gusta vestir provocativa. Se lo hemos recriminado un montón de veces, sobretodo de joven. Ahora, a sus cincuenta años puede vestir como quiera.

Mi mujer le solía recordar a menudo que un escote profundo en un vestido de noche es sexy, pero que en la camiseta que lleva debajo de la bata de dentista es vulgar.

Niza me dijo que tenía una caries en una muela, pero que lo demás estaba todo bien.

Conservo la dentadura completa, soy la envidia de mi generación.

Me quería empastar en el momento pero le dije que prefería dejarlo para más adelante, y me dio cita para el cuatro de noviembre.

Si tengo previsto morirme, no tiene sentido sufrir a lo tonto empastando una muela.

Niza me dijo que estaba pensando ampliar el negocio y poner otra consulta porque le iba bastante bien. Siempre ha sido trabajadora y emprendedora, en eso se parece a mí.

Todo lo que ha conseguido ha sido por si misma, con su trabajo y esfuerzo y no ha tenido ayuda de nadie, ni la ha querido nunca.

Pregunté si iba a necesitar algo para empezar y me dijo que no, que de momento sólo estaba mirando locales y que tras hacer cuentas, tenía todo cubierto. Claro, con lo que cobra por una simple limpieza, como para no. Bromeé sobre eso y me fui con muy buen sabor de boca.

A Niza le dejaría el coche y algo de dinero que tengo en un fondo, sé que no le hace falta, pero tiene tres hijos, dos de ellos pequeños y está ella

sola para sacarlos adelante.

Su hijo mayor trabaja de locutor de bingo. Es así de original. Nunca ha querido estudiar, pero ha conseguido encontrar un trabajo que le gusta, que no es poco.

Trabaja en el casino más grande de la ciudad y aunque todavía vive en la casa de la madre, sospecho que tiene ganas de independizarse, pero no se va por sus hermanos. Se llevan más de diez años y se quieren muchísimo.

Los tres, son hijos de padres diferentes, porque Niza nunca ha tenido suerte en el amor, y creo que a su edad, ya se ha rendido.

A él le dejaré mi colección de naipes antigua que sé que le encanta, y a los pequeños, los juguetes que les he comprado para Navidades.

Este año me he adelantado bastante con los regalos.

Me faltaba despedirme de mi hijo pequeño, John, que es al que más veo y al que menos comprendo. Él lleva mi nombre.

Nos llamamos igual: John F. Baker.

Siempre ha sido el más especial de todos para mí.

De pequeño tenía la misma mirada que un guerrero comanche y un espíritu casi mágico, pero con los años lo ha ido perdiendo.

Ahora no es, ni una tenue sombra de lo que era, pero confío en que recupere algo de lo perdido algún día.

El viernes pasé por el híper (el negocio familiar que yo creé de la nada y él gestiona) para despedirme, pero no le gustó nada verme allí, y tras discutir con su hijo se fue enfadado.

Llamé a su casa más tarde, pero nadie me cogió el teléfono.

A él le dejo el cincuenta por ciento del negocio, y a mis hijas un veinticinco por ciento a cada una.

No ha tenido su despedida, como a mí me hubiera gustado, y esa es la única forma que se me ocurre de decirle a destiempo que confío en él y en su gestión, y que sé que lo hará bien.

Nunca antes se lo he dicho.

Hay cosas que me cuesta decir, y no las digo, pero eso no significa que no las piense.

Espero que capte el mensaje y que lo valore de forma positiva.

El dinero no es nada, sólo significa lo que queramos en signifique. En este caso, confianza.

John tiene dos hijos.

El hijo mayor es igual que él hace años, tiene la misma mirada y

precisamente por esa mirada quise que le pusieran un nombre comanche, Quannah. A él le dejaré algunos de los recuerdos que guardo de mis antepasados. Sé que sabrá apreciarlos.

La hija pequeña parece más lista, pero con menos personalidad, aunque... ¿acaso alguien tiene personalidad con dieciséis años?

Para ella será mi guitarra, pues es la única de la familia que sabe tocarla.

La casa y todo lo que hay en ella, incluido el dinero que me sobre, se lo dejo a mis tres hijos.

A partes iguales, y que ellos se organicen como quieran, que la vendan o la compartan.

El apartamento de Lisboa es para la familia de mi mujer, puesto que fue ella quién lo compró y sé que esto le haría feliz.

Me he despedido de mi antiguo vecino, Martín, que está ingresado en un centro geriátrico.

Sólo es unos años mayor que yo, pero tiene alzhéimer y necesita cuidado especial. El centro está sólo a cuarenta minutos en coche, así que casi a diario le puede visitar algún miembro de su familia, aunque ni les reconoce.

No he querido (podido) dejarle nada en vida, porque dada su situación no lo podría disfrutar, pero yo pagaré su funeral. Su viaje al más allá a todo lujo. Llegado el momento, mi abogado se pondrá en contacto con la familia y les comentará mi decisión, tomada con todo el respeto del mundo.

No es broma. Tendrá el mejor ataúd de la mejor madera, y flores en las fechas señaladas durante diez años. A él le debo mucho, aparte de vecino también hemos sido buenos amigos en nuestra juventud.

A él le debo todo.

Antes de conocerme, Marga salía con él.

Se habrían casado con toda seguridad si yo no me hubiera entrometido. Siempre me he preguntado que hubiera pasado si yo me hubiese mantenido al margen.

Ellos eran novios en toda regla y estaban prometidos, aunque casi no se conocían.

Aparecí yo.

Un joven emprendedor americano con dinero, con mi físico exótico, moreno, bastante más alto que la mayoría... supongo que le hice gracia y ella me dijo que sí cuando se lo pedí.

Sólo nos conocíamos desde hace un par de semanas pero fue suficiente para saber que tenía que dejar de buscar esposa, porque ya la había

encontrado.

Nos casamos enseguida a pesar de ser tan jóvenes, con diecinueve y diecisiete. Marga era menor de edad cuando nos casamos.

Hoy en día algo así es algo raro, pero en mi época era diferente y en la cultura india, lo más normal del mundo.

El pobre Martín se quedó sólo y tardó más de diez años en encontrar esposa.

Se casó lo que se dice “mayor para la época” y su mujer era casi quince años menor que él.

Lo de terminar siendo vecinos y amigos fue una gran casualidad, se mudaron al lado cuando tuvieron su primer hijo, con la esperanza de tener muchos más y necesitar todo ese espacio.

Y así ha sido, porque Martín tiene cinco hijos, y 24 nietos.

A mis amigos Ángel Mari, Indalecio, Joaquín y Marcial les dejo pagadas las vacaciones de todos los años que les queden de vida.

Quince días al año con todos los gastos pagados para que puedan irse donde quieran.

Y estos son más o menos los cambios más importantes que he realizado en mi testamento.

Por lo demás, poco hay que decir.

Cada noche enciendo la radio para dormirme.

Mi programa favorito empieza a las dos de la madrugada, pero no importa. Con la edad cada vez me cuesta más dormir, y se supone que debería ser al revés.

El caso es que me paso las noches escuchando la radio, mientras que luego, durante el día a veces me da por cabecear, sobretodo después de comer.

El programa se llama “Game Over” y es todo un éxito, lo presenta Alba Garza. Tiene nose cuantos mil oyentes cada día.

A saber por qué tanta gente lo escuchará: insomnio, costumbre, aburrimiento... a lo mejor a alguien le gusta. El formato es simple, los invitados cuentan sus experiencias relacionadas con la muerte mientras Garza va dando paso a las llamadas.

El programa es un “talk show”^[10], en el que la presentadora hace de “oyente”, con toda la gente que llama con necesidad de ser escuchados.

Algunas de las personas que llaman suelen repetir y llaman a menudo, realmente son como viejos conocidos. Por ejemplo:

Leslie24

Dice que quiere suicidarse, pero que es tan cobarde que no sabe si lo conseguirá. Que “necesita” encontrar un método sin nada de dolor. Le echa para atrás el hecho de poder sobrevivir y quedar incapacitada de por vida. Busca un método perfecto.

Alguna vez se ha acercado peligrosamente al andén del tren. Alguna vez también se ha subido a un puente borracha y ha mirado hacia abajo antes de vomitar. Nada importante.

Su vida era perfecta hasta que sus padres murieron en un accidente de tráfico en junio del año pasado. Se siente sola y efectivamente lo está, porque no tiene familia cerca.

Cada día le supera y sale muy poquito de casa, hace más de un año que sólo sale para lo indispensable.

Gustavocarbonizado

Siempre se identifica con todos y nos entiende perfectamente. Él también se siente sin ganas y vacío.

Cree que su destino es no existir.

Tiene apoyo psicológico porque esta pasando por una depresión, pero no cree que le sirva de mucho.

Es auxiliar de farmacia y tiene a su alcance el maravilloso mundo de las pastillas.

Aconseja informarse bien sobre las sobredosis y aumentar la dosis porque si no se hace bien, sólo se consigue un lavado de estómago.

Nos informa acerca de la leyenda urbana que hay en torno a inyectarse aire en vena, que es verdad que provoca un paro cardiaco, pero que es muy doloroso y se tendría que realizar con la cantidad de aire suficiente para que funcione.

Cabezaenergía

Histriónico personaje que habla como un vendedor ambulante. Es bastante poco natural, y da la impresión de que está en una tómbola sorteando cacharros.

Alguna vez ha aportado algo de borrosa información acerca de cómo

conseguir un arma de fuego, pero en general lo que suele hacer siempre es informarnos sobre accidentes y catástrofes que ocurren en el mundo.

Pasan accidentes a diario, y a él le gusta recopilarlos para comentarlos después. En Moscú muere una familia entera por fuga de monóxido de carbono, mientras que en Granada unos jóvenes injieren setas venenosas por error, y les hacen un lavado de estómago. Ese mismo día, en Cádiz, un hombre intenta ahorcarse colgándose de la lámpara, es hospitalizado en estado grave. No por el ahorcamiento sino porque la lámpara no ha podido con el peso y se le ha roto en la cabeza.

Al parecer con este sistema se puede morir por tres vías: por asfixia en la estrangulación, por rotura de cuello (según Gustavocarbonizado es más rápido y menos angustioso) o por golpe en la cabeza si se cae la lámpara como en este caso.

Lolalula

Es una de las animadoras oficiales del programa. Tiene complejo de salvavidas. Es voluntaria todos los veranos allí donde hace falta y es feliz ayudando, aunque a veces es tan curiosa que ralla el morbo.

Tiene una voz preciosa y para ella la vida es preciosa y todo es bonito, le gusta el sol y las flores...

Me la imagino como una hippie trasnochada con guitarra incluida cerca de los cincuenta años, rodeada de flores y mariposas...

Promete visitar a Leslie24 porque ella también es de Madrid. Le aconseja que empiece por salir a la puerta de casa un día, que otro día se asome a la ventana, y después que vaya probando poco a poco a salir a la terraza e intentar relajarse...

Nos pide que no nos rindamos, que se nota que queremos vivir.

Que lo que nos está matando son las circunstancias y que eso, se puede cambiar.

Perdedor88

De buena familia, dice de sí mismo que lo tiene todo: dinero, tiene salud, tiene amor, incluso un buen físico, pero siempre hace hincapié en que a pesar de eso tiene muy mala suerte.

La vida le ha dado cosas muy buenas, pero también se las ha quitado de golpe, lo que le hace llegar a la conclusión de que hubiera preferido no

haberlas tenido nunca.

Es optimista y cree que merece la pena vivir, aunque suponga sufrimiento en algunos casos. Nos aconseja a todos hablar con un especialista, para agotar todas las posibilidades.

Su psiquiatra siempre le dice que está perfecto, aunque le hace probar un millón de tratamientos antidepresivos.

Jordi56

Está harto de todo.

Es de Badalona, y se muere de ganas de morir.

Su familia es de lo peor. Su padre les abandonó de pequeños, dejándoles un montón de deudas y la casa embargada. Su madre es prostituta y alcohólica. Finge que no la conoce cuando la ve por la calle. Sus dos hermanos son yonkis, aunque de ellos casi nunca habla.

En su día pensó en engancharse a la heroína igual que sus hermanos y morir de una sobredosis, pero no lo hizo porque pensó que ser como es, es lo único que tiene.

Quiere morir siendo él mismo: consciente, y seguro de lo que hace.

El día que se encuentre su cuerpo quiere que quede claro que es un suicidio y que lo ha hecho porque no le quedaba otra.

No le importa nada lo que piense la gente pero no puede aceptar que alguien llegue a pensar que es igual que su familia.

Se siente y es, un marginado social. Tuvo que dejar de estudiar con 12 años y le ha tocado sufrir asistentes sociales, trabajadores sociales y familias de acogida desde pequeño.

Actualmente trabaja repartiendo publicidad y sobrevive de forma asfixiada gracias a las escasas ayudas sociales en una pensión de vagabundos.

Es un romántico que echa de menos cosas que no ha tenido nunca. Echa de menos no haber tenido una vida “normal”.

No haber sido superficial, no haberse preocupado nunca de qué ponerse un sábado, no haber recibido jamás un beso sincero de una chica (se odia a si mismo haber tenido que mendigar amor, aunque deja claro que nunca contrataría una prostituta, que hay cosas que no se pagan y que ellas tampoco le darían un beso sincero..), añorar buenos tiempos, tener buenos

recuerdos, una novia con la que pasear, un mejor amigo desde el colegio, unas vacaciones, que alguien le llame por teléfono sólo para ver qué tal... tonterías así.

Fantasea infantilmente cuando dice que atracaría un banco antes de suicidarme y así al menos moriría con la satisfacción de haber hecho algo bueno, porque ellos son los que les quitaron la casa.

Decidido a suicidarse, busca a alguien que le acompañe.

Isamarina

No puede más.

Vive sola con su padre, un enfermo mental grave que es un ludópata y un psicópata que ha dejado en la ruina a toda la familia.

Lleva dos años haciendo terapia y medicada pero no mejora. Va a peor.

La idea del gas en la cocina le parece bien, y también la idea del envenenamiento, pero le preocupa que pueda afectar a algún vecino que no tiene culpa de nada.

En el fondo creo que sólo busca desahogarse.

Nia

Tiene 37 años, está casada y con un hijo, que tuvo hace unos años para ver si eso le daba sentido a su vida sin éxito. Cada vez se le hace más difícil todo.

Cree firmemente (como otros) que lo suyo ha sido una equivocación de nacimiento y no se siente preparada para seguir viviendo, a pesar de no tener problemas graves.

Dice que "sólo" tiene desgana y tristeza.

No hay que menospreciar nunca la tristeza, es una enfermedad

importante, que hace que todo se vea afectado. Es peligrosa porque se contagia enseguida.

Vive en una depresión constante desde hace años y está tratada por una psicóloga de la Seguridad Social, a la que visita cada tres meses.

Desea cada día que el destino sea benévolo con ella y le tenga reservado un temprano final.

Se ofrece para darle un beso sincero a Jordi 56.

Darkvader

Recorre a las drogas para evadirse. Suele llamar al programa cuando está colocado y es bastante gracioso porque su consejo y solución para todo es beber y fumar y drogarse, hasta que todo deje de tener sentido.

Escorpio

Escorpio se define a sí mismo como una “persona normal”, con novia, estudios y trabajo decente.

Su problema es que no siente nada de nada y tiene que fingir constantemente que le importan las cosas para no parecer un bicho raro.

Es depresivo desde el colegio y a pesar de haber cumplido todos los requisitos socialmente establecidos, se siente vacío.

A sus treinta y tantos años, ha intentado suicidarse por lo menos tres veces, que sepamos. Ahora está saliendo “del fondo de lo más oscuro” como dice, pero sabe que no tardará en volver a intentarlo.

Siempre da buenos consejos.

A Jordi 56 le dice cosas como: “Puedes cortarte las venas. Es la forma de suicidio más evidente, creo yo. Coge una cochilla de afeitar o un cuchillo y hazte bastantes cortes con toda tu furia. Lo tienes que hacer con fuerza porque la piel es bastante más dura de lo que parece. Si no, lo puedes intentar con una sierra. Después metete en la bañera para que no se cierren los cortes con el agua y te puedas desangrar más rápido.

El resultado es bastante teatral pero todo el mundo tendrá bien claro

que es un suicidio.”

Así, literal.

Silvia Ibiza

Es la bestia negra de Escorpio.

Siempre llama justo después de él para desmontar todo lo que dice. Respecto al consejo que le dio a Jordi56 de cortarse las venas dijo literalmente:

-“Eso es una estupidez. Yo la primera vez lo intente con un cutter pero no estaba muy afilado y no funcionó.

La segunda vez probé con una cuchilla y tampoco lo conseguí, por suerte. Ahora estoy arrepentida pero siempre me quedarán las cicatrices de recuerdo. No lo hagas Jordi 56.”

Silvia Ibiza tuvo una experiencia un tanto amarga. Se tiro de un tercer piso un día que estaba borracha y no había suficiente altura aunque ella pensaba que sí. Sólo consiguió romperse las piernas y pasar horas semiinconsciente en el suelo hasta que alguien la encontró.

Alguien que después de manosearla le robó todo lo que llevaba.

Despertó en el hospital, rodeada de toda su familia que le miraban como si fuera un extraterrestre, pasando muchísima vergüenza y humillación.

Se sintió juzgada e incomprendida.

Tuvo que dar un montón de explicaciones a pesar de ser la víctima.

Demon-hot

Es un chaval muy jovencito, de quince años, que dice que quiere morirse, pero no literalmente.

Su historia es que desde hace un año esta enamorado de una chica de su clase que le maneja como una marioneta. Una cosa está clara: que él la quiere y ella no.

Desde hace un mes la chica tiene novio oficial y ya no quiere volver a verle. Ella quiere que él desaparezca.

Demon —hot dice estar destrozado porque la chica lleva un año jugando con sus sentimientos, y no le importa hacerle daño.

Sólo piensa en desaparecer, pero no quiere preocupar a su madre. Una vez se llegó a tomar seis aspirinas de un gramo, dos paracetamoles de un gramo y tres ibuprofenos pero no pasó nada de nada.

Todo el mundo le anima y sospecho que nadie le toma realmente en serio.

Ha conocido a otra chica hace poco. A ver qué pasa.

Se ha acabado el tiempo de las despedidas y de todo lo demás.

Hoy, día veinticinco de septiembre de 1994, es el día.

He quedado con Jordi 56, y dentro de nada debería estar aquí.

He enviado un taxi hasta Badalona para traerle. Conseguí su teléfono y su dirección a través del programa de radio, y llevamos unos días hablando.

Daremos juntos una última vuelta en mi Mustang.

Un último viaje.

Preparo café mientras espero impaciente a que venga, y salgo al jardín a jugar un rato con Baxter hasta que llaman a la puerta.

Cruzo la terraza exterior a grandes zancadas, y cuando abro me quedo de piedra. A mi edad he aprendido que no hay respuestas para todo.

Ante mí tengo a un chaval muy muy joven, que me analiza con mirada seria y decidida. Probablemente hasta sea menor de edad.

—Soy Jordi —me aclara con esa voz tan grave, que me ha hecho pensar durante todo este tiempo que tenía treinta años más.

Jamás le pregunté la edad, daba por supuesto que tendría unos cuarenta y muchos.

Me cuesta reaccionar, y le pido que pase. Intento recomponerme con rapidez, porque puede que incluso haya entreabierto la boca involuntariamente.

—¿No has traído nada? —pregunto sin pensar.

Jordi está ante mí con las manos vacías, solo lleva unos vaqueros viejos y una camiseta blanca que también parece vieja.

Nada más.

—¿Necesitaba traer algo para morir? —me dice inocentemente, pero con un punto de sarcasmo que encuentro más que lógico.

Le invito a pasar a la cocina y allí charlamos un rato. Mientras tomamos un café e intento ir saliendo de mi asombro poco a poco.

Jamás me dio la impresión de que fuera un chaval tan joven. Cuando le pregunto la edad, me responde que tiene diecinueve.

Diecinueve.

Igual que mi nieto Quannah, pero no se le parece en nada.

Me mira fijamente a los ojos y añade que no hay ningún problema por su parte.

—No, no es eso — le digo —Es que nunca pensé, por tu voz y por tu forma de hablar que fueras tan joven...

Le ofrezco unos bollos de mantequilla para acompañar el café.

—Pensaba que el 56 era tu fecha de nacimiento. —añado.

—No.

Coge un bollo y lo mira detenidamente antes de darle un mordisco.

—Es mi número de expediente cuando estaba en familias de acogida. Mi expediente era el número 056.

Sonrío.

Vale.

Entendido.

—Jordi supongo que si que será tu nombre, ¿no?

—No, tampoco.

Sonríe y veo humedecerse un poco sus ojos oscuros.

Se nota el brillo de lágrimas resistiéndose a salir.

—Me llamo Salvador. Es como una broma pesada tener un nombre así, de forma que empecé a decir que me llamaba Jordi.

Le doy la razón y continuamos charlando.

Me cuenta que uno de sus hermanos está enfermo en el hospital, que le falta muy poco para morir por una infección.

—Curioso que él lo consiga antes que yo —observa mientras tamborilea con los pies en el suelo. Puede ser de los nervios o del frío, y frío no creo que tenga.

—Bueno, la muerte es algo por lo que pasamos todos tarde o temprano. Nos hace iguales a todos, porque es algo que todos los seres vivos compartimos. Algo que nos une.

Salvador termina su bollo en pocos mordiscos y se queda mirando el jardín desde el ventanal de la cocina.

—Tengo más de cincuenta tipos de árboles diferentes, ¿Te gustaría verlos? —pregunto esperanzado.

Me dice que sí con la cabeza y salimos fuera. Creo que ver el columpio de madera le deprime un poco, pero se le pasa al ver a Baxter tumbado al sol.

Un perro siempre es un perro.

Buen chico.

Baxter, te debo una.

—No lo entiendo —me dice extrañado arrugando el ceño.

—¿El qué?

—Que quieras dejar todo esto, ¿es todo tuyo? —pregunta interesado encogiendo los hombros.

—Sí

—Pues no lo entiendo.

Sonrío y le cuento la versión corta de mi idea, de mis intenciones, de mi mediocre estado de ánimo, de mis motivos...

Le hablo de mis antepasados, de tribus indias de las que no ha oído hablar, de tradición, de mitología, de creencias ancestrales, de la necesidad que tenemos los indios de conseguir una “gran muerte”, y cómo en mi caso ha pasado de largo para quitarme lo que más quería.

A Marga.

¡Menuda patraña para él!

¡Menuda forma de justificarme!

Me interrumpo al darme cuenta de que me mira raro y tengo miedo de haberle parecido un excéntrico o algo peor.

Un rico extravagante.

Sigue sin entender, y decido hablarle de cosas más “normales”, si es que se pueden llamar así a mi familia, al perro y a mis negocios. Le hablo incluso del cactus, lo que me hace sentir un poco infantil a mi edad.

A mi edad.

—Oye —le digo —No tenemos prisa. ¿Te apetece que hagamos algo, no sé... ir al cine, salir a comer a algún sitio? No sé.

—Vale —me dice acariciando a Baxter.

—Podemos intentarlo

—¿Intentar qué? —pregunta entre extrañado y desafiante.

—Qué esto funcione —y esas palabras me suenan tan raras incluso a mí, que me veo en la obligación de aclarar que no tengo ninguna idea romántica respecto a él.

—Enséñame el coche —me dice un poco tenso.

Vamos hasta el garaje y allí está el Mustang perfectamente preparado, rojo, reluciente, brillante, lustroso... imponente como siempre.

Me acerco y lo acaricio como si estuviera vivo y pudiera hablarme.

Sé que es una máquina, pero es mi orgullo, y el único gran capricho de mi vida.

Para mí, es como si respirase.

Salvador se mete dentro en el asiento del copiloto.

—Cuándo llamas a la radio pareces mayor —le comento desde fuera —
¿Dónde has aprendido a hablar así si no tienes estudios?

—No tengo estudios pero tengo carné de biblioteca desde pequeño. Sé leer y me gusta, supongo que eso influye. Me llevaban allí todas las tardes.

—¿Lo intentamos? —le pregunto de nuevo, mientras siento una punzada de esperanza o algo parecido en mi interior.

—Sube. —ordena en voz baja

Abro la puerta roja y brillante y me siento.

Saco las llaves de mi bolsillo y enciendo el motor.

Nunca ha tenido una oportunidad.

Le explico que no me estoy echando atrás, pero que él merece intentarlo una vez más y que estoy dispuesto a ayudarlo.

—Escucha. Tengo una baja en el hipermercado desde el viernes, podrías empezar mañana y no tendrías que hacer nada especial, sólo aprender. —se me ocurre de repente.

—Cierra la puerta —me dice en voz baja.

—De acuerdo.

El humo tóxico empieza a entrar en el coche.

Pasamos un largo minuto de tensión en silencio.

Salvador se gira y me mira.

Me dice que vale y yo apago el motor automáticamente y bajamos las ventanillas

Los dos nos quedamos sentados un rato en silencio observando la manguera que va del tubo de escape hasta la ventanilla.

Salvador se queda mirando el mecanismo, abre la puerta y sale del coche para quitarlo.

Vuelve a entrar.

Me froto la cabeza con la mano izquierda antes de coger el volante, y le pregunto si quiere ir a algún sitio.

—¿Vamos a dar una vuelta? —pregunto —A lo mejor te apetece comer algo...

—De acuerdo. Es un coche precioso, sería una pena no dar una vuelta en él.

Saco el coche del garaje con una sonrisa.

Sabía que este coche era especial, pero no sabía cuanto.

He fallado.

He fallado porque he estado equivocado todo el tiempo, no era mi momento.

Aún puedo estar a tiempo de encontrar una buena muerte o dejar que me encuentre a mí.

Todavía no es el momento.

Parece que de momento no me voy a poder librar del empaste de Niza.

CAPÍTULO 2: AMIGAS Y COMPAÑERAS DE CLASE

VIERNES. CLASE DE MATES

SÁBADO. DIARIO PARA ENMA

DOMINGO. AMO

VIERNES. CLASE DE MATES

¡Hola Enma!

¿Qué tal todo por ahí? Aprovecha y disfruta mucho de todo, porque cuando vuelvas verás que por aquí todo sigue igual que siempre, y eso aburre.

Perdona que no te haya escrito antes con las demás, pero es que he pasado por una crisis respecto a los chicos que me gustan.

Una vez más, las cosas me salen mal.

Te escribo, aunque tarde, para ponerte al día. Han pasado algunas cosillas, y como sé seguro que este fin de semana no va a pasar nada de nada porque estoy castigada (¡castigada!) gracias a Marta, a su madre (ya sabes), no merece la pena esperar más para escribirte.

No me da tiempo a enviar la carta por correo, pero el domingo te la daré en mano cuando llegues.

Mola que estés en Escocia estudiando inglés. Todo lo que cuentas, la gente que estás conociendo y lo que estás aprendiendo suena mil veces más interesante que cualquier cosa que me dejen hacer mis padres.

Que morro, aprendes inglés con tu padre, te diviertes y encima sacas buena nota.

Que envidia (sana) me das.

Yo ando fatal en inglés y mis padres son imposibles. Les comenté, que quería ir a Inglaterra a aprender, pero me han dicho que no, que sale carísimo y que aprender inglés no es tan importante.

Me han propuesto apuntarme a la academia del pervertido del vecino de Ana.

Agg.

Paso.

Yo era por irme de aquí más que por aprender, pero mis padres no tienen tanto dinero.

Lo único malo de viajar es que estás un poco incomunicada del mundo, aunque eso se llama desconectar, y de vez en cuando está bien hacerlo, que luego ya tienes el resto del año para morirte del asco.

Nosotros nos hemos ido quince días a Salou, y no había teléfono en el apartamento. Me sentía como en la Edad Media: tenía que salir a hablar desde

una cabina. No ha pasado nada interesante en todo ese tiempo, pero por lo menos me he puesto bastante morena. Playa, salir, paseítos con mis padres, y poco más.

He perdido bastante tiempo ayudando a mi hermana con sus cuadernos "Rubio", explicando y corrigiendo ejercicios. En el colegio los profesores les han recomendado a los padres que los hijos "hagan algo" durante el verano, que lean y que hagan ejercicios, así que mi hermana se ha pasado todo el verano con sus libros de "Teo" y "Donde esta Wally" (que ya me dirás tú qué tiene eso para leer).

Mis padres le han comprado un par de cuadernillos "Rubio" y me han ofrecido un poco de dinero por supervisarla.

También he jugado con ella todas las noches al "Conecta 4". Está pesadísima, no va a parar hasta que no me gane, y eso no va a pasar.

Yo he aceptado, en realidad no tenía otra opción y necesitaba pasta para poder revelar los dos carretes de fotos que tengo acumulados. Sólo eso serán unas tres mil pesetas.

Ah, bueno y encima que he perdido mis gafas nuevas de sol.

Mis gafas estilo rockero negras que tanto me ha costado conseguir.

Ha sido una gran pérdida, porque no sé cuando podré tener dinero para comprarme otras, aunque en esto es posible que mis padres cedan y me compren unas.

No las que yo quiero, pero me comprarán unas normales.

He visto unas, estilo aviador en la óptica del pueblo que no están tan mal, mi madre seguro que dice que son carísimas (para ella todo lo es), pero la verdad es que están rebajadas un 40% y tienen los cristales ahumados.

Tendré suerte si la convenzo.

A mis hermanos les han dejado no ir a Salou.

No sé cuantos años necesitaré tener yo para que me dejen quedarme sola en casa en vacaciones. Ellos sólo son tres mayores, y me pregunto, ¿al ser gemelos no tienen las neuronas repartidas entre los dos? No sé cómo mis padres se pueden fiar.

Desde que hemos vuelto de Salou he estado yendo todos los días a las piscinas, menos los últimos, que como me han castigado, pues nada, y ahora que empiezan las clases, se acabó lo bueno.

El último día que he estado, ha habido una tubería rota de las del cloro, y se han intoxicado muchos críos de los que estaban en la piscina pequeña.

El amigo pelirrojo de tu chico es un poco cerdo, el otro día me intentó

quitar la parte de arriba del bikini y le tuve que hacer unas cuantas aguadillas.

Al final le di un tortazo por asqueroso.

Es feo, lo único que tiene bonito son los ojos, azules, grandes y preciosos, pero por lo demás es bajito y rechoncho, o sea que nada.

Tu chico me preguntó por ti a ver si sabía algo nuevo. Le dije que no pero le conté que te estábamos escribiendo todas, así que igual te escribe él también.

Es tan romántico y hacéis tan buena pareja, la verdad es que se os ve muy bien juntos. Lo vuestro va para largo, se nota.

Nosotras hemos estado pasando por la cafetería todos los días, aunque sea una hora. Los camareros son supermajos y están superbuenos aunque nos están abandonando poco a poco, sólo quedan dos de cuatro.

Les hacen trabajar muchas horas y pagan mal, y claro, en cuanto encuentran algo mejor, se cambian de curro.

Una pena, con lo buenos que están ya les podían pagar más. Uno de ellos es primo de Idoia y está en el equipo de fútbol. Hay como un millón de chicas que andan detrás de él, así que paso.

Idoia ya ha empezado sus clases de música este curso, así que creo que a la pobre no le vamos a ver el pelo hasta las vacaciones de Navidad.

Ya somos dos las que estamos recluidas, yo castigada y ella para estudiar. Para el caso, lo mismo da.

Bueno, te informo sobre lo que creo que es lo que más te interesa. Tu chico se porta de momento bien. El otro día apareció con una cicatriz en la barbilla y una ostia en la rodilla, porque se había caído de la bici, ya sabes cómo anda, pero no le ha pasado nada grave tía, y la cicatriz le queda hasta bien.

Hablando de chicos, te comente que XX me gustaba de verdad — de verdad, ¿no?

Bueno, pues ya no me gusta.

Mi primer error fue enamorarme de él, el segundo fue seguramente no retirarme a tiempo, cuando empezó a pasar de mí.

Todo el mundo me decía que no me fiara, que era un poco cabrón, un poco chulo y mentiroso y que le gustaban mucho las chicas y salir.

Hasta mis padres me advirtieron, porque según ellos el hijo es igualito que el padre, con el que debieron tener alguna movida en el pasado cuando eran jóvenes y no se caen muy bien.

Es que si resulta que me levanto un día por la mañana, y el chico que me gusta les encanta a mis padres, te juro que me replantearía seriamente que es lo que estoy haciendo con él.

Me cuesta creer que mis padres puedan tener un pasado antes de que naciera yo o que hayan sido jóvenes alguna vez, pero es así.

Al parecer, el padre de XX y mi madre eran novios de jóvenes y él la debió dejar tirada por otra.

Flipa.

Lo mismo que me ha pasado a mí.

No es que mis padres tuvieran razón (no se la voy a dar), es que yo soy un poco ingenua. Ahora desde la distancia sólo veo claro que él me gustaba a mí y yo a él no.

Parece como si desde un primer momento estuviera escrito que algo así sucedería, que no podíamos acabar juntos, que lo nuestro era imposible. Y yo que pensaba que a mis padres no les caía bien porque es mayor que yo y tiene moto, pero había algo más.

Es increíble lo que unas palabras pueden significar en un momento dado.

La frase que me dijo cuando me dejó ha llegado a impactarme.

Se acercó y me dijo mirándome a los ojos:

—Ya no me gustas. No quiero volver a estar más contigo.

Se dio la vuelta y se marchó por el parque hacía su casa.

Yo me quedé allí clavada pensando en el mensaje que me había dado. No se podía ser más claro.

Se me hizo de noche en el mismo sitio y no me moví de allí hasta que no empezaron a bajar las persianas de los comercios.

Volví a casa tensa y maquinando una venganza ejemplar por el camino.

Ni siquiera veía a la gente que pasaba por la calle, iba bastante entretenida con mi guerra interior, pero para cuando llegué a mi cuarto, me di cuenta de que no merecía la pena.

Me metí directamente a la cama sin cenar ni ver la tele, y a la mañana siguiente me levante media hora antes, para ponerme guapísima para ir a clase.

Y me comí media tableta de chocolate Milka.

Le he visto la semana pasada en la plaza del pueblo, en fiestas, medio liado con una tía que no sé de donde la habrá sacado, pero se veía de lejos que era una guarra de campeonato.

Parezco una cría de cinco años pero no quiero saber nada de él, y es definitivo, ahora soy una Julieta sin Romeo.

No pienso ni escribir su nombre, a partir de ahora será XX para mí, pero de este tema ya no pienso hablar más.

Lo único bueno, es que ese mismo día se ha debido caer de la moto, y se ha dado un buen ostión.

Se ha roto un par de dientes y tiene toda la cara tan hinchada, no puede ni abrir la boca, así que por lo menos durante un tiempo no se podrá enrollar con esa.

No me gustaría morirme sin haberme enamorado y haber sido correspondida, y tal como van las cosas no sé yo.

Seguro que te ríes al leer esto, ya sé que sólo tenemos 15 años y que hay tiempo para todo, pero nunca se sabe y todas habéis tenido algún novio menos yo.

Me siento un poco desanimada de momento.

Al final terminaré haciendo un trato con algún amigo para que nos casemos al cumplir cuarenta años, si no tenemos pareja, como hacen los americanos (lo he visto en una película).

Ya se me pasará.

He estado unos días jodida, no me jode que él no me quiera, me jode que yo si le quería y no se lo merecía.

Como necesitaba hacer borrón y cuenta nueva y no sabía ni por donde empezar, me compré una revista de chicas pijas, que me prometía un cambio de todo, de vida, de look... hasta de amigos.

Eso ponía en la portada: “Vida nueva después del verano”.

Estaba dispuesta a seguir todas las indicaciones para conseguir un cambio total, pero lo dejé en la página 15 (hay 75), porque decía que era “muy recomendable salir sin planes y dejarse sorprender en locales en los que nunca se ha estado”.

No se para quien lo habrán escrito, pero no para mí, ni para ninguna de nosotras. En este pueblo hay 17 bares, todos son familiares, y en todos nos conocen desde pequeñas. Ninguno es parecido ni de lejos a lo que ellos llaman “local”.

Hice caso al día siguiente y me decidí a entrar al bar de “la Matilda” con la Vane para tomar algo en la terraza en plan chic, que es en el que menos solemos estar porque no vende “Fido Didos”^[11].

Allí dentro estaban algunos chicos de la clase de al lado jugando al

fútbolín, pero ninguno interesante.

Mi estilo y glamurosidad se fue por el váter cuando al pedir unas Cherrycoke, porque no tenían y tuvimos que conformarnos con unos zumos, y además, la Matilda salió de la barra para achucharme como si tuviera cinco años.

En plan madre total, me dio dos sonoros besos ventosa en la cara, y no paró de gritarme lo mayor que estoy.

Se acordó que le había traído a mi madre unos chorizos picantes del pueblo y me obligó a llevármelos envueltos en papel toda la tarde. Envueltos en papel y dentro de una bolsa de supermercado, pero aún así, olían que tiraba para atrás.

Unos críos que estaban comiendo pipas sentados en un portal se estuvieron riendo de nosotras, y casi nos dan con un balonazo. Al final nos tuvimos que ir porque con los críos no se puede razonar.

La Vane y yo intentando parecer algo... sofisticadas, con unos zumos y los putos chorizos en esa terraza con vistas a la carretera.

Deprimente.

Así es imposible.

Con eso no contaban los de la revista.

En otras cosas, sin embargo, sí que les he hecho caso. Por ejemplo, he sustituido las palmeras de chocolate de la merienda por manzanas (u otra fruta). Y también me he comido las verduras esas que parecen bonsáis que pone mi madre para cenar.

En la revista dicen que la verdura y la fruta es buena y saludable y que nos ayuda a mantenernos jóvenes, así que me he propuesto empezar a comer verdura, y la fruta a mordiscos, ya que sólo bebo zumos.

Mi madre casi llora de la emoción, es una exagerada siempre metiendose conmigo porque dice que sólo como mierdas, bollos y gominolas, pero no es verdad, también me gustan las pizzas y eso es comida sana.

De todas formas pienso cambiar mis hábitos alimenticios porque hace un par de semanas me pesé, y he engordado dos kilos este verano. Necesito empezar a comer bien, sólo me faltaba estar gorda a mi edad, casi prefiero no comer.

También he copiado de la revista un truco para dar buen olor a la ropa. Aconsejan meter manzanas en los cajones de la ropa del armario. Ya sabes que tenemos un millón de manzanos en la huerta, así que he cogido unas cuantas manzanas, las he limpiado y las he metido entre mi ropa.

Es verdad que dejan un buen olor, pero creo que casi no se nota.

Preferiría mil veces poder comprar alguno de los perfumes que anuncian en la revista, en vez de tener que hacer la chorrada de las manzanas.

Si quieres probarlo, te puedo dar unas cuantas cuando vengas.

No me he podido permitir ir de compras a renovar mi armario como aconsejaban. Vivimos en una época en la que cada día salen al mercado productos y modas nuevas y yo no me puedo comprar nada de nada.

En la revista venían unos cupones de descuento para comprar en algunas tiendas y los recorté y guarde en mi cuarto para poder usarlos cuando tenga dinero más adelante, pero mi madre al hacer la limpieza me los ha tirado. Según ella porque eran unos papelajos de propaganda, así que nada.

No hago carrera.

Estoy en bancarrota total después de verano, y paso de pedirles más pasta a mis padres porque no me la dan. Necesito comprar el “Siamese dream” de Th Smashing Pumpkins, que me encanta, pero no sé cuándo podrá ser eso.

De momento he conseguido grabar algunas canciones de la radio, pero no es lo mismo.

En cuanto a mi armario, mucho me temo que hasta mi cumpleaños (en noviembre) no podré estrenar nada de nada, aunque he aprendido a romper vaqueros y a desteñir y recortar camisetas...

Cuando vuelvas podemos quedar en mi casa y te enseño cómo se hace. Quedan bastante chulos.

Cambiando de tema, ¡me he cambiado el pelo y estoy emocionada! Ahora parezco mayor.

Me lo he cortado y la verdad es que está bastante —bastante corto, por detrás me toco la nuca y está cortísimo. También me he dado mechas, pero casi no se notan, porque sólo son un par de tonos más claras que mi pelo y después de este verano, lo tengo más claro que nunca.

La pelusilla de la nuca la tengo casi blanca.

Al nuevo peinado me han invitado mis tíos, le propuse que me adelantaran el regalo de cumpleaños, pero me han dicho que me invitaban.

Mejor, porque mis padres no me lo hubieran pagado ni de coña.

Bueno, pues las mechas molan un montón parecen de mi pelo y me encanta cómo me quedan. Me lo he hecho donde “Begoña”.

Hubiera preferido unas mechas verdes, rosas o azules o moradas, pero mi madre se ha negado con todas sus fuerzas (que son muchas). Dice que ya

tiene bastante con las “pintas” que llevo.

Que pesada es, siempre fastidiando mis planes, parece que disfruta con ello.

Algún día voy a sacar muy buenas notas sólo para ver si es verdad, que así me dejan hacer más cosas, porque no me lo creo mucho.

Desde que me las he dado, mi madre se pasa el día diciendo que soy demasiado “pequeña” para estropearme el pelo y mi hermana ya anda diciendo que ella se lo quiere cortar también y darse mechas, que pesada es siempre copiando todo lo que hago. A ella fijo que no le van a dejar y aunque le dejen, a las mechas no me va a poder copiar nunca, porque nunca le quedarán igual. Ella tiene el pelo mucho más oscuro y así no quedan tan bien. Yo ahora mismo soy rubia, rubia.

Su actitud es tan infantil, aunque que te puedes esperar, después de todo no es más que una cría de once años que va de mayor.

Ha cambiado su muñeca favorita de toda la vida, “Susi”, por la Gameboy y se pasa las horas jugando al Tetris y chinchándome porque se pasa más pantallas que yo.

A mí me da igual, si metiera las mismas horas que ella en jugar, seguro que lo haría mejor.

Mi madre está encantada, porque tener a su hija pequeña todo el día jugando a la maquina le ha dado “derecho” (en realidad se lo ha cogido) a tirar todas sus muñecas viejas.

Lo ha hecho y mi hermana ni ha rechistado, le ha dado igual porque dice que “ya es mayor”.

Ha tirado todas las muñecas menos “Susi”. A ella le tiene un cariño especial, dice que se la va a quedar para siempre. A mi madre le parece bien, porque sólo es una y piensa que también la acabará tirando.

Las muñecas, tendrías que haberlas visto: daban miedo. Parecen que las ha usado para hacer vudú.

A todas les faltaba algo: un ojo, un brazo, una pierna... y en todas había estado practicado peinados punkis con sus tijeras de punta redonda que casi no cortan. A algunas les había pintado crestas de colores con rotuladores. Mi madre las tenía unas ganas..., odiaba esas muñecas y hasta a mí me daban algo de mal rollo.

Parecían veteranos de guerra modernos.

No sé.

Una cosa rara y siniestra.

De todas formas tengo más que comprobado, que a mi hermana es mejor no hacerle mucho caso.

A veces no me deja ni respirar, siempre me sigue a todas partes, parece mi sombra y coge mis cosas sin permiso, da igual que no las necesite.

Le encanta cogerlas sólo porque son mías, tiene claramente el síndrome del hermano pequeño y está más caprichosa que nunca.

Ahora cada vez que se enfada conmigo porque no hago lo que quiere, le da por tirarme cacahuetes a ver si me muero. Le he explicado veinte millones de veces que aunque sea alérgica, sólo me muero si los como, no si me los tira..., pero nada, pues eso, que es una cría.

Además me los tira con cáscara...

Por lo menos ahora está un poco más entretenida, y me deja más en paz desde que estamos cuidando de la perra de la vecina, que se ha ido de vacaciones.

Es una gozada tener un perro en la casa, aunque mis padres no me dejan ni sacarlo a pasear sola. Están obsesionados con que no salga sola de noche a la calle. Se creen que me van a secuestrar o a violarme en cualquier esquina.

Yo ya les he explicado mil veces que no pasa nada, que hay mucha oferta de chicas solas por la calle, y muy pocos psicópatas asesinos dispuestos a matarnos pero no me creen.

Mucha oferta y poca demanda.

Sólo lo sacan mis hermanos y se pasan todo el día por ahí.

La prohibición de no poder salir entre semana, se la pasan por ahí.

Ahora mismo te estoy escribiendo en clase de matemáticas.

Es viernes a última hora.

No sé a qué mente sádica se le ha podido ocurrir programar este tostón a última hora. Y encima no nos podemos quejar, porque los institutos privados empiezan las clases una semana antes... tendrías que ver a mi vecina, Sonia, está de los nervios la pobre. Entre el horrible uniforme y las pilas deberes, no gana para disgustos.

Estamos todos súper aburridos, aguantando las cabezas con las manos para no hacernos de morros en la mesa.

No sabes la suerte que tienes de no estar.

Da asco mirar por la ventana y ver el buen día que hace.

Hace sol y hay cielo azul.

Intento poner la antena de vez en cuando, para saber al menos de qué está hablando el profesor pero es imposible.

Me muero.

A este profe, que por cierto lleva los mismos pantalones desde el martes, no se le entiende nada, parece que está borracho y tiene cara de estreñido.

No se le entiende nada, es que no sabe explicar las cosas, hace y hace y no explica.

Cuando le veas vas a flipar.

Menos mal que mis padres me han puesto un profesor de mates particular, que por cierto parece que me espía los sábados, porque cuando voy los lunes, me empieza a decir que quienes eran esos chicos, que qué bien acompañada voy y cosas por el estilo.

Yo creo que el tipo chochea, y eso que tampoco es tan viejo, tendrá como mucho 30 años o así.

Ah, no te quiero amargar, pero es mejor que lo sepas cuanto antes: es posible que nos hagan un control de lite para la semana que viene.

La “Gargamel” dice que no puntuará y que sólo es para que nos hagamos una idea (¿una idea de qué?), pero no me fío.

Seguro que gracias a eso, ruedan cabezas en mi casa, porque no sé si me va a dar tiempo a prepararlo.

Si saco mala nota, no me quedará más remedio que recurrir a Erika para que la falsifique. Bueno, para que me puntúe como merezco.

Erika se ha convertido en una auténtica experta en hacer justificantes y en falsificar cualquier firma por muy barroca que sea (como la de mi madre, que parece de convento gregoriano).

No le hace falta mendigar dinero a sus padres, el negocio le va bien.

Es una gran empresaria.

Me ha contado que se ha comprado una chupa de cuero negra carísima con cremalleras, y que está deseando que empiece a hacer frío para poder estrenarla.

Con “Gargamel” hemos empezado a leer un libro diferente cada uno y después vamos a tener que hacer un comentario de texto, y puede que algún trabajo más.

Vamos a tener que leer un libro cada mes, nos ha dicho, pero por lo menos nos lo dejan elegir a nosotros.

A mí me da igual, porque me gusta leer, y si ando mal de tiempo, siempre puedo escoger uno que ya me haya leído o alguno que tenga película, pero la mayoría de la gente odia la lectura, y encima nos hacen un control nada más empezar las clases.

¡No hay derecho!

La suerte no nos sonrío este año, se ríe de nosotros a carcajadas, que no es lo mismo.

A ver qué hacemos, me parece a mí que a este paso, Erika se va a poder comprar un yate para el verano que viene.

No sé si Ana2 te escribirá al final, porque lleva una semanita... que no hay quien la aguante, llena de cambios de humor: ha pasado de sensible, a muy —muy sensible, y a totalmente borde.

Ella sabrá.

Sigue practicando su firma.

Es un poco infantil, pero con lo friki que es, este detalle pasa desapercibido. Dice que quiere firmar en ¡¡¡élfico!!! Está loca con los libros de “El señor de los anillos”, y para Navidad se ha pedido un reloj despertador digital que tiene la música de “La guerra de las galaxias”.

Ya ves, y dice que se despertará con eso todos los días...

Ayer jueves, les dije a mis padres que me iba toda la tarde a la biblioteca a estudiar, y ellos muy desconfiados, me dicen que estudie en casa y que de salir nada de nada.

Yo flipo, ¡Me tienen recluida!

Ahora te cuento porque me han castigado desde el sábado pasado.

Nos enteramos de que en Bilbao había un concierto al aire libre de música electrónica y decidimos ir Vane, Ana, Ana2, Idoia y yo.

La música electrónica ya sabes que no nos va mucho, pero bueno, era cuestión de probar y darle una oportunidad, porque dicen que es el futuro y porque era gratis.

Yo no podía dejar de pensar todo el rato en que como se enteraran mis padres me mataban o me encerraban para siempre, pero ideé un plan.

Les dije que nos quedábamos todas en casa de Ana para dormir, y decidí arriesgarme.

Ese día los padres de Ana habían quedado con unos amigos para ir al cine y salir a cenar. Hoy se estrena “Forrest Gump” y tiene muy buena pinta. Yo también pienso verla en cuanto tenga dinero, aunque a este paso, tendré que esperar a que la den en la tele... porque no veo la manera de solucionar

mis problemas económicos.

Bueno, el caso es que los padres de Ana volverían más tarde que nosotras fijo, porque después de cenar seguro que se quedaban a tomar algo.

Nadie se iba a enterar de nada.

El concierto era a las diez, así que con que volviéramos a casa antes de la una, nos daba tiempo de sobra.

Quedamos todas en casa de Ana a las cinco para dejar los sacos de dormir, pijamas y mochilas, y salimos a la calle a dar una vuelta y comprar los billetes de tren. El último tren es a las doce menos cinco de la noche, nos teníamos que asegurar como fuera, de que no lo perdíamos.

Había unos críos jugando a poner monedas en las vías. Estos críos no ven el peligro, son la ostia.

Cuenta la leyenda, que las monedas quedan finas y planas después de que pase el tren, y dicen también, que si lo haces bien y te quedan del tamaño de una moneda de 25 pesetas y te sirven para las máquinas de la sala de juegos. Para viciarse al Street Fighter, que por cierto, dicen que van a sacar la película para el año que viene, y sólo con que sea la mitad de buena que el juego, romperá las taquillas.

El juego es buenísimo, mis hermanos saben un montón de combinaciones de botones y movimientos de palanca con las que consigue golpes y patadas alucinantes. Yo he probado pero no me salen, será cuestión de practicar más.

Yo lo de las monedas no lo sé, no lo he hecho nunca, sólo sé lo que cuentan, soy demasiado mayor para andar con esas gilipolleces.

Al tema:

Cuando volvimos a casa de Ana ya eran las siete, y sus padres nos habían dejado cena hecha y se estaban preparando para salir.

Vaya diferencia con los míos.

Se ve que respetan a su hija y no la tratan como una niña pequeña. Le dan confianza.

¿Sabías que Ana a veces va con sus padres al cine, te lo puedes creer?

Así, en plan colegas.

Yo con los míos no voy de forma voluntaria a ninguna parte, si no obtengo algo a cambio.

La Vane trajo “Eduardo Manostijeras” (otra vez más, pero merece la pena verla aunque sólo sea por lo bonita que es la historia) y nos pusimos a verla en los sofás de la sala comiendo palomitas de bolsa.

Eran las siete y media, y tal y como nos dijo Ana, sus padres habían quedado con sus amigos para tomar algo antes de ir a cenar.

Era bastante probable que tomaran algo por ahí después de la cena, así que nada podía salir mal

En cuanto se fueron, apagamos la tele y fuimos a la cocina a cenar a toda prisa. Habían dejado sándwiches, salchichas y una tortilla de patatas con pimientos verdes. Parecía que no habíamos comido en siglos, porque cenamos en menos de diez minutos jaja, (Ana2 se atraganto por reírse y casi vomita), engullimos la comida como pelícanos jaja, todo porque teníamos prisa por coger el tren de las nueve y sabíamos que íbamos a tardar mucho más en prepararnos, vestirnos, peinarnos y maquillarnos.

Pusimos un mix de música y nos pusimos manos a la obra. La primera canción era “Animal nitrate”

Yo llevé pintauñas negro para todas, hace poco bajé a Bilbao a comprar más. En la tienda de disfraces donde los venden ya soy como de la familia. A ver para cuando empiezan a vender pintauñas negro en las mercerías y perfumerías.

La Vane nos pintó los ojos a todas y Ana2 me dejó su camiseta desteñida verde con un solo tirante y flecos deshilachados, que me encanta. Es nueva, no se la has visto. Sólo se la ha puesto dos veces.

Es verde, el color me encanta, y el corte que tiene sienta perfecto, creo que es la camiseta más bonita que he visto en mi vida, pero bueno tu imagínatela normal porque sino cuando la veas te va decepcionar un poco.

Piensa que es una camiseta verde lisa normal.

Ella se puso una que le trajeron sus tíos del concierto de Nirvana en Bilbao hace dos años. No había su talla y su madre se la ha tenido que arreglar para que no pareciera un fantasma con ella.

Es una reliquia. Es auténtica.

Mataría por tenerla.

Fantástica, seguro que dentro de unos años se revaloriza y se convierte en obra de arte.

Jamás les perdonaré a mis padres que no me dejaran ir con mis hermanos, porque con trece años, podía haber ido.

Mis padres venga a decirme que ya tendría más oportunidades de verlos en otros conciertos, que no se acababa el mundo y mira: suicidio de Kurt Cobain por sorpresa.

Me encantaba. Siempre he sido plenamente consciente de que no tenía

ninguna oportunidad con él, porque él estaba allí y yo aquí, pero por lo menos compartíamos el mismo mundo, ahora ni eso.

El grupo se va a la mierda por la muerte del cantante y ya no hay grupo que valga. El último gran concierto histórico del siglo y me lo he tenido que perder...

Vane me pidió mis pantalones negros nuevos con cremalleras, y que quieres que te diga, le quedan mucho mejor que a mí.

Será feílla de cara pero de cuerpo no está nada mal, parece que tiene hasta dieciocho años. Sabe pintarse y andar con tacones, por eso parece tan guapa. Esos pantalones, una camiseta ajustada y con escote y seguro que le dejan entrar en cualquier bar. Tal vez mejor con una falda y medias de red.

Ana llevaba unos pantalones de cuadros escoceses con camiseta negra agujereada. Los pantalones no le quedaban muy bien, pero es que con ese corte tan ajustado no le quedarían bien a casi nadie. Estaba guapa de todas formas.

A Idoia le habían comprado sus padres en verano un bolso precioso, de piel negra con tachuelas y pinchos, precioso. Se vistió de negro y gris entera, quedaba muy bien.

Pillamos el tren de las nueve según lo previsto y para y media estábamos en Bilbao, vestidas, peinadas, pintadas como nunca y comiendo los sándwiches que nos habíamos llevado envueltos en el bolso.

La Vane consiguió un par de botellas de licor del almacén del supermercado de su padre, y nos pusimos a beber en un parque, donde había más gente bebiendo.

Allí me encontré con Eneko, con su camisa de leñador de cuadros grises y verdes, vaqueros rotos y Nike Air.

Estaba bebiendo subido en un murito y jugando con un puntero láser, tenían incluso un pequeño reproductor de música.

La calidad del sonido no era muy buena, pero algo es algo. Rage against the machine tampoco es que tengan un sonido muy limpio que digamos...

El y sus amigos llevaban bebiendo desde la tarde. Habían pillado sólo ocho litros para diez y se les había pasado la borrachera, así que tuvieron que volver a pillar más litros para volver a emborracharse. Estuvimos con ellos un rato, y después por nuestra cuenta.

Uno de sus amigos, el que le gustaba a la Vane (no sabemos cómo se llama), se sorbía los mocos cada vez que hablaba.

Era asqueroso.

Bueno, pues que sepas que ya no le gusta.

Que pena que haga eso porque el chico es bastante mono, es moreno de pelo muy cortito y ojos negros, con nariz afilada y boca fina. No se como se llama pero es uno que viste de colores vivos y tipo raperillo. No sé, igual te suena de vista.

Los bares quedaban un poco lejos del parque y por no ir hasta allí, tuvimos que mear entre los matorrales.

Vane y Ana2 consiguieron comprar tabaco de contrabando en un puesto ilegal, pero las timaron, porque les cobraron más de lo que vale en las maquinas.

Eneko sabe que ahora estoy interesada en otro (ya no) y estoy segura de que algún día se arrepentirá de haberme dejado tirada.

Me dijo que no estaba seguro de lo que sentía por mí.

Increíble.

Cuando no sabes si te interesa alguien, es que no te interesa, porque cuando es que sí, suele estar bastante claro.

Me dijo que le daba palo llamarme y hablar conmigo y que le llamara yo para hablar, (menuda jeta). También me dijo que yo era su mejor amiga, muy chistoso él, teniendo en cuenta que no nos vemos desde hace más de dos meses.

Me contó que se ha sacado el carné de conducir (el ya sabe conducir desde los dieciséis) y que cuando se sacó las fotos estaba tan nervioso que no parece ni él. Nos lo enseñó, y es verdad que ha salido con una cara muy rara, no parece la suya.

El concierto empezó tarde y sólo duró una hora, pero estuvo muy bien. Había gente mayor y muy rara, a veces no sabías si estaban bailando a ritmo frenético o les estaba dando un ataque epiléptico, pero en general había muy buen ambiente.

Cuando vuelvas y deje de estar castigada, podemos probar a salir por los bares, aunque tenemos que ir muy seguras, porque piden el carné en todos los sitios.

Nos lo pasamos genial bailando y haciendo el tonto, aunque luego la vuelta a casa fue de coña: tuvimos que esperar cuando acabo el concierto a que Ana 2 acabara de discutir con un subnormal que andaba por allí.

Él le pidió un cigarro y ella le soltó que no era ningún estanco y bla, bla, bla... su rollo (como aquella vez que le pedí un vaso de agua en su casa y me soltó delante de sus padres que no era ninguna camarera).

Esto te estoy hablando que pasó a las tantas de la noche y para que te hagas una idea, para entonces ya estábamos sentadas en el bordillo de un portal aburridas y con botellín de agua en la mano.

Ana2 estaba en el mismo plan que cuando la perdimos en carnavales, que nos dejó tiradas y encima tenía las llaves de mi casa: se las dejó para que me las guarde en su bolso por si acaso las pierdo, y resulta que se pierda ella.

Fue una mierda porque nos pasamos horas buscándola con esa mierda de disfraz con el que tranquilamente podíamos haber muerto de congelación aguda, y ella en plan a lo suyo, sin preocuparse de nada, menos mal que al final la encontramos. Se le había ocurrido pelearse con unas tías mientras se perdió y acabó en urgencias.

Que bestia.

Encima iba disfrazada de Viernes 13 y no se sabía cuál era la sangre de verdad y cual la de mentira. Al parecer rompió una botella para pelearse pero se cortó en el brazo ante las risas de las otras. Menos mal que la encontramos.

En el mismo plan que cuando quiso gastar una broma echando pegamento en la taza del WC de unos cines. El pegamento era como para niños, no pegaba pero como a ella le gustaba el olor, le dio igual que llegáramos a ver la película cuando ya había empezado.

Si repites esto lo negaré, pero a veces me dan ganas de pasar de ella y mandarla a tomar por culo. En serio que no la entiendo.

El caso es que terminó quedando con el tío ese para otro día.

Ahora dice que el tío es majo y que no está mal.

Yo no sé qué pensar, es un tío que a sus 16 años dice la c y z como la s: dice “bisi”, “zapatilla”...

A veces se va con el primero que se lo pide, pero bueno, ese es otro tema.

Ahora llego al tema de por qué me han castigado...

En el tren de vuelta nos encontramos con Marta y estas.

Llevaban un look súper cutre de vaqueros demasiado ajustados con botas, camisetas de colores chillones y chaqueta vaquera desgastada llena de chapas. Todas vestidas casi igual con el mismo peinado de pelo plisado, parecían azafatas.

Tu pensaras: “¿Qué Marta, la tetona o la dentona?”. La tetona.

A la otra le hemos empezado a llamar “Castora”.

Que fuerte, Ainara se hacía la borracha y le salía muy mal. Se notaba un montón que estaba fingiendo.

Que puta coincidencia, son tan falsas... No hacían más que mirarnos, y se notaba que hasta se reían sin ganas.

Me ponen enferma.

Parecen hienas.

Y pensar que un día fuimos amigas... ahora no sé ni por donde pillarla. Además odio que pase de mí de esta manera, si lo llego a saber, hubiera pasado yo de ella primero, cuando no tenía amigas y yo era su única opción.

Cualquier día le digo lo bien que me cae, porque al final me han pillado mis padres gracias a las harpías estas.

Los padres de Ana no se enteraron de nada.

¿Adivinas?

Si, si, la cotilla de la madre de Marta se lo soltó a la mía el lunes en la carnicería, y es por eso que estoy castigada sin salir este fin de semana.

Por lo menos he conseguido que mi madre no hable con los padres de las demás, sino fijo que estábamos todas castigadas. Todas menos Vane, porque sus padres le dejaban ir al concierto y ya sabían que ella iba a ir.

¡Qué suerte tiene!

Mis padres se sienten traicionados y dicen que ya no pueden confiar en mí. Me han dicho que no es que tengan motivos para desconfiar de mí, sino que simplemente ya no me creen.

Y se han quedado tan panchos.

A veces me da como que son infelices por naturaleza y su única finalidad en este mundo es pillarme en cosas para castigarme, porque sin esto, seguro que sus vidas serían mucho más aburridas.

Da que pensar. Si ellos son tan buenos simulando que son perfectos y felices, ¿cómo son realmente? Y lo que es peor, ¿cómo serían si fueran felices y perfectos de verdad?

Me jode porque ya tengo 15 y me tienen retenida en la puta casa todo el rato, y mi padre (ese que te cae tan bien), se ríe de mí en mi cara por no poder salir.

Es un cabrón.

No sé qué hacer para que me dejen salir, pero ya se me ocurrirá algo. Todavía me acuerdo de un fin de semana antes del verano que no salí (porque tenía que recuperar unos exámenes, pero mis padres no lo sabían), que mis padres no hacían más que preguntarme a ver porque no salía y si estaba enfadada con alguien. Y ahora mira.

Marta y estas no sé de qué van, todas estiradas y con cara de santas, si

luego el lunes tenían todas la voz como la madre de los Simpson.

Seguro que han bebido alcohol y han estado fumando. Joder, y son mis padres los que desconfían.

Ah, no sabes, Marta se ha comprado una sudadera como la tuya pero en roja. Le queda fatal. Ese mismo día en el entrenamiento oí una conversación entre ella y Ainara, que se iban a hacer un piercing, en el ombligo una, y en la lengua la otra. Son tal para cual, siempre cuchicheando y con risitas.

Yo lo tengo claro, en cuanto cumpla 18 me escapo donde sea para hacerme un tatuaje, aunque todavía no tengo pensado el sitio ni el dibujo.

Tengo que conseguir dinero como sea. Vane ha estado repartiendo propaganda del híper de sus padres y ayudando a reponer ha conseguido algo de pasta, no mucho, porque la familia siempre se aprovecha, ya sabes.

No sé que podría hacer yo.

Mis padres tienen dinero, no entiendo porque no me dan nada.

He pensado que a lo mejor puedo ayudar a mi vecina Begoña en la peluquería limpiando o barriendo o algo, porque es bastante enrollada y yo tengo casi todas las tardes libres, pero no sé si necesitará ayuda.

Ayudar a mis padres en casa es imposible. A mis hermanos les dan todas las facilidades de poder currar y a mi no me dejan hacer nada, sólo me dejan estudiar y aburrirme.

El otro día salí a la terraza a fumar y casi me pilla mi padre porque volvió a casa antes de tiempo. Primero no encontraba ningún mechero por la casa, y el mío te lo has llevado tú. Tuve que encenderlo con la tostadora y después tuve que fingir que estaba regando las plantas y echar el cigarro dentro de la regadera. Si me llegan a descubrir me castigan otra vez más fijo, pero no lo van a descubrir, y si lo hacen, siempre le puedo echar la culpa a cualquiera de mis hermanos.

Mira, Ana2 ahora mismo está bostezando exageradamente y oliendo rotuladores jaja que graciosa está. Antes en el pasillo me dice:

—En esta clase voy a intentar dormir un poco.

—¿Intentar? Yo flipo, si para ti dormirte no es ningún esfuerzo, joder. Intenta hacer las ecuaciones que es mucho más complicado. —le he dicho yo.

Se ha reído, pero no se lo he dicho de coña, es que es verdad, es la persona del mundo que más duerme. ¿Cuánto? ¿Catorce horas al día en total? Pues más o menos. Es una pasada, y que encima tenga el morro de decir que va a “intentarlo”... después de la siesta que se ha echado en la clase de

gimnasia.

Hoy hemos tenido gimnasia a primera hora. A oscuras, y como hace buen tiempo nos han dejado salir fuera.

A oscuras.

No sé muy bien que sentido tiene esto, nadie lo sabe, el caso es que Ana2 ha estado sobando en una colchoneta durante toda la clase.

El profesor nos ha dejado hacer un poco lo que nos ha dado la gana.

Ha dicho que tiene un trauma postvacacional y que le va a durar unos cinco meses (ósea, hasta las siguientes vacaciones, las de navidad).

Hemos jugado los chicos a futbol y las chicas a baloncesto, excepto Marta y estas, que ya no saben que hacer para llamar la atención y han decidido jugar con los chicos.

Se han puesto de defensas y se han pasado toda la clase cotilleando y limándose la uñas hasta que a Ainara le han dado un balonazo en la espalda y ha lloriqueado.

Yo alucino, si juego un partido tengo mi orgullo. Si pierdo, pierdo, pero nunca me dejo ganar.

A ellas el partido les da igual.

El de mates le ha preguntado no sé que a Ana 2, supongo que molesto por que nadie le hace caso, y claro, ella no tiene ni idea, jaja.

El aire está cargado de murmullos, porque nadie se entera de nada, nadie sabe qué coño ha preguntado. A mí también me da igual.

Con el olor de Iñaki (se sienta delante), esa mezcla de olor a sudado más la colonia de niño pequeño que le echa su madre, no me extraña que Ana2 huela los rotuladores. Se ha comprado un boli multicolor de esos gordos que tienen no sé cuantos colores (aunque la mitad no le pintan), y ahora se pasa las clases adornando los cuadernos con dibujitos.

Bueno, pero que fuerte, le acaban de echar la bronca y ella ni se está enterando.

La repelente —bruja —zorra de Nagore levanta la mano para responder. Será muy lista con las clases, pero desde el lunes no se ha vuelto a lavar el pelo.

Eso no es muy inteligente por su parte.

A Mari le ha entrado un ataque de tos y ha tenido que salir corriendo al baño, lleva unos días mala de la garganta. Este verano le ha crecido la melena un palmo más. No se como le crece tan rápido. Ahora tiene la melena más larga de todo el insti con diferencia.

Ana 2 ha empezado bien el curso: pasa de todo, dice que va a dejar todas y que lo tiene más que asumido, pero que cada vez que se lo comenta a sus padres no se lo creen. Yo si la creo, ya verás tú que sorpresa se llevan los pobres.

Ahora que me fijo, Iñaki lleva los zapatos exageradamente sucios de barro de haber andado jugando al futbol en el recreo, como si hubiera estado andando por arenas movedizas o algo así. También lleva los vaqueros manchados de verdín en las rodillas y en el culo. Como son bastante claritos, se nota un montón.

Si su madre fuera como la mía se ganaría una buena bronca, pero creo que su madre pasa de él.

Que tío más raro, siempre anda por ahí con cara de pasmado.

Y qué crío es.

No sé si este tío habrá tenido algún pensamiento inteligente en su vida. A lo mejor si que lo ha tenido y no se ha dado ni cuenta.

En la tienda de fotos “Juanxto”, tienen una foto suya en el escaparate. Bueno suya no, sale él al fondo fondo sin camiseta, con ese cuerpo sin un solo músculo que tiene parece una niña pequeña, tan feíto y tan blanquito... Es un paisaje que han sacado en la playa, y este sale por casualidad.

Cuando pases por allí fíjate, seguro que te echas unas risas.

Aparte de esto, no tengo nada más que contar.

Bueno, que antes en el recreo Ainara ha estado todo el rato hablando de tortugas, no-se porqué y que Patxi lleva un par de días poseído (según él).

Dice que Satán es su amo, come Peta zetas en clase, y se pone a hacer pesas con una silla.

Es bastante gracioso verle.

Se ha dejado cresta y se ha puesto un pendiente, parece otro.

Ha crecido de repente, y excepto por lo de Satán y eso, se le ve mucho más maduro.

Erika, Arrate y Javi han estado decorando las puertas de los baños con rotuladores permanentes, les han pillado y se les ha caído el pelo. Les han echado una buena bronca por “destrozar” el centro, y creemos que les van a obligar a limpiarlo después de clase.

Que pena porque todos estamos de acuerdo de que están mucho más bonitas ahora.

Vane nos ha contado que en clase de inglés (han hecho un desdoble de clases y nos han separado, tú estás con ella), les han hecho una encuesta que

incluía preguntas como:

¿Te casarías con una embarazada?

¿Tendrías relaciones prematrimoniales?

...

¿Que nos pregunten esto es legal?

Hemos flipado, no sabemos muy bien por donde van los tiros pero si la hacen en nuestra clase, van a flipar con las respuestas.

La semana que viene vamos a hacer una evacuación de incendios.

Un simulacro como el del año pasado, dios que desastre, nos salió peor imposible pero por lo menos perdimos un buen rato de clase.

La verdad es que me parece una bobada, porque si hay un incendio de verdad la gente va a hacer lo que le dé la gana.

Necesitamos un respiro.

Si no hay simulacro, que tengamos pronto al menos algún aviso de bomba. Solemos tener unos cuantos al año, ¿no?, y por lo que sabemos todos, ninguno ha sido “real”.

Cambiando de tema, el miércoles Ana 2 tuvo un día de lo más tonto con Idoia, metiendose porque si, con que es lista y toca el contrabajo. La conversación fue más o menos así:

Ana 2: ¿Y qué clase de instrumento es un contrabajo?

Idoia: Lo has visto mil veces. Es lo que me gusta tocar.

Ana 2: Ah, vaya rollo tus clases de música rodeada de cerebritos todo el día.

Idoia: No son cerebritos, son gente normal. El tío ese que te gustaba antes viene a solfeo conmigo.

Ana 2: (picadilla) ¿Qué tío?

Idoia: Aitor Martínez. (Y después de nombrarle imagínate un silencio que te cagas de lo más incómodo y a Ana2 con la cara retorcida)

Ana 2: No me interesa. Tiene novia. Nunca me ha gustado. No le veo desde hace años, ¿Todavía lleva aparato dental? ¿Y ese tío va a música contigo? Si yo pensaba que de lo corto que es estaba en educación especial...

Todas sabemos que lo que le pasó con Aitor es que él pasó de ella. Es un tío listo y ni siquiera la tuvo en cuenta.

Ana 2 es rencorosa y tiene mala leche.

Ahora por lo menos la oyes venir, porque le ha dado por llevar pulseras de metal y hacen bastante ruido. Son como su cascabel. En clase más de un profesor ya le han llamado la atención porque no para de hacer ruido y desde

entonces no se las ha vuelto a quitar.

Después de eso, siguió metiéndose con Idoia por ser lista.

Ah, lo último. A últimos de noviembre operan a la madre de Ana, no sé muy bien de que, creo que de varices o algo así, y hace dos semanas ingresaron al padre de Vane por una fuerte depresión, (te lo digo por si oyes algo por ahí, para que sepas).

Ha debido ser bastante fuerte, como una especie de ataque de locura en el hipermercado donde curra o algo así, pero le dieron el alta y volvió a casa, aunque le tuvieron que volver a ingresar al día siguiente por una recaída, pero no se muy bien.

No me hagas mucho caso porque la información viene de mi madre y no se si es así o no, porque mi madre siempre cuenta las cosas como le apetece a ella. En clase han circulado algunos rumores sobre esto, pero no les hemos hecho caso. Los rumores ya se sabe... Vane no habla casi del tema y a nosotras nos da palo preguntar.

Dicen que le están dando un montón de drogas para que esté bien, y que después tendrá que hacer una cura de desintoxicación.

No sé, así están las cosas.

Besos guapa,

¡Nos vemos el domingo!

Tu amiga: Ágata.

Nota: Ana 2 todavía no me ha devuelto los calcetines de rayas moradas. ¿Qué te apuestas a que no vuelvo a verlos? Voy a matarla.

Nota2: A Marta le sigue gustando su ex, Andoni, aunque diga que no.

Han cortado.

Han estado juntos sólo durante el verano (y cada uno se ha ido a un sitio diferente), o sea que estar lo que se dice estar, han estado cuatro días. Ella va diciendo por ahí que él es un cabrón, un hijo de puta y un cínico.

No sé qué habrá pasado. Tampoco sé si ella sabe realmente lo que significa cínico o lo dice por decir.

Nota3: Bueno olvídate de esto último que acabo de escribir que es una bobada y ya te cuento cuando estés aquí.

SÁBADO. DIARIO PARA ENMA

Son las ocho de la tarde.

He estado mirando un poco los apuntes, pero casi nada.

Currar y estudiar a la vez, es algo incompatible, por eso intento aprovechar todo el poco tiempo libre que tengo. Desde el lunes voy a empezar a estudiar poco a poco, para intentar aprobar porque el examen es el día 14.

El trabajo en la fábrica me está matando.

Paso las ocho horas currando a tope, pillando peso, me duelen los pies, los brazos y las manos, esto es demasiado. Nunca había trabajado tanto, aunque lo bueno es que me queda un mes para que se me acabe el contrato.

¡Lo que hay q hacer para ganar un poco de pasta!

Mi vida es “supe interesante”.

Me levanto a las cinco, desayuno y me voy a currar.

Acabo a las dos y tardo media hora en llegar hasta casa.

Como, y me voy a la sala a echar la siesta hasta las cinco de la tarde.

Después meriando algo, hago q estudio un poco, veo un poco la TV, ceno y a la cama, hasta el día siguiente a las cinco de la mañana y vuelta a empezar.

¿Te gusta mi vida?

Desde que te has ido, se me ha ocurrido escribirte una especie de diario, escribirte un poquito cada día para que sepas todo lo que te echo de menos y todo lo que hago.

Para que veas que te puedes fiar de mí sin problemas.

Ojalá tú hicieras lo mismo.

Algunos días te he escrito mucho, otros un poquito menos...

Ágata me ha dicho que ellas te están escribiendo cartas desde que te has ido. Pues yo un diario.

Un diario que te entregaré a tu vuelta

Hoy, después de hacer la cama, me he puesto a pasarlo a ordenador, así te lo entrego en un disquete y no tendrás problema en entender mi letra.

Estoy deseando que estemos juntos de nuevo.

Frente a frente.

Igual té estas preguntando porque lo hago a ordenador. Yo tampoco lo sé, con lo negado que soy yo con las nuevas tecnologías. Ya sé que no me pega nada escribir, me pega más enviarte unas cintas grabadas contando las últimas novedades, pero ya ves.

Ahora mismo me estoy preparando para salir a la noche.

Mis padres se han ido a Burgos el fin de semana, a visitar a mis tíos que acaban de ser padres por segunda vez, y mi hermano se queda a dormir en casa de su novia, así que hoy no voy a tener prisa por volver. Ni voy a tener que disimular si he bebido algo, pero no te preocupes que me portaré bien.

¡Tengo la casa para mí solo!

Estoy escuchando tus CDS de música mientras me visto, me comentaste que todas las canciones tienen su doble sentido, será verdad pero creo que no me conoces. Soy la peor persona que pueda traducir del inglés al castellano, y si por lo menos tuviera el texto escrito delante de mí, pues con un poco de ayuda de los diccionarios mágicos, podría hasta hacer maravillas.

Me tendrás que ayudar cuando vengas, porque de verdad que no entiendo nada. “Creep” de Radiohead está bien, pero no pillo nada de lo que dice.

Yo prefiero la música en castellano, por ejemplo, los Planetas me encantan.

Me gustaría que estuvieras tu aquí para contarte todo directamente, pero si te tuviera enfrente, solo podría decirte un par de cosas porque el resto seguro que se me irían de la cabeza.

Cuando te tengo delante, me olvido de todo.

He pinchado las fotos que me has enviado en el corcho.

En la primera estás en un pub bebiendo cerveza con tus amigos. En la parte trasera escribes:

“Estoy en Glastenbury.

Aquí murió el rey Arturo y es uno de los sitios más bonitos de England, también famoso por su festival de verano y por ser un pueblo de hippies.

Mi padre tiene una casa enorme y preciosa, y me la ha dejado para venir aquí a pasar el fin de semana con mis amigos.

En la foto estoy tomando una cerveza sin alcohol. Aquí con mi edad es lo único que te dejan hacer, pero está bastante buena y hay de muchos sabores.”

En la segunda foto sales muy guapa, con un vestido corto y sandalias, con la National Gallery de fondo y detrás escribes:

“Me encanta Edimburgo. Te echo mucho de menos.” Enma

En la tercera fotografía sales comiendo lo que parece ser una empanada crujiente de salchichas, y no pone nada por detrás. Llevas una coleta y la camiseta roja que te regalé por tu cumpleaños.

La última foto es la que más me gusta.

Estás frente a la Catedral St. Giles con paraguas y chubasquero. Detrás has escrito:

“Aquí llueve más que en Euskadi”

Me encanta. Es tan gráfico...

Por cierto empecé a leer el libro el último día que estuvimos juntos, y la verdad es que me enganchó.

Fui capaz de leerme unas 60 hojas seguidas, récord en mí.

Te reconozco en algunos rasgos de las protagonistas.

Te gusta pasar mucho tiempo en casa y en tu cama tirada si tienes algún problema, también te gusta decorar tu casa minuciosamente, no con el estilo que tiene la hermana de la protagonista, pero si con el tuyo.

Hace un par de días he estado pensando acerca de nosotros, y me he dado cuenta que nos llevamos bien. No sé porqué, tú siempre has llevado razón, no tenemos CASI nada en común, excepto que hay algo que nos atrae mutuamente.

Nunca te he visto como una cría, a pesar de que soy cuatro años mayor, porque eres mucho más madura.

Si alguna vez te he dicho que te quería era verdad.

Si te he dicho que quería arreglar algo, también; porque puedo actuar condicionado por el momento y la situación, pero no puedo decir cosas que no siento o por lo menos, no a ti.

Volviendo al principio, te estaba diciendo que no tenemos casi nada en común, y la verdad es que ahora no es problema, pero quien sabe si lo será más adelante.

Quiero contar contigo y escuchar tu opinión y tu parecer, pero creo que la única forma de que lo nuestro funcione, es cediendo las dos partes cada vez que no estemos de acuerdo.

A eso se le llama comprensión, y si tu crees que yo estoy haciendo algo que no te gusta me lo dices, que si ocurre al revés yo también te lo diré.

Lo único que me importa de todo esto, y la verdad es que me importa demasiado, eres tú.

Tú y tu capacidad para hacer lo que quieres.

Sé que tienes una forma de ser definida, que te gusta, y que no tienes ninguna intención de cambiarla. A mí también me gusta, aunque preferiría que fueras algo más flexible.

No sé si yo antes era así o no.

No sé si he cambiado o estaba dormido, y tú me has hecho despertar.

Contigo soy diferente, y te joderá escuchar esto, pero es verdad y no lo hago porque quiera, sino porque el estar contigo me provoca ser diferente. Estar más cariñoso, más baboso, mas ñoño.

Me llegan a decir que yo iba a estar así con una chica, y no me lo creo, y más sabiendo como he sido con otras, que me la pelaba todo, que solo quería pillar con ellas y achantarme.

Hoy no tengo gran cosa que contar, he seguido mi rutina de los sábados.

Me he levantado tarde, he desayunado y he repasado un poco los apuntes.

La novedad es que después de la siesta he salido a correr un rato.

Me he duchado, he merendado y he tenido que bajar al videoclub a dejar la peli que vi ayer, de Nicholas Cage, muy buena.

Cuando he ido a dejar la peli, me he pasado por la biblioteca, y he cogido un libro de Kafka: "Novelas", que contiene "El Desaparecido", "El Proceso" y "El Castillo", a ver si me lo puedo leer durante este mes, por lo menos "El Proceso".

Le haré caso a Koldo, ya que creo que el y yo podemos coincidir en gustos. Ya te contaré si me gusta o no.

Luego he dado una vueltecilla con los amigos por la calle.

Koldo lleva un par de días con gastroenteritis, y sigue con sus líos con Miren. Parece ser que ella sigue sin aclararse, y él no tiene mas remedio que aguantar y esperar, porque esta bastante pillado.

Hemos estado hablando la cuadrilla y finalmente nos iremos de fin de semana el mes que viene.

Seguramente a una casa rural.

A Koldo le van a traer el coche nuevo, no sabe si será esta semana o la que viene. Yo no estoy muy seguro de eso, ya sabes como es esta gente, para

que estés tranquilo te dicen que si que te lo traen, y luego tardan una eternidad.

Unai abandona definitivamente sus estudios. Le hemos animado para q siga o por lo menos para q haga un modulo. Tal y como están las cosas, sin un modulo tiene pocas posibilidades de quedarse mucho tiempo en un trabajo, ya q primero cogen a los q tienen la titulación, y con un modulo cualquiera hay gente a patadas.

Ya ves, está agobiado de estudiar mientras q yo, en mi situación de estudiante me gustaría estar toda mi vida.

Sin un duro, pero con lo suficiente para salir de fiesta de vez en cuando, y encima con una novia increíble y con la q llevo una vida perfecta (exagerado).

Lo malo es que no sé que voy a hacer cuando termine de estudiar.

No tengo ni idea por más vueltas que le doy al tema.

Las posibilidades son estas:

1. Currar en la fábrica.
2. Seguir estudiando en la uni, pero en Donostia, que es donde puedo continuar con una carrera de segundo ciclo.
3. Estudiar un módulo, para tener mas posibilidades de q algún día me hagan fijo en la fábrica.

Ninguna de las tres me convence.

Quiero decidirlo justo cuando llegue la hora.

El plan para el viernes que viene ya está hecho, he quedado con Unai para ir de compras a Vitoria. Él tiene que mirar en el tablón cuando son los exámenes y va a mirar también algo para una boda que tiene el mes que viene. Yo sólo le acompaño, tú si quieres puedes venir a comprarte algo también.

La semana pasada me pillé dos pantalones, uno gris y otro azul oscuro casi negro. Eran vaqueros pero de tela fina como para el verano, bastante modernillos, igual que yo, pero quiero devolver el azul porque son muy parecidos.

La dependienta de la tienda estaba empeñada que me probara unos vaqueros que se llevan ahora. No sé muy bien como describírtelos, pero a mi no me gustaban.

Luego también me enseñó unos chinos que son del mismo tipo que los Dockers, pero yo ni probármelos. Es que no me veo con esos pantalones puestos, son demasiado pijos. Tampoco son pijos —pijos pero bueno, que no

me van.

Probablemente nos pasemos por el bar donde curra Mikel porque está cerca de las tiendas.

Seguro que nos invita a algo, porque le va hacer bastante ilusión que vayamos a verle.

Vente.

Nunca he tenido un tipo definido de chicas. No puedo decir que me gusten las chicas así o asao.

Me gusta la diversidad, pero si me obligasen a decir algo concreto, diría:

- Que sea normal de estatura.
- Flaca pero no delgada, sino mas bien tirando a carne. Eso si, que no le sobre por todas partes sino que sea más bien uniforme...
- El color del pelo no es importante.
- Los ojos tampoco me importan, solo que no sean enanos.
- Ah y no me gustaría que captasen la realidad distorsionada, por ello no me importaría que utilizase gafas.

No sé por qué, pero siempre me han gustado las chicas con gafas, no unas de alta graduación está claro, pero unas normales... están muy bien.

Aunque no cumplas todas las condiciones (no necesitas usar gafas jajaja), eres mi "MUSA".

Me interesa todo de ti, como tu inteligencia, tu saber, tu comprensión, tu forma de hablar, tu sonrisa, etc.

También tienes tus pequeños defectos, como el resto de los seres humanos que pueblan el planeta llamado Tierra: Eres pesimista, tienes mal gusto musical, eres celosa, y tímida o algo parecido, y algunos más que ahora se me escapan porque solo puedo ver tu lado positivo.

Entiendo que te apetezca estar sólo conmigo y no con mis amigos, y claro que estaremos solos, pero no puedo pasar de ellos. Ya sé que con ellos no tienes mucha confianza pero tía, son mis amigos.

De ti depende todo.

Si no los quieres conocer estas en tu derecho, pero creo que esa no es la vía adecuada.

No te pienso decir nada, pero el día que estemos te propondré estar un rato con ellos. Como sé que me vas a decir que no, te insistiré y si al final no

te convenzo, realmente me habrás fallado.

No te lo voy a decir, pero lo sabrás cuando leas esto, y que te quede claro que pase lo que pase, no pienso cambiar el texto.

Puede que yo me equivoque, si es así mejor para todos, pero sino, me habrás fallado, y que sepas que esperaba otra cosa de ti. No te enfades, yo fijo que no lo estaré, y me tendrás a tu lado para hablar sobre todo lo que quieras, y abrazarte porque te sigo queriendo.

Te preguntaras porqué escribo todas estas tonterías...

Yo también me lo pregunto.

Llevo casi todo el día pensando en ti, e imaginándome que estás conmigo en el salón, que estamos jugando y que tú te sientas encima y que estamos felices, los dos juntos.

Te echo mucho de menos.

Ayer viernes salimos a dar una vueltilla Koldo, Unai y yo.

Empezamos a beber cerveza y hubo muy buen rollo.

Nos echamos unas risas, Koldo se fue pronto porque estaba cansado y nos quedamos Unai y yo, que peligro. No por nada, sino porque cuando estás con Unai de mambo, bebes más que con cualquier otro.

Me encontré con Imanol cuando estábamos pedillos, y me contó que la historia con su novia no iba tan bien como todo el mundo piensa. Él estuvo antes con otra tía y ella le dejó. No estuvieron mucho, un mes o dos, pero resulta que a veces él debe pensar en ella y en cómo sería su relación con la tía esa. Así que no está muy seguro con su novia actual.

Va a intentar averiguar si la quiere, yo creo que si, que si le gusta.

Llevan un año y se les ve muy bien, por eso cuando me lo contó en el baño, mientras meábamos, me quede flipado.

Creo que tiene dudas, y no sabe muy bien lo que quiere, no sé, es algo muy complejo.

Bueno, resulta que no sólo lo sé yo. Se me ha olvidado decirte que Imanol se lo ha contado a su novia, y ella ha debido de estar ya un par de veces mal, bastante mal.

Ah, otro detalle que se me olvidaba, todavía no lo han hecho (puede que haya habido algún cambio en estas dos últimas semanas).

Según me dijo, a él le da mogollón de palo dar el paso ese, sabiendo que igual realmente le gusta la otra.

Estaba hecho un lío y me imagino que todavía lo seguirá estando.

Yo no le puedo ayudar en mucho, él debe buscar la verdad y solo él la conoce.

Sólo le puedo dar mi apoyo y ser la persona que le ayude a desahogarse, a que hable sobre lo que está pasando, y no lo guarde para el sólo.

¡Cómo es la vida!

Seguro que si no existieseis las tías, no tendríamos tantos problemas (realmente no lo creo).

El caso es que nos agarramos un pedillo de lo más tonto, no de los que estás tirado o vas de lado a lado, pero si de los que vas con la sonrisa en la boca.

Para las tres yo estaba un poco mareadillo y le dije a Unai que iba un rato fuera del bar a tomar el aire, pero él me dijo que nos fuéramos y nos vinimos a casa.

Me metí en la cama y todo me daba vueltas.

Tuve que doblar la almohada y quedarme un rato sentado, pero después me dormí enseguida. No sé q me pasó, que llegue a vomitar en la cama.

Menos mal que me dio tiempo a coger un plástico de meter hojas y pude echarlo allí.

Mi madre no se ha enterado, menos mal, porque se llevaría un buen disgusto, no le sienta nada bien ver a sus hijos borrachos.

Lo extraño es que ni siquiera me emborraché, no bebí casi nada, solo unas cervezas. Iba contentillo sí, pero bastante normal.

No me lo explico.

Igual algo de lo que cenamos (bocadillo en un bar) me sentó mal, no lo sé.

Para una vez que es verdad, si le llego a contar esto a mí madre, seguro que no me cree.

Mi hermano, con el que comparto cuarto, me comentó cuando llegó al día siguiente:

—“¿Queeé... ? Ayer llegaste cargado, ¿no?” —riéndose como un cabrón.

—Sí, a cervezas... —le dije.

—Pues aquello olía a una mezcla rara ente kalimotxo y cubatas. Por lo menos mataste a todos los mosquitos de la habitación, porque había una peste... podías haber dejado la ventana abierta para airear.

A eso ya no le contesté nada, ni ganas que tenía.

Ya ves a lo tonto a lo tonto como acabé, pero soy joven. O ahora o

nunca, con 40 años no me voy a pillar estos pedillos.

Ya falta menos para que nos veamos.

Ya me lo he imaginado.

Yo esperando en la parada de bus, todo agobiado, llega... y resulta que no es el tuyo. Llega otro y tampoco es.

Cuando por fin llega tu autobús, yo estoy mirando muy atento y no te veo.

Al final sales por las escaleras con un vestidito con el que se te ven las rodillas, y a mí se me pondrá la típica sonrisa de abobado, y te abrazare fuerte y nos daremos un beso.

Eso de que tu madre no tenga coche es un poco mierda.

Si al final venís en taxi desde el aeropuerto, avísame. Una pena que yo tampoco tenga coche, sino os iría a buscar.

Me he puesto a pensar y no estoy seguro del día en que empezó todo esto, el primer día que estuvimos juntos y nos besamos por primera vez.

Estoy en duda entre el 7 de diciembre y el 14, no sé, tu igual lo sabes mejor, aunque creo que no.

Yo creo que fue el 7, porque si hubiera sido el 14, solo estuve 4 días contigo antes de estar de vacaciones de Navidad.

¿Te das cuentas que llevamos diez meses saliendo, camino de once?

A mí se me hace una eternidad, nunca pensé que iba a estar tanto tiempo con la misma chica. Me refiero a que todavía soy un niño, sabía que tarde o temprano empezaría a salir con alguien en serio, pero no ahora.

Yo creía que eso se hace cuando eres un pureta, con veintitantos camino de los treinta, no a los diecinueve. Pero bueno, las cosas son así y no me arrepiento de nada.

Sé que lo que estoy ganando, supera infinitamente a todo lo que me puedo perder. Tú me das mucho más de lo que otra persona me daría, y espero que todo siga igual.

Así, de buen rollo.

Que discutamos si tenemos que hacerlo, pero que a los diez minutos o como mucho a la media hora se nos haya pasado, y sigamos felices y contentos el uno con el otro.

Lo peor que nos puede pasar, es que empecemos a discutir y a no llevarnos bien. No soportaría estar enfadado contigo, no podría ser feliz sabiendo que tú y yo no estamos bien.

No sé, es algo superior a mí, de verdad.

Estar enfadado con otra persona o con tensión, no lo llevo bien. Por eso siempre me verás intentando solucionar los problemillas, los roces, las discusiones, lo antes posible, porque es algo que me incomoda.

Bueno esta noche chicas y tragos, muchos tragos. Las chicas son todas para Unai, Txema y yo no podemos hacer nada, estamos cumpliendo condena, (es una forma de hablar) y Koldo sigue con sus rollos.

Aunque legalmente ya no tenga novia, no se le va a ocurrir ni mirar a otra.

Eso si, le vamos hacer pillarse una castaña esta noche, que lo va a flipar.

He dudado entre ponerme mi camiseta con letras cosidas que dice "Eat in or take Away" que me he comprado nueva (ya me la verás), o la que me regalaste con dibujos tipo comic de Spiderman las navidades pasadas.

Al final me he puesto la tuya.

La de Spiderman.

Con unos vaqueros oscuros y zapatillas "All Star" de Converse rojas.

No soy muy original, ¿verdad?

Esa camiseta se ha convertido en una de mis favoritas. Ya sé que no es exclusiva ni nada por el estilo, pero es casi única.

Aquí al menos nunca he visto ninguna parecida, a lo mejor en Edimburgo la tiene todo el mundo, pero aquí llama bastante la atención. Siempre me preguntan dónde la he comprado.

En serio.

Le he dado muchas vueltas a lo de enviarte mi diario para que lo leas, pero no lo he hecho. Sé que hay cosas que no te van a gustar y puede que las saques de contexto, y que le des otra interpretación a la que realmente tiene.

Aclarar las cosas por teléfono o por escrito no es fácil, así que es mejor que lo leas cuando esté yo, y comentemos bien la jugada.

Quiero decirte tantas cosas, pero a la vez no sé que quiero decir.

Creo que he dicho mucho y tampoco es bueno repetirse, aunque yo tenga el defecto de hacerlo.

Lo más bonito que me ha pasado en mi corta vida, es conocerte.

Antes de ducharme he estado durante una media hora tumbado en el sofá boca abajo, con los ojos cerrados.

Imaginándonos a los dos juntos, tu rostro, y muchas situaciones en la que nos besábamos y te lamía el cuerpo entero.

Tú desnuda y mil situaciones más.

El año que viene nos vamos de vacaciones juntos, y tú no te escapas.

Nos vamos de camping por ahí, o te acompaño a Edimburgo a estudiar inglés, pero solos tú y yo. Con todo el tiempo y espacio para nosotros.

Seríamos los reyes, los dominadores de nuestro futuro, de nosotros mismos. Si tu padre tiene tanto dinero y tantas casas, nos podría dejar una, ¿no?

Qué estarás haciendo en estos momentos..., quizás estés a punto de salir de casa para ir a pasártelo bien, a ver tíos buenos que hay por ahí, a vacilarles un poco y porque no, a descubrir que no soy el único que se siente atraído por ti.

Seguro que ya lo sabes, pero fijo que te alegras cuando se te acerque un tipejo para intentar ligar, hablar o lo que sea.

Confío plenamente en ti.

Pondría la mano en el fuego, y apostaría todo lo que tengo mil veces por ti, porque me has dado mucha seguridad (no sé si debería decirte esto), pero siempre hay algo que te hace pensar, “joder no me hará la gran putada, no se liará con otro o no me dejará”.

Me moriría, ahora mismo me dices que me has sido infiel, aunque sólo fuese un rollo de una noche, aunque me dijeras que estabas borracha, que te engaño, que no sabías lo que hacías, lo que sea... me da algo.

Se me caería el mundo encima.

No sé que haría, creo que encerrarme en mi habitación y escuchar música durante varios meses.

Darle vueltas a lo que me has dicho y como me lo has dicho.

Pensaría en todo lo bueno y malo que hemos pasado, y algún día quizá pudiéramos volver a ser amigos.

No sé si buenos o malos, pero amigos.

O a lo mejor me intentaría olvidar de ti.

Pensaría que la vida es larga, y que seguro que hay alguien que todavía no he conocido que merece la pena, y que es para mí.

Intentaría auto engañarme para pasar todo el mal trago de la mejor forma posible, saliendo con los amigos por ahí, de fiesta, no sé.

Espero que esto que digo, nunca pase, porque no puede pasar ahora.

Has conseguido que yo te sea fiel y créetelo, no es mentira, porque ahora solo tengo ojos para ti.

Puedo mirar a tías y decir: “Joder que polvo tiene o cómo esta esa pava”, pero no podré decir jamás “esta tía me gusta”.

Espero q esto no se joda nunca.

Sería una verdadera pena, no quiero pensar en nada malo, en nada q cambie el transcurso de mi vida.

Hasta ahora con mis cosillas he sido el tío más privilegiado del mundo, nunca he tenido problemas, todo me ha ido bien, siempre he sido feliz, nada me ha hecho sufrir y quiero q todo siga igual.

Quiero compartir mi vida contigo, con mi familia, con mis amigos y con la gente q me quiere.

Espero que el destino se porte bien, y deje que mi vida siga siendo un camino de rosas sin espinas.

Qué más puedo decir.

Nada.

Creo que ya te lo he dicho todo.

No te enfades conmigo cuando te digo q estudies, es por tu bien.

No quiero ser el culpable de que nada te vaya mal, y sé que yo tengo una parte de responsabilidad, y es por eso por lo que te agobio tanto.

Desde mi ventana se ven de puta madre las estrellas, seguro que cuando las vea desde la calle, me acordaré de ti.

De tu habitación, de cuando observábamos las estrellas esas que pegaste en el techo, que brillaban en la oscuridad.

La estrella más bonita y grande no brillaba y no se veía, pero la podía tocar con mis propias manos.

Eres lo mejor que me has pasado.

Me gustaría poder resetear la mayor parte de mi vida antes de conocerte.

De lo único que me arrepiento es de todos los besos que no te he dado, pero cuando te vea te voy abrazar tan fuerte q te voy a cortar la respiración.

Te dejo, me tengo que ir, que he quedado con estos y no quiero que me estén esperando. Iré a buscarte a la parada de autobús.

Nos vemos.

Besos,

Tu chico, que te echa mucho de menos y está deseando verte.

Qué bonita ha salido la foto que nos saco Txema en la playa.

Hemos salido tan bien que me dan ganas de ampliarla a tamaño natural, y hacer un póster (es broma).

Tus amigos de Edimburgo tienen razón, yo también creo que te pareces

mucho a Phoebe Cates. Dicen que todos tenemos un doble en el mundo.

DOMINGO. AMO

—¿Se puede saber qué coño haces?

Una voz ronca y suave a la vez, me hace levantar la cabeza para ver de donde sale.

Estoy agachada en la acera, con una navaja de diez centímetros en la mano derecha, junto a las ruedas de un coche.

Es domingo, casi son las doce de la noche y se supone que no debería haber nadie más aquí.

Llevo sentada en la acera desde el atardecer.

No estoy haciendo nada.

No he rajado las ruedas.

No volveré a hacerlo.

Nunca.

Sólo estaba... recordando.

He oído a los pájaros cantar, posados en los cables de alta tensión como si fueran notas en un pentagrama.

He visto cómo las nubes se convertían en algodón de azúcar, y cómo se encendían las farolas de luz naranja a medida que el silencio se hacía más sonoro.

Hasta las señales de “dirección prohibida” se han ido transformando poco a poco en piruletas.

No debería haber nadie más aquí, pero la voz que oigo sale de alguien.

Es un chico alto y delgado vestido de negro, con vaqueros pegados y desgastados de color negro y zapatillas. Lleva una camiseta gris oscura de Soundgarden, que tal vez un día fue negra, agujereada y recortada. Sobre la camiseta lleva una sudadera negra de cremallera con capucha y cinturón de pinchos. Tiene pendientes y el pelo largo y muy despeinado.

No está mal.

—¿Tú no eres amiga de mi hermana? Te reconozco por las fotos. — pregunta y afirma.

Sigo muda y el chico me recuerda que esto sólo es una conversación si participamos los dos.

—Ah, si —digo vagamente intentando recordar, como si me acabara de despertar de un sueño.

Él es el hermano de Vanesa. Quannah.

Sale con una hippie de pelo rubio platino con cejas oscuras, que va por

ahí con él de la mano, con cara de haber encontrado a alguien que está muy por encima de sus posibilidades.

Sus amigos son una panda de descerebrados, delincuentes y bichos raros.

Nunca me había hablado hasta hoy, supongo que nunca había tenido nada que decirme.

Todavía agachada junto a las ruedas del coche, guardo la navaja en mi mochila y me siento en la acera.

Se sienta a mi lado, y me mira con la misma cara que pondría alguien que ve algo que no puede creer. Es sólo unos años mayor que yo, tres creo, pero siempre me ha parecido mucho mayor. Nunca pensé que yo pudiera sorprenderle.

Yo tengo 16, él tiene 19.

Creo.

Va del rollo de quien ya ha visto todo lo que tenía que ver.

Rollo de estar de vuela y media.

Me sigue mirando fijamente.

La luz artificial de la farola en su cara, le hace parecer un poco siniestro. Se oyen a lo lejos las voces de unos críos que están en un portal cambiando cromos. ¿No deberían estar en su casa?

—¿Cómo te llamas?

—Ana2.

—¿Ana2? ¿Qué es, un juego de palabras o algo así... ?

Estoy más que acostumbrada a la pregunta, así que le contesto casi de forma automática.

—Me llamo Ana, me conoce todo el mundo como Ana2 porque ya existe una Ana sin número. Ella tiene más antigüedad en el grupo de amigas, así que...

Además Ana, se llama Ana Núñez Arriaga, por lo que sus iniciales son: A.N.A. Está claro que el 2 me tocaba a mí.

Mis iniciales son A.M.O. Ana Muñoz Ortiz. Siempre bromeamos con el tema, cuando ganamos jugando a las máquinas recreativas y nos deja poner nuestras iniciales.

Ella será Ana, pero yo soy su “amo”.

Me mira notablemente desconcertado, y de repente parece recordar el motivo de la conversación. Levanta las cejas en un gesto encantador y pregunta:

—¿Eres tú, quién ha estado pinchando las ruedas de los coches de mis viejos, durante todo este tiempo? —pregunta lentamente, remarcando notablemente la palabra “tú”.

Qué pregunta tan larga.

Enciende un cigarro y me ofrece otro.

Lo acepto y dejo que me acerque un mechero para encenderlo. Cuando enciende el suyo, durante un instante su cara se ilumina de forma maravillosa, pareciéndome cada vez más interesante.

Si es que eso es posible.

Gracias a la llama anaranjada del mechero.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Qué no? Resulta un poco obvio. —le digo. A veces la gente hace cosas como esta. Se empeñan en preguntar cosas que ya saben.

No lo entiendo.

—¿Qué vas a hacer al respecto? —le pregunto con mirada intensa.

—Resulta obvio también, ¿no? —Responde mirándome fijamente. Tiene la cara pálida y lisa, me recuerda a una figura de cera.

No parece real.

Carraspeo.

—¿Me vas a denunciar o algo así? —pregunto con la voz firme.

Me mira con sorna, y se ríe echando el humo por la nariz y la boca a la vez, pero sin atragantarse. Se pasa la mano por el pelo para despeinárselo un poco más.

—Tú flipas tía. No voy a hacer nada de eso, si tú dejas de hacerlo.

—Vale. — le digo rápido.

Es mi primera conversación con él, y parecemos dos idiotas.

Parece la típica conversación de colgados, que un sábado noche puede pasar desapercibida, pero no un domingo.

—Sería todo un detalle si dejaras que me fuera —añado ya un poco incómoda.

Gira la cabeza a un lado y a otro haciendo crujir los huesos de su cuello. Siento un emocionante escalofrío que me recorre de la cabeza a los pies, tan fuerte que me tengo que esforzar por disimularlo.

El escalofrío disimulado acaba pareciendo un espasmo.

Él comenta que sí, que está refrescando y después me señala y pregunta que qué es lo que me he hecho en el pelo.

Ah.

Eso.

Hoy a la mañana al mirarme en el espejo no me ha gustado lo que he visto. No me reconocía a mi misma y me lo he cortado por mechones.

—Me lo he cortado —le digo sin más, y como me sigue mirando raro, añado que ha sido con unas tijeras.

—Ya... esto... parece que lo has hecho con una podadora o algo así.

—Tú no lo llevas tan diferente... — le rebato con un poco de mala leche.

Se hace el silencio de nuevo.

El tiempo pasa tan denso como la miel, y lo nuestro sigue siendo una conversación de idiotas.

No mejora en absoluto.

—Todo el mundo cree que soy yo —dice señalando las ruedas —mis viejos se están volviendo locos a cuenta de esto, no sé si lo sabes. — me advierte.

Niego con la cabeza, aunque algo he oído por boca de Vanesa.

—¿Por las ruedas?

—No... —titubea —por las ruedas en sí, no. Ellos tienen dinero... eso no es problema, pero les preocupa darse cuenta de forma tan evidente que no tienen el control de todo.

—A ti tampoco te controlan —me oigo decir a mi misma —Vanesa ha dicho que te habías ido de casa. ¿Ya estás volviendo?

—No, no, no... Sólo vengo a por unas cosas que no me pude llevar el viernes. Llevo un tiempo desconectado de mis padres, del mundo...

Quanah mira a lo lejos en dirección a la puerta de su casa. Parece que no se atreve a entrar.

No quiere entrar.

—Yo también llevo tiempo desconectada del mundo...

—No tengo prisa por entrar y ver de nuevo a mis viejos.

—Bien, te entiendo —le digo apagando mi cigarro en el bordillo de la acera. —Bueno pues, yo me voy, y creo que tú debes entrar.

Me levanto y me doy media vuelta andando calle abajo hasta la farola donde tengo aparcada la bici.

No sabe nada de lo que le ha pasado a su padre... es algo a lo que tendrá que enfrentarse.

—Espera —le oigo decir a mis espaldas, y me alcanza corriendo en menos de medio segundo.

—Qué.

—¿Por qué lo haces? —me pregunta mirándome fijamente a los ojos.

Me veo reflejada en sus retinas de color denso. Sus ojos color miel parecen dorados.

Me veo con mi camiseta de rayas, mis vaqueros, mi mochila de deporte roja y mis pelos tan despeinados como los suyos.

Uff.

Suspiro.

Su mirada es tan inquietante, como encontrar una silla de ruedas abandonada en las vías del tren.

—No lo sé. Lo siento mucho.

Y es la verdad.

La verdad es que no lo sé.

No sé porque hago la mayoría de las cosas que hago, simplemente surge hacerlas y después no lo puedo parar.

Me vuelve a mirar con la misma cara siniestra y mirada perturbadora de antes.

—Supongo que yo también soy incontrolable —añade con una media sonrisa.

Su cara cambia a una expresión más amistosa, como si de repente se hubiera dado cuenta de que tenemos algo en común.

O a lo mejor no, a lo mejor eso es lo que a mí me gustaría que pensara, pero este no es el mejor momento.

—Yaaa... — dice como pasando del tema —¿Algún mal rollo con mi hermana o algo así? ¿Te ha robado algún novio... por eso pinchas las ruedas...?

—¡Noo! —digo sorprendida.

Vanesa no es ninguna roba-novios.

Podría serlo si quisiera, pero no lo es.

—Lo hago porque sí. —y repito despacito dando a cada palabra la importancia que se merece, para que se lo crea de una vez.

—Con Vanesa me llevo bien, dale un abrazo de mi parte. —añado para que le quede bien claro.

Deseo que no se fije tanto en mis labios mientras hablo, porque los tengo finos y secos, llenos de pellejitos, pero no deja de mirarme fijamente.

Y mis labios no paran de temblar...

Silencio de nuevo.

Escucho cómo respira suavemente junto a mí. Los dos ahí parados en

mitad de la cuesta, podemos parecer cualquier cosa.

Por ejemplo, idiotas.

Se escucha la alarma de un coche a lo lejos, y a un perro medio afónico ladrando.

—Eres rara, tía —me dice como si eso fuera algo nuevo.

Me encojo de hombros.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Qué soy bipolar? —le respondo con dos preguntas un poco demasiado alto para el volumen con el que me habla él.

—Qué —dice levantando las cejas de nuevo.

—Pues eso —le digo yo dándome la vuelta, y dando por finalizada la conversación de una vez por todas.

Siempre he odiado que la gente espere demasiado de mí y que no se conformen con la verdad.

Camino calle abajo sin mirar atrás.

Lentamente.

A unos diez metros está mi bici.

Mi bici BH de segunda mano, heredada de mi prima. He tenido que traerla porque ni siquiera vivo cerca de este barrio.

No me giro en ningún momento porque me gustaría que él estuviera mirando cómo me alejo, como pasa en las películas. No sé si volveremos a coincidir y desde luego no tengo ni idea de si volveremos a hablar, pero sé que este chico se acaba de convertir en mi espinita clavada.

Era cuestión de tiempo que algo así acabara sucediendo.

Ya tendremos nuestro momento.

Ya le echo de menos, y sé muy bien que es patético echar de menos a alguien que no conoces, pero así es.

CAPÍTULO 3: BAJO EL SÍMBOLO DEL DÓLAR

VIERNES. EL DÍA QUE MORÍ

SÁBADO. INDIGENTE

DOMINGO. PADRE CON CEREALES

VIERNES. EL DÍA QUE MORÍ

Esta mañana de viernes me he levantado 10 minutos más tarde.

Yo, que me levanto todas las mañanas con energía y casi de un salto, hoy me ha apetecido darme media vuelta.

Cuando ha sonado el despertador por segunda vez, lo he retrasado de nuevo para descansar un rato más, aunque no me he vuelto a dormir.

No me ha dado tiempo a lavarme el pelo, me he dado una ducha rápida para despertarme y he salido de casa con una coleta, desayunando unas galletas integrales camino a la estación de tren.

Trabajo en Bilbao y vivo a las afueras, en un pequeño pueblo que está a más de veinte kilómetros. Siempre he vivido en Bilbao con mis padres, pero cuando me independicé tuve que comprar el piso aquí, porque era mucho más barato y no tenía (ni tengo) dinero.

El tren llega puntual como casi siempre, y al entrar al vagón, busco un asiento cerca de la puerta. Me suelo sentar ahí, porque es donde hay asientos de dos personas, en el resto del vagón son de cuatro, y prefiero dejarlos para los que viajan acompañados.

Saludo a una conocida con la cara y una sonrisa desde la distancia. Lleva una revista y está haciendo pasatiempos.

Me siento junto a la ventanilla y me pongo los cascos para escuchar la misma música que escucho todas las mañanas.

Tengo que cambiar la cinta, porque la he rallado de tanto escucharla, a pesar de que es bastante nueva. Desde que la he comprado no he parado de ponerla.

Escucho una vez más “All that she wants”^[12] para comprobar que se escucha fatal y pongo la radio a mitad de la canción. En la radio suena “4 Non Blondes”.

Merece la pena invertir en un buen reproductor de música, y este no lo es. Me hace el servicio, pero en cuanto tenga dinero, me compraré un discman.

Vivimos en una época un poco confusa, tecnológicamente hablando. Dudé entre comprar un walkman o un discman, y al final compré el walkman porque era más barato, y tengo más cintas que CD's.

Miro el oscuro paisaje por la ventanilla.

Aún no ha amanecido.

Distraigo mi mirada dentro del vagón, que va lleno de gente, muchos de ellos adormilados y acurrucados en sus asientos. Me fijo en un grupo de hombres cercanos a los 60 años, que imagino habrán estado trabajando en el turno de noche en alguna fábrica. No llevan la ropa de trabajo, pero sus manos les delatan: enormes, duras y con manchas de grasa que no se quitarán jamás con ningún tipo de disolvente.

A pesar de estar cansados, van hablando animados y riendo.

Al llegar a mi destino, bajo del tren y me dejo arrastrar por la marea humana hacia la calle mientras sigo escuchando la radio.

Movida por la inercia del grupo, como un alga en el mar, casi sin pensar la dirección.

Me dejo llevar.

Algunas farolas aún están encendidas.

Algunas personas con carro de la compra, esperan algo intranquilas a las puertas del mercado. Esperan a que lo abran.

Normalmente en la puerta suele haber varios gitanos vendiendo ajos y limones a voces y a muy buen precio, pero todavía no han llegado.

Es demasiado pronto.

Algún valiente se atreve a ir a trabajar en bici por la gran ciudad.

Entre la marea gris de coches, destacan dos bicicletas de color rojo, y tengo la sensación de que de un momento a otro, una ola de coches las puede ahogar.

Por lo menos es viernes.

Cuando llego a la asesoría, todavía faltan 12 minutos para las ocho, así que entro a la cafetería de enfrente a tomar un café con leche rápido.

Es curioso cómo hay cosas que se recuerdan perfectamente aunque no tengan importancia aparente, y cómo otras más importantes se borran de nuestra memoria; soy capaz de recordar perfectamente todos los pinchos y bollería de la barra, aunque no pido ninguno.

Allí me encuentro con otro compañero que está leyendo el periódico y charlamos un rato antes de entrar a trabajar.

Me habla de la manifestación que habrá mañana en Bilbao contra el uso de volantas en la pesca, y me explica durante un buen rato porqué empobrecen al sector, y aunque no me interesa mucho el tema, le escucho con atención y le sigo la corriente, sin importarme nada de lo que dice.

Las horas de trabajo se me pasan volando, y como tengo jornada reducida (trabajo sólo seis horas), para las cuatro ya estoy en casa de nuevo, echando la siesta después de comer.

Me despierto increíblemente descansada y de buen humor.

Mi hija Enma se ha ido a Edimburgo, a pasar el verano con su padre y a estudiar inglés. Le encanta ir allí a pesar del mal tiempo.

Se va todos los años un mes, tiene amigos allí y aunque está estudiando, para ella son las mejores vacaciones que puede tener.

Su padre la matricula en una academia privada con muy buena fama, donde estudia la gente de dinero, y Enma habla inglés perfectamente.

Suelen hacer escapadas de fin de semana, visitan sitios, van a montar a caballo... igualito que aquí.

Enma siempre vuelve feliz, con un montón de regalos y ropa nueva carísima que yo no podría comprarle.

Su padre suele venir también en Navidades y a veces algunos puentes, pero al resto de la familia por parte de su padre sólo la ve en verano, así que aprovechan a darle todos los caprichos del mundo.

Con su abuela se escribe durante todo el año. Le envía unas cartas preciosas de papel grueso y suave que parece tela, y también envía alguna sorpresa de vez en cuando. La verdad es que tiene muchos detalles con nosotros.

En su último cumpleaños, nos sorprendió regalándole (aparte de la chaqueta de lana que ella quería) unos dulces de chocolate que había hecho ella misma para la fiesta. Todo un detalle, sobretodo teniendo en cuenta que esta señora tiene cocinera.

El resto del año Enma vive conmigo, y la echo de menos cuando no está aquí, por supuesto, pero también me gusta tener algo de tiempo para mí.

Enma tiene 15 años, yo tengo 33.

Soy joven y me gusta salir. Entre la casa, el trabajo y Enma, no tengo tiempo para nada más.

He tenido que renunciar a muchas cosas, como salir, estudiar y tener vida propia... pero ahora que es mayor, espero poder ir recuperando todo eso poco a poco.

En realidad no siento que sean cosas que me haya perdido, simplemente

las tuve que reemplazar por algo más importante.

Retomé mis estudios en cuanto pude, y con 26 años terminé un módulo de Administración de dos años. Ahora me apetece estudiar algo más.

Quedo con mis amigas para salir al menos una vez al mes, y puede ser para tomar un café, salir a cenar, al cine, de compras o lo que sea.

Desde que Enma no está, he descuidado un poco la casa. No he limpiado día sí —día no como de costumbre, ni he puesto tanto cuidado en las comidas.

Cocinar para una persona sola es un poco deprimente, así que he terminado comiendo casi cualquier cosa, cada día.

A veces he comido directamente del envase, sin usar platos ni nada.

Enma vuelve este domingo a la tarde, su vuelo llega a las cinco.

Pensaba aprovechar para hacer un montón de cosas que tengo pendientes, pero al final me ha pasado como casi siempre, que me siguen quedando un montón de cosas pendientes.

Pienso en qué ropa me voy a poner para salir a la noche mientras veo la tele con total desinterés, sólo por el placer de poder estar un rato tirada en el sofá sin hacer nada.

Esto no sé cuándo podré repetirlo.

Como no me interesa nada de lo que dan, apago la tele y voy a la cocina para terminar de hacer las croquetas, con la masa que he dejado preparada de víspera.

He aprovechado sobras de pollo asado y verduras para hacerlas.

Paso las bolitas por harina, huevo y pan rallado y las coloco separadas en una bandeja plana para que no se peguen, y las meto en el congelador.

Dentro de un rato, cuando estén un poco congeladas, las pasaré de la bandeja a una bolsa de plástico, para que ocupen menos sitio.

Son las seis y media.

Llamo por teléfono para quedar a la noche.

Espero tono y pronto escucho la voz de Miren al otro lado del auricular. Me dice que ha hablado con las demás, y que han quedado a las ocho para tomar algo antes de ir a cenar. Quedamos en que me pasaré por su casa a las siete y media, para ir en su coche hasta Bilbao.

Cuelgo y termino de recoger la cocina.

No me queda mucho tiempo así que empiezo a prepararme.

Me lavo el pelo en la bañera cabeza abajo y a punto estoy de confundir el bote de champú con el de la crema del cuerpo. Me seco el pelo con el

secador y me pongo unos rulos calientes muy anchos para que me queden ondas.

Los compré para las ocasiones especiales, y cada vez que tengo algún evento importante, en vez de ir a la peluquería, me los pongo, y me quedan bastante bien.

Frente al armario voy pasando las perchas mientras elijo algo decente que ponerme. Estamos a finales de septiembre y aún hace calor, pero seguro que a la noche refresca. La típica época del año en la que no sabes cómo vestirse.

Casi nunca salgo a la noche, y la mayoría de mi ropa es par ir a la oficina. Mi armario está casi vacío: ropa formal, sobria y de no muy buena calidad, ya que estamos.

Hace años que no me compro nada, ni por necesidad, ni por capricho, y aún así me cuesta llegar a fin de mes.

Voy al armario de Enma y busco lo último que le he comprado en las rebajas.

Suerte que tengamos la misma talla.

No es nada impresionante, pero por lo menos es nuevo. Unos vaqueros muy oscuros con unas sandalias de cuña de madera lacada, que combino con una blusa de tela arrugada en tonos pastel, que no me he puesto mucho porque la tela me pica un poco. Por un día tendré que aguantar.

Espero que no llueva hoy, no lo parece desde luego.

Me quito los rulos frente al espejo del baño, que es el único que tengo en la casa, y aunque el pelo no me queda mal, no consigo la forma que yo quería.

Me hago un semi recogido con dos horquillas para que no parezca muy “estilo años cuarenta” y me aliso un poco el flequillo con ayuda del secador de mano y un cepillo redondo. Deshago un poco las ondas con los dedos, y aplico laca para que dure más tiempo en su sitio, como promete el envase.

Me pinto la raya de los ojos en negro y los labios en tono marrón y me aplico un poco de agua de Trésor de Lancôme en muñecas y cuello.

Es el único perfume que tengo, normalmente uso agua de colonia suave. Cojo un jersey de punto calado en color hueso que me he puesto mil veces, y mi viejo bolso marrón, y me voy.

Salgo de la casa cerrando la puerta con llave, y bajo corriendo a la calle por las escaleras a pesar de que el ascensor está en mi piso.

Miren y yo somos casi vecinas, vivimos en la misma calle, de modo que

tardo menos de dos minutos en tocar su timbre.

Ella no sabe vivir sin coche.

Siempre lo tiene que llevar a todos los sitios, y eso que aparcar en Bilbao es complicado.

Creo que el coche le da seguridad o algo así. Siempre insiste en llevarme, y eso que a mí me da igual coger el transporte público: yo no tengo coche así que estoy acostumbrada.

Ni siquiera tengo carné de conducir, y a este paso seguro que se lo saca Enma antes que yo.

Llamo al portero y Miren me abre directamente sin preguntar quien soy. Subo al tercero y empujo la puerta de su piso, que está entreabierta.

Escucho en silencio desde la entrada cómo discute con alguien por teléfono. Me mira y hace señas con la mano para que pase dentro sin decir nada, así que paso y me siento en la cocina. Me quedo mirando unos segundos cómo sigue discutiendo mientras anda en círculos y fuma un cigarro, y después distraigo mi vista en la vajilla nueva que ha comprado y que tiene aún sin desembalar sobre la mesa.

Cuando cuelga se disculpa y me explica que ha comprado un mueble al que le falta una pieza, y que en la tienda en vez de soluciones sólo le ponen excusas. Le van a tardar un montón en traer esa pieza y sin ella, no lo puede montar, así que tiene toda la habitación ocupada por un montón de tablas de madera veteada por el suelo.

Me hace gracia escucharla, porque siempre cuente las cosas de forma graciosa, sobre cualquier tema, además.

Me lleva hasta su habitación y me lo enseña de forma exageradamente dramática, haciendo gestos con los brazos.

Entiendo que esté molesta, porque con todo eso por el suelo casi no tiene espacio ni para pasar.

Se lo comento y me responde que a este paso, para cuando esté acabado, seguro que ya domina la técnica de la levitación y que ya no le va a molestar.

Miren se pone una chaqueta fina de cremallera, coge el bolso y un pañuelo marrón para el cuello y nos vamos.

Justo cuando esta cerrando la puerta de casa con llave empieza a sonar el teléfono.

—¡Que les den! —dice entre risas, supongo que dando por supuesto que serían “los del mueble”. Guarda las llaves de casa en el bolso y saca las del coche mientras bajamos al garaje en el ascensor.

En menos de quince minutos llegamos al bar donde habíamos quedado para tomar algo antes de cenar, el problema es que después tardamos más de diez en encontrar aparcamiento. Han desaparecido un montón, por “culpa” de las obras.

Cuando entramos al bar veo al fondo a Mila, Marisa y Koro jugando al billar, charlando y tomando una cerveza.

Nos conocemos todas desde pequeñas.

Tania y yo incluso íbamos juntas a la misma clase y de pequeñas éramos inseparables.

Jugamos al billar a nuestra manera. Cada bola es un tío del que queremos vengarnos por algún motivo, y el juego consiste en ir dándoles golpes por esto y por lo otro con el taco, hasta conseguir meter todas las bolas. Pero da igual que bola metas, lo importante es decir quien es y con cada golpe dar un motivo.

Desahogarse, vamos.

—La bola seis rayada es Oskar —anuncia Koro.

—¿Qué ha hecho esta vez? —pregunto acercándome.

—El muy falso..., lleva toda la tarde intentando hablar conmigo, y me ha dicho que nos hace falta más comunicación —dice Koro de forma teatral.

—Uh, uh —digo cogiendo la cerveza que me pasa Miren

—Parece grave... — sentencia ella entre risitas.

—Trama algo fijo — dice Mila. —no es normal que quiera comunicarse... así por las buenas.

Koro golpea fuertemente la bola y la mete en el agujero a la primera, sin dar más golpes.

—Ya os contaré —dice girándose para vernos de frente, con el taco en la mano.

—Las mujeres hablamos por el placer de hablar, los hombres sólo cuando les interesa conseguir algo —dice Miren, provocando las risas de todas.

Ella es así; feliz, alegre, algo pícara y con un gran sentido del humor.

Pregunto por Tania, y me dicen que sale tarde de trabajar y se reunirá con nosotras después de cenar o cuando pueda. Les ha comentado a las demás que estaba “súper liada”, pero que vendría.

Tania es una obsesa del trabajo.

Casi nunca sale con nosotras porque es una persona muy ocupada, con su novio casi perfecto y guapísimo, con sus amigas pijas, con sus cenas de

empresa, reuniones, viajes... pero suele intentar reunirse con nosotras al menos una vez cada dos meses.

Siempre llega tarde, le encanta mantener el suspense hasta el final.

Ha cambiado un montón, la verdad es que no se parece en nada a cómo era antes.

Maite nos cuenta una anécdota de su último ligue y reímos todas a carcajadas. Al parecer, él confundió a su hermana con su madre, llamándola sin querer vieja a la cara.

No es culpa suya.

Los padres de Maite la tuvieron muy mayores y se lleva bastantes años con su hermana. Me sonrío y se ajusta la diadema granate que lleva.

Antes de ir a cenar, nos pasamos por un pub irlandés que hay cerca a tomar una última cerveza. Nos sentamos en una gruesa mesa de madera a hablar de lo de siempre: hombres y trabajo.

El restaurante donde han reservado mesa para cenar, es un italiano al que solemos ir bastante.

En realidad no hace falta reservar ya que siempre hay sitio.

Creo que le gusto a uno de los camareros que allí trabajan, es un chico simpático con cara de buena persona.

Mis amigas siempre me han dicho que le gusto, y yo también lo creo, aunque cuando hoy me lo vuelvan a repetir entre risas, les diré como siempre: “que no, que no, que qué va...”.

No sé por qué digo que no.

Se ha pasado todo el verano haciéndonos trucos de magia y hablando con nosotras cada vez que veníamos.

Todas sabemos que tanta dedicación gratuita no es normal.

Pedimos ensalada de pasta de colores, empanadillas rellenas de pescado al vapor, que es la especialidad de la casa, y un par de pizzas.

Todo para compartir.

Compartimos incluso los postres que están buenísimos.

Mila que vive permanentemente a dieta desde los doce años, se atreve a probar el helado de menta y chocolate, pero el tiramisú ni lo mira.

Es una bomba de calorías, pero creo que merece la pena probarlo aunque sólo sea un poco. Le ofrezco mi plato pero lo rechaza y se concentra en su triste infusión de té verde con sacarina.

Siempre da la impresión de estar cansada de la vida y algo abatida. Jamás la hemos visto reír a carcajadas.

Cuando pedimos la cuenta, el camarero simpático nos dice que nos invita a cambio de una cita conmigo.

Vaya.

Me pongo roja como un tomate, y me muero de la vergüenza en el momento.

Él me dice que me esperará mañana en esa misma mesa a la misma hora porque, “soy preciosa y un encanto” dice.

Pestaño para mirarle a continuación con los ojos muy abiertos y para acentuar mi sorpresa añado: “venga ya, eres un mentiroso...”, y me río de su descarada ocurrencia entre sofocos.

Me responde que “va en serio y que me esperará, ah, y que no estropee su cumplido, que lo acepte con un “gracias”.

Me sonrío con sus ojos, de un azul ultramar infinito y me doy cuenta de que lo dice de verdad, así que acepto.

Ve caras de reprobación entre mis amigas mientras termino de morirme de la vergüenza, y alguien dice con sorna que ya era hora de que dejáramos de hacer el tonto, creo que es Miren o Maite.

No sé, estoy un poco aturdida.

Salimos del restaurante y vamos a un bar de la misma calle, donde se supone que Tania se reunirá con nosotras.

Allí nos encontramos con gente bastante conocida.

Están los vecinos de mis padres, que no suelen salir nunca a estas horas, ella con un jersey calado igual que el mío pero en gris, y con su cara de sargento amargado de siempre.

Tiene los ojos pequeños y mezquinos, negros como cucarachas, y la boca torcida, como si siempre estuviera asqueada.

Él lleva una camiseta cutre de costuras retorcidas de propaganda de la caja de ahorros con una chaqueta por encima.

Desde que se han casado, él siempre vaga con cara de circunstancias y se le ve incómodo...

Ahora mismo, cuando nos hemos saludado, ha puesto la misma cara que si le hubiera alcanzado un rayo.

También coincido con un antiguo compañero de clase que me presenta a su nueva novia, de la que solo recuerdo unas sandalias preciosas de cuero marrones con piedrecillas incrustadas de color azul turquesa.

Saludo a un par de clientes conocidos del trabajo.

Nos juntamos con la cuadrilla del hermano de Marisa, que están con un

primo suyo que ha venido de Escocia con un amigo. El padre de Marisa es escocés aunque no lo parezca, porque lleva aquí viviendo toda la vida.

Parece que hoy, todo el mundo se ha puesto de acuerdo para estar a la misma hora en el mismo sitio.

Marisa me presenta a su primo, y me cuenta que ha venido a ver a la familia y a pasar unos días en la ciudad, aprovechando que le han echado del trabajo.

Se llama Mark.

Mientras bailamos una canción de Blur a saltos, Mark me explica que le han echado junto a otras setenta personas más y que van a cerrar la fábrica. Dice que allí las cosas están fatal, y que no sabe muy bien qué hacer con su vida.

Le sorprende que yo hable inglés tan bien, y le explico que mi expareja era de Edimburgo también, que he tenido con quien practicar.

—¿De Edimburgo? Qué curioso...

—No tan curioso, nos conocemos de toda la vida. Desde pequeña veraneo siempre con mi familia en una casa que tienen en Valencia, y su familia también pasaba allí las vacaciones.

—Ahmm... — dice asintiendo con la cabeza y seguimos bailando.

Al rato, me fijo en que Tania ha llegado ya, y que está pidiendo en la barra, así que me acerco a saludarla.

Nada más verme, me empieza a hablar de trabajo de forma nerviosa, y a pesar de estar algo estresada, fuma pausadamente.

Formando dibujos con el humo del cigarro.

Formas onduladas de color azulado, gris y blanco.

”Eh, eh, alto. Tienes que desconectar” le digo, y sigo bailando a mi rollo.

Al poco, los chicos nos sugieren cambiar a otro bar, a uno que no conocemos pero que no está muy lejos y allí es donde pido y bebo mi última copa de ron con coca cola.

Suena música más lenta, del estilo de “Everything but a girl” y me aburro un poco. Un rato después, decido retirarme a casa, el domingo vuelve Enma y no me quiero liar.

El hermano de Marisa y compañía se van a una fiesta de un empresario escocés, bastante conocido (no por mí), y mis encantadoras amigas se van con ellos.

Antes de irme, tomamos una ronda de chupitos como despedida. Todo

da vueltas en mi cabeza y a mi alrededor, hasta que me choco desorientada con Mark.

—Lo siento —le digo.

—Yo no — sonrío —¿seguro que te vas?

—Si. Ya si eso, nos vemos otro día...

Todos intentan convencerme, pero ya es tarde para mí. Estoy un poco desentrenada en esto de salir y me duele un poco la cabeza. Será por el azúcar de los cubatas...

Alguien se ofrece a llevarme a casa en coche, pero digo que volveré en taxi.

Me despido y me voy.

Les dejo en la pista dando saltos, bebiendo en los sofás y hablando a gritos en la barra.

Con la música aún zumbando en mis oídos y tarareando la última canción, "Where is love" de Haddaway, salgo a la calle.

Hace frío, pero no lo siento.

Voy caminando y escuchando el silencio a todo volumen.

Respiro con fuerza y me paro frente a un escaparate. No para ver su interior, sino para ver mí propio reflejo.

Necesito un instante de reposo.

Me acuerdo de una frase de Confucio que dice que "El silencio es lo único que jamás traiciona". La tengo escrita en mi agenda del trabajo y me ayuda a recordar que en el tema laboral, no debo abrir la boca más de la cuenta.

Limitarme a hacer mi trabajo y punto.

Voy andando a paso rápido en dirección a la parada de taxis, que no está precisamente cerca y los pensamientos se me van agolpando en mi cabeza uno detrás de otro.

Todos seguidos mientras camino, aunque no recuerdo ninguno en especial.

Bueno, al pensar en taxis recuerdo que hace unos cinco años, en la peor época económicamente hablando que he pasado, un taxista me hizo una proposición indecente que acepté.

Me dijo:

—Si freno en seco y el coche de atrás nos da, tú y yo cobremos del seguro. ¿Qué me dices?

Yo le dije que sí.

Le dije que sí, y conservo una cicatriz en la cabeza para acordarme de ese día.

La ciudad duerme, llena de luces amarillas, violetas y blancas.

Llena de letreros luminosos y carteles publicitarios.

La luna asoma alegre entre edificios altos y grises, y se esconde entre ellos, según la mire mientras voy caminado.

Al doblar la esquina, decido cruzar de manera espontánea, igual que hago todas las mañanas camino del trabajo, sólo que esta vez no me acompaña la marea humana de trabajadores.

Esta vez estoy yo sola.

Pienso esto último cuando casi tengo el coche encima.

Un coche de color gris.

No me da tiempo a ver nada más.

Siento que mis últimos pensamientos sean una estupidez.

Si hubiera sabido que era el último de mis días, quizá hubiera aprovechado el tiempo de otra manera.

Quizá no hubiera atrasado diez minutos el despertador.

O quizá sí, porque todos sabemos que un día moriremos y nunca aprovechamos al tiempo al 100%.

Sabemos que hay un último día, aunque no sabemos cuando será.

Me acuerdo de mi hija, de mi familia, de mis amigos...

Lo último que pienso es que es una pena no tener un reloj a mano para cronometrar cuanto tardo en morir. Dicen que el cuerpo humano tarda siete minutos en morir.

No debe ser nada fácil morir.

Si vivir no lo es, morir tampoco debe serlo.

Me hubiera gustado poder comprobarlo.

Sólo siete minutos.

Siete minutos.

Y después de eso nada.

Nada.

SÁBADO. INDIGENTE

Llevo una semana horrible.

Horrible.

El viernes, algún imbécil me rompió el retrovisor del coche por hacer una gracia (justo cuando había decidido dejar de alquilar el garaje, para poder ahorrar un poco de dinero).

Ayer también hice el ridículo en la mejor fiesta privada a la que he sido invitada en lo que vamos de año (probablemente), protagonizando una ridícula escena de vodevil con Héctor.

Hacer el ridículo, lo que se dice hacer el ridículo, no ha sido. No es nada importante, sólo un asunto de celos retroactivos mal entendidos, con unas copas de más.

El chico que me gusta no me ha elegido a mí.

Ha elegido a otra.

Ha decidido darle una segunda oportunidad a su matrimonio, así que me tocará ser lo más comentado del momento durante algún tiempo.

Espero que esto se pase pronto, y poder salir lo más dignamente de este tema.

Me gustaría poder decir que Héctor es un chulo, un creído y un prepotente, pero la verdad es que no es tan chulo y prepotente como cabe esperar, de una persona tan creída.

Conozco a Héctor desde hace un par de años y lleva separado por lo menos cuatro.

Me ha ido haciendo creer que estaba llegando nuestro momento, hasta que anoche me dejó bien claro, que no quería nada conmigo, que yo le había malinterpretado durante todo este tiempo.

Por si esto fuera poco, en el calentón de la discusión, le tiré mi bolso nuevo a la cabeza, y al caer al suelo se manchó de bebida.

Casi me da un infarto.

No me atrevía ni a recogerlo, para no ver el desastre.

Ese bolso cuesta cerca de setenta mil pesetas y esperaba poder devolverlo intacto el lunes porque no tengo dinero para quedármelo.

Ya no podrá ser.

Me he levantado de la cama cerca de la una y a pesar de haberme aplicado un concentrado nutricional, que activa la recuperación nocturna de la piel, y alivia la fatiga a base de vitaminas concentradas, mi cara dice a gritos que ayer salí y me pasé un montón con la bebida.

Me siento desgraciada, cada vez que me acuerdo de la enorme cantidad de dinero perdido tan a lo tonto esta semana.

Por el bolso y la reparación del coche.

Todavía me faltan más de dos semanas para poder cobrar, y no llego a fin de mes.

Yo soy Karen Elene Satrustegui Parker, y no llego a fin de mes.

Cuando era más joven soñaba con ser millonaria, incluso llegué a valorar la idea de comprar un título nobiliario. Sólo en Inglaterra, salen unos cuatro o cinco cada año a la venta, con sus respectivas tierras.

Se lo comenté a mi madre, que es abogada y se estuvo riendo de mi ocurrencia durante semanas. Me dijo que ella no tenía ningún interés en aparentar algo que no era, y para quitármelo definitivamente de la cabeza, añadió que la nobleza es muy elitista, y que pronto se darían cuenta de que no somos como ellos, y siempre nos verían inferiores.

Se me quitó de la cabeza al instante, porque no soporto que me hagan de menos.

Mis padres tienen dinero, pero son más simples que una patata cocida.

A veces hasta parecen paletos de pueblo, y me veo en la “obligación” de corregir sus conductas. O por lo menos intentar disimularlas.

Lo que haría yo si tuviera lo que tienen ellos... No tengo ningún título nobiliario, pero sí cierto estatus social heredado de mi familia, que me he esforzado en mantener y aumentar... así me va.

Mi padre es empresario y mi madre abogada.

Yo soy Personal Shopper en una de las boutiques más exclusivas de la ciudad, pero se mire como se mire, en realidad el trabajo que hago es el de dependienta, aunque el sueldo sea un poco más alto, porque asesoro a las clientas en su compra.

Que desastre.

Me licencié en Bellas Artes en la Universidad de Deusto, y después en Diseño de Moda en la Universidad Politécnica de Madrid.

Me gusta la moda, pero mi trabajo no se parece mucho a lo que en realidad me gustaría dedicarme.

Algún día espero poder acercarme más al mundo del diseño.

Hasta ahora, no me he podido arriesgar a intentarlo, porque el trabajo que tengo es bastante seguro, no pagan del todo mal y “lo necesito” para hacer frente a todos los gastos que tengo.

Trabajo por necesidad, a pesar de lo que intento aparentar, y a duras penas me puedo permitir llevar la vida que llevo.

La versión oficial es bien diferente: trabajo sólo para ocupar mi tiempo (no porque lo necesite) y porqué me encanta el mundo de la moda.

Casi el 90 % de mi sueldo se va en mantener el impresionante piso que tengo (comunidad, servicio de portería, mantenimiento, jardinero, facturas, hipoteca... etc).

Mis padres repartieron parte de la herencia de mis abuelos paternos cuando fallecieron, y gracias a eso, me pude comprar un ático de 200 metros cuadrados con terraza enorme en la mejor zona de Bilbao.

La verdad es que la compra fue una gran inversión, no me arrepiento en absoluto y sé que llegará un día en el que la casa se convierta en algo que me de vida, no lo que me la quite.

Al menos está casi pagada.

Amorticé parte de la hipoteca todo lo que pude con el dinero que tenía ahorrado y el de la herencia, pero todavía me quedan cinco largos años, para que el piso sea completamente mío.

La hipoteca no la tengo con el banco, la tengo con mis padres, que funcionan igual que un banco.

Todos los meses, dos días después de cobrar mi sueldo me descuentan automáticamente la cantidad de mi cuenta.

Así es que me quedan cinco eternos años de malvivir, y supongo que después podré respirar.

El piso lo tuve que amueblar empeñando mis joyas.

Era imposible que “yo” no tuviera el piso perfectamente amueblado antes de irme a vivir. Pude ahorrar algo en algunos muebles, comprando los que estaban expuestos.

Me doy lástima a mí misma.

Los últimos domingos de mes, salgo a tomar el aperitivo con un billete de diez mil pesetas esperando que me inviten con el pretexto de no tener cambio.

A veces funciona.

Yo que vengo de una importante familia de empresarios, no puedo permitirme tener las últimas novedades tecnológicas. Siempre he puesto la

excusa de que las nuevas tecnologías no son para mí, pero es mentira.

Me muero por tener un teléfono móvil como los de que tienen los grandes ejecutivos americanos en las películas. Por aquí ya se empieza a ver alguno y me parece lo más.

Intento estar ilocalizable la mayor parte del tiempo posible, y así, me puedo inventar que estoy en sitios que no conozco, o en los que sólo he estado una vez.

Después sólo tengo que decir con voz cansada y monótona, que tanta vida social me agota.

Eso lo hago cada vez que me invitan a una fiesta y no tengo dinero para ir.

La gente lo cree así.

Mi armario es bastante triste, aunque eso sí, todo lo que tengo son piezas de diseño carísimas. La mayoría de ellas compradas fuera de temporada o incluso de segunda mano. Trajes, bolsos y zapatos de las mejores marcas componen mi fondo de armario, son prendas básicas que apenas he cambiado en los últimos cinco años.

El resto de la ropa de moda y tendencias del momento, suelo tener que llevármelas prestadas de la tienda, y devolverlas al día siguiente sin que nadie se entere, o bien comprarlas en otra tienda, y después devolverlas con la excusa de que no me gustan.

Quito todas las etiquetas, estreno la pieza con el máximo cuidado, y las vuelvo a colocar minuciosamente para poder devolverla.

Suelo hacerlo en diferentes tiendas, a veces incluso en diferente provincia, para no llamar demasiado la atención, porque ya me conocen en la mayoría de los sitios.

Aprovecho a comprar de verdad en las tiendas en las que más me conocen, para crearme una imagen, e intento hacer las devoluciones en las que no me conocen tanto.

A veces no me queda más remedio que quedarme lo que he comprado, como el caso del dichoso bolso.

Una mancha es una tragedia.

No tengo joyas y casi no tengo complementos.

Siempre me excuso diciendo que la máxima de la elegancia, que menos es más, y todo el mundo me da la razón como si yo fuera una gran entendida.

Me encantan las joyas y si tuviera diez, me las pondría todas a la vez para brillar y deslumbrar como una estrella, y la que quiera ser elegante que

vista como una monja si quiere.

No me importa.

A mí realmente me gustan los excesos.

He tenido que empeñarlas todas, y conformarme con parecer que intento ser una persona sencilla.

Si alguien se compra alguna joya, reloj, cinturón o lo que sea, por lo que yo mataría, intento disimular la envidia que me corroe, y comento en *petit comité* que “sólo los ignorantes aprecian el valor de las etiquetas, y son capaces de exhibirse de esa manera tan descarada, y tan poco elegante”.

Si quiero estar enterada de la vida social y del mundo de los famosos internacionales, tengo que ir a la consulta de mi tía Niza. Es dentista, recojo las revistas “viejas” de la sala de espera, con la excusa de llevarlas a una residencia de ancianos de forma totalmente altruista.

Y es verdad que las llevo, pero sólo después de leerlas y de quedarme las más recientes.

Todos creen que es un acto totalmente desinteresado por mi parte.

Me tienen como una gran persona.

A pesar de todos los esfuerzos que hago para ahorrar, hay veces que no tengo ni para comer. Ahora mismo, si abro la nevera, sólo tengo dos yogures naturales, tres zanahorias, una escarola, una cuña pequeña de queso tierno y tres botellas de vino DO. Gran Reserva de unas siete mil pesetas cada una...

Con lo que cuestan, podría comer un par de meses, pero son una inversión.

Si viene alguien a casa a tomar una copa, tengo que tener algo que ofrecer.

Una cosa es que no haya comida en la nevera, porque no he podido hacer la compra, y otra muy diferente, tener la despensa totalmente vacía.

Cuando no tengo comida, como ahora, me toca conseguir que mis amigos me inviten a comer a su casa, quedando con ellos a última hora de la mañana por algún motivo que sea de su interés, o visitar a la familia y decir que hecho de menos como preparan tal o cual plato.

A veces incluso tengo suerte, y me puedo llevar las sobras en un tupper a casa, insistiendo, en que no hace falta varias veces, pero deseando que me ofrezcan más.

Otras veces, no tengo más remedio que ir a las catas de los supermercados si quiero comer algo.

Si quedo con mis amigas en un restaurante e invito yo (cada vez solemos

pagar una), intento comer lo menos y más barato posible, con la excusa de estar a dieta o sentirme un poco enferma. Pero si me invitan, la cosa es bien diferente.

Si por motivos extraordinariamente ajenos a mi voluntad me veo teniendo que comer sola en un restaurante, siempre pido las sobras para mi perro.

Mi perro, si.

Ese que no tengo.

En casa me alimento básicamente de frutas, verduras y cereales, y de vez en cuando, me doy un capricho de proteínas de pollo, pavo y pescado fresco de temporada. Con lo que esté de oferta.

Ceno con velas a diario.

No por ser una romántica, sino por pagar una factura de luz más asequible.

Me he tenido que borrar del gimnasio al que iba con mis amigas con la excusa de que el médico me ha mandado hacer natación para la espalda, y ahora voy a nadar a las piscinas municipales.

De paso, aprovecho a ducharme allí todos los días antes de ir a trabajar.

Con eso consigo ahorrar agua y electricidad.

He sustituido montar a caballo por hacer rutas en bici.

Intento que la bici parezca cool, pero creo que no lo consigo.

A mis amigos les parece un poco extravagante eso de salir con la bici a la calle. Por suerte, me ven como una aventurera, y todo por hacer deporte al aire libre. Ellos si no están entre las cuatro paredes del gimnasio, parece que no se sienten protegidos.

Hace más de cuatro meses que no puedo permitirme comprar ningún cosmético. Ni caro, ni barato. Ninguno.

Los pocos que utilizo, son las muestras que vienen pegadas en las revistas de mi tía, o muestras que me dan en las perfumerías al comprar algo (siempre para regalo). Suelo ir a menudo y siempre aprovecho a perfumarme con los testers.

Los regalos que me hacen a mí, (cumpleaños, navidades, operaciones quirúrgicas, regalos de novios...) rara vez me puedo permitir quedármelos.

Los guardo en la medida de lo posible y los etiqueto dejando bien claro, quien me los ha regalado, fecha y el motivo, para poder regalarlos de nuevo a otras personas.

Cuando me regalan ropa o cosas muy personales, es mucho mejor,

porque guardan el ticket y si lo pido, lo puedo devolver tranquilamente y quedarme con el dinero.

No tengo novio.

Tengo 32 años y no tengo novio.

A mi edad la gente suele casarse, pero yo no tengo ningún candidato, y viendo lo visto con Héctor, me costará un tiempo volver a confiar en un chico.

Me encantaría encontrar a alguien con quien compartir los gastos, que me lleve a cenar y que me haga regalos.

Alguna vez me he llegado a plantear compartir mi piso con alguna amiga o amigo, para compartir gastos y vivir un poco más desahogada, pero he llegado a la conclusión, después de hacer cuentas, de que gastaría más de lo que gasto ahora, porque me aterroriza que descubran mi real y lamentable estilo de vida.

Con los novios se supone que es diferente.

Se supone que son ellos los que te pagan, te invitan, te compran...

Se supone, porque yo he tenido dos, y el mejor regalo que me han hecho es un paseo en globo por mi cumpleaños, que no está mal, pero ni dura, ni se puede devolver.

Supongo que no quedan demasiados chicos generosos libres.

Ninguno me ha merecido demasiado la pena, y con ninguno he ido tan enserio como para llegar a querer compartir mi piso.

Ya lo dicen los expertos: los efectos del flechazo duran aproximadamente dos años. A mí, sólo me han durando unos meses, y jamás me he enamorado, aunque tengo medio fichado a un nuevo candidato desde hace un par de meses.

Tendrá unos 38 años, es bastante mayor que yo, y según tengo entendido, es un gran experto en marketing de una multinacional.

Mejor.

Un hombre con experiencia.

Tal vez eso sea lo que necesito, porque Héctor tiene casi cuarenta, pero se comporta como un adolescente.

Siempre viste de traje, de firmas italianas y color oscuro.

Se nota que tiene clase, y la verdad es que físicamente está muy bien. Es alto y atlético. Medirá por lo menos metro noventa. Es lo suficientemente alto como para sacarme bastante ventaja, incluso con diez centímetros de tacón.

Me dejo caer siempre que puedo por los locales de moda y fiestas más

elitistas, siempre con un look total y más que estudiado, a ver si le veo.

No basta con seguir las tendencias, hay que tener sello y personalidad propia.

La mía está en darle un cierto aire rockero a todo lo que llevo, por muy clásica que pueda parecer una pieza, siempre se le puede (y se debe) dar un toque diferente.

Me encantan los pitillos, el cuero, los bolsos y cinturones de cadenas, botas y sandalias altísimas, tachuelas, charol, estampados de piel de animales... eso sí, jamás llevo pieles de pelo largo ni plataformas.

Hay cosas que por mucho que se lleven, jamás me pondré.

La semana pasada coincidimos en el puerto deportivo.

Tiene un coche alucinante.

Un Mercedes de gama alta de color negro, un poco clásico pero un cochazo al fin y al cabo.

Siempre lo lleva superlimpio y brillante.

Me encanta ese coche, y el interior lo tiene puesto a capricho, a todo detalle. Se nota que cuida ese tipo de cosas y que valora mucho el diseño. El tapizado es espectacular, en cuero color crema sin apenas costuras.

No nos conocemos personalmente, pero me he fijado en como me mira, y sólo es cuestión de tiempo que suceda.

La última vez que le vi, llevaba un traje gris antracita de corte entallado, con camisa blanca y zapatos negros tan brillantes que probablemente serían nuevos.

Su pelo castaño claro destacaba fabulosamente con el traje oscuro. Su piel es de un color extraño, como bronceada y pálida a la vez, de un tono uniforme y extraordinariamente perfecta, sin ninguna imperfección. Ni siquiera tiene ningún lunar al menos que yo le haya visto.

Estaba sentado en una mesa al sol, en la terraza, junto al doctor en filosofía Juantxo Durán, un hombre bastante conocido en Deusto.

Charlaban, mientras leían el periódico.

Le salen hoyitos en las mejillas cuando sonrío, algo que no hace con demasiada frecuencia.

Lo que me pasa con él es un poco extraño, como que no me atrevo a dar el paso de hablarle.

Me he puesto a mí misma una especie de barrera invisible, y no me sale.

Pienso: “—bah, la próxima vez le diré algo” o “bah, ya conseguiré que me lo presenten en la próxima fiesta”, pero me engaño a mi misma, porque

pasan los días y no avanzo con el de ninguna manera.

Experto en Marketing.

Qué bien suena eso en mi cabeza cada vez que lo pienso.

Seguro que viaja un montón, en viajes de negocios.

Habrà estado en Nueva York un millón de veces, y en Paris, Milán... yo podría acompañarle en esos viajes, con el pretexto de querer visitar las ciudades donde están las últimas tendencias de moda.

En plan profesional, por mi trabajo, es algo que siempre ha formado parte de mis fantasías: ciudades cosmopolitas y urbanas, mi sueño. Imprescindible visitarlas para estar a la última.

Me encanta su expresión.

Denota cierta autosuficiencia y superioridad, a veces hasta parece que él es el malo de la película... pero es imposible que lo sea con ese coche.

Cuando nos conozcamos espero que sea como a mí me gustan los chicos: cariñoso, apasionado, con clase, un poquito malo y un poquito torpe... Lo que buscamos todas, vamos.

Se me hace una persona interesante.

Podría decirse que me interesa.

Cada vez más.

Analizándome en el espejo, acabo de decidir ser un poco más positiva.

Taparé estas ojeras con maquillaje y me arreglaré el pelo como una estrella de cine para la alfombra roja.

He quedado a la una en el puerto deportivo para tomar el aperitivo con mis amigos Ksenia, Lara, Tania y Gonzalo, y son las once, así que tengo tiempo de sobra.

Tengo tiempo de sobra para deslumbrarle si le encuentro allí, con uno de sus impecables trajes, y su deslumbrante Mercedes, y quién sabe, quizá hoy me atreva a decirle algo.

Estoy de suerte por ser soltera y querer ligar con alguien, porque la mayoría de los chicos salen de casa cada día con ese mismo objetivo.

Sólo necesito ser un poco selectiva, y con este chico me parece que acertaré.

A tomar el aperitivo por supuesto que voy, pero después no creo que me quede a comer, porque me toca a mí invitar y no puedo permitírmelo.

Invitaré al aperitivo y me retiraré a casa porque tengo jaqueca.

Corro al salón a poner música en mi equipo plateado.

Me gusta la música, me gusta bailar.

Oficialmente soy una entusiasta del jazz y la música soul.

Extraoficialmente me encanta el rock y el heavy.

Empieza a sonar la primera canción de “Use Your Illusion I”, la paso hasta llegar a la cuarta “Don’t Cry” y me meto en la ducha cantando y dando saltos.

Conseguí un acople de iones negativos a través de mi tía Niza, la dentista, y la verdad es que se nota la diferencia. Al parecer ese tipo de iones tienen un millón de efectos beneficiosos para el organismo, y no sé si será por sugestión o no, pero el caso es que desde que lo uso, me siento mucho mejor.

Me enjabono la cabeza haciendo movimientos circulares suaves con el gel del cuerpo y me pongo bajo el agua para aclararme bien.

Hace una semana que me quedé sin champú, y de momento me tengo que arreglar así.

Por suerte me queda mascarilla y acondicionador suficiente para lo que queda de año, gracias a un regalo de Ksenia. Me trajo un cofre de cosméticos y jabones naturales de un crucero que ha hecho este verano por el Caribe.

Ksenia es hija de un importante y reconocido músico ruso, también es una de mis últimas mejores amigas.

Vino a Bilbao a estudiar hace años, pero esto le ha gustado tanto, (dice que el clima aquí es genial, se nota que es rusa) que se ha instalado para quedarse.

Ella toca el violín en la Orquesta Sinfónica de Bilbao.

Gana tres veces más que yo, aunque su piso no tiene ni de lejos la categoría del mío, que está mucho mejor situado y tiene mejores vistas.

Ksenia se empeña en parecer sofisticada, pero no le sale.

A sus casi cuarenta años, se esfuerza constantemente en aparentar veinte, y tiene la manía de usar palabras sin estar segura de lo que significan.

Uno de los trucos que tengo para medir mi popularidad, es soltar palabras poco usuales de vez en cuando, y comprobar quién los repite.

Si me copian, significa que alguien se quiere parecer a mí y que gusto.

Ksenia lo hace siempre, tuvo una temporada en la que para ella todo era “suspicaž”.

Hasta las manzanas lo eran.

Luego también pasó por una fase en la que al salir del trabajo cada día, decía que estaba “completamente alineada” en vez de alienada.

Eso fue bastante divertido, me bastó para comprobar que la cordura y el sentido común no van con la edad.

Ksenia tiene por lo menos un millón de tarjetas de crédito en la cartera. Tiene dinero, pero nada de estilo.

Sólo tiene lo que podría llamarse algo así como “delirios de consumo”.

La mayoría de lo que compra no vale nada, no porque no valga dinero sino porque es vulgar.

Tania, otra de mis mejores amigas, es todo lo contrario a ella.

Sabe perfectamente lo que quiere. Cuando vamos de tiendas siempre lleva esa mirada de marino a la que se refería Kubrick en “La chaqueta metálica”, lo que llaman “la mirada de los mil metros”.

Parece que mira siempre en la distancia, sólo ve lo que está lejos, y con un rápido golpe de vista, sabe si hay algo que merece la pena en la tienda, o no.

Como si llevara un escáner.

Ksenia rebusca y toca todas las cosas, con esas manos suyas llenas de largos dedos, eso dice mucho.

Salgo de la ducha y me enfundo en mi albornoz blanco y rosa de un hotel de Mallorca, en el que estuve de vacaciones hace dos años. Me envuelvo el pelo en una toalla mediana de color blanco de rizo especial de secado rápido, y me seco el cuerpo a conciencia para aplicarme a continuación una triste muestra de crema Nivea con aceite para pieles muy secas.

Se me ha terminado el body milk, así que en cuanto se me acaben las muestras de crema corporal, me veo usando el aftersun que me ha sobrado del verano. Total, dicen que no es bueno guardar las cremas abiertas más de un año, y estoy yo como para tirar las cosas...

Dios, que asco de vida.

Mientras espero a que mi cuerpo absorba la puñetera crema, estudio mi cara en el espejo. Me la lavo intensamente con agua fría para ver si se deshinchon un poco los ojos. He dormido unas seis horas, es normal que mis ojos parezcan cansados.

Observo mis cejas perfectamente depiladas.

Son perfectas.

Anchas y rectas, perfectas.

Me aplico una crema de día vitaminada de farmacia en la cara, cuello y escote y un contorno de ojos en gel, también de la farmacia. Tienen muy buenos cosméticos, y a veces a bastante mejor precio que en las perfumerías.

Voy a paso ligero hasta mi cuarto y allí elijo un conjunto interior de

color negro con transparencias. Abro el armario y suspiro casi por inercia.

No tengo nada impresionante que no me haya puesto antes con Ksenia y Tania.

A Lara y a Gonzalo les veo más de vez en cuando y es más fácil sorprenderles.

Tendré que combinar algún conjunto para que parezca nuevo.

Elijo unos pantalones finos con estampado de pitón en un color gris muy claro y una camiseta negra bastante escotada por la espalda en seda.

Me calzo unas altísimas sandalias con tiras en color negro, y una americana fina y entallada maravillosa que compré en Milán hace tres años, y que forma parte de mis preferidos básicos.

Con lo que pagué por la americana, hubiera podido pagar dos meses de hipoteca por lo menos.

Abro la zona dedicada a los complementos en mi armario. Necesito un bolso negro para esta ropa. Tengo uno negro de Loewe, pero es demasiado grande, no va. Elijo uno de mano, forrado de seda negra con cadena plateada que compré para un bautizo, y un cinturón de cadena plateada para llevar sobre la camiseta que le cogí prestado a mi hermana hace tiempo.

Me perfumo con una miniatura de Chloè, y me miro en el espejo desde lejos haciendo poses, y llegando a la conclusión de que una camiseta con este escote queda mucho mejor con algún collar o colgante.

Reviso mi pobre joyero pero no me va ninguno, y además sólo me queda bisutería.

Bisutería barata.

Vaya por dios.

Si termino pronto de prepararme, tal vez pueda pasar por casa de mis padres para pedirle algo prestado a mi madre. Ella lleva un look clásico pero actualizado y en su joyero sé que encontraré algo que deslumbre.

Tiene tres joyeros, pero casi nunca usa joyas.

Tiene un colgante carísimo con forma de corazón de Tiffany, que sería perfecto.

Vuelvo al baño a secarme el pelo con aire frío, y una vez seco, me lo retoco con el cepillo redondo para darle un poco de forma a las puntas y al flequillo.

Perfecto.

Suena "November rain", una de mis favoritas, y me animo a cantarla a pleno pulmón mientras fijo mi peinado con laca y empiezo a maquillarme los

ojos.

No me queda base de maquillaje, ni polvos ni nada de nada. Suerte que tengo una piel agradecida y no lo necesito mucho.

Me perfilo los ojos con khol negro, muy marcados y aplico dos capas de rimel.

Tengo los ojos de un color muy muy claro, e intento darles profundidad siempre maquillándolos con negro.

Hace que mi mirada parezca más intensa.

Todo el mundo dice que tengo unos ojos preciosos, pero sin maquillar la verdad es que dan una sensación muy rara, parezco un zombi, porque son demasiado claros.

Para los labios me aplico el color nº 109 de Margaret Astor, que es una especie de color berenjena y gloss transparente por encima para dar más volumen.

Todavía falta casi una hora para mi cita, así que me da tiempo de sobra a pasar por casa de mis padres.

A recoger el colgante.

Y algo de comida tampoco me vendría mal.

Dios, podría decirse que vivo en la indigencia.

Yo lo sé.

Pero nadie más lo sabe, y me cuido mucho para que nadie lo sepa nunca.

La verdad es que lo que hago tiene bastante mérito, una lástima que nadie lo sepa, porque seguro que entonces me verían de otra manera.

No tan perfecta, no tan snob, no tan superficial... porque en el fondo de mi realidad, no soy ninguna de esas cosas.

Cojo el coche y pongo "Get a Grip" de Aerosmith a todo volumen.

Paso el Intro y suena "Eat the rich". La escucho unos veinte segundos y la paso hasta que suena "Crying". Me parece más apropiada, así que la dejo.

Aparco en doble fila y entro con paso firme a la sucursal del final de la calle.

Voy al cajero para sacar mis últimos ahorros, literalmente, porque hasta cobrar el mes no voy a poder sacar nada más.

Dentro hay un padre de unos cuarenta y pico años, con un chándal Adidas totalmente falso acompañado de su hijo pequeño sacando dinero, y un chaval joven de pelo largo esperando, apoyado de mala gana en la pared masticando chicle de forma nerviosa.

El padre me suena de vista, aunque no sé muy bien de qué.

Debajo del chándal lleva una camiseta gastada de algodón del Cross XII. de Miranda de Ebro. Año 1988.

Dios, la camiseta tiene más años que el hijo...

A ver cuando se consigue poder pagar en bares y cafeterías con tarjeta, y me ahorro tener que venir aquí a mezclarme con esta gente. Vivo en una de las mejores zonas de Bilbao y ya ves, hay de todo.

Cuando el padre saca el dinero de la máquina, el niño de forma espontánea, se gira y me comunica que su padre es muy listo y que, aunque en las máquinas de los bares, pierde, en esta máquina siempre saca el premio y se lleva el dinero.

El padre se gira y sonrío de forma incómoda como diciendo..."estos críos... lo que inventan, ¿eh?", me dice entre afligido y avergonzado.

Madre mía que asco de gente. No tiene ni para comprarse un chándal decente y anda jugando a las máquinas tragaperras.

"Justo al contrario que yo", reflexiono al momento.

Visto perfectamente pero no me puedo permitir ni jugar a nada.

Ufff que asco de vida, de verdad.

El padre coge al niño de la mano tímidamente, y salen juntos de la caja con la cabeza baja.

Yo también me encojo un poco.

No sé que será peor, si lo mío o lo suyo.

Los dos gastamos dinero en lo que no deberíamos.

Dinero que no tenemos.

El chaval joven de pelo largo sólo mira el saldo, probablemente estará esperando a que le hagan algún ingreso para poder sacar dinero, igual que yo.

Cuando por fin me toca a mí, saco mi cartera de piel de pitón falsa del bolso. La compré en Londres porque me pareció muy original, pero no deja de ser plástico.

Soy una persona luchadora y sé que algún día llegará mi oportunidad.

Mientras tanto me limito a sobrevivir.

Como dijo Oscar Wilde, lo importante no es tener éxito, sino merecerlo.

Mis padres han intentado enchufarme en alguna de sus empresas, pero un bufete de abogados y una empresa de platos preparados a domicilio, no tienen nada que ver con el mundo de la moda, que es lo que a mí me interesa.

Quiero intentarlo por mi misma.

Quiero tomarme mi tiempo, si no lo consigo, siempre estoy a tiempo de formar parte del equipo en cualquiera de los dos sitios.

Una vez en casa de mis padres, no me importa entretenerme un buen rato y así llegar un poco tarde a mi cita, porque seguro que sale a relucir la escenita de la fiesta con Héctor y no tengo prisa por enfrentarme a ello.

En la fiesta estaba Tania, con el grupo de amigas que tiene desde pequeña, y con las que suele quedar de vez en cuando.

Nos vimos aunque no estuvimos juntas.

No coincidimos mucho, porque yo me fui enseguida y ella llegó bastante tarde.

Le pido a mi madre que me deje algo de su joyero, algo que me quede bien con la ropa que llevo, y me aconseja un collar largo muy bonito con unas mariposas nacaradas. Me gusta, pero al final me llevo el de Tiffany, porque creo que me destaca más.

Además es de Tiffany, y el otro no.

Cuando llego al puerto, suena “Nothing else matters” de Metallica en mi coche. Parece que el día está abriendo un poco y se puede ver el sol, aunque está bastante nublado y puede llover de un momento a otro. Gonzalo, Tania y Ksenia se han arriesgado y están en la terraza.

Tania sonríe, aunque no tiene muy buen aspecto.

Da la impresión de que no haber dormido en toda la noche, lo cual, es probable que sea cierto, gracias a la fiesta. Junto a ella, Ksenia lleva ropa nueva, que parece ser de la última colección de Adolfo Domínguez, y un sombrero bastante llamativo. Gonzalo, con look marinero, es el primero en saludarme, hace un gesto elegante con la cabeza y se ajusta sus gafas, en un gesto que repite bastante a menudo cada vez que lleva esa montura.

Las gafas son de Moschino, de montura metálica y ligera, pero que aún así, le dejan marquitas rojas en la nariz.

Me acerco a ellos y les saludo con dos besos.

Pregunto por Lara y me recuerdan tiene boda. Ah, es verdad, que me lo dijo, que por eso no podía venir a la fiesta.

Se casa una amiga suya con la que estudió en la Universidad de Deusto. Una chica que ha tenido la mala suerte de enamorarse de un carpintero, y se casa embarazada de cuatro meses.

Sus padres no han ido a la boda. Ni casi nadie de su familia.

Creo que ni se hablan.

Han perdido el contacto.

Es hija de un médico cirujano muy conocido, con clínica privada propia.

Supongo que sus estirados padres, esperaban poder casar a su única hija

con “alguien”, pero no ha podido ser.

Según me ha contado Lara, ha tenido que organizar un montón de cosas ella misma, y la boda ha sido un poquito pobre, porque la familia de ella no les ha dado nada de dinero.

A ellos les ha dado igual, y a estas horas deben estar ya casados y felices.

Sonrío y miro a mi alrededor a ver si hay algún conocido.

Veo a lo lejos a Laura Esther, de la familia de los Blázquez Murua, encaramada a unos taconazos impresionantes que le hacen caminar como un flamenco. Si no sabe andar con tacones, no entiendo porqué los usa.

A estas alturas estoy un poco extrañada de no haber oído aún ningún comentario jocoso “de lo mío” con Héctor, con risitas infantiles y golpes de melena hacia atrás.

Cuando llega el camarero a nuestra mesa, no sé que pedir y al final me decido por un vino blanco, a pesar de mi resaca.

Dicen que la resaca sólo se cura con más alcohol, a ver si es verdad.

El mar está entre gris y azul.

Del mismo color que los ojos de un chico, de unos treinta años, que me mira de arriba abajo descaradamente desde su mesa. Yo le miro durante menos de un segundo, y ese tiempo me basta para darme cuenta de que no merece la pena en absoluto.

Hace mucho tiempo que el prototipo de Machito pasó de moda para mí.

Tania fuma sin parar y las ojeras le llegan a los tobillos.

Me encojo de hombros y pregunto con cierto tono de misterio que qué pasa, porque da la impresión de que pasa algo.

Se nota en el ambiente.

—He dejado a Igor hoy a la mañana —me dice Tania encendiendo un nuevo cigarrillo con gesto elegante. En esta situación queda un poco ridículo, porque se la ve afligida y no sé porqué se empeña en aparentar lo contrario.

Deja a su novio y finge que no le importa.

Si, ya.

Sobretudo un novio como Igor.

Pregunto qué ha pasado y por fin Tania se derrumba un poco, aunque manteniendo la compostura, y nos cuenta una historia, que empieza con la frase “Igor es un cerdo”, con voz algo temblorosa.

Levanto las cejas y centro toda mi atención en sus palabras. Con semejante noticia no me extraña que nadie hable de mi discusión con

Héctor.

En mi orgullo interior hay una pequeña parte egoísta que está un poco dolida, porque Tania se llevará todo el protagonismo y nadie hablará de mí.

—¿Por qué? —le pregunto en voz baja y suave.

Tania entorna los ojos y ladea la cara con expresión de tristeza.

Igor le ha sido infiel quien sabe durante cuanto tiempo y quien sabe con quien o quienes.

Ksenia le pregunta que cómo lo sabe sin pizca de tacto, algo muy normal en ella, y Tania esconde la cara entre sus manos a punto de llorar.

Se la ve dolida, pero se controla y mantiene la pose, dado que estamos en una terraza.

Ya tendrá tiempo de llorar después, en casa.

Nos relata que hace un par de meses recibió una llamada de un hotel de Madrid, preguntaban por Igor Lopez de Alda.

Querían hablar con él porque habían encontrado al fin el pendiente perdido. Tania les agradeció la llamada, y les pidió que se lo enviaran por correo a su oficina.

No le quiso dar importancia en ese momento, pero se lo ocultó a Igor, y cuando recibió el paquete, se quedó el pendiente.

Era simple, de oro, liso.

No era suyo, pero quizá fuera para ella, o quizá un regalo para alguien.

Tanteó a Igor durante días, y en ese tiempo le dio por pensar de todo. Pensó en el trabajo, que quizá en algún viaje de negocios, los podía haber perdido alguna compañera en alguna reunión de trabajo en el hotel. Cada explicación lógica que inventaba, le parecía más ridícula que la anterior.

Aquello no tenía sentido, así que Tania se decidió a telefonar al hotel y sacar algo de información.

Igor se había alojado en una habitación “doble” el pasado doce de abril.

En este punto de la historia, Tania hace una pausa para intentar tranquilizarse y posiblemente para mantener el suspense, y Gonzalo aprovecha para pedirle una tila al camarero.

Después nos sigue contando cómo llegó a medio plantearse la posibilidad de tenderle una trampa, ponerle a prueba o incluso contratar un detective privado, pero no hizo falta.

Ksenia le interrumpe para preguntar porqué no nos había contado nada hasta ahora.

Es verdad.

No teníamos ni idea.

Yo siempre he pensado que eran la pareja perfecta.

Tania nos dice mientras remueve nerviosa su infusión, que ante todo quería estar segura. No quería acusarle sin pruebas, así que se fue fijando sin querer en su comportamiento, en los pequeños detalles, que son los que siempre delatan a los culpables.

Se fijó que a veces mentía de forma innecesaria.

Cuando ella llegaba a casa tarde del trabajo, él le solía decir que había estado en casa toda la tarde, cuando se notaba que también acababa de llegar, porque ni siquiera se había quitado los zapatos, o porque había mensajes sin escuchar en el contestador.

Ksenia arruga la nariz y observa que eso no es muy inteligente.

—Ya —digo yo —Es casi como si quisiera que tú te enteraras...

Tania asiente y prosigue con la historia.

Poco a poco se fue dando cuenta de muchas cosas que antes pasaban desapercibidas.

A veces llamaban por teléfono y cuando ella contestaba, se cortaba la comunicación.

Tania siempre había pensado que eran llamadas erróneas, pero ahora creía que era alguien que no esperaba escucharla a ella a otro lado del auricular.

Gonzalo hace un gesto de obviedad y Tania prosigue.

Nos cuenta cómo se fue dando cuenta, de que él la animaba cada vez más y más a que saliera con sus amigas.

Ella siempre pensó que Igor era comprensivo, que él quería que ella tuviera su espacio, aunque lo que en realidad pretendía era ampliar su propia libertad con su o sus amantes.

Tania nos relata al borde de la lágrima, que desde que sabe que Igor le engaña, ella se está vengando, a su manera, engañándole también con todo bicho viviente.

¿Bicho viviente?

Esa expresión suena un poco rara en boca de Tania.

—¿Todo bicho viviente? —le pregunto encogiéndome un poco. —¿A quién te refieres... o a qué?

Me mira de frente y me responde en voz muy baja, pero contundente, que se ha ido con cualquiera. Que ayer mismo estuvo con tres tíos en la fiesta, y que hoy se ha levantado en un hostel muy cutre con un desconocido.

—Era un sitio horrible, de verdad, con sintasol sesentero en el suelo — añade para darnos más pena.

Funciona, porque Ksenia pone la misma cara de asco, que si se hubiera tragado una cucaracha, pensando que era la aceituna de su mosto.

—... y nada más llegar a casa le he hecho las maletas a Igor, y le he echado sin darle ninguna explicación. Le he dicho que el ya sabe porqué, y el muy cerdo no ha dicho nada. Sabía que era cuestión de tiempo que lo nuestro terminara. —prosigue Tania, que hace una pausa para saludar a unas chicas que se sientan dos mesas más allá.

Observo con cierto desagrado que una de ellas es la zorra escuálida de Cristina Montenegro, una venezolana sin escrúpulos que recientemente se ha ganado muchas enemigas. No sabía que se conocían.

Baja la voz mucho más que antes y añade:

—Lo peor de todo, es que me he comportado como una auténtica zorra y me ha encantado —dice con amargura.

—Ah —alcanzo a decir. Y me cuesta cerrar la boca porque la verdad es que estoy bastante sorprendida de todo.

No estaba preparada para una información así.

Zorra, eh.

Siempre he pensado que ser zorra, para una mujer es algo así como una liberación.

El resto de las mujeres te envidian por que no son capaces de atreverse a ello, y por otro lado, te vuelves más deseada por los hombres en general.

Hasta me parece romántica la idea de que te odien todos aquellos que sean o se sientan rechazados.

—¿Has dormido con un desconocido...? —pregunto infantil. —podía haber sido un asesino peligroso o un secuestrador...

Gonzalo me mira levantando una ceja y ajustándose las gafas de nuevo.

Me siento enrojecer ligeramente.

—Si —me dice Tania dudando de forma afectada —y además creo que me ha robado, porque he perdido algunas cosas.

Ksenia hace un gesto exagerado de sorpresa.

—A lo mejor te lo has dejado en casa de Ralf. Telefonéale a ver si ha encontrado algo. —digo intentado quitarle importancia. Lo más normal es perder cosas en las fiestas.

—Si, llámale —añade Gonzalo —seguro que no has sido la única que ha perdido algo.

—Si... lo haré —dice Tania bebiendo un sorbito del mosto de Ksenia.

Parece reflexiva, como si tuviera la mente en otra parte.

—¿Qué te ha desaparecido? —pregunta Gonzalo.

—No sé, las gafas de sol, mi reloj... pero tengo todo el dinero y tarjetas intacto, así que a lo mejor lo he dejado en algún lado. No creo que haya sido un robo, no... No sé porqué he dicho eso.

Una compañera de trabajo de Ksenia, se acerca a saludarnos con su perro yorkshire terrier en brazos, y durante los tres minutos que dura la breve conversación, el puto perro no deja de gruñirme mientras me mira fijamente.

—Lo siento, no sé que le pasa... — Se disculpa la chica —Cherry, relájate, que no pasa nada...

—A lo mejor es el perfume que llevo —digo con una sonrisa forzada por decir algo, y me recuesto en la silla.

A lo lejos una chica bien gorda, desarreglada y definitivamente con un grave problema estilístico, hace señas a Tania.

Lleva una horrible camiseta de tejido licroso color crema que impide a medias que sus michelines se desparramen.

Creo que del grupo de amigas con las que quedó ayer.

Menudo personaje.

Tania al principio la saluda con la mano, pero cuando ve que ella se acerca, se levanta rápidamente.

Supongo que para que no se acerque más, y se reúne con ella a la entrada de la terraza.

La chica de la licra habla moviendo los brazos de forma vulgar y nerviosa. Parece que le está dando indicaciones de cómo llegar a algún sitio. Tania, a su vez se ha tapado la boca con ambas manos. Tal vez para no respirar el olor nauseabundo que debe desprender la licra.

La chica gorda le da una palmadita en la espalda y se abrazan.

Al abrazarla levanta los brazos de forma pesada, y por un momento creo que todos los que estamos en la terraza, tememos que engulla a Tania de un bocado.

Pero no.

Sólo es un abrazo largo.

Se dicen algo antes de despedirse, y Tania vuelve cabizbaja.

Se sienta y resopla.

—¿Qué pasa? ¿Quién es esa... —... chica? —pregunta Ksenia de forma directa, en su línea.

Parece que celebra hoy el “día de la falta de tacto”. Bueno está claro que las dos pensamos lo mismo, pero yo no me atrevería a preguntarlo.

Tania levanta la mirada con los ojos húmedos.

La miramos expectantes.

—Chicas... ahora mismo lo de Igor me parece una tontería. —Hace una pausa para tragar saliva —Esa chica es Mila. De mi grupo de amigas con las que salí ayer, y me ha dicho mi mejor amiga desde que éramos pequeñas, ha fallecido atropellada mientras volvía a casa.

Ane era amiga de Tania desde pequeñas.

Alguna vez me habló de ella, pero tampoco es que se vieran mucho. Creo que también estudiaron juntas, pero después se fueron separando poco a poco: Tania decidió seguir estudiando y dedicarse a su trabajo casi en exclusiva, y la otra chica dejó sus estudios y tuvo una hija cuando era muy joven.

Es posible que tuvieran muchas amistad en su día, pero por lo que yo sé, llevaban años distanciadas y últimamente ya casi ni se hablaban.

Será por eso que Tania se siente tan mal, se acaba de dar cuenta de que ha perdido algo que jamás va a poder recuperar.

—El funeral es el lunes, y mañana a la tarde llega su hija de estudiar inglés en Edimburgo. No sé qué será de ella. —dice Tania visiblemente afectada y reprimiendo las lágrimas.

Sus ojeras se hacen más notables y el rostro parece hinchado de tanto disgusto.

Esta agotada, casi no ha dormido. Necesita descansar y que le hagan compañía.

Se lo comento y la acompañamos a su casa.

Me ofrezco para hacerle compañía y le digo que si quiere me puedo quedar con ella todo el tiempo que necesite, que para eso están las amigas.

Rápidamente Gonzalo y Ksenia se ofrecen también.

En lo más profundo de mi interior me siento muy muy miserable.

Una punzada de egoísmo no me deja respirar tranquila, porque no sé si estoy siendo buena amiga con ella y comparto su dolor, o simplemente me estoy buscando la vida para comer y llegar a fin de mes.

Soy un monstruo.

Mi amiga destrozada y yo pensando en dinero.

Dejo mentalmente un mensaje en mi cabeza para el futuro.

Para cuando vengan tiempos mejores en los que me pueda permitir tener

comida en la nevera, y pagar los recibos del agua y de la luz, un tiempo en el que pueda encender la calefacción en invierno e irme al menos una semana de vacaciones al año. Aunque sea aquí al lado, me da igual.

El mensaje consiste en que tengo que aprender a ser más humana.

Seguro que me sale si empiezo a practicar un poco, aunque de momento, eso es algo que no me puedo permitir.

DOMINGO. PADRE CON CEREALES

Tal día como hoy hace más o menos un año, encontré una fecha que me pareció significativa en la caja de cereales del desayuno.

Me llamó la atención, ponía 25-09-94 y también una hora, las 13:12.

Normalmente no me fijo, ni le doy importancia a estas cosas, pero no sé porqué lo recordé durante días.

Me fijaba en esa fecha cada día a la hora del desayuno, y con el tiempo, se grabó en mi cabeza.

Sin querer es algo que he estado esperando.

Hoy es ese día.

Son las 11 de la mañana de un domingo, aún faltan un par de horas para las 13:12.

Espero estar atento llegado el momento, y fijarme en lo que sea que pase a esa hora. Pienso tomármelo como una pequeña señal, como algo trascendental en mi vida.

¡Quién sabe!

Mi hijo Rubén, de seis años, lleva levantado desde las ocho de la mañana. Es domingo y parece que hoy tampoco hay manera de descansar.

Ahora está viendo una película video de dibujos de Disney, “Dumbo”, que le hemos puesto para que nos deje desayunar tranquilos.

Es una de sus películas favoritas, le mantendrá distraído un buen rato.

Antes ha estado llorando porque no he sabido hacerle un dibujo de Popeye, pero al ponerle el video he conseguido que se le pase, y ahora parece feliz de nuevo. Este niño parece que tiene doble personalidad, sólo sabe sentirse increíblemente feliz o infinitamente desgraciado.

No tiene término medio.

En un rato bajaré a comprar el periódico y el pan.

Antes de las doce.

Mi mujer me recuerda que le tengo que quitar las lámparas, que las quiere limpiar, así que me levanto del sofá y me pongo a ello.

Tenemos las peores lámparas del mundo en casa. Según mi mujer atrapan la mierda y se ve un montón el polvo.

Esto es verdad, y también que son horrosas.

No las elegí yo, las eligió ella, como casi todo.

Si tengo la impresión de haber elegido alguna sola cosa que hay en la casa, seguro que me equivoco y que lo he hecho inducido por ella.

Inducido o abducido.

Tiene el poder de hacerme elegir libremente lo que quiere ella, y que encima yo crea que es lo que quiero, que esa es mi voluntad.

No es una mala cualidad, entre interferir en la voluntad de la gente, leer el pensamiento o volar, no sé yo lo que elegiría.

Alguna vez le he planteado que cambiemos las lámparas, si tan “sucias” son y tanto trabajo dan, lo lógico sería cambiarlas por unas más prácticas.

Me ha dejado bien claro que las lámparas se quedan, y que tienen que estar siempre brillantes o si no, nada.

Que es lo que hay, y que práctico es sinónimo de horroroso.

Yo miro y remiro las lámparas.

No sé que entenderá ella por horroroso, pero a mí estas lámparas no me gustan nada, todas llenas de cristalitos que cuelgan en diferentes formas.

Todas son así excepto las del baño y cocina.

Y menos mal.

Creo que se llaman lámparas de araña, pero no estoy muy seguro, le he oído a mi mujer llamarlas así alguna vez.

Creo.

Cojo la escalera y empiezo a descolgarlas una a una. Por lo menos son desmontables para poder limpiar los cristales. El genio que las inventó ya debía saber que serían unas lámparas sucias.

Cuando termino de desmontarlas, aparecen mis suegros en una de sus visitas sorpresa de costumbre.

Tienen la habilidad de aparecer siempre en esos momentos en los que no te apetece ver a nadie.

Al parecer no quieren nada, como de costumbre. Sólo ver lo que hacemos, así que decido adelantar la hora para comprar el pan y periódico, y dar una vuelta por la calle.

—Bueno pues yo me voy, eh —le digo a mi mujer.

—¿Te vas ahora? —y remarca a propósito la palabra “ahora” como si no quisiera que la dejara sola con sus propios padres.

Asiento con la cabeza y en venganza me dice que me lleve al crío. Le apaga la tele de golpe y saca la cinta del video con mala leche, para añadir dramatismo a la escena.

Rubén arruga el morro al borde de la lágrima, sintiéndose totalmente incomprendido y desamparado.

Yo también me siento así muchas veces, así que le entiendo de sobra.

—¡A la calle! —le dice de forma despiadada, empujándole hacia mí. —
Acompaña a papá a por el pan.

Rubén me mira con ojitos tristes.

Debe ser maravilloso que lo más importante en la vida sean los dibujos de la tele.

Él no tiene más preocupaciones.

Le hago una señal para que venga y le animo prometiéndole gusanitos si me acompaña. Le cambia la expresión de repente y viene hacia mí dando saltitos como un animalito despreocupado.

Su abuela, hábilmente, consigue interceptarle por el camino y le planta un par de sonoros y pegajosos besos, y antes de que se escape, le agarra fuertemente como a un muñeco de trapo, y le repeina los rizos de la frente con saliva.

El niño se zarandea desesperado, y sospecho que asqueado también.

El abuelo le remata con unos manotazos de oso en la espalda, mientras comenta sobrepasando en muchos decibelios lo que sería un tono normal, que ya está hecho todo un hombre.

El pobre Rubén queda fuera de combate.

Se ha resignado a aguantar de sus abuelos lo inaguantable, hasta que consigue escapar en un inusual despiste, y con cara de susto se agarra fuertemente a mis piernas.

—Bueno, nos vamos —me despido con sonrisa automatizada.

—¿Así vas a ir?-mi mujer me señala la ropa con cara de espanto.

Llevo un chándal de mercadillo y la misma camiseta de ayer, la del Cross que corrí en Miranda.

¿Y qué?

—Hoy es domingo, no puedes salir a la calle de cualquier manera. Es domingo. —insiste.

Remarca que “no puedo” salir a la calle como si fuera técnicamente imposible, pero no lo es.

Por un momento dudo, pero decido no cambiarme de ropa.

—Voy a ir así. ¿Qué más da, si estoy cómodo?-le digo tranquilo, pero al borde del agobio.

Mi mujer me observa con cara rara, y comprendo al instante que “vestir

cómodo”, para ella es igual que “lámparas prácticas”.

Ella es así, son sus cosas.

Yo lo llamo razonamientos *de porque sí*, y sé que es imposible luchar contra ello.

Pongo cara de “lo siento” y me escabullo con rapidez de la casa con Rubén.

Le agarro a Rubén de la mano para bajar las escaleras. Son de madera y algunas no son muy seguras. En la última reunión de portal estuvieron planteando la opción de arreglarlas, e incluso la posibilidad de poner ascensor.

Qué barbaridad.

Ascensor.

Como mucho, arreglaremos las escaleras que estén mal y sólo porque es necesario. Lo de poner ascensor me parece bien exponerlo, pero yo ni me lo planteo seriamente, porque lo veo como un lujo superfluo.

Nosotros los las hemos arreglado bien hasta ahora, incluso cuando Rubén era pequeño y teníamos que subir el coche o la silla. Otras veces dejábamos los trastos en el portal y subíamos al niño en brazos.

Lo único que nos salva de poner el ascensor, es que nadie en la escalera tiene dinero para pagarlo.

¡Menuda inversión supondría!

Mejor ni pensarlo.

Tal y como andamos en la fábrica, no sé si podré permitirme unas Navidades como mi mujer pretende.

El día menos pensado la cierran y nos vamos todos a la calle y a ver que hago yo con 42 años para buscar trabajo. Llevo más de 20 años trabajando, y no sé hacer otra cosa.

La verdad es que no sé lo que nos deparará el futuro, pero de momento vamos tirando hacia delante y vivimos al día.

Los márgenes de la ría están abandonados, y la mayoría de los astilleros emblemáticos de toda la vida, han cerrado.

Como el Euskalduna.

Y quién sabe qué pasará con Altos Hornos... el tema no pinta nada bien.

Ya no se ven más que fábricas abandonadas, y suciedad de color gris por todas partes.

Con lo que ha sido esto, en industria naval, metalurgia e industria minera.

Están todos locos.

Quieren transformar Bilbao en algo que no es.

Quieren hacer otro museo, pero mucho más caro, y un metro en una ciudad tan pequeña.

¡Un metro!

Es ridículo.

Los metros son lugares peligrosos. En el de Madrid se han puesto de moda los robos y los atracos. A nuestra vecina le robaron el bolso.

Aquí no necesitamos nada de eso.

Es una locura, y esto no es más que el principio, porque parece ser que **todo** forma parte de un gran plan magistral para transformar la ciudad.

Yo no lo veo.

No veo que trabajo va a dar eso a la gente.

Cierran 20 fábricas y abren un museo.

¿Para qué?

¿Para que se entretengan los parados y se culturicen los obreros?

No tiene sentido.

¿Alguien sabe realmente en qué va a acabar tanto desarrollo tecnológico?

A mi hijo sin embargo, le encanta ir a ver las obras.

A él que vayan a construir un museo que se parece al papel de aluminio arrugado que envuelve los bocadillos y que vayan a hacer un tren que circula bajo tierra, le parece increíble.

Como de cuento infantil, y es que todo esto no deja de ser una fantasía...

Le encanta ver cómo avanzan las obras, parece un jubilado. Y más niños deben pensar lo mismo, porque cada vez que vamos a verlas, hay un montón mirando atentos y señalando los avances con el dedo.

Dicen que el metro se inaugurará el año que viene, pero a saber, porque seguro que se retrasa, como todo.

Salimos a la calle y parece que llovizna un poco y hace más fresco de lo que yo pensaba. Con el calor que ha estado haciendo estos días, ya tocaba. Le subo la cremallera a Rubén y vamos dando un paseo hasta la ría.

En cuanto llegamos, se asoma entre las oxidadas barandillas y señala el agua:

—Parece chocolate —me dice riendo.

—Sí hijo, un batido. Está sucia —le digo —pero la van a limpiar y dentro de unos años estará limpia e incluso dicen que habrá peces.

—¡Peces! —dice alegre, y se queda mirando las grúas de los astilleros que se ven a lo lejos.

—¿Se pescan con eso? —pregunta en bajito.

Me río de su ocurrencia y le digo con la cabeza que no.

Vamos dando un paseo tranquilamente hasta el kiosco que hay en la plaza, y allí compro el periódico.

Lo ojeo por encima: Democracia multirracial en Sudáfrica, reportaje sobre el túnel que une Francia y Reino Unido, un accidente de tráfico en Barakaldo con cinco heridos graves...

Como no mejora el tiempo, le compro los gusanitos prometidos a Rubén, y nos vamos al bar de debajo de casa.

Allí me encuentro algún conocido, pero ningún amigo.

Dicen que a partir de una edad es difícil mantenerlos, y casi imposible hacer nuevas amistades, porque nos volvemos más exigentes y cascarrabias.

Saludo a los parroquianos en general, y pido un vino para mí y un mosto con aceituna para Rubén.

Todos los fines de semana es la misma rutina: limpiar la casa, salir a pasear con Rubén, comprar el pan y el periódico, volver a casa para seguir limpiando y salir a la tarde a los columpios del parque si no llueve.

Y poco más.

En la tele, en uno de esos canales de la parabólica que no tenemos en casa, dan un documental de Fórmula Uno, sobre la muerte de Ayrton Senna en mayo, durante el gran premio de San Marino.

Anuncian hoy a las 1:40 de la madrugada, el Campeonato del Mundo de Fórmula I, el Gran Premio de Portugal en el peligroso circuito de Estoril. Este circuito también es conocido como el “Circuito del Miedo”, y no me extraña, porque permite alcanzar los 300 km/h en las rectas, pero también hace necesarios unos frenazos impresionantes en las curvas.

Rubén se sienta en una mesa con los gusanitos y el mosto a ver los coches.

Llora cuando se le cae la aceituna al suelo, pero se le pasa enseguida cuando desde la barra le invitan a otra pinchada en un palillo.

Hay que ver cómo es este crío.

Mientras está entretenido, me acerco a la máquina tragaperras.

Miro en mis bolsillos cuanto dinero tengo suelto.

Ayer me gasté más de lo que debía y tuve que ir a sacar más, para poder seguir jugando.

Estaba convencido de que iba a sacar el premio, pero no fue así.

Entre suelto y no suelto tengo dos mil y pico pesetas. Probaré suerte un par de veces y ya está.

No me lo creo ni yo, y como siempre, primero me gasto la calderilla y después cambio los billetes para acabar gastándomelo todo sin querer.

Para cuando me quiero dar cuenta, Rubén está de pie junto a mí mirando cómo juego, con ojitos redondos de lo atento que está.

Le explico que no he ganado el premio, y que vamos a tener que ir a la caja de ahorros a sacar más.

No tengo ni para el pan.

—Como ayer —observa con madurez.

Es verdad.

Le pido que no se lo cuente a nadie, y nos acercamos a la caja de la mano.

Allí compruebo mi saldo y saco lo mínimo posible.

Como ayer.

Salgo rápidamente de la caja con Rubén y cruzo la calle para entrar en la panadería de enfrente a comprar una barra de leña antes de que cierren.

Por alguna razón desconocida, el panadero los domingos cierra media hora antes que el resto de los días.

La chica moderna me sigue mirando con mala cara desde el otro lado de la calle. La Caja de Ahorros y la panadería quedan justo enfrente y puedo verla perfectamente gracias a las cristaleras de ambos establecimientos.

Cojo mi barra de pan y mi periódico, y me subo a casa con Rubén. Por suerte, el panadero, un tipo al que le encanta el cotilleo está venga a hablar con una señora aburrida y no me entretiene mucho. Esta señora, aparte de ser pesada y morbosa, es enfermera, y no para de cotillear sobre los entresijos del hospital.

Cuando llego a casa es casi la una, y mi mujer todavía está charlando con sus padres mientras cocina.

Dejo el pan y el periódico sobre la encimera.

Me echan la bronca rápidamente por dejarlo ahí y lo guardo inmediatamente en su sitio.

El periódico lo llevo a la sala, y lo dejo sobre la mesita de cristal que tenemos frente a la tele, pero al segundo lo recojo y lo dejo sobre el sofá. No sea que la mesa se ensucie o le deje alguna huella en el cristal, y me gane una nueva bronca.

Jamás he entendido ni entenderé para qué sirve esta mesita.

Es de cristal y, al igual que las lámparas, se ensucia enseguida y es muy delicada, así que no se puede dejar nada sobre ella ni se puede tocar porque enseguida quedan huellas.

Vuelvo a la cocina, y mi mujer me pide que vaya limpiando las lámparas que he descolgado antes mientras ella termina de cocinar.

Rubén juega arrastrando un peluche por el suelo y se le caen al suelo parte de la bolsa de gusanitos, que le es arrebatado de un zarpazo agresivo, porque sino después no va a comer.

Me mira con cara de pena y yo hago un gesto de resignación.

Ni siquiera protesta, es pequeño pero sabe de sobra que discutir con su madre es una batalla perdida.

Voy con él a la sala y le pongo “Dumbo”, para que termine de ver la película antes de comer.

Me siento con él en el sofá, y me pongo a abrillantar las dichas lámparas.

Mi mujer sale de la cocina un momento para coger una bandeja de la vitrina y aprovecha a recordarme que ese no es sitio para limpiar las lámparas.

Le digo que si, que tiene razón y ella añade que el sofá es blanco.

Lo sé.

Otra de sus elecciones sin sentido.

Comprar un sofá blanco con un niño pequeño no se le ocurre a nadie.

Igual que tener una vitrina de cristal en la sala lleno de platos, bandejas, vasos y copas de cristal que, cómo no, son delicados y se ensucian solos.

No se pueden ni tocar, y hay que limpiarlos constantemente.

Miro la hora en mi reloj Casio digital de color negro, el mejor reloj que he tenido.

Si se me llega a romper, me compro otro igual. Estos relojes duran una eternidad y además nunca pasan de moda.

Es la una y diez.

Faltan dos minutos para que pase algo.

Dos minutos.

He terminado con las lámparas, así que voy a la cocina para coger la escalera que antes he dejado en el balcón, para poder colgarlas.

Al entrar a la cocina mi mujer me pide que le eche una mano y me pone a picar cebolla. Me da un cuchillo “de los que cortan” y me advierte que

pique sólo la cebolla, no los dedos.

Así que ahí estoy yo.

Picando cebolla desde la una y diez hasta la una y doce.

Eso marca mi reloj Casio al menos.

Levanto la vista y miro a mí alrededor, analizo rápidamente todo con detalle. Parece que todo sigue igual, que no ha pasado nada.

Me arriesgo preguntándole a mi mujer que qué pasa, porque ella siempre se entera de todo. De lo que no pasa también.

Me resisto a entender que no va a “ocurrir nada” a la hora señalada.

Se gira sorprendida y comenta con sorna, que a ver desde cuando tengo intuición.

¿¿??¿Qué tengo qué?

Me sonrío y me da un abrazo.

Eso me asusta un poco, porque hoy hace exactamente nueve días que no me abraza, ni se me acerca.

A mi mujer se la puede clasificar como una persona poco o nada afectiva, pero yo ya estoy acostumbrado.

—Estoy embarazada —me dice sin casi emoción —No quería decírtelo todavía porque estoy de muy poco, pero bueno ya que lo has preguntado...

Sus padres están algo emocionados, por lo que me hace pensar que se lo ha contado a ellos primero.

Qué detalle.

Miro la hora.

La una y doce.

Ah.

De modo que era eso. Algo “trascendental” y “significativo”.

Le doy un beso y sigo picando cebolla, y no sé si será por eso, o por la nueva noticia, pero mientras todos me miran empiezo a llorar un poco.

Termino de picar y me pongo a colgar las lámparas.

Cuando estoy colgando las del pasillo, mis suegros se despiden y se van a comer a su casa.

Podría ser peor, se podrían quedar a darnos la comida y la sobremesa...

Rubén corre a esconderse debajo de la cama para no verles más.

Hace rato que ha acabado de ver la película y no para de corretear por la casa. Sólo sale de su escondite, una vez que sus abuelos han abandonado la casa.

A mí me parece bien.

Si pudiera, yo haría lo mismo.

Mientras cuelgo la lámpara de nuestro dormitorio, corretea alrededor de la escalera y me insiste una y otra vez para que juegue con él al “Quien es quien”.

Le digo que la comida está casi lista, pero no se da por vencido y ante su insistencia, le prometo que cuando termine de colocar las lámparas, jugaré con él. Se pone serio y mientras termino se entretiene sujetándome la escalera para que no me caiga, en plan responsable.

Termino de colocar los dichosos cristalitos de las lámparas, y nos ponemos a jugar una partida rápida, que de todas formas, tenemos que dejar a la mitad, porque la comida ya está lista y para eso mi mujer es implacable.

Ahora es ahora.

No hay esperas que valgan.

Yo lo sé y Rubén también lo sabe.

Cualquier otra cosa que no sea obedecer, es perder el tiempo.

Comemos unos guisantes con patatas y filete empanado de segundo.

Rubén tiene puré y de postre, tenemos flanes caseros.

Después de comer, alimento a los peces dorados que Rubén nos suplico durante meses que compráramos, y me paso la tarde jugando con él: al “Quien es quien” de nuevo, al “Tragabolas” y a hacer castillos de “Lego”.

Mientras, mi mujer lee el periódico y disfruta de una porquería de comedia “romántica” que dan en la tele.

Ella puede hacer las dos cosas a la vez.

Después de destrozarse el último castillo de piezas de colores,

Rubén se entretiene él sólo. Pintando con ceras de colores en unas revistas viejas y al rato nos trae al sofá una casita emborronada con algo que parece un sol amarillo, y unos pájaros-gaviotas volando por el cielo.

Nos dice que es Dumbo.

Nos miramos extrañados.

Dumbo es un elefante y por allí no hay ninguno.

Le preguntamos y nos explica con un suspiro de impaciencia, que Dumbo está dentro de la casa echando la siesta, que por eso no se le ve, pero que está ahí.

Obviamente.

Ah. Qué crío este, tiene cada ocurrencia.

Como cuando nos confesó que le gustaban los garbanzos porque como tenían forma de mini pollos asados, le sabían a pollo.

Cuando sea un poco más mayor, tengo ganas de comprarle un walkie — talkie, sé que le va a encantar. Así nos podremos comunicar a distancia por la casa o en el parque... Será genial, aunque es más probable que me haga más ilusión a mí que a él.

No sé, es sólo que yo siempre he querido tener uno...

Tiene mucha imaginación, cuando queda con sus amigos para jugar en su cuarto, tan pronto lo convierte en un barco pirata, como en un fuerte del oeste con indios.

La semana pasada, su cuarto era una nave espacial y sólo se podía pisar sobre las alfombras, porque si no, según él, te caías al espacio.

Ya aprenderá lo que significa la fuerza de la gravedad.

A la tarde bajamos con Rubén al parque del barrio a aprovechar que ha salido un poco el sol, y allí leo por fin el periódico, mientras merienda un mini bocadillo de chorizo de Pamplona y un plátano.

Llora porque quiere un Micolápiz, uno de esos helados con forma de lapicero, pero su madre le dice secamente que no, y es que no.

Hay un montón de viejos tomando el sol en los bancos, y grupos de niños apilados en grupitos, cambiando cromos de futbol y comiendo Bollicaos en los jardines. En la pista asfaltada se juntan skaters con niños jugando a la peonza, futbolistas y niños saltando a la cuerda. Todos compiten por ocupar el mismo espacio.

Rubén juega alegre con sus amigos en los columpios y va trotando de un sitio a otro para subirse en todos los cacharros.

No mira por donde va y se cae delante del tobogán haciéndose una herida en la rodilla. Sangra un poco y le limpiamos con agua.

Mi mujer le dice que es muy valiente por no llorar, y le promete ponerle mucha Mercromina cuando lleguemos a casa.

Eso le hace feliz, se nota.

Me imagino lo que fardará mañana en clase hablando de su caída. Enseñará orgulloso las heridas de guerra pintadas de rojo.

En el periódico las mismas noticias de siempre, seguro que si cogieran uno de hace diez años o de dentro de veinte, las noticias seguirán siendo las mismas.

“España debe hacer más flexible la contratación y el despido...”, “Sube el precio de la gasolina...”, “... la sanidad se financiará más por los impuestos y menos por las cuotas a la Seguridad Social...”, en Internacional, “... incógnita sobre el futuro del Ulster”, “Negación de las matanzas de Hutus...”,

“Centenares de muertos en la India a consecuencia de la peste...” y “El Madrid gana 4-0 al Athletic de Bilbao”.

Vi el partido.

Jugaban en el Santiago Bernabeu y no lo hicieron muy bien.

No merecían ganar, pero claro, esto cualquiera se atreve a decirlo en voz alta.

Mi mujer es aficionada, y muy capaz de morderme la yugular por bastante menos. Desde que los jugadores saltaron al campo y fueron recibidos por pitidos, no paró de hacer críticas e insultar al otro equipo: a los hinchas, a los jugadores, al entrenador, al árbitro, al locutor, a la cadena que lo retransmitía...

Bah, a mí me da igual. Debo ser el único bilbaíno al que no le gusta el fútbol.

Rubén viene corriendo y al chocarse contra mí, me tira el periódico al suelo. Se abre de forma por la página en la que salen las esquelas.

Me quedo blanco de repente.

Nadie me pregunta si me pasa algo porque nadie se da cuenta.

En la página de necrológicas aparece una esquila conocida.

A lo mejor era eso la “predicción” de la caja de cereales, porque tal vez lo hubiera visto justo a las 13:12 si mi mujer no me hubiera mandado colgar las lámparas y picar la cebolla.

Ane Hernández Toledo.

—¡Huy! Pero si es la hija de los vecinos... ¿Cómo no nos hemos enterado? Si no ha habido nada de revuelo en la casa de los padre. — mi mujer me agarra el periódico de las manos bruscamente y lee mientras habla y mueve la cabeza con pesar de abajo arriba.

Desconecto de lo que dice durante unos segundos, hasta que me vuelve a conectar a su monólogo mediante un codazo en las costillas.

—¡...si la vimos el viernes en el bar!, ¿Te acuerdas? En el bar... la saludamos y todo... — me explica haciendo gestos de obviedad.

Le digo que no recuerdo haberla visto y para agilizarme el recuerdo, me dice que llevaba un jersey igual que el suyo pero en diferente color.

Como si eso fuera un hecho clarividente.

¡Yo que sé qué jersey llevaba!

—No sé —le digo aburrido.

Es verdad que el viernes salimos a tomar algo por la noche, aprovechando que Rubén estaba en casa de mis padres, pero no recuerdo a

toda la gente que vimos porque fueron bastantes.

Lo siento mucho por Ane y sus padres.

En la esquila pone que el funeral es el lunes. Uno nunca se espera este tipo de cosas.

Nos vamos del parque sobre las ocho para cenar y acostar a Rubén antes de las nueve.

Nos cuesta un poco dormirle porque encuentra un cómic viejo de superhéroes, que en su día fue mío, y se convence de que meter los dedos en el enchufe le puede dar superpoderes.

Me tomo mi tiempo para explicarle que no. Para que le quede bien claro que duele y que además puede ser peligroso.

Nosotros nos vamos a la cama al poco rato.

Sólo puedo pensar en lo rápido que pasa el fin de semana, y en que yo mañana entro a trabajar a las seis.

Antes de acostarnos, me vuelvo hacia ella y la abrazo.

Enredo mis piernas con las tuyas igual que un calamar mientras le acaricio la espalda de arriba abajo con los dedos.

—Me encanta la suavidad de tus piernas —le digo al oído.

—¿Qué dices? Si estoy llena de celulitis... — me dice apartándome de repente con un suave empujón.

Se da la vuelta y se va rondando hacia su lado de la cama.

Lo más lejos posible.

Sin decir nada más, apaga la luz, dejándome a oscuras con mis pensamientos.

CAPÍTULO 4: NATALIE

VIERNES. WONDERLAND.

SÁBADO. CLASE DE GENTE.

DOMINGO. PAN DE LEÑA Y UN SOBRE.

VIERNES. WONDERLAND [13]

—¿Cómo la conociste, tío?

El viejo Reardon se ha fijado en una foto de Alice que llevo en mi cartera.

Casualidad suena “Would” de Alice in Chains en el bar.

La he abierto para pagar las cervezas, y el muy cabrón miope, que no ve ni los camiones cuando cruza por donde no debe, se ha fijado en una puta foto de carné.

—Es la novia de un amigo. —hago una pausa para beber —Sin más. —añado para zanjar el tema.

Ni siquiera nos llevamos lo que se dice bien, porque ella no quiere claro.

Junto a esa foto tengo otra en la que sale Marisa, con un jersey púrpura de Marks & Spencer que le regalé por su cumpleaños hace ya bastante tiempo, le digo que es mi prima, que vive aquí y que a la noche nos encontraremos con ella. Estamos en la playa, en invierno, y con un frío de tres pares de cojones.

Me arrepiento al instante de haberle dicho que después la veríamos, por la cara que pone, pero enseguida me doy cuenta de que no es por eso.

—¿Y qué coño hace en tu cartera la foto de la novia de un amigo? —Reardon que se ríe con la boca abierta medio borracho, sigue con el tema.

Tiene razón. Ni yo mismo sé qué coño hace ahí la foto.

La pongo detrás de la Marisa y yo en la playa, y cierro la cartera bruscamente para guardarla en mi bolsillo.

Me podía haber enamorado de Alice.

Podía haber llegado a ser la mujer de mi vida, pero ella se enamoró de un amigo, finalizando por completo “nuestra historia”.

En la vida real, a veces la chica se queda con el malo, aunque no está tan claro quién de nosotros lo es.

Ella le eligió a él, y no a mí, y así es como automáticamente, salió de mi vida, aunque tengo la secreta esperanza de que algún día vuelva a entrar.

—Es la novia de Mac, Allie le conoce. Jugaban juntos en el mismo equipo de futbol... — explico para intentar ubicarle un poco por encima.

Sonríe misteriosamente poniendo cara de cerdo y me interrumpe sin

venir a cuento.

—Ese Mac... ¿No es el cabronazo que se folló a Charlene?

Le digo que sí con la cabeza.

A veces es mejor no preguntar si no quieres que te mientan. No sabía nada de lo de Charlene, pero desde luego si alguien se la había follado, ese había tenido que ser Mac.

Ella es una de esas tías difíciles, por no decir imposibles, que te miran como una mierda, por encima del hombro aunque no te lo merezcas. Charlene es una payasa, que se cree superior al resto de los mortales, y es de lo más normalita. Y lo sé muy bien, porque yo la conozco de toda la vida, desde que andaba por ahí con los mocos colgando y dos coletas.

—Si —respondo aún sin tenerlo claro.

Reardy me dedica una sonrisa de aprobación con un cigarro en los labios, y dice en bajo “bien hecho”.

Añade que Mac es capaz de conseguir más en un solo día, de lo que conseguiremos nosotros dos juntos en nuestras vidas, y se queda tan feliz.

Nos sentamos al fondo del bar, justo debajo del letrero donde pone “**Boss**” en letras verdes gigantes, junto a los baños.

Allí la música no se escucha tanto y es más fácil hablar.

Reardon se sienta en la silla y me da una palmadita en la espalda.

Empieza a monologar sobre Charlene antes de sentarse, y me arrepiento al instante de no haber elegido la puta mesa de la entrada.

La que está justo debajo de un baffle.

Le sonrío dándole a entender que le sigo el rollo y le doy un trago largo a mi cerveza.

Me distraigo un poco mirando el ambiente del bar y saboreando la cerveza. El **Boss** ya no es lo que era.

Es jodido ver cómo cambia todo.

Al **Gene X** ya ni entrábamos, está poblado de críos por todas partes y han cambiado la música.

Ahora ponen puta mierda electrónica.

Que le vamos a hacer, hemos quedado aquí con el resto de la gente en una hora y lo único que podemos hacer hasta entonces, es intentar emborracharnos o algo.

Reardon va por buen camino y eso que sólo lleva un par cervezas encima, que yo sepa.

Todo es un jodido aburrimiento, hasta que entra una tía interesante y se

sienta sola en la barra. Lleva un escote hasta el ombligo, y absolutamente todos los tíos del bar están babeando pendientes de lo que hace.

Su falda es tan corta que parece que no lleva.

Parece que está esperando a alguien, porque mira la hora un par de veces casi seguidas. Espera en la barra sentada en un taburete alto.

Creo que es la falda más corta que he visto en toda mi vida.

Reardon se gira para mirarla descaradamente y le sonrío con cara de perverso.

Ella pone cara de circunstancias y le ignora directamente, después se pone a beber la cerveza que acaba de pedir mientras hace globos con el chicle y fuma un cigarro.

Todo a la vez.

“¿Chicle y cerveza? —pienso —¡Qué puto asco...!”

A los pocos minutos entra por la puerta un individuo tipo skin. Con una camiseta ridículamente ajustada para marcar músculo, vaqueros ridículos también y botas Doc Martens granates. Le sigue un perro enorme, casi tan grande como él. Un pitbull atigrado.

Agarra a la chica, y le da un beso en los morros de forma bastante poco delicada, aunque a ella parece gustarle.

Vaya por dios.

Reardon la sigue mirando con la baba colgando y el tipejo le pregunta de forma nada amistosa que qué coño mira.

Reacciona rápido. Vuelve a la tierra en menos de un segundo y se vuelve a girar hacia mí, ignorando a la tía de la falda demasiado corta y a su guardaespaldas.

Joder.

—No intentaba ligar con ella ni nada... — me dice quitándole importancia y terminando su cerveza.

—¡Pues menos mal! —le digo yo, y a continuación le recuerdo que no nos queremos meter en problemas, que hemos venido a divertirnos, de fiesta, a ver a la familia y a los amigos.

Hemos venido en el ferry a pasar el fin de semana y no queremos problemas.

En tres cuartos de hora consigo beber tres cervezas, fumar seis cigarros y escuchar cuatro historias increíbles. Increíbles porque no hay quien se las crea de boca de Reardon.

Me dan ganas de matarle o lo que sea.

La última es una teoría-monólogo suyo acerca de los diferentes tipos de cerveza: heavy, export, hardlager y special.

Para cuando llegan Alex, Basi y Max, tengo la cabeza apoyada en las manos y hundida en la mesa, entre botellas y ganas de morirme.

Detrás de ellos, aparece mi primo Mario, que me espabila rápidamente soltando un manotazo en mi hombro.

Me levanto de la silla y me abrazan todos estilo rugby.

Con tanto manotazo me siento como en casa. Que cuanto tiempo hace, que cuando me corto el pelo, que porque he tenido que ir a un hotel en vez de quedarme en casa de cualquiera de ellos... lo típico.

Me río a carcajadas, cualquiera mete a Reardon en una casa habitada con más seres humanos. Si una persona "normal" miente el 90% de las veces, él lo hace el 99%. Es poco fiable si no le conoces bien.

Se crió prácticamente en Polmont, un reformatorio próximo a Edimburgo y todavía esta sin domesticar. Tiene una cicatriz que mide más de cinco centímetros en un brazo, rodeada de tatuajes, pero se ve un montón.

La versión oficial es que se cayó de la moto, pero es mentira.

Se la hicieron en Polmont, nadie sabe quien ni porque.

A mí me lo contó hace mucho tiempo. Sospecho que los propios trabajadores del centro, educadores, tutores o lo que sean, se pasaban un montón con los chicos de allí, porque con el resto de compañeros se llevaba bien.

De hecho, muy bien.

No se lo he dicho jamás a nadie, tampoco sé si es verdad.

Nos saludamos todos y les presento a Reardon que sólo conoce a mi primo, y nos vamos de cañas hasta la hora de cenar, para contarnos las últimas novedades, porque no nos vemos desde julio.

Cenamos en una sidrería cerca de los muelles. Es divertido ver cómo Reardon, que acaba la sidra de trago, intenta chapurrear algo de castellano. Esto promete ser divertido, porque el sólo sabe decir guarradas y cuatro tonterías.

Cenamos el menú típico de sidrería, chuletón con tortilla de bacalao, pimientos y queso con nueces. Todo regado de mucha, muchísima sidra claro, así que salimos de allí bien calentitos.

Max me engancha y me habla sobre una fiesta escocesa, a la que nos han invitado. Me explica dónde es, pero no me entero muy bien.

Mario le interrumpe diciendo que ha quedado con Marisa en no sé qué

bar, que hoy sale con sus amigas, así que nos vamos para allí a estar un rato con ellas.

—¿Te apetecerá verla, no? — me dice. — siempre ha sido tu prima favorita...

—Claro — le digo yo moviendo la cabeza. Marisa es como mi hermana pequeña, bueno, de hecho me llevo con ella bastante mejor que con Kate, mi hermana pequeña real.

Llegamos al y la veo a lo lejos, bailando. Me acerco por detrás y le doy un pequeño susto. Le encanta comprobar que quien la agarra soy yo, y no ningún otro pirado.

Creo.

Miro de reojo a Reardon, riendo junto a Max con la boca abierta. Espero que no se la acerque.

Le miro con mala cara desde lejos por sí acaso.

Marisa me presenta a sus amigas, que no tienen nada que ver con ella.

Son aburridas, pesadas y feas, pero aún así, bailo “Two princess” de Spin Doctors, y me intento divertir. Eso sí, sin perder de vista al tarado de mi colega.

Por nada del mundo dejaría que se fuera con Marisa, es que ni se la voy a presentar, vamos.

Me arrepiento de haberle enseñado su foto.

Aunque por otro lado, ella es una chica lista y seguro que no elegiría a alguien como Reardon pero ni para pedirle la hora.

Oh, mierda.

Desde la distancia veo como se le acerca, y me zafo bruscamente de la chica con la que bailo. Me está poniendo la cabeza loca hablándome en inglés.

Me acerco a Marisa, que me ve bastante antes de llegar y se lanza a mis brazos de un salto.

—Eh, ¿donde te has metido? Llevas toda la noche bailando con Ane. — me dice guiñándome un ojo de forma algo pícara. Ni que me gustara su amiga...

Marisa no ha cambiado nada desde la última vez que nos vimos. Me sonrío mirándome a los ojos y sonrío con ese encanto que sólo tiene ella.

Bueno, si ha cambiado, está más guapa que nunca, lástima que seamos primos.

—Ahm —digo yo. Y digo esto por decir algo, porque la verdad es que

no se me ocurre nada.

Casi no me he fijado en la chica con la que bailo.

Lo único que sé, es sabe hablar inglés porque su ex también es de Edimburgo.

Marisa me enreda bailando, y para cuando quiero reaccionar, es de nuevo la tal Ane la que está bailando conmigo, así que me veo obligado a escaquearme por segunda vez de ella, y me voy con Alex al baño.

Allí me ofrece una pastilla pequeña, redonda y de color verde que me promete que me ayudará a pasar mejor la noche.

O a pasar la mejor noche, no lo recuerdo bien.

Ni le pregunto lo qué es, me la trago rápidamente con un trago de cerveza y Alex me da la bienvenida al lado oscuro.

Me siento como Alicia en el País de las Maravillas.

Cambiamos de bar, y por el camino me pongo junto a Reardon y aprovecho a decirle entre dientes y de forma discreta, que deje en paz a Marisa.

Me mira y se ríe. Me dice que no le interesa, que tengo suerte de que no le interese.

Me acerco más a él y me pongo serio.

—Enserio. Como te acerques a ella o hagas algo, te corto las pelotas —y le muestro los dientes con una gran sonrisa sarcástica.

En el último bar estamos un buen rato.

Todavía no es tarde, pero la tal Ane nos informa de que se va a casa, como si a alguien le importara.

En algún momento ha debido aparecer una nueva e interesante amiga de Marisa que nadie me ha presentado, porque al pedir la bebida somos uno más.

Da igual.

Estará buena pero parece una estirada de mierda, igual que Charlene.

Sobre las tres de la mañana nos vamos a la fiesta escocesa, que según me cuentan, es en casa de Ralf Matthews. Y por supuesto estamos todos invitados.

Ralf Matthews.

El tío es de Glasgow, pero ha vivido toda su vida en Edimburgo, así que nos conocemos desde siempre. Si somos del mismo barrio.

Hace quince años se vino a Bilbao con la idea de estudiar español, pero al poco tiempo de estar aquí dejó sus estudios y empezó a crear su imperio.

Poco a poco.

Empezó trabajando en la típica tasca sucia en la peor zona de la ciudad y termino comprándola y dándole un cambio. Fue invirtiendo su dinero, le fue saliendo bien y ahora es dueño de tres de los locales más exclusivos de la ciudad y socio de dos discotecas.

Así que el tío está forrado. El cabrón tiene una casa de dos plantas en las afueras. Hemos tenido que venir en taxi.

La casa es gigante.

Tiene un inmenso jardín, con carpas de color blanco, barras de bar y música. Todo medio iluminado de luz blanca y con unas lámparas metálicas que encima dan calor. Ha colocado como un millón de sofás de cuero blanco y negro por el jardín. Junto a ellos hay cubos metálicos llenos de hielo con cervezas.

Que hijo de puta.

De dónde habrá sacado tanta gente... ¿Habrá alquilado a los amigos, o sólo a las chicas con poca ropa que se pasean por todas partes?

Y pensar que ha salido del mismo agujero que yo...

Del mismo sitio de mierda.

A que vendrá todo este despliegue... si hasta tiene un DJ pinchando música para dar ambiente, no me jodas...

Entro a la casa para ir al baño, y alucino con la cantidad de tías que hay por ahí. Están en todas partes, son como una plaga, sentadas sobre la encimera de la cocina, apoyadas en las paredes, en las escaleras, recostadas en el sofá de la sala...

Vuelvo al jardín un poco nervioso y me siento en un sofá de dos plazas. Abro un botellín de cerveza, me pongo cómodo y enciendo un cigarro mientras curioseo a mí alrededor.

El sitio esta lleno de caras conocidas, aquí hay muchos escoceses.

Algunos me conocen y se acercan a saludarme.

Abrazos, manotazos por todas partes, palmaditas en la nuca, ostias en la espalda y algún beso de alguna chica. Vuelvo a escuchar eso de: “¡Córtate el pelo!”, “¡Qué tal colega!” y “Mark, ¡Cuanto tiempo!”.

Le hago una seña a Reardy, que esta todo liado hablando “con mi prima”, para que se acerque. Viene de inmediato hacia mí, pero antes de poder abrir la boca para decirle nada, me suelta que Bob está aquí.

Bob.

¿Y que coño hace ella aquí?

¿A qué viene eso?

Es mi ex novia. Bob es el diminutivo de Roberta.

Me quedo perplejo, sin pestañear.

—Esta en el baño pero ahora viene —me cuchichea, y la forma de hablar que tiene y la cara que pone, me recuerdan a una serpiente traidora.

Si, si, aquí mismo me voy a quedar a esperarla, porque eso es lo que más me apetece...

—Voy a por algo para beber —le digo, y me escabullo en dirección a la barra.

Lejos de allí.

El cabrón de Ralf ha puesto dos barras, las dos con camareras en mini shorts y bikini. Suena “Everything about you” a todo volumen y rezo para que se quiten la ropa. ¿Esta canción es para eso, no?

Me acerco a la barra y me centro en una de las camareras.

Pelo rosa por debajo de los hombros, mariposas tatuadas en el antebrazo y un piercing en el ombligo. Lleva un bikini azul turquesa de triángulos y tiene unos preciosos ojos marrones muy oscuros.

No sé muy bien qué es, pero tiene algo que me hace fijarme en ella sobre el resto de tías buenas.

Es la que va menos maquillada de todas.

Las demás van muy maquilladas, alguna incluso parece un travestido, de tanta pintura que lleva.

Nunca me han gustado las chicas demasiado maquilladas.

Intento que se fije en mí, llamar su atención como sea para que sepa que existo, pero lo único que consigo es un leve contacto visual, y después pasa olímpicamente para seguir con lo que está haciendo.

No me hace ni caso, será que no le gusto.

Pues a por otra.

Me coloco detrás de una rubia de pelo muy largo y con vaqueros ajustados que está pidiendo un trago. Me acerco tanto que me roza la cara con el pelo al apartárselo de la cara de un manotazo.

Me quedo sin querer ahí, oliéndole la melena (que huele a champú de frutas), hasta que oigo que le dice a la camarera con voz ronca:

—Perdona. Sólo es un momento... — dice, y a continuación coge el enorme vaso que la camarera está llenando de hielo picado y me lo tira encima.

Es entonces cuando consigo atraer la atención de la camarera por

segunda vez.

Me mira sin pestañear durante dos segundos por lo menos, se acaricia levemente si piercing, y después sigue a lo suyo.

La rubia que me tirado los hielos, ha resultado ser Bob.

Me río, ¿qué otra cosa puedo hacer?

—¿Pero tu no estabas meando? —le digo sacudiéndome los hielos de todas partes.

Por detrás parece cualquier otra tía.

No era mi intención acercarme lo más mínimo a ella, así que retrocedo de una zancada.

—Cuanto tiempo ehh —Bob no parece enfadada.

Igual está borracha, quien sabe...

Puedo recordar perfectamente lo último que me dijo.

Que no quería volver a verme, y me lo dejó bien claro.

Se lo recuerdo y ella le quita importancia riendo como un caballo.

Yo paso de rollos, para mí esta tía es como si hablara polaco, nunca entiendo nada de lo que dice.

Me escabullo elegantemente de allí, lo más rápidamente posible, y vuelvo hacia mi sofá.

Primero me tira los hielos y luego me hace creer que se alegra de verme... No volvería a hacérmelo con ella ni loco.

Ni loco.

Veo a Reardon hablando con mi prima y sus amigas. Me mira y con la birra me hace una señal de brindis.

Yo, mientras me acerco, le devuelvo una señal de que le voy a cortar el pescuezo. Le escucho su monologo favorito sobre drogas. Algo que suele soltar cuando quiere parecer interesante, está explicando su parte favorita, la de la sobredosis de heroína.

—... por lo tanto, ya sabéis, no depende de la cantidad sino de la calidad. — concluye en plan experto en la materia. Sonríe y me mira directamente.

Cacho cabrón.

La amiga gorda de mi prima le pregunta cómo se puede saber si es de buena calidad, para entrar en su juego.

Reardon se siente halagado por el interés mostrado, y se le hincha el ego como un zeppelin antes de proseguir con su monólogo.

—... puede adivinarse la pureza por el modo de disolverse en la cuchara. Si no está demasiado cortada, no es demasiado toxica. Si tiene demasiada

mierda, se disuelve peor. Así de simple.

Mientras intercambio señales amenazantes con mi “colega”, un brazo gigante me agarra por detrás y me suelta una gran ostia en el hombro, que para mucha gente sería mortal.

Dudo, y por un momento no sé si me saludan o me están dando una paliza.

Duele, pero creo que ha sido un saludo amistoso.

Miro hacía arriba y veo a Ralf, sonriente con sus dos metros diez de altura y sus probablemente más de ciento veinte kilos de peso.

Posa ante mí agarrado a dos tías impresionantes, una a cada lado. Parecen un bocadillo: dos tías como dos panes y el cerdo, que es él, en medio.

—¡¡Mark!!

—¡¡Hijoputa, cabronazo!! —le abrazo e intento tumbarle con todas mis fuerzas, pero ni se inmuta — Vaya fiesta la que has montado aquí fuera, eh?

—¿Enserio? Pues lo mejor está dentro. Ven, te enseño todo, tenía ganas de verte —y me pasa el brazo por el hombro —¿Qué tal te va todo? ¿Qué tal la familia?

—Bien, bien —Según vamos andando hacia la casa, cojo una cerveza de uno de los cubos.

Sólo ha soltado a las tías para golpearme, ahora vuelve a estar agarrado a ellas como un pulpo.

—Deja eso anda, dentro tengo cosas mejores. —Me encojo de hombros y le hago caso rollo tirando la cerveza al suelo.

Él sabrá, es su césped.

La casa es una mezcla entre una de esas que aparecen en las revistas de decoración, y la Mansión Play boy.

Yo no entiendo mucho de estas cosas, pero sé que tiene todo lo que le puede gustar a cualquier chica, por la parte decorativa, y a un chico, por la increíble cantidad de tías buenas que hay por metro cuadrado.

Me apoyo junto a una escultura ultramoderna, o algo parecido de cristal, y Ralf me hace señas para que me acerque al sofá central donde está sentado, junto a una chimenea panorámica de piedra pulida.

Una chica morena de biquini morado cuya principal función parece ser adornar, nos trae un par de cócteles.

—Prueba esto.-me dice Ralf sonriente pasándome uno.

—¿Qué es, un cóctel de frutas o algo así? —le pregunto y Ralf me

demuestra lo atronadora que puede resultar su risa.

—Ahmm —digo, al darme cuenta de que no se refiere al cóctel, sino a unos polvos blancos que nos acerca otra chica-adorno, esta vez rubia platino y de bikini verde oscuro, con purpurina en las tetas.

Me pongo cómodo, y me meto un par de rayas delante de todo el puto mundo.

Cuando levanto la vista veo un chino delante, que no sé muy bien de donde ha salido de repente, pero está sentado junto a Ralf.

Y me mira fijamente.

—¿Quieres una foto colega? — le digo con sarcasmo al terminar el trabajo.

Se abre inmediatamente.

Sin decir nada.

Ralf me echa en cara lo borde que soy, y me cuenta las últimas noticias de su vida.

Le hago caso a medias, sé que me habla y me da un montón de información, pero yo en vez de asimilarla, entenderla y archivarla en mi cabeza para darle vueltas más tarde, la pierdo por el camino, y no me quedo con nada.

El guapito de Alex está saliendo del baño con una de las amigas de Marisa, la estirada pija esa... Tania... pero, de repente alguien me tapa la visión poniéndose justo en el puto medio.

Es el chino de antes.

—¿Qué buscas? ¿Un par de ostias? —el imbécil me esta mirando con cara de lerdo, y con la boca abierta.

Sólo le falta babear, que grima.

Empiezo a cabrearme.

No me caen bien los chinos, miran igual que un pez y son unos lameculos.

Este es de lo peor.

—¿Quieres encontrarla? ¿Quieres? —le pregunto en plan muy borde.

—Sólo quiero hablar contigo —me dice.

“Pero bueno este tío de que va” pienso, y me enciendo un cigarro. Le sonrío con sarcasmo, me acabo mi cerveza y le eructo en la cara.

—No me gustan los chinos —le digo mirándole seriamente.

—No soy chino, soy de Edimburgo...

—Veeenga, tío no me vaciles. Date una vuelta por ahí. —y esto último

se lo digo con toda la mala ostia que soy capaz de acumular en tan corto espacio de tiempo. Me pongo de pie, y me mira como con miedo.

Parece que al final lo capta, porque le veo irse por el pasillo del fondo, al piso de arriba.

Menudo gilipollas.

Alex me hace una seña y subo con él al baño, para meternos un poco más de coca. Por el camino Basi me agarra del brazo.

—Pórtate bien, ¿no? —me dice con voz de padre.

Se oyen risas estruendosas detrás de mí, seguramente de chicas, probablemente de las amigas de Marisa, y un cristal que se rompe, probablemente un vaso.

—Vete a la mierda Bas —le digo un poco molesto de que me trate como a un crío.

Me deshago de él rápidamente, pero me doy cuenta de que me tambaleo más que antes.

Yo lo sé y Alex también lo sabe, sin embargo me mira sorprendido.

En los baños del piso de abajo están celebrando una pequeña fiesta privada.

Así que no nos queda más remedio que intentar subir las escaleras para llegar a los baños del piso superior.

En ese momento, el esfuerzo me parece comparable a escalar el Himalaya, y según mis cálculos, tardamos más o menos lo mismo en llegar a la cima.

Nos cuesta tanto, que nos vemos obligados a hacer un descanso en el rellano para coger fuerzas.

En mi cabeza suena “Taste it” de INXS, y no sé si me lo estoy imaginando o la canción suena para todos.

Dios, la casa está completamente llena de gente, y las habitaciones también.

Una chica muy pija discute con su pareja. Él tiene una ancha sonrisa de gilipollas, a pesar de estar discutiendo, y patillas canosas.

La chica se enfada y le lanza al tipo un bolsazo en la cabeza, que casi me da a mí.

El bolso cae a mis pies y me quedo un rato largo mirándolo y calculando su precio, porque parece un bolso muy caro y auténtico, pero no es que yo entienda demasiado de estas cosas.

Se acerca de mala leche para recogerlo y debo mirarla con cara de

imbécil, pero el caso es que me encanta y me enamoro locamente de ella al momento.

Lleva unos pantalones de cuero o algo parecido con sandalias y tiene los ojos del color del agua, casi transparentes. El pelo corto, liso y muy negro.

Se parece a Cleopatra.

Me quedo atontado mirándola durante lo que me parecen varios años.

Se agacha para recoger el bolso que está a mis pies y se me queda mirando con el bolso en la mano. Parece inmensamente triste.

Probablemente me mira porque le estoy mirando yo, sino seguro que ni se daría cuenta de que existo.

Los segundos pasan lentos y densos, haciendo de nuestra mirada uno de esos momentos únicos en la vida, que probablemente se recuerdan en la vejez.

Casi ni me atrevo a respirar para no romper la emoción del momento.

No la he visto en mi vida, pero me resulta tan familiar como si hubiéramos vivido un par de vidas juntos.

Como si fuera mi Eva.

Hecha a mi medida.

Me gustaría decir que el tiempo se ha parado para nosotros y que no pasa nada a nuestro alrededor, pero no es verdad.

Un chico envuelto en una toalla blanca se pasea por el pasillo, parece que va de habitación en habitación...

No es una toalla, es una sábana.

Una chica canta una canción de niños mientras otra a su lado, come un helado, y la camarera del piercing en el ombligo y el tatuaje de mariposas hace equilibrios en un muro decorativo que hay en la sala.

Surrealista.

La canción me suena, creo que es de unos dibujos. Después cambian el tono y cantan todas "Little baby nothing" a pulmón.

Cuando me giro para volver a mirar a la chica del bolso, ya no está.

No está.

Seguro que se ha ido hace siglos.

Vuelvo a dirigir mi mirada hacia la camarera y tampoco está.

Adiós piercing y adiós mariposas.

Lástima, porque me hubiera gustado poder llegar a conocerlas. A cualquiera de las dos.

Me recupero al instante de mi gran pérdida y me cuesta recordar que es

lo que estamos haciendo ahí sentados en las escaleras.

Nos quedamos un buen rato pensativos, hasta que Alex recuerda milagrosamente que íbamos al baño del piso de arriba y nos ponemos nuevamente en marcha.

El camino más recto suele ser el más corto, pero nosotros no podemos evitar subir zigzagueando de un lado al otro de la barandilla, medio arrastrándonos como víboras por el suelo para subir con más seguridad.

Se abre la puerta del baño justo cuando por fin estamos delante y aparece una especie de diosa negra con micro biquini plateado y la cabeza llena de trenzas, para llamar a algún ser afortunado a voces.

Su voz es aguda y ronca a la vez.

Alguien le dice que no sube y ella vuelve a entrar.

Hay tanto imbécil suelto por el mundo... yo subiría, y eso que me ha costado lo mío.

Asomo la cabeza por la puerta y echo un vistazo rápido, o lo que a mí me parece que es rápido.

En el hilo musical suena “Dropout” de Urge Overkill.

El “baño” es una especie de spa del tamaño de mi piso entero. Alex y yo nos miramos con la boca abierta y entramos con los ojos quizá demasiado abiertos.

Junto a la entrada hay dos cabinas de váteres individuales, y en frente unos lavabos en mármol vetado negro. Un poco clásico, pero chulísimos. Las puertas de los váteres son de espejo.

Alex y yo nos vemos reflejados y nos miramos casi a la vez.

Creo que los dos pensamos lo mismo.

Que vaya pinta que tenemos, aunque se nos olvida pronto, porque al fondo hay un jacuzzi gigante como de doce plazas junto a un gran ventanal que da a una terraza con vistas, y ahí está Ralf.

Ralf rodeado de chicas-adorno con biquinis plateados.

Por supuesto.

Se supone que un puñado de tías llamativas en un sitio donde todas las tías son llamativas, no llaman nada la atención, pero no es así.

Todas y cada una de ellas son interesantes.

Todas son llamativas.

Todas nos interesan.

Cuchichean y se oyen risitas. Ralf nos invita a acercarnos y nos ofrece champán.

¿Quién coño se cree que es?

¿El puto Hugh Hefner^[14]?

Bob está a su lado.

Bob sin bikini plateado, con uno de color negro, liso, pero bastante escotado para ser ella.

Ralf tiene su enorme brazo pasado por su cintura.

Pestañeo y trago saliva.

Los dos sonríen como imbéciles.

Cojo una copa de champán y miro mi ridículo reflejo en el fino cristal, en el líquido dorado de su interior, en cada burbuja... me siento idiota aquí plantado.

—Nos casamos —dice Bob justo cuando estoy bebiendo un trago.

No me pasa el champán por la garganta así que lo escupo al suelo provocando las risas de todos.

No era mi intención.

Bob empieza a reírse como una loca, literal, y Ralf le da un beso en la boca, sospecho que para no oírla.

—Espero que no te importe... — me susurra Bob poniendo cara de zorra.

—Ya sabes que no. Mis felicitaciones a los dos. —digo secamente y con voz ronca.

Me giro y me dispongo a salir muy dignamente por la puerta seguido de Alex, pero el muy traidor, se empieza a desnudar y se queda en el jacuzzi.

Sabía que lo nuestro estaba más que terminado, pero aún así me jode que termine de esa manera.

Por causas “tan” ajenas a mí.

Yo ya no puedo hacer nada.

Decido bajar tranquilamente al jardín, no sin matarme antes en las escaleras.

Caigo rodando unos cuantos escalones pero nadie se inmuta. Me levanto con rapidez y continúo bajando con más cuidado, pero me vuelvo a caer y ruedo como una pelota.

Me gano los aplausos de las chicas de los helados.

Mierda, pensaba que no me había visto nadie, o que no le había importado a nadie.

Saludo con la cabeza y me abro.

Me hubiera gustado hacerles una reverencia también, pero no se qué me

pasa hoy, que me siento increíblemente torpe y no me arriesgo.

Basi, Max y una de las amigas de Marisa, la gorda, discuten sobre un partido de fútbol que no he visto.

Marisa me abraza y me hecha en cara que no me ha visto en toda la noche.

¿En toda la noche?

“El que no te ha visto he sido yo, con la que llevo encima”, pienso, pero no le digo nada. Solo le sonrió con cara de imbécil. Y lo de imbécil me recuerda a Reardon, que a saber donde estará.

Busco con la mirada y no le veo por ningún lado.

Pregunto dónde está pero nadie sabe.

Andará por ahí.

Se me acerca una pava por la derecha y me suelta, así de buenas a primeras:

—Tú debes de ser Mark, todo el mundo habla de ti. Roberta y tú erais novios antes, ¿no? No sabía que eras tan guapo —sonríe y no sé si sólo quiere tontear y hacerme perder el tiempo, o algo más.

Me hago con la enésima cerveza de la noche y le miro atentamente para estudiarla mientras habla.

La verdad es que ya ha dicho todo lo que tenía que decir, y espera expectante una respuesta.

Le digo que sí con la cabeza, y no para de hablar en un buen rato, pero no me molesta porque no pienso escuchar nada de lo que dice. Me entretengo mirándole unas cuantas veces al escote mientras me explica su rollo.

En su camiseta ajustada pone “Stop your gab”, “frena tu lengua”.

Tiene un botellín de cerveza en la mano y va quitando trocitos de etiqueta mientras habla.

A lo mejor tengo alguna posibilidad de follármela.

Le cuento que quitar la etiqueta a la cerveza significa ganas de sexo y se empieza a reír.

Lleva los labios pintados de granate.

Le suelto que toco la guitarra en un grupo, algo que con las chicas suele funcionar. A la mayoría se les caen las bragas con eso, pero a esta no le va el rollo, me mira como a un crío y me salta:

—Tu amigo se llama “Rerdon”, ¿no? Él es escocés también ¿no? Como Ralf.

—Ahmm, se apellida Reardon —corrijo, y no se me ocurre nada más

que decir.

Por un momento me parece que se empieza a poner un poco cariñosa y yo por si acaso empiezo a sobarla.

Parece que esto funciona, porque la tía se deja.

—Ah, pues me he enrollado antes con él. Nos lo hemos montado en mi coche —dice con voz inocente, y añade que he fallado con lo de la etiqueta de la cerveza.

Me pregunta que si me importa.

¿Importarme?

Que va.

Muevo la cabeza de derecha a izquierda y casi suelto una carcajada en su cara.

Si se ha follado a Reardon seguro que me folla a mí también.

—Oye tía, ¿y si subimos arriba? —le digo mientras meto mi mano por su espalda para soltarle el sujetador.

Me dice que no cree que queden habitaciones libres, que es mejor que vallamos a su casa.

Le digo que vale, me despido vagamente de la gente moviendo la mano y me voy a tomar por culo de allí, medio mareado por el dolor de cabeza, encorvado y arrastrando los pies.

En el jardín nos encontramos con Reardon revolcándose en un sofá con una tía.

Creo que es la misma tía que estaba antes con Alex en el baño, la estirada y pija.

Tania

¡Joder con la tía!

A él ni le miro.

Total tampoco me iba a ver.

—Es tu colega, ¿no? —me pregunta la pava de la camiseta-lengua. — Me ha hecho un chupetón aquí jajajaj. —Y se levanta la camiseta para enseñármelo.

Le ha dejado una marca en la cadera que parece un puñetazo.

—Si —le digo mientras me meto con ella en su coche —¿Cómo te llamas? No sé ni tu nombre tía —le pregunto justo antes de que arranque

Me aprieto las sienes con fuerza para relajar mi repentino dolor de cabeza.

Siento como pinchazos.

Se ríe, y su risa se me clava como una aguja en el cerebro.

Su nombre.

Como si eso me importara.

Tiene razón, por mí como si es la mismísima Isabel II.

El dolor se hace insoportable.

Cierro los ojos y debo de perder el conocimiento o algo así, porque cuando vuelvo a abrirlos, estoy en el suelo de una habitación desconocida.

No hay ninguna tía a mi lado, ni nada.

A lo mejor lo he soñado.

Me incorporo para ver si me aclaro un poco, y veo que estoy en una especie de cuarto de la plancha.

No entiendo nada.

Me esfuerzo pero no entiendo ni un 20% de lo que veo, ¿no estaba yo hace un minuto con una tía en su coche para ir a su casa?

Abro la puerta para salir de allí y aparezco en la cocina de la maravillosa casa de Ralf, que se está descojonando vivo con la chica de la camiseta “Frena tu lengua” mientras come un helado.

De forma casi premonitoria, suena “White Rabbit” de Jefferson Airplane Uff.

Esto es como una pesadilla.

Un helado igual que el de la chica que escuchaba a la que tocaba la guitarra en las escaleras.

—Te has caído redondo en el coche, no veas que marrón. He tenido que pedir ayuda para meterte en la casa. —dice entre risas —Así no te llevo a ningún lado.

—Ya, y me habéis metido en el cuarto de la plancha porque... porque... ¿estoy... arrugado?

—Porque el resto de las habitaciones están todas ocupadas —dice ella chupando el helado —te lo dije.

Ralf se ríe tanto, que parece que le va a dar un ataque.

Tiene la cabeza rojísima y me señala con el dedo hacia una esquina.

Miro en esa dirección y veo al mismo puto chino de antes, diciendo por enésima vez que tenemos que hablar.

Increíble.

Todo se repite como si alguien hubiera rebobinado mi vida.

¿Qué tiene, el disco rallado o que?

—Tienes mala cara —me dice Marisa aparecida de repente.

Siento un poco de vergüenza de que mi prima me vea así, pero no puedo hacer nada.

A lo mejor no ha aparecido de repente, a lo mejor lleva ahí todo el tiempo y no la he visto porque el tiempo no transcurre como en un día normal.

Va a su puta bola.

Compruebo que algunas cosas pasan a velocidad ultrarrápida (Marisa se ha acercado a la velocidad de la luz) y otras cosas a cámara hiperlenta (mi ligue se estaba tomando su tiempo para comer el helado, calculo que a esa velocidad tardará un par de meses en terminarlo).

Simplemente.

—Si, ya lo discutiremos otro día —le digo apartándome de ellos. — Quiero irme a casa, no me encuentro muy bien. —Añado, y es verdad.

—Tenemos que hablar un momento, —repite el puto chino —cuanto antes lo sepas mejor. Llevo toda la noche intentando hablar contigo de buen rollo.

Le grito que no y le lanzo un trago que hay sobre la encimera de la cocina, vaso incluido, provocando que caiga como un saco de patatas al suelo con una brecha en la cabeza. La sangre empieza a manar rápidamente formando un charquito en el suelo.

A mí me empiezan a dar nauseas, y me acerco al fregadero para vomitar allí.

Me encuentro fatal, siento frío y noto temblores en el cuerpo.

Ralf abre el grifo del fregadero para limpiar mi pota, que en realidad son cuatro babas transparentes, a pesar de todo lo que he bebido.

Me mira, y se y se aclara la voz para hablar.

—Tranquilízate con el chino —me dice, y noto su mano gigante en mi hombro. —Sólo quiere decirte que sale con tu hermana y que te van a hacer tío. Dale una oportunidad, es un tipo majo.

“Sólo” eso.

De modo que “sólo” era eso.

Ralf se ríe el muy cabrón, y pone cara de buena noticia.

Su cabeza sigue estando rojísima, espero que ojalá le explote algún día.

No es ninguna buena noticia.

Mi hermana tiene diecisiete años, joder. Y este tipo es un gilipollas, no tiene nada de majo.

Nada.

Quiero matarle, pero no puedo porque me desmayo y caigo seco al suelo. A su lado, y sobre el charco de sangre.

Caerme es lo único que recuerdo, porque decido abandonar mi estado de consciencia, y les dejo allí a los tres con cara de sorpresa.

Todos sorprendidos menos Ralf, porque el muy cabrón ya tenía toda la información y sabía lo que iba a pasar.

SABADO. CLASE DE GENTE

“Merezco la pena, los demás también.”

Me lo digo a mí mismo, mirándome al espejo mientras me preparo para salir. Me lo digo a diario, pero hoy en especial.

Esto es lo que se llama un pensamiento asertivo.

Mi psiquiatra dice que tengo que aprender a pensar así, pero no siempre me sale.

Ahora lo estoy controlando.

Estoy ejerciendo todo el control.

Me sonrío a mí mismo con la mejor de mis sonrisas y el “otro yo” que vive al otro lado del espejo me la devuelve.

Me aliso el pelo mojado suavemente, lo peino delicadamente con mi peine de acero de diseño, hasta que queda a mi gusto.

Me subo el cuello de la camisa y lo coloco en su sitio hasta que queda perfecto.

Hoy es sábado.

Me gustaban los sábados cuando trabajaba, pero ahora que estoy inhabilitado para trabajar, me dan igual.

Excepto este.

Este es diferente. Hoy es mi cumpleaños.

Tengo una invitada del “**Persephone**” para celebrarlo. El “**Persephone**” es un elegante local con bailarinas, donde las mujeres llevan pelucas sintéticas de colores y visten todas igual, como muñecas.

Parecen maniquís.

En la propia decoración del local hay maniquís de tamaño natural de adorno.

A veces cuesta distinguir una mujer de verdad de un mueble. Supongo que se habrán inspirado en el “Moloko” de la Naranja Mecánica.

Probablemente.

Me aplico crema en gel fresco en la cara, con la yema de los dedos, y miro fijamente mis ojos en el espejo.

Me fijo durante un rato en las venas rojas alrededor de los párpados y en mi ceja izquierda partida.

Leí hace poco en una revista de moda que se “llevan” las cicatrices en las cejas, y al parecer, hay gente que se las arregla para que parezcan partidas como la mía.

Utilizo lágrimas artificiales para suavizar la mirada. Cierro los ojos un instante al sentir el frescor en la retina, y vuelvo a abrirlos al momento dejando resbalar el exceso de gotas con apariencia de lágrimas por mis mejillas.

Cumplo 36 años.

Me seco las lágrimas, y apoyo mi frente contra el espejo apretando los dientes, en un gesto de sonrisa forzada algo terrorífica.

Me aparto y observo el rastro de crema que he dejado en el cristal.

Cojo un trozo de papel higiénico y me tomo mi tiempo para limpiarlo a conciencia, hasta que queda impoluto. Como antes.

La blanca taza de mi wc brilla como el más grande de los diamantes, está siempre tan limpia que hasta se podría comer ahí mismo.

Hace años que me acostumbé a orinar sentado, y a limpiarla meticulosamente después de cada uso.

Es casi como si fuera mi compañera, porque la cuido como si lo fuera.

El baño es mi lugar favorito de la casa. Ideal para a la reflexión, para pensar, para estar tranquilo y relajarse por completo.

Es mi refugio, a pesar de que vivo sólo.

En la medida de lo posible intento no usar servicios públicos y si lo hago, desde luego siempre orino de pie y desde cierta distancia.

Orinar de pie significa poco respeto hacia el sitio en que lo haces. Ya sea un wc, una pared, un jardín, la rueda de un coche o una persona...

Compruebo en el espejo de aumento que mi manicura y dentadura están en perfecto estado. Soy bastante estricto en mi higiene personal y tengo, porque no decirlo, una innata elegancia y buen gusto.

Mi cuerpo es perfecto.

Tengo la altura y musculatura con la que cualquiera soñaría, y me he preparado y cuidado a conciencia para esta noche.

Estoy sencillamente espectacular.

Me perfumo sutilmente con “Egoiste” de Chanel, y me vuelvo a mirar en el espejo, encantado de mi aspecto.

Nadie podría decirme que no a nada.

Nadie debería hacerlo.

Como le pasaba al “Asesino de Milwaukee”, un auténtico y sanguinario

asesino, pero que tenía cara de ángel y era un tipo encantador.

Me dirijo con paso seguro por el ancho pasillo hasta mi dormitorio, al fondo a la derecha. Mientras camino me voy mirando en las paredes, que son todas de espejo.

Cuando compré la casa, hice una gran obra para ponerla a mi gusto.

Tiré todos los tabiques y los sustituí por espejos y cristales.

Ver mi imagen en todo momento, me relaja.

Me gusta ver todo desde todos los ángulos. Así puedo tener la casa bajo control.

Aquí no hay ningún rincón.

Ningún sitio en el que nadie pueda esconderse.

Mi dormitorio es enorme, junté dos habitaciones en una, a pesar de que ya eran bastante amplias. En la pared del fondo tengo un fabuloso vestidor de diseño italiano, en madera lacada negra, enorme, de unos 20 metros cuadrados.

Entro y elijo mi mejor traje.

Un Armani.

Gris y ligero, perfecto para este tiempo.

Siempre visto con traje, aunque ya no trabaje es una costumbre que he querido mantener. Cualquier otra ropa en mi, me parece vulgar.

Me visto y compruebo meticulosamente que el traje me queda perfecto, que ha sido confeccionado para mi cuerpo.

Analizo mi figura desde todos los ángulos posibles y sonrío para mis adentros al comprobar que como el traje es ligeramente entallado, hace que mi físico parezca más musculado aún.

Perfecto.

Se me percibe saludable y en muy buena forma física.

En el salón, recojo un pequeño estuche cuadrado de terciopelo azul oscuro, casi negro que está sobre la mesa de cristal. En una esquina.

Es un collar para Natalie.

Ah, Natalie será mi chica.

En realidad ya lo es, aunque todavía no lo sabe.

Ella es lo único que me interesa del “**Persephone**”.

Ella.

La sorprenderé con mi regalo.

Estoy seguro de que le encantará.

Abro el estuche para admirar la joya: un collar de cadena muy fina y

delicada de oro blanco con circonitas y piedras azules semipreciosas engarzadas.

Ese azul hace juego con el tatuaje de su brazo. Unas mariposas volando.

Las mariposas son símbolo de la inconstancia y fragilidad. El azul es el color del mar y del cielo. Buena composición.

Huelo las flores frescas que hay en el jarrón de cristal negro también sobre la mesa. Tengo otro en el suelo, es un jarrón alto, y está colocado junto a la ventana.

Narcisos amarillos.

Me encantan las flores frescas y el color amarillo. Me encanta su aroma, su color, su sabor. Me recuerdan a Natalie.

Nos conocimos el 23 de abril en el tren.

Ella leía una novela de pie junto a la puerta y yo me coloqué lo más cerca que pude nada más verla. Masticaba chicle de color blanco, y de vez en cuando hacía ruido explotando algún globo dentro de la boca.

Era ella lo que yo he buscado toda la vida, y por fin la había encontrado.

Afortunadamente era hora punta, y pude ir todo el viaje respirando el aire que salía de sus pulmones. Me esforcé por adivinar el perfume que llevaba, pero no lo conseguí.

No lo conocía y eso que tengo buen olfato, pero me recordaba al olor de los narcisos.

Desde entonces intento siempre tener algunos en casa.

Intenté llevarme algún pelo suyo enganchado en el traje, mientras echaba un vistazo por encima de sus hombros, para ver qué libro leía.

Llevaba la portada forrada de blanco, y lo poco que leí, no me daba ninguna pista, aunque el marca páginas era de “La casa de los espíritus” de Isabel Allende.

En algún momento debió darse cuenta de mi presencia, y le debí incomodar, porque se movió hacia el interior del vagón, y poco a poco se fue colocando frente a la siguiente puerta de salida.

Lo más lejos posible de mi alcance.

Lejos de mí.

Decidí no ser demasiado brusco siguiéndola, deje que se sintiera a salvo. Seleccioné música de Tchaikovsky en mi discman y la observé desde lejos reflejada en los cristales del vagón.

Su cara se hacía fantasmagórica, cuando se iluminaba artificialmente por las luces amarillas y fluorescentes de las estaciones y del propio tren.

Se veía tan antinatural como una estatua de cera.

Tan inmóvil y “tan” perfecta.

Su pelo no tenía ninguna forma ni ningún color especial, simplemente caía en ondas suaves, despeinadas. Sus ojos redondos y brillantes, parecían los ojos de un animal enjaulado que quiere escapar y desafiar al mundo.

Al cerrar el libro, se cortó con el canto de una hoja y se lamió la sangre discretamente hasta que llegó a su parada.

Se bajó en una de las peores zonas de la ciudad.

Cruzó su bolso bandolera de pana marrón sobre el pecho igual que los estudiantes de instituto, y salió del tren a grandes zancadas. Llevaba una falda corta vaquera y medias de rayas hasta la rodilla con zapatillas de lona.

Deseo poder conseguir una de esas medias, pero de momento eso estaba total e indiscutiblemente fuera de mi alcance.

No podía estropearlo.

No debía.

Su camiseta era blanca, de algodón y tirantes muy finos. Parecía una camiseta interior infantil.

Qué imagen tan perturbadora.

Ah, era tan fina que se transparentaba un poco y se notaba que no llevaba nada debajo. Sobre la camiseta llevaba una gastada chaqueta de punto, de color gris jaspeada.

Pero debajo nada.

Se podían distinguir sus pequeños pechos con total claridad.

Salió de la estación rápidamente y echó a correr por las calles.

Qué visión esta.

Corría como una niña de diez años que acaba de salir de clase, y corre hacia su merienda.

La seguí a paso ligero escuchando música con los cascos.

Parecía tan ligera.

Avanzaba a grandes zancadas, levantando los pies, sin ningún esfuerzo aparente. Parecía un ángel sin alas porque prácticamente volaba.

Me paré en seco porque iba demasiado rápido y no quería llamar la atención corriendo, pero la seguí con la mirada todo lo lejos que pude hasta que desapareció al final de la larga e insuficientemente iluminada calle.

Durante un segundo sopesé la posibilidad de parar un coche y decir eso de:

—“Soy de la policía secreta, siga a esa chica.”

Decidí descartarlo al instante, porque dado el barrio de mala muerte en el que estaba, no quería ningún susto. Ni que el conductor del coche parado me dijera que “él también” era policía.

Al día siguiente a esa misma hora, yo esperaba en ese mismo sitio.

Esta vez estaba preparado.

Desde mi posición, dentro de mi Volvo gris oscuro, veía la estación de tren y la larga calle por la que desapareció el día anterior, casi hasta el final.

Natalie apareció media hora más tarde de lo esperado.

Llevaba vaqueros, camiseta blanca de manga corta y la misma chaqueta gris con unas bailarinas de tela. Había cambiado el bolso bandolera por una ridícula mini mochila de color rojo, a juego con los zapatos.

Probablemente dentro llevaría el libro.

A la salida de la estación se paró, y levantó de repente los brazos para ajustarse la coleta. Su camiseta era corta y se subió lo justo para dejar a la vista el piercing del ombligo.

Igual que el día anterior, echó a correr por la larga calle, sólo que yo esta vez estaba preparado, y la pude seguir en el coche hasta que entró en un portal.

El típico portal con puerta de aluminio que se cae de viejo, y cristales opacos de color verde.

Aparqué en doble fila junto a una especie de parque de politoxicómanos escalonado de cemento, todo lleno de chusma callejera, acompañada de perros grandes, botellas de cerveza, y equipos de música a todo volumen.

Un balón de baloncesto cayó dando grandes botes por las interminables escaleras igual que el carrito de bebé del “Acorazado Potemkin”, hasta estamparse de lleno en la luna de mi Volvo.

Me sobresalté, y arranqué el coche al momento.

Tal vez no era buena idea dejar ahí el coche.

Lo moví y lo aparqué lejos del parque, y más cerca de la estación de tren. Volví andando hasta el portal, deseando que no hubiera salido de casa mientras tanto. Entré a esperar en la tasca de enfrente.

Me senté en una mesa redonda con silla metálica muy incómoda a juego, junto a la cristalera y lejos del resto de la gente.

La barra de mármol rojizo estaba pegajosa, y no brillaba nada. Pedí un café con leche que por supuesto no me tomé.

Me lo sirvieron casi al momento, en una taza blanca llena de minúsculas grietas amarillentas.

Pagué al momento y volví a mi mesa a esperar.

A hacer tiempo.

Esperé a Natalie.

Esperé y esperé, pero no bajaba. Llevaba en casa más de hora y media y me empezaron a asaltar las dudas. Tal vez no saldría de casa más por hoy, y yo sólo estaba perdiendo el tiempo.

Pedí un segundo café y seguí esperando.

Esperé y esperé incluso más de lo que me pareció ser demasiado tiempo.

Saqué de mi maletín unos guantes para leer el periódico del bar, y justo al comienzo de las páginas de “Economía”, salió del portal con otra ropa y otro peinado diferente, que le hacía parecer mayor.

Su carita de niña redondeada y colorada, ahora parecía que tenía pómulos.

Era por el maquillaje.

Su cara no parecía su cara.

Lloviznaba un poco y había cogido un paraguas infantil de dibujos amarillos que parecían patitos de goma.

Amarillos.

Del portal la seguí nuevamente al tren, y del tren al “**Persephone**”.

Así es cómo supe dónde trabaja.

Así es como nos conocimos y aunque ese día no hablamos, está claro que fue un comienzo de algo.

Tenía que conocerla y preguntarle su nombre, al menos.

El día que escogí fue el 25 de junio, pero no hubo un solo día hasta esa fecha que no le hiciera el pertinente seguimiento, para ir conociéndola poco a poco desde la distancia.

Así es como supe que no tenía novio, que compartía piso con dos amigas y que le gustaban las joyas y los helados azules.

Azules.

No sabía que sabor podía ser ese, así que decidí probarlo, ya en pleno mes de agosto. Uno de esos días en los que el calor es tan insoportable, en los que dudas si sigues en Bilbao, o si ya te has ido al infierno. Después de probarlo, sigo sin saber a que sabe.

Me quedo con el helado de limón y el de plátano, mis favoritos.

El 25 de junio era el cumpleaños de uno de los compañeros de mi grupo de terapia, Juan txo, y con esa excusa decidí invitarle al “**Persephone**”.

Le elegí a él como amigo, porque a simple vista parece una persona muy

cercana. Tiene mirada amable, con arruguitas de tanto sonreír junto a los ojos y da la impresión de ser una persona muy comprensiva, pero sólo es eso. Una impresión.

1. Juantxo

Juantxo es un intelectual que lee a James Joyce en inglés y le gusta hablar sobre filosofía. Suele caminar descalzo por los jardines de los parques, con una carpeta bajo el brazo que dice “La sabiduría es la única libertad” en letras grandes.

Creo que la cita es de Séneca.

Toma notas de todo lo que pasa a su alrededor en una libreta forrada de cuero negro, y jamás la deja sola en ningún sitio. Más de una vez he sentido curiosidad, pero es imposible echarle un vistazo, la lleva encima todo el tiempo, en el bolsillo interior de la chaqueta.

Son inseparables.

A Juantxo le gusta columpiarse en las sillas y se sienta siempre con las piernas cruzadas. Viste con chaquetas de paño de cuadros ingleses y siempre lleva pañuelo al cuello, incluso en verano.

En otros tiempos fue profesor de la Universidad de Deusto y Doctor en Filosofía, conducía un Mercedes W140 negro de gama alta con tapicería de cuero, y daba conferencias por el mundo.

De todo eso sólo conserva el coche, aunque ya no lo conduce.

Me lo ha dado a mí a condición de que le lleve donde necesite de vez en cuando, y eso hago.

Soy su “chofer”, pero sólo a veces.

Sólo porque somos amigos.

Amigos.

Juantxo era una persona “normal”, hasta que un buen día, le empezó a fastidiar en el trabajo lo que él llama “el principio de inmediatez”.

Él nunca ha creído en los tiempos estipulados porque sí.

No se le puede meter prisa con nada; para él, decir mañana o dentro de seis meses viene a ser lo mismo.

Sus paranoias con el tiempo comenzaron a molestar mucho a sus colegas de profesión, y poco a poco el resto de compañeros, fueron reparando en lo pedante que realmente es, y es que a veces habla con cierta superioridad. Lo

comentaban a sus espaldas y terminaron perdiéndole el respeto profesional que le tenían.

Pobre Juantxo. Esto no era más que una muestra de su baja, casi invisible autoestima, que empeoró considerablemente cuando empezaron a apartarle de algunas actividades sin importancia, y terminaron vetándole para trabajos relevantes de investigación.

Empezó a sentirse inútil, y el trabajo que realizaba dejó de tener sentido poco a poco.

Se sentía desplazado por sus propios compañeros, compañeros que en su día le admiraban y le tenían como un referente.

Le obsesionaba que hablaran a sus espaldas y no poder controlar nada de lo que estaba pasando, así que terminó dejando el trabajo.

Era una de esas pocas personas que existen en el mundo, que trabajan por gusto, así que terminó dejándolo.

Total, tampoco es que necesitara el dinero.

Sin embargo, sus problemas no terminaron ahí. Podría decirse incluso, que es en ese momento cuando empezaron.

Todo empezó como empiezan todas las cosas en el mundo, de forma muy leve.

Como algo sin importancia.

Repetía algunas cosas, acciones o palabras, para calmar la ansiedad, hasta que en poco tiempo se convirtió en una obsesión.

Sentía la necesidad de comprobar “todo” una y otra vez. Incluso apostaba contra sí mismo que si hacía o no hacía tal o cual cosa, sucedería algo.

Algo bueno o algo malo, porque Juantxo es muy supersticioso.

Nos conocimos en el grupo de terapia.

Allí nos dicen que reconocer y conocer el problema (en ese orden), es muy importante.

Que es un primer paso.

Cada uno tenemos “lo nuestro”, y debemos respetar “lo de los demás”.

Cada vez que nos reunimos hablamos sobre ello.

Hacer terapia es como ir al gimnasio, rutina.

Es una terapia muy ligera. A veces hacemos ejercicios de relajación y meditación con música relajante en colchonetas.

Normalmente las sesiones consisten en: recordar la sesión anterior, hacer una dinámica de grupo que incluye la resolución de problemas y dudas

(nos pide que las apuntemos para comentarlas después), comentario magistral final de Martín y tareas para realizar en casa.

En ese orden.

A veces hacemos visionado y discusión de videos seleccionados y role-play, que a veces también se graba para comentar después. Otras veces, practicamos la relajación en las colchonetas y aprendemos a respirar.

Nos juntamos dos días a la semana una hora.

Nos reunimos en círculo, contamos nuestras cosas y el psiquiatra nos suele contar historias, tipo parábolas, relacionadas con lo que hablamos, y que se supone que nos tienen que hacer reflexionar.

Respecto a Juantxo, dicen que los TOCS^[15] llegan a hacerse importantes cuando nos ocupan más de una hora al día. A él en estos momentos le ocupan bastante más.

Necesita encender y apagar la luz 3 veces al entrar y salir de cada habitación de su casa, da igual que sea de día o de noche, abre los grifos sólo con la mano izquierda para lavarse las manos cada vez que toca algo que ha estado en contacto con el exterior, sopla la comida aunque esté fría... Tiene tantas manías, que es imposible recordarlas todas.

Las vías para curar un TOC, o al menos controlarlo un poco son dos. Las mismas de siempre: medicación y terapia.

Llevamos algo más de cuatro años haciendo terapia juntos.

El día que nos conocimos nos hicieron el juego de “cruzar la línea”, para que nos sintiéramos un grupo homogéneo supongo, aunque la verdad es que entre nosotros tenemos bastante poco en común, por no decir nada.

Había una línea separando el aula, y Martín, el psiquiatra, nos mandó ponernos a todos en el mismo lado.

2. Martín

Martín es una persona bien curiosa, increíblemente teatral, sobreactuado, y melodramático.

Con esa forma de hablar y esa forma de ser, no sé a los demás, pero a mí, a veces me cuesta bastante tomármelo en serio, a pesar de saber que es un gran profesional.

Lo dicen las titulaciones que tiene colgadas en las paredes de su consulta, pero me cuesta creérmelo, cuando se balancea en la silla mientras

me interroga, cuando tartamudea mientras cuenta alguna experiencia, o cuando se frota los ojos como un niño pequeño que está cansado y quiere ir a la cama a dormir.

Martín, ese primer día nos fue diciendo diferentes frases afirmativas y cada vez que nos sentíamos identificados con la frase, teníamos que cruzar la línea.

Ir al otro lado.

Al final resultó que él tenía razón y no cruzamos solos al otro lado ninguno ni una sola vez, aunque creo que las cuestiones eran un poco fáciles.

Estereotipos.

Cosas como: “tengo problemas con mi familia y no nos entendemos”, “A menudo siento que nadie me entiende”, “Me siento sólo”, “Siento que he crecido demasiado deprisa”..., cosas con las que cualquiera podría sentirse identificado.

Hacemos la terapia en grupo, pero después cada uno tenemos un tratamiento y una evaluación individualizada, teniendo en cuenta nuestras diferentes características.

A pesar de los esfuerzos de Martín, todos tenemos bien claro que somos un grupo heterogéneo de nueve personas.

3. Rosa

Rosa y se fue a vivir fuera hace casi un año para tener otra oportunidad en la vida, y poder empezar de cero donde no la conociera nadie.

Era carnicera y físicamente muy parecida a una cerda inmensa, de esas que se exhiben en las ferias de ganado, de color rosa y pelo rubio, con nariz fina y respingona.

Incapaz de caer bien.

Incapaz de no asustar.

Incapaz de gustar.

Incapaz de tener amigos.

Incapaz de conjuntar la ropa.

Incapaz, incapaz, incapaz, incapaz... de todo, de cualquier cosa que sea “normal”.

Así a simple vista, se me ocurre decir que es la típica chica completamente decepcionante con la que te podrías encontrar si aceptas una

cita a ciegas, con alguien de la sección de contactos de un periódico.

Caminaba arrastrando los pies y levantando suciedad del suelo a cada paso que daba. Se movía lentamente, como un hipopótamo adormilado.

Era tan blanda como una cama de agua. Daban ganas de saltar sobre ella y pincharla hasta deshincharla.

A veces me recordaba a un gnomo de jardín, por la cara regordeta, y también a una morsa varada, por esa costumbre suya de recostarse y tumbarse panza arriba en las colchonetas cuando hacíamos “relajación”.

Nadie se relajaba tanto como ella, que dejaba sus carnes desprotegidas y desparramadas, sin el menor signo de pudor.

Las malas lenguas del grupo, que las hay, dicen que una vez se compró un vestido de novia, sabiendo que no iba a casarse nunca, para ponérselo en casa y sacarse fotos. Yo la creo capaz de algo así.

Rosa nunca ha tenido novio. Probablemente nunca llegue a tener uno, o al menos un novio “normal”.

Tenía un TOC muy peculiar de repetición oral. Cada vez que alguien decía algo, repetía las últimas palabras de cada frase, algunos compañeros se referían a ella como Eco cuando la criticaban a sus espaldas.

Era una persona incómoda y peligrosa. Estaba muy medicada cuando la conocí, y el problema es que dejaba la medicación cuando le venía en gana para poder salir de fiesta y beber. Después mejoró bastante, se fue y le perdimos la pista por completo.

Nadie sabe nada de ella, nadie se ha preocupado de llamarla excepto Martín, que supongo que lo habrá hecho por obligación.

4. Josean

Es el veterano del grupo, no por edad, sino por los años que lleva haciendo terapia. Era camionero y un tipo normal hace muchos años.

Los estudios indican que la esquizofrenia afecta en torno a un 1% de la población, y cuando a él le empezaron a dar brotes, su mujer le dejó y se divorció.

Simplemente un día hizo las maletas y desapareció.

Le dejó la casa, pero se la embargaron hace mucho por sus problemas con el juego. Incluso tuvo que pedirle a su hijo que le avalara en un préstamo para no quedarse sin nada y poder pagar las deudas.

El hijo apostó por él y perdió.

Perdieron todo.

Es un tío bastante sucio en general, que parece un vagabundo cuando tiene un buen día y que cuando empeora, no se le puede ni mirar sin sentir arcadas de asco.

Empezó a oír voces que le insultaban y se reían de él. Se sentía perseguido y su conducta era, y a veces sigue siendo, bastante agresiva.

Había desarrollado un tipo de esquizofrenia paranoide.

En un ataque de locura le prendió fuego a uno de los camiones de la empresa donde trabajaba, porque unas voces se lo habían aconsejado. Le detuvieron y estuvo ingresado durante un montón de tiempo en un centro.

Dicen que allí le dieron electrochoque para mejorar su funcionamiento cerebral, porque el resto de las técnicas no daban resultado, pero no sé si creérmelo.

Después de su estancia en el centro, su estado mejoró notablemente.

Ahora, está muy arrepentido de haber tirado todo su dinero, y el que no era suyo, por el váter.

De haber traicionado a su propio hijo, también.

Hace mucho que le echaron del trabajo y ahora pide dinero en la calle, ha conseguido plaza en un albergue aunque cada seis meses le echan y entonces vuelve a la calle o a casa de su hijo, que le ha perdonado a medias, pero en general su familia no quiere ni verle.

De su mujer no ha vuelto a tener noticias.

Ni las tendrá.

5. Verónica

Ah, Verónica es la chica sexy de la terapia. Una tía redonda, con curvas, guapa, rubia y muy sexy. Lo tiene todo, o al menos lo parece.

Es una de esas ejecutivas —agresivas —autosuficientes que llevan traje sastre de cierta (a veces dudosa) calidad, y que nadie sabe a ciencia cierta en qué consiste realmente su trabajo. Una de esas mujeres que hacen sospechar a todo el mundo que ha ascendido demasiado pronto y de forma sucia.

Sea verdad o no.

A veces le dan ataques de pánico, y sólo se siente segura escondiéndose en algún sitio de confianza y respirando dentro de una bolsa.

Curioso.

Normalmente cuando metes la cabeza de alguien dentro de una bolsa, es cuando vienen los ataques de pánico.

Algunas personas incluso dejan de respirar.

No hay quien las entienda.

A veces también le da por llorar, y puede pasar muchos días seguidos así, llorando sin parar, sin saber cual es el motivo.

Bien.

A mí esto no me impresiona, porque sé muy bien que es una táctica que algunos dominan desde que nacen.

Siempre sospecha que todo el mundo está hablando mal de ella, cuando en realidad no le interesa a nadie.

6. Brígida

Brígida tiene tres hijos y es enfermera.

Empezó a tener, digamos, problemas de conducta, a raíz de su tercer embarazo. Sus problemas de conducta, no llaman demasiado la atención, y por muy pirada que esté, sigue trabajando.

Al parecer en el trabajo pasa por normal, o sea, por una persona rara normal.

Habla tan rápido y compulsivamente que es difícil seguirla.

Escupe las frases palabra a palabra, y la mayoría de las cosas que dice no tienen lógica, son del todo incoherencias.

Ella sabe lo que quiere decir y cómo decirlo, pero no es capaz de explicarse, sólo sabe liar las cosas.

Tiene un cuelgue total por las pastillas.

Creemos las ha probado todas: risperidona, clonacepam, haloperidol, fluoxetina, fluvoxamina, paroxetina, sertralina... gracias a su trabajo, no tiene ninguna dificultad para conseguir las.

Ella insiste en recalcarnos su versión: que sólo toma lo que le recetan.

Le obsesiona cerrar todo con llave. En su casa todos los muebles y todas las puertas y ventanas tienen cerradura. Tiene kilos y kilos de llaves, pero al menos sus “manías” sólo aparecen cuando está en casa, que es casi siempre,

porque nunca quiere salir por voluntad propia, y cuando lo hace, no descansa hasta que vuelve y se encierra.

Sólo sale para lo imprescindible: trabajar, hacer la compra, recoger a los hijos... jamás sale por placer.

Con treinta y nueve años que tiene, aparenta cincuenta, y tiene las piernas llenas de varices y se empeña en llevar siempre falda corta.

Brígida cree que está bien, y que sólo necesita la terapia como rehabilitación psicosocial y como apoyo a la integración social, aunque todos sabemos que también acude a psicoterapia conductual para intentar evitar sus rituales, (igual que mi querido amigo Juantxo).

7. Aitor

Es un buen abogado que trabaja de voluntario en una ONG porque necesita sentirse útil, porque hace tiempo que no se siente así. Útil.

No sabemos demasiado sobre él, es una persona introvertida y muy reservada, nunca cuenta casi nada.

Hace años tuvo una enfermedad rara en la vista que le ha afectados los nervios oculares y la cornea.

Después de muchas operaciones, ha conseguido conservar algo de vista, un 20% aproximadamente y además, tiene una especie de foto sensibilidad crónica que le obliga a llevar siempre gafas de sol oscuras.

Toma medicación para controlar los desequilibrios bioquímicos y reguladores del estado de ánimo (sales de litio). No sé si necesita tomar algo más para controlar su problema de vista.

Nunca le hemos visto los ojos.

8. Ana

El último fichaje del grupo de Martín.

Es una niña, no sé cuantos años tiene, pero no más de diecisiete.

Tendrá como quince años físicos y treinta mentales.

Creo que va al instituto porque suele venir con mochila y carpeta, pero no estoy seguro.

Le han diagnosticado un incipiente y leve trastorno de la personalidad, con tendencia a las mentiras compulsivas y a correr riesgos innecesarios.

Un comportamiento caprichoso y poco fiable, como el resto de los adolescentes, vamos.

A mí me parece lo normal para su edad, el único problema que tiene es que no conoce muy bien los límites de las cosas, pero es muy joven y tiene mucho tiempo de aprender todo lo que necesita.

Sus padres la trajeron a terapia porque después de varias “travesuras”, como matar sistemáticamente peces del acuario sólo para ver qué sentía.

Los profesores y la psicóloga del centro donde estudia, les aconsejaron que lo consultaran con un médico. Y el médico les remitió a Martín, que ha hecho una excepción incluyéndola en el grupo, ya que no trabaja con menores.

Ana sólo viene de vez en cuando, una vez al mes más o menos, porque con eso dicen que es suficiente.

Y por último, tenemos a Amaia.

9. Amaia

Una chica que se cree muy mona, de escasa personalidad y con problemas de trastornos alimenticios.

Tiene un constante sentimiento de culpa y vergüenza que influye en su funcionamiento social.

Es peluquera, pero no una peluquera sexy de las que me gustan a mí. Ella es sólo un saco de huesos, que no sé si tendrá remedio. Está tan débil y es tan torpe que no la veo capaz de caminar y mirar la hora a la vez sin caerse de morros.

Antes de Natalie hubo otra chica importante en mi vida: Estela, una peluquera italiana.

Siciliana.

Cada vez que me cortaba el pelo conseguía que los mechones cayeran a cámara lenta al suelo. Entrar en su peluquería era como entrar en los años 50, casi podías ver todo en color sepia. La pared frontal era entera de espejo y el otro lateral de cristal, una especie de escaparate con productos de calidad profesional en tarros brillantes que reflejaban la luz del sol. Incluso el suelo parecía de espejo, porque estaba tan pulido y tan encerado que lo reflejaba todo.

Estela parecía una estrella de cine pin up, y tenía mala fama en el barrio,

como era de esperar.

Ah, me volvía loco.

Me encantaba.

Aún recuerdo sus manos y la suavidad con la que me tocaba. Siempre tan ordenada, con la ropa tan planchada y el pelo tan perfecto, limpio y brillante. Cada vez que pienso en ella se me escapa un suspiro sin poder evitarlo.

Volviendo al tema, esta es la última oportunidad que tiene Amaia de curarse, antes de que la ingresen en algún centro especializado para tratar su problema.

Les ha prometido a sus padres que comerá, pero es como un yonqui que no tiene control sobre si mismo, ni sobre lo que dice.

Se cree sus propias mentiras y se las ha hecho creer a sus padres, pero me temo que estas cosas sólo salen bien en las películas.

Yo, desde luego no me creo nada.

Estos son mis compañeros.

Después de conocerlos un poco, cualquiera comprendería porqué elegí a Juantxo, sin ninguna duda, como mejor amigo.

Por eso decidí invitarle a él, y a nadie más, ese 25 de junio al “**Persephone**”.

A Natalie solía verla a menudo por la calle, patinando en el parque, leyendo en el tren sus libros de tapas blancas, haciendo la compra en el mercado... me acostumbé a seguirla algunas veces.

Siempre diez segundos por detrás.

Hacía todo lo posible para que coincidiéramos o para conseguir información extra. Rebuscando en su basura es cómo supe su talla de ropa, su extracto bancario, número de cuenta y lo que ganaba en el “**Persephone**”, también dónde hacía la compra y cuanto gastaba, y qué compraba.

Y poco más.

Una vez le vi tirar un jersey azul muy bonito y pensé recuperarlo para devolvérselo, pero después caí en la cuenta de que si lo había tirado, sería por algo.

El jersey estaba nuevo, lo que me hizo suponer que quizá alguien se lo había regalado y no le gustaba.

Quizá algún cliente.

Si a ella no le gustaba, a mí tampoco.

Algunas veces la veía hacer la compra con su madre, que es demasiado

mayor para serlo, y que trabaja en la cadena de una fábrica de pescado.

Una conservera de anchoas.

De su padre no se nada.

Ella probablemente tampoco.

Su hermano mayor, hace las funciones de padre, aunque no lo es, y Natalie ya es mayorcita.

Su familia es una pobre gente de muy bajo nivel cultural que ni siquiera saben hablar correctamente. Viven en una barriada vieja y gris que se cae a trozos.

En su barrio siempre se ven bolsas de basura fuera de los contenedores. Yo no sabía lo que eso podía significar, pero me intrigó por lo desconcertante de la cuestión. Las bolsas estaban junto al contenedor pero no dentro.

Pronto descubrí que esto era porque algunas “personas” buscaban en la basura y las bolsas que sacaban no las volvían a meter.

Vivía en un barrio definitivamente sucio.

La madre de Natalie sólo sabe trabajar y cuidar de sus cinco hijos. La única ilusión que parece que tiene en la vida, es que estos estudien, pero esto es una conclusión a la que he llegado yo de forma totalmente subjetiva.

Me convertí en un simple espectador de la vida Natalie.

A veces no recuerdo muchas cosas, como detalles sin importancia, y otras veces tengo cada segundo grabado en mi mente.

A fuego.

Así me pasa con el “**Persephone**”.

Al principio pensaba que era un burdel, y una vez dentro con Juantxo me di cuenta de que efectivamente lo era, a medias.

Las chicas bailan en tres pistas diferentes con ropa uniforme que las hace parecer clones. Hay reservados en el piso de arriba, donde puedes contratar un baile sin ropa, aunque es posible pactar más cosas aparte del baile.

La peluca de Natalie era siempre de color rosa fucsia, de pelo liso, por los hombros y con flequillo recto. Aquel día las chicas llevaban trajes de secretarias, con enormes gafas de pasta y falditas plisadas muy cortas. Una mezcla entre secretarias y colegialas.

A Juantxo le gustó la ocurrencia de las gafas.

Como si eso les fuera a aportar algo de intelectualidad.

Siempre llevaban pelucas de colores y los labios pintados a juego.

Natalie estaba poniendo copas en las mesas del fondo, y se paró a hablar

con unos tipejos en uno de los reservados.

Los tipos daban asco.

No tenían ni la más mínima clase y daban la impresión de ser ese tipo de individuos que lleva las uñas largas y sucias de metérselas en todas partes.

Uno de ellos llevaba un traje barato y acrílico que por lo menos tenía diez años.

Sentí el estómago revuelto al instante.

En general, la clientela del local era bastante selecta.

Estos dos individuos estaban completamente fuera de lugar.

Me senté con Juantxo en una mesa y clavé mis ojos en Natalie hasta que conseguí que me mirara.

Dicen que una mirada nunca es casual.

Nunca.

Aunque sea provocada.

Tardó en darse cuenta pero enseguida se acercó a nosotros caminando de forma sinuosa para ver qué queríamos.

—Quítate las gafas para que pueda verte mejor. —debí decirle, porque se las quitó y sin ellas estaba mejor.

—¿Cómo puedo hacer para que seamos amigos? —le pregunté acariciándole el hombro en uno de mis súbitos ataques de originalidad oral.

—Eso no lo decides tú —respondió secamente, pero dedicándome una sonrisa burlona.

Cierto.

Le pedí un baile en privado, pero Juantxo de forma espontánea, propuso que bailara con alguna compañera.

Propuso que fueran dos.

Dos.

A mí me daba igual. Podían bailar cinco mil chicas juntas para nosotros que yo sólo me fijaría en ella.

Subimos al piso de arriba y nos acomodamos en unos sofás circulares de cuero negro con una mesa de espejo en el centro. La mesa tendría unos tres metros de diámetro y era bastante alta, con escaleras por un lado para que subieran las chicas a bailar.

Una peluca azul turquesa con dos coletas y sandalias con plataformas nos trajo las copas en una brillante bandeja circular que parecía un escudo medieval.

Al poco tiempo, Natalie volvió a nuestro reservado acompañada de una

chica de peluca verde de pelo muy cortito. Se subieron a la mesa ágilmente, y comenzó el show.

Natalie tenía unos dibujos tatuados en la muñeca izquierda, una de las zonas más eróticas del cuerpo para mí, y comenzó el baile haciendo gestos para que se vieran.

Eran como mariposas o insectos, que le llegaban hasta el codo de forma desordenada.

Mientras tanto, la “peluca verde” se enrollaba un tubo fluorescente muy fino por el cuerpo y lo acariciaba de forma insinuante, como si fuera una serpiente. Desde el tobillo, hasta encima de la cadera.

Decidí al instante centrarme sólo y únicamente en Natalie, que bailaba y se desnudaba con la misma facilidad con la que corría por la calle sin sujetador, el día que la conocí.

Su piercing del ombligo me deslumbraba al bailar, cuando reflejaba la luz de los focos intermitentemente. Enrollaba sus piernas en su compañera y se echaban una especie de purpurina en el pecho que con las luces se veía fluorescente.

Alucinante.

Se podría decir que en todo el tiempo que duró el número, las chicas tuvieron nuestros ojos literalmente clavados en la piel.

Como no siempre se tiene una segunda oportunidad, decidí aprovechar esta y preguntarle su nombre en cuando terminó el número.

Me dijo de forma automatizada que podía llamarla como quisiera.

—Amm —debí decir —De acuerdo, cuando encuentre el nombre adecuado ya te lo diré.

—¿Adecuado? —preguntó sin demasiado interés —Uh, vale da igual, llámame como quieras.

Estuve pensando un nombre para ella durante bastante tiempo, pero no encontraba nada, hasta la semana pasada.

Estuve de viaje en París y allí se estrenaba una película muy interesante, “Leon”, de Luc Besson.

En ella aparece actriz que me ha encantado, Natalie Portman, que con sólo once años debuta en la película y consiguió realmente emocionarme y derretirme a partes iguales.

Estoy deseando que la estrenen aquí, porque volveré a verla.

Desde ese momento, la peluca fucsia fue Natalie para siempre.

Por supuesto que sé cual es su verdadero nombre, gracias los registros

en su basura, pero ella no me lo quiso dar, y con ello inició un juego íntimo entre nosotros.

Me esforcé en buscarle un nombre “especial” y que estuviera a la altura.
Mi Natalie.

Hoy voy a verla de nuevo.

De cerca, y esta vez será sólo para mí.

Lo que no tiene precio no se puede comprar, aunque está claro que ella es para mí. Le he enviado un ramo de narcisos al “**Persephone**”, que estoy seguro de que le van a encantar. Van dirigidos a la peluca rosa, para que no haya ninguna confusión.

Quiero que sepa que son míos, y se dará cuenta en cuando entre por la puerta de mi casa y los vea también en el salón.

He contratado a Natalie para que venga a mi domicilio.

A una fiesta privada para dos a las once de la noche, pero antes quiero ir al local y ver cómo se prepara para mí.

Antes de salir me asomo al ventanal de la sala. Parece que puede empezar a llover de un momento a otro, o tal vez no.

Tengo unas vistas estupendas de la ría de Bilbao.

Ah, el agua. Origen de la vida, que también puede destruir cualquier rastro.

Por eso los cadáveres se tiran a los ríos.

Salgo de la casa, y bajo al garaje en el ascensor.

Tengo dos plazas para mí, en una de ellas descansa el Mercedes de Juan txo, y en la otra, mi también querido Volvo. Elijo el Mercedes, y juntos llegamos a las puertas del local donde trabaja Natalie en menos de diez minutos.

Entro y la busco con la mirada, pero no la veo. Ahora se me ocurre pensar que tal vez no venga al local cuando tenga alguna salida o algo así. Me siento en la barra un poco abatido por este estúpido contratiempo, y mientras la camarera me sirve una copa, se acerca una peluca naranja de pelo largo a hablar.

El pelo le llega en ondas casi hasta la cintura.

Hoy van vestidas de bañistas, con bikinis de mil formas y estilos y juguetes hinchables enormes a modo de salvavidas.

La peluca naranja se sienta junto a mí en la barra, en un taburete altísimo, cruza sus largas piernas y me habla seductoramente con acento argentino. No dice absolutamente nada interesante, a pesar de que con ese acento lo pueda parecer.

Lleva un bikini azul oscuro muy brillante de triángulos y sandalias altísimas plateadas atadas al tobillo.

Bebe un combinado de color naranja a juego con su pelo en un vaso de tubo con mucho hielo picado y una pajita de plástico negro.

Me dice que se llama Daniela y acto seguido le pregunto si conoce a Natalie.

—¿Natalie? No sé... ¿De qué color lleva la peluca? —pregunta entornando los ojos para mirarme de forma muy seductora bajo sus tupidas pestañas postizas.

Una mirada que tendrá de lo más estudiada, supongo.

—Fucsia — le digo, porque hay diferentes pelucas de color rosa.

—Si... — Asiente haciendo una pausa demasiado larga-... pero este fin de semana no trabaja aquí, le han contratado el viernes y el sábado para unas fiestas privadas.

—¿El viernes también? —pregunto extrañado. No esperaba que tuviera tanto éxito.

— El viernes contrataron a cinco chicas, hoy sólo a... ¿Cómo decís que es su nombre?

— Natalie

— Eso.

Nos quedamos un rato en silencio.

Daniela aprovecha para acariciarse las piernas lentamente, desde la rodilla hasta la cadera, mientras bebe el líquido naranja de la pajita.

Dejo mi copa sobre la barra prácticamente llena, y me voy un poco aburrido de tanto al portal de su casa.

Supongo que será allí donde está. Esperaré a una distancia prudencial en el coche hasta que baje y le daré una sorpresa.

Siempre diez segundos por detrás.

Tengo el collar en la guantera del coche. Se balancea de un lado a otro cada vez que cojo una curva.

Aparco en doble fila, dos portales más allá, y compruebo que hay luz encendida en su ventana, aunque no tiene porqué ser ella.

Mientras espero a ver si baja, un taxista regordete y afectado por la

calvicie, con pino verde oloroso balanceándose en el retrovisor, y gafas enormes, para al lado y me pregunta con voz ronca precisamente por el número de portal de Natalie.

Por un momento se me pasa por la cabeza la idea de darle un golpe, meterle en el maletero y hacerme pasar por él, pero me controlo y le indico donde está.

Es normal que uno se pierda en este laberíntico barrio lleno de chusma.

Algunos portales “han perdido” sus números, y no se sabe cuales son. Entre ellos el de Natalie.

Me pregunto cómo se las arreglará el cartero, y llego a la conclusión de que ya se conocerá la zona y los números de los portales de memoria. Por otro lado tampoco creo que estas “gentes” reciban mucha correspondencia aparte de notificaciones judiciales.

A los pocos minutos de espera, baja Natalie con un vestido negro largo, con transparencias y aberturas a los lados, desde la cadera hasta los tobillos, y el pelo peinado con ondas como Cindy Cradford.

Echo de menos su ropa de calle y su pelo despeinado de siempre, pero aún así, me gusta.

En mis más íntimas fantasías siempre me la he imaginado con un atuendo similar al de Jodie Foster en Taxi Driver.

Me las arreglo sin ninguna dificultad para cruzar la ciudad y llegar a mi piso antes que ellos.

Cuando Natalie llama a mi puerta, le abro con suavidad.

Me sorprende con una estupenda sonrisa forzada y un saludo casi demasiado formal.

Le invito a pasar a la sala y le sirvo una copa de champán. Se sienta en el sofá con las piernas cruzadas hacia la derecha, dejando el muslo totalmente al descubierto por la apertura lateral del vestido.

Le pregunto mirándola fijamente a los ojos, si se acuerda de mí. Ojos que me cuesta reconocer debajo de toda esa pintura y pestañas postizas.

Me dice que no, de forma despreocupada y seductora a la vez, y me pregunta dónde es la fiesta.

Ríe sin ganas y sacude su melena hacia atrás como hacen las niñas pijas.

Algo que ella no es, pero que habrá visto hacer mil veces.

Le digo que estoy yo sólo, que la fiesta ha terminado para el resto.

Que ella es mi regalo, que su baile es mi regalo.

Mira el reloj barato imitación a caro que lleva en su muñeca y después a

mí, expectante.

Le digo que puede empezar a bailar cuando quiera mostrándole mi sonrisa más amable, y añado que no hay prisa. Supongo que ella tampoco la tendrá puesto que cobra por horas.

Natalie se levanta del sofá un poco envarada y comienza a preparar su baile. Se dirige al equipo de música y coloca un CD en el aparato. De repente se gira bruscamente y mirándome de forma rara me dice:

—Si, si me acuerdo de ti.

—Ah ¿si?

—Si —dice seria —¿Tú no eres el que me ha seguido por la calle durante meses?

Enrojezco de pura vergüenza, pero no me da tiempo a contestar, porque ella se gira y aprieta el botón de “play”.

No espera mi respuesta, en realidad es una pregunta que ha lanzado al aire, ha querido dejar claro que soy un imbécil sin decírmelo directamente, pero dándome a entender que lo soy y que ella lo sabe de sobra.

Empieza a sonar su canción y me quedo abobado mientras suena “All my love” de Led Zeppelin, una de mis canciones favoritas.

Maravillosa.

A mí no se me hubiera ocurrido otra canción mejor.

Me preparo para retener en la memoria cada microsegundo del baile y lo consigo en parte. Son los mejores minutos que puedo recordar de toda mi vida.

Con la imagen de su cuerpo desnudo aún quemándome las retinas, me lanza sus pantys a la cara.

Cierro los ojos durante un segundo para coger aire profundamente e inhalar su aroma.

Increíble.

Cuando termina la canción, aún estoy todavía con la boca abierta y no tengo ninguna duda de que acabo de vivir uno de los momentos más deliciosos de mi vida.

Desde que vi “El Graduado” quise ser Dustin Hoffman.

En 1981, me transformé en Jack Nicholson tumbando a Jessica Lange sobre la mesa de la cocina llena de harina.

En 1984, fui Mickey Rourke fumando un cigarro en camiseta interior de tirantes mientras Kim se contoneaba a contraluz.

En 1992, me convertí automáticamente en el policía que interroga a la

probable asesina Sharon, mientras esta cruza y descruza las piernas.

A partir de hoy, septiembre de 1994, seré yo mismo para siempre. Porque esta es la mejor escena que puedo imaginarme y es sólo para mí.

Ah, mi momento más especial.

El cine y la música, el arte en general, sólo pueden emocionarnos en la medida en que somos capaces de sentir emociones, y yo tengo capacidad infinita.

Cuando Natalie termina de vestirse, me acerco lentamente y le doy el estuche de terciopelo con el collar.

Lo abre y pone cara de sorpresa.

Bueno, la expresión de su cara oscila entre la sorpresa y el susto.

Cojo de forma elegante y pausada el collar y me coloco a su espalda para ponérselo, como he visto hacer en millones de películas.

Ella se coloca frente al espejo de pared que tengo en la sala y se aparta el pelo a un lado, dejando el cuello desnudo a la vista.

Trago saliva.

Ver nuestro reflejo, me hace temblar las piernas y me veo obligado a apretar las mandíbulas para concentrarme en disimularlo, mientras lo coloco con suavidad en su blanquísimo cuello.

Un cuello fino y largo.

Me la imagino en mi cama, entre mis sábanas de seda negras llenas de pequeños cristales, y un temblor me envuelve el cuerpo entero.

Pequeños cristales como pequeños diamantes.

Pasado medio segundo, no puedo contener el impulso de ajustar el collar a su cuello y apretarlo y apretarlo hasta estrangularla con todas mis fuerzas.

Natalie comienza a dar manotazos al aire, asustada, sorprendida, con los ojos desorbitados y la cara enrojecida.

Su cuello ha cambiado.

Ya no es el cuello fino, largo y blanco de antes, ahora está hinchado, tan hinchado que parece más corto, lleno de venas y de color rojizo.

Amoratoado.

Reconozco que tengo gustos especiales que no comparten todas las mujeres. Esto no lo he podido evitar.

No me he podido reprimir.

En un momento de debilidad, aflojo un poco la presión para alargar este dulce momento, y sin saber muy bien cómo, Natalie me lanza al suelo por encima de su cabeza haciéndome una llave de algún tipo de arte marcial.

Supongo.

O eso, o es la mujer biónica.

Siempre he oído hablar de esas llaves que usan fuerza y volumen del oponente en su contra, pero nunca lo he creído hasta hoy.

Natalie no creo que llegue a pesar cincuenta kilos, y sin tacones, seguro que no supera el metro sesenta.

Soy más fuerte pero...

... ella ha sido más lista.

En vez de escapar asustada, aprovecha a coger el candelabro que tengo sobre el mueble esquinero, y me golpea en la cabeza cada vez que intento levantarme del suelo.

Empiezo a sentirme como un ridículo dibujo animado, y al quinto golpe desisto, y me quedo tumbado boca arriba.

Lección aprendida: tenía que haberle puesto el collar y atada al radiador, por ejemplo.

Noto que su mirada vuelve a cambiar.

Ahora me mira entre ansiosa y avariciosa.

Un líquido caliente como una sopa mana de mi cabeza, y aunque no lo veo, sospecho que es sangre. Miro a mi alrededor y no veo más que trozos de espejo por todas partes, he debido romper la mesita baja en la que estaban los narcisos, cayendo sobre ella.

Los narcisos están esparcidos por el suelo, y siento algunos cristales en mi espalda.

Ah, qué imagen.

Mi cuerpo tendido en el suelo, sobre trozos de cristal y espejo, adornado de narcisos amarillos, en un charco de sangre.

Cualquiera pudiera pensar que esta sería una muerte perfecta para mí, estudiada minuciosamente y ejecutada con suma perfección.

Narcisos, espejos, cristales, Natalie... no falta ningún detalle.

Gracias.

Natalie de pie, vestida de negro con el candelabro de plata en la mano y mirada ardiente.

Ardiente.

Se acerca y se pone en cuclillas dejando a la vista sus piernas al completo, por las aberturas de los laterales del vestido.

Me observa durante un rato sin decir nada y después me pregunta quien soy y qué quiero con voz ronca.

Yo le respondo la verdad, que soy un gilipollas que se ha enamorado de ella y que sólo quiero que sea mi novia.

—Ah, vale. —dice más relajada, y se sienta en la butaca de cuero negro.

Se ríe como una niña mientras se sirve más champán y vuelve a poner la música de Led Zeppelin, para después volver a recostarse en la butaca.

Al rato me vuelve a mirar y me habla para elogiar mis muebles de diseño.

Me ordena que no me mueva, que va a la cocina a comer algo.

Me arrastro por el suelo en dirección al teléfono, pero enseguida vuelve con un plato de uvas, y no me da tiempo a llegar.

—¿Se puede saber qué tipo de dieta rara haces? En tu cocina no hay comida normal... — dice mientras me da una patada en las costillas. Se vuelve a sentar en la butaca de un salto.

Ha traído un plato con uvas, y las come como un animalito, escupiendo a veces las pepitas al suelo, y otras veces, a mí.

La comida es otra de mis manías.

Me gusta comer alimentos redondeados, sin bordes y siempre como cantidades impares.

En mi nevera puedes encontrar: uvas, huevos cocidos, patatas cocidas, legumbres, granos de maíz, guisantes, aceitunas, naranjas, limones...

Natalie se toma su tiempo con las uvas, y cuando acaba se levanta y camina hacia el espejo de pie en el que le estaba abrochando el collar para examinarse el cuello.

El collar está cerca de mi brazo, en el suelo. Ha debido caer al suelo a la vez que yo. Lo recojo y se lo alargo con la mano.

—Es tuyo —le digo. — quédatelo.

—Sólo faltaba —me dice casi con una pizca de cariño.

Lo coge y se lo abrocha con total destreza, sin ayuda de nadie.

Se acerca al espejo tocándose el cuello, mirando la marca que le ha dejado mi intento de estrangulamiento, pero al poco, pasa a admirar el collar, que prácticamente tapa toda la señal, y hasta parece que sonrío satisfecha.

Yo a sus pies me retuerzo de dolor.

Noto que los cristales se me clavan cada vez más en la espalda.

En un último intento desesperado de que las cosas salgan a mi favor, alargó el brazo un poco más de lo que puedo y consigo agarrarle fuertemente un tobillo.

Intento tirarla al suelo, pero se adelanta a mi movimiento y me clava el

otro tacón en el antebrazo.

Lástima.

Esperaba poder tirarla para que cayera sobre mí y clavarle todos los cristales una y otra vez.

Sus tacones son metálicos y muy afilados.

Vaya, qué chica tan interesante.

Se agacha para coger el otro jarrón con narcisos que tengo junto a la esquina del espejo y me lo lanza con fuerza.

Creo que es en ese momento cuando se da cuenta de que he sido yo el que le ha enviado el ramo al “**Persepolis**”.

El jarrón se parte en mil pedazos.

Yo no puedo verla porque una cortina roja me cae sobre los ojos y me tapa la visión.

Natalie se acerca de repente y pone su cara tan cerca de la mía que noto su respiración en mi piel y pierdo el conocimiento, no sé por cuanto tiempo, antes de que se me ocurra intentar arrancarle la nariz de un mordisco.

No lo consigo, y cuando despierto Natalie está cerca pero ya no tanto, y me está poniendo un trozo de espejo en la boca para ver si respiro.

Respiro, claro que respiro.

Natalie camina despacio y con cadencia hacia el teléfono, y pide que envíen una ambulancia, dice que he tenido un accidente doméstico.

Nada más colgar, se acerca de nuevo a mi cara.

Me agarra del pelo y pone su boca tan cerca de mí oído que siento cosquillas en el estómago. Me dice en voz baja, casi como un susurro que yo también le gusto, y que tal vez podamos conocernos poco a poco.

Me quedo pensando mientras le sostengo la mirada.

Me siento un poco estúpido en esta posición, tumbado boca arriba en el suelo y ella agachada con ese vestido.

Le gusto.

¿Realmente le gusto?

Vaya, cuando tenga un rato libre, voy a tener que concentrarme y reflexionar acerca de esto, porque es algo que no me esperaba.

Ahora mismo no es el momento, porque estoy concentrado intentando que la sangre que cae a borbotones de mi cabeza no se meta en mi oído derecho.

Se levanta y camina hacia la tele. Pulsa el botón rojo de encendido y se enciende un destello seguido de una pequeña raya blanca.

La luz de la tele ilumina su rostro y me trae el recuerdo de aquel día en que la conocí en el tren.

La luz artificial ilumina su rostro de forma fantasmagórica de nuevo.

Lo mismo.

Refunfuña porque quiere ver los dibujos, pero hasta las ocho no empiezan. Dice con pena, que a esa hora no hay programación, y que hasta las 6,45 no dan nada en la tele.

Nada de nada.

Supongo que se refiere a la carta de ajuste.

Apaga la tele, y se deja caer en el sofá con todo su peso.

Sube los pies y se acurruca como un gato a esperar a la ambulancia.

DOMINGO. PAN DE LEÑA Y UN SOBRE

Entra Brígida por la puerta. Es una enfermera del barrio, que está un poco chiflada y le encanta el cotilleo.

—Hooombre Brígida,... ¿Hoy no trabajas?¿No tenías guardia el fin de semana?

—No, hombre no, que con lo que he trabajado ayer, tengo para toda la semana. Acabo de salir, acabo de salir ahora ya no trabajo más. No más... ¡jajajajaja! No más... ¡jajajajaja!

—Ah, ¿sí? ¿Mucho curro?

—Si la verdad, tenía guardia este fin de semana y he estado en urgencias, he visto de todo... De todo, de todo, de todo, de todo... ni te imaginas, ni te imaginas, ni se imagina nadie...

—Ah, si...

—Pero de todotodotodotodo. Todotodotodo lo que te puedas imaginar y lo que no también. Es lo que tiene ser enfermera.

—Es lo que tiene, sí.

—Ay es que cómo está el mundo... cómo está todo, todo todo todo...

—Pues si, la verdad...

—Sisisisisi, y yo que lo veo de cercapeorpeorpeor... fijate ayer aparte de las urgencias normales hemos tenido heridos de un atraco a una gasolinera, dos atropellos y varios accidentes domésticos muy sospechosos...

—Cuenta Brígida, que no sabía nada de ningún atraco ni nada... Un atraco, madre mía donde vamos a parar...

—Pues lo habrán dado en la tele supongo. En el telediario... supongo, supongo, ¿no?

Se vuelve a abrir la puerta y entran Vicente y su hijo Rubén.

—Si claro, esas cosas salen en el telediario... ¡Hombre Vicente!, veo que vienes acompañado por el pequeño Rubén que cada día está más grande.

—Si. Aquí venimos, un poco tarde a por una barra de leña... que estás casi a punto de cerrar...

—Cierro enseguida, si. ¡Rubén choca los cinco... !¡Así! Oye que fuerza tienes, eh...

—Zoy mayor... te gano... jajajajaja

—Si. Ya te veo, ya. Bueno pues dime tú que vais a querer hoy, Rubén.

—Un pan, ¿no, aita?

—Sí, una barra. Toma Rubén dale el dinero tú. Está justo no te tiene que devolver nada.

—Toma.

—Gracias Vicente. Agur Rubén! Agur!

—Agur!

—Agur!

—Agur! Cuidado con la puerta bonito, cuidado.

Padre e hijo salen por la puerta y me vuelvo a quedar a solas con la enfermera majareta.

—Perdona Brígida, cuéntame... cuéntame.

—Ah ah, lo del fin de semana, bueno no sé ya lo que te estaba contado, no sé, no me acuerdo, pero lo más llamativo ha sido lo que ha pasado de madrugada el sábado...

—¿Qué ha pasado?

—Bueno, pues estábamos todos tranquilamente descansando, descansando..., serían... serían como las cinco de la mañana o algo así, cuando José Miguel, un celador jovencito, un chaval, nos viene medio muerto, pero medio muerto...

—¿Medio muerto?

—Sí, de miedo, de miedo... ,sisisisisi....

—Ah...

—Resulta, pues resulta, que uno de los cadáveres del depósito se había movido y se había levantado según él, el pobre, pobre, pobrecillo...

—¿El cadáver se movió?

—No, no, bueno si, si. No suele pasar, pero estaba en el depósito. Miré la ficha llevaba casi un día muerto. Estaba muerto muerto... una chica joven muy mona, muy joven...

—No te entiendo Brígida, alguna explicación habrá...

—Sisisisi, le hicimos las pruebas pertinentes y revisamos su ficha de defunción. No había nada de raro. Nada, nada raro... Muerte por colisión, casi en el acto. La chica fue atropellada el sábado de madrugada. Está muerta, muerta, muerta. Traumatismo torácico. Lo más curioso es como ocurrió el accidente.

—¿Cómo?

—Murió atropellada por un conductor que sufrió un infarto y perdió el

control del coche. Arrastró el cadáver casi veinticinco metros. Imagínate, imagínate, imagínate... Dicen que el del infarto era uno de los directores de los supermercados “Superfood”.

—¿Y entonces cómo puede ser que el celador viera el cadáver moverse?

—Bueno, bueno, bueno, a veces pasa que hay movimientos post mortem. Después de morir te puedes mover de forma involuntaria, a veces contracciones musculares por donde circula la sangre, a veces los gases...

—¿Gases?

—Gases, si. Te explico, te explico, te explico. Los gases pueden hacer eso y más. Yo he visto, he visto ojos abrir y cerrar, brazos y piernas moviéndose, levantarse el tronco... créeme hay millones de explicaciones biológicas a estos movimientos. Si, si si si. Todo eso y más, y más cosas.

—Ah, pues yo no lo sabía, y por lo que parece el chico tampoco, ¿no?

—Debería, debería, debería saberlo. A veces sabemos cosas pero no las creemos hasta que no nos pasan. Claro claro claro claro.

—Vamos, que no era ningún ser venido del más allá...

—No, no, no, en los hospitales siempre siempre siempre se oyen cosas, pero esta vez no no no. Era un ser del “más acá”. Algo de lo más normal, vamos...

—Ya veo. Umm, qué cosas, eh...

—Bueno, bueno, bueno, tú tienes que cerrar ya, que los domingos cierras antes, ¿no? Yo te dejo me voy a casa que tengo unas ganas de llegar por fin, llegar y ponerme cómoda que vamos. Tengo que recoger a los críos que los tengo en casa de mi madre... allí es donde están. Me voy, me voy ya...

—Bueno Brígida, nos vemos.

—Venga, hasta luego, hasta luego..., majo. ¡Hasta luego!

Brígida se va y todo vuelve a quedar en silencio.

Me acerco a la puerta y bajo la persiana. Miro la calle y giro el cartel por el lado que pone “cerrado”.

Tranquilidad absoluta.

Me meto al almacén y preparo los encargos para la semana que viene.

Lo ordeno y los clasifico por días. Recojo encargos de panes especiales y de pasteles, y para la semana que viene tengo 3 panes especiales para celiacos, cinco docenas de pasteles para el sábado y una tarta infantil de cumpleaños para el miércoles. De chocolate.

Mi hija está al llegar.

Los domingos suelo cerrar un poco antes para verla. Es el único

momento que tenemos.

Me separé de su madre antes de que ella naciera. Son cinco hermanos, pero sólo ella es hija mía. Jamás hemos tenido relación de padre-hija.

Ella se pasa los domingos a esta hora, más que nada para pedirme dinero.

Yo le suelo dar siempre algo, supongo que menos de lo que a ella le gustaría, pero no está mal lo que le pago, por poder verla media hora a la semana.

Lleva viniendo desde los doce años.

Desde que un buen día su madre le contó quien era yo, frente a mi escaparate. Me señaló insistentemente mientras la zarandeaba.

La niña me miró fijamente y rompió a llorar.

Una semana después, entró por la puerta y me acusó de haberla abandonado, apuntándome amenazante con el dedo. Me dijo que me iba a denunciar, que iba a decir había abusado de ella si no le pagaba dinero.

Si, con doce años, mi hija, a la que no conocía, me amenazó con llamar a la policía.

Me quería denunciar por algo que yo jamás habría podido hacer.

Yo le dije que no hacía falta, que le daría dinero todas las semanas y desde entonces viene todos los domingos a última hora.

Cierro media hora antes para estar más cómodo y ya está.

Me asomo al cristal de la puerta.

Ahí viene.

Está cruzando la calle a lo lejos, y en menos de dos minutos estará llamando a mi puerta.

Le abro antes de que llegue a llamar, y pasa dentro rápidamente.

—Hola hija...

—Hola.

Le saludo con un beso en la mejilla, y vamos al almacén, a sentarnos en la mesa. Tomamos un café. Ella descafeinado, sino dice que luego no duerme.

Se hace el silencio.

A veces no sé qué decirle.

—Vaya, veo que tienes un collar nuevo muy bonito... parece caro.

—Si, es de circonitas azules, me lo han regalado. Y las gafas de sol y el reloj también son nuevos. Y son auténticos.

—¿También son un regalo?

—Más o menos...

—Ah, pues estás muy guapa. Qué bien que tengas tantas cosas bonitas y nuevas.

—Si, bueno.

Acaba su café de un trago y me mira expectante.

—¿Tienes mi dinero?

—Claro, toma.

Cojo un sobre cerrado de dentro de un portafolios y se lo doy.

CAPÍTULO 5: EL FINAL DEL VERANO

VIERNES. LA PLAYA

SÁBADO. K.O.

DOMINGO. MARIAN POR TELÉFONO

VIERNES. LA PLAYA

Tumbada boca abajo sobre la toalla estoy totalmente relajada.

El sol de última hora de la tarde me calienta en la espalda.

Me concentro en escuchar el suave sonido de las olas. No estoy cerca de la orilla pero puedo escucharlas claramente.

Hundo los dedos de los pies en la suave y fina arena. Si un grano de arena es un trozo de playa, pienso llevarme unos cuantos.

Hace una temperatura muy agradable.

Nada de frío.

Espero poder estar una media hora más y aprovechar bien mi último día de vacaciones, el último día de verano, que es casi lo mismo.

Me lo digo a mi misma, y escucho risas y carcajadas de una gaviota que me sobrevuela. Claro como ella está en la playa todo el año... puede reírse de mi desgracia bien a gusto.

El viento barre la arena suavemente dejando formas perfectamente onduladas.

Una señora con bikini estilo Esther Williams y gorro de goma con flores a juego, espera en la orilla a una amiga que se está remojando las piernas. Un poco más allá, una pareja vestidos de boda se hacen un reportaje de fotos.

Me incorporo en la toalla y me siento a lo indio para comprobar que ya no queda casi nadie en la arena. A lo lejos puedo ver algunas personas recogiendo, toallas, y bolsos.

Cierro los ojos para seguir concentrada escuchando las olas, y para mi sorpresa (gran sorpresa), distingo también una voz familiar.

Arrugo la frente al escucharla.

Esa manera de hablar es inconfundible.

Arrastrar las palabras de esa manera, con ese tono tan grave. Esa voz que años atrás, en la universidad, se había ganado el apodo “El Padrino”, sólo podía ser de una persona.

Sonrío. Me río.

Es un antiguo compañero de piso.

Gerard.

Un amigo.

Compartimos piso cuando estudiaba arte en Barcelona. Fueron tres años de carrera y otros dos más, de adaptación a mi nueva vida de licenciada, algo que no sirvió de mucho para mi posterior vida laboral.

No hay sitio para el arte.

El arte ha muerto.

Intenté conseguir trabajo durante ese tiempo y tras explotarme en trabajos ínfimamente relacionados con “lo mío”, enseguida me di cuenta de lo complicado que sería conseguirlo.

No tengo prisa, puedo ir poco a poco.

Nadie dijo que fuera fácil.

No esperaba para nada encontrarme con Gerard aquí.

Sonríó incluso en mi interior y me levanto de la toalla con un movimiento bastante torpe, que casi me hace caerme de morros para saludarle. Haber estado tanto tiempo tumbada sin moverme, me ha dejado las piernas como entumecidas.

Le grito de lejos para llamar su atención, porque ya se ha dado la vuelta para irse con sus amigos. Grito y agito las manos saludando y enseguida se acerca corriendo de forma ligera con los brazos extendidos como una mariposa, y cara de sorpresa infinita.

Está claro que él tampoco esperaba encontrarme aquí.

Después de un largo y fuerte abrazo, y un breve resumen de nuestras vidas en la actualidad, se van acercando sus amigos con cara de sorpresa.

Me los presenta como su amiga Rosa, su pareja Albert y su vecino Ángel.

Hacía muchos años que no nos veíamos.

Hemos pasado de vivir juntos a llamarnos en fechas señaladas como cumpleaños y navidades, prometiendo vernos pronto, para terminar finalmente perdiendo el contacto, aunque la buena relación se mantiene.

Me voy de la isla mañana, y Gerard quiere aprovechar el tiempo, así que quedamos esa misma noche para salir a tomar algo por el centro.

Es viernes, me dice.

Me despido de él con otro abrazo, después de que me dé su número de teléfono.

He venido de vacaciones con Marian, una buena amiga que está pasando por una mala racha en su vida sentimental.

Nos hemos animado a irnos juntas de vacaciones en plan amigas alocadas, independientes, divertidas, fuertes... etc., pero ella ha conocido un

chico interesante el segundo día de estar aquí, y nuestras vacaciones juntas se han quedado solamente en independientes.

Por mí está bien, se nota que él no es un chico más.

He aprovechado para estar sola pensando y relajarme, y aprovechar un montón de horas en la playa, antes de enfrentarme al otoño-invierno gris bilbaíno.

Hemos alquilado un apartamento pequeñito que no queda ni muy cerca de la playa, ni demasiado cerca del centro, pero a muy buen precio. Nunca me ha importado tener que andar un poco para ir a los sitios.

De forma casi involuntaria, me quedo sentada en la toalla unos diez minutos más, mirando al mar, seguro que con cara de atontada. Me despido del mar desde lejos, recojo mis cosas y me voy.

He quedado para cenar con Marian y su chico, que nos ha propuesto un sitio de comida típica de la isla, seguro que después de cenar se apuntan a echar unas copas con Gerard.

En unos veinticinco minutos estoy frente a la puerta de casa, buscando las llaves en mi maxi bolso de paja a la última moda. Bonito, pero nada útil a la hora de encontrar cosas.

Llamo al timbre por si Marian ha llegado ya, cansada de destrozarme el esmalte de uñas contra todos los objetos metálicos que llevo dentro del bolso.

Me abre al poco, con una ceja levantada, el pelo envuelto en una toalla y comiendo una manzana. Levanta las dos cejas pidiendo una explicación, cuando justo consigo encontrar las llaves enredadas en un fular.

—No las encontraba... — explico probablemente poniendo cara de imbécil, algo que creo que hago sin querer bastante a menudo.

—Encuétralas antes de que tengamos que devolverlas mañana. — dice con una amplia sonrisa deliberadamente amenazante, y yo levanto el brazo para enseñarle el enredo.

—Aquí están... — digo balanceándolas entre mis dedos-... enrolladas en alguna parte.

Ríe.

—Tú si que estás enrollada en alguna parte..., no se sabe dónde, pero en alguna parte fijo que sí.

Mañana sábado hemos quedado con el casero después de comer. Y tenemos el vuelo a Bilbao a las 18 horas.

¡Adiós Islas Canarias!

¿El verano se acaba cuando se acaban las vacaciones?

Suspiro apenada, parece que sí.

Marian se aparta de la puerta para que pase, con sonrisa burlona y me sigue por la sala hasta la cocina.

Asoma la cabeza por la puerta, y me recuerda que hemos quedado para cenar con su chico en menos de una hora. Cojo mis toallas y mi neceser de la habitación, y lo llevo todo hecho una bola hasta el baño para ducharme.

Vaya, es la última noche que pasan juntos.

Le pregunto si de verdad no les importa que cene con ellos y se ríe.

No parece que le dé mucha pena tener que separarse. Supongo que los dos saben que esto sólo era cosa de unos días, porque Marian “ya tiene” otro novio más o menos oficial.

—Tengo una buena y una mala noticia- Dice interrumpiendo mis pensamientos mientras me preparo para ducharme. Marian se asoma a la puerta del baño, mientras espero a que el agua salga caliente.

—¿La mala? —pregunto mientras hurgo en mi neceser color melocotón e intento recordar dónde he puesto la mascarilla de pelo. — ¿Has visto mi mascarilla?

Marian señala la balda junto al lavabo, donde siguen colocados nuestros cepillos de dientes y me la acerca.

—Ah —digo-A ver dime la mala noticia primero, a ver que has liado esta vez...

Marian ríe mordisqueando la manzana apoyada en la puerta. Me desnudo rápidamente y me meto en la ducha. Me aparto rápidamente de lo fría que está el agua todavía, y Marian se asoma a través de la mampara semitransparente, para decirme que la mala noticia es que ha gastado casi todo el agua caliente y que tardará una media hora en calentarse.

Pongo los ojos en blanco salpicándole la cara con agua.

Que desastre.

Eso significa que no tendré tiempo para ducharme con agua caliente.

Cojo aire y me decido a meterme bajo el agua enjabonándome a toda prisa para acabar cuanto antes. Tampoco está tan fría, pero decido dejar la mascarilla para otro día.

Marian va a la cocina a tirar el troncho de la manzana y vuelve al baño para lavarse los dientes. Escucho como canturrea mientras se cepilla, con lo difícil que es, y asomo la cabeza llena de espuma para preguntarle que cual es la buena.

—¿La buena qué? —me pregunta escupiendo espuma ligeramente. Se

enjuaga la boca y se me queda mirando.

—La buena noticia —digo despacito mientras me decido a aclararme toda la espuma. El agua ya no sale del todo fría.

—¿Que no estoy embarazada? —Me dice asomándose una vez más y encogiéndose de hombros con una sonrisa torcida.

La miro teatralmente con la boca abierta de sorpresa, dejando los ojos en blanco e intentando no resbalarme.

Todo a la vez.

Cierra definitivamente la mampara y yo termino de aclararme tranquila.

Me envuelvo en una inmensa toalla blanca, y me empiezo a secar el cuerpo. Me hago un turbante con otra toalla más pequeña de color morado claro, y me termino de secar el cuerpo. Después aplico la dichosa crema para después del sol, y mientras espero con paciencia que se seque le voy hablando a Marian de Gerard.

Ya le he hablado de él más veces antes, pero no sé hasta que punto se acuerda.

Parece que me ha cogido bastante el sol porque el culo se me ve mucho más blanco que el resto. Me encanta estar muy morena e intento estarlo todo el año.

Marian está en el cuarto alisándose el pelo con unas planchas. Ella tiene un precioso pelo rizado y le gusta liso.

Yo lo tengo extra liso y me esforcé durante años en rizármelo con permanentes y moldeados, que ahora cuando veo fotos, pienso que me quedaban fatal.

Le cuento la anécdota de la lavadora, de cuando compartía piso con Gerard, pero me interrumpe, y me dice que esa historia ya se la he contado mil veces.

Nos reímos... ¿Quién no ha inundado alguna vez al vecino de abajo por atascar una lavadora vieja?

Afortunadamente, lo cubría el seguro.

—¿Qué pasa tanto hablar de Gerard?

—Me he encontrado con él en la playa. Ahora vive aquí con su novio, y he quedado con ellos para tomar algo después de cenar, ¿os venís, no?

—Hijaaa, pues claro. Qué manía tienes de dar rodeos. Nos encantará conocerle — dice dando vueltas por la habitación recogiendo cosas y metiéndolas en la maleta.

—¿Qué te has puesto Marian? —pregunto mirando su nuevo modelito.

Es un vestidito de gasa por la rodilla, ligero y con un escote muy bonito.
—Te queda muy bien. —le digo con total sinceridad.

—¿Te gusta?, me lo ha regalado Airam. Es un encanto, a mí ni siquiera se me ha ocurrido comprarle nada. Quiere que me lo ponga esta noche. Cuando quieras te lo dejo, eh —Sonríe mientras se cepilla el pelo, satisfecha con lo liso que le está quedando.

Una punzada de culpabilidad arruga mi expresión.

Marian se da cuenta y me repite por enésima vez, que no les importa que cene con ellos, que no pasa nada, que no sea imbécil...

Me pongo mi vestido verde, de tela arrugada, muy ligero. Me lo compré en un puestecillo en la calle y estoy bastante contenta con él, es informal pero puede ser elegante depende de con que lo combines. Lo más importante, es que es muy cómodo y sienta muy bien. Elijo unas sandalias blancas altísimas y un bolso a juego blanco también.

Busco en la maleta mi espuma de pelo y al no encontrarla ahí, la busco en el baño pero tampoco está.

Miro en dirección a Marian, que me la alarga con la mano mientras pone cara de fingida inocencia.

Soy de raza china. Mis “bilbainísimos” padres me adoptaron cuando yo tenía 4 años.

Así que tengo el pelo tan tan liso, que intento al menos darle algo de volumen con espuma.

Pasé la mayor parte de mi vida adolescente intentando parecerme a los demás. Cuando estás en el instituto todo el mundo intenta parecerse a todo el mundo. Afortunadamente en la universidad se lleva todo lo contrario, y la gente se esfuerza por ser o al menos parecer diferente.

Ese fue mi gran momento.

—Te la he cogido yo antes —Marian está casi lista y parlotea mientras se maquilla, sobre su salida de hoy a ver unas cuevas.

La escucho mientras me extiendo la espuma por el pelo, y me lo seco hacia abajo.

Casi no me maquillo y menos en verano, como mucho me pinto un los ojos.

Rimel y raya por que casi no tengo pestañas.

Para estas cosas soy muy simple.

La boca no me la pinto jamás, tengo las paletas bastante separadas y eso ya llama bastante la atención de por sí.

Tropiezo con la alfombra del baño al salir, y sin pensarlo dos veces, decido cambiarme de sandalias, y ponerme otras más bajas y más seguras.

Soy un poco torpe y no me quiero arriesgar.

Voy al teléfono y llamo a Gerard, que me dice que ellos después de cenar se reunirán en un sitio que se llama “Kino Café”, y me explica más o menos dónde está. Le prometo aparecer sobre las once.

Nos acercamos al centro con tiempo de sobra y nos sentamos a tomar algo en una terraza, mientras llega Airam.

Pedimos té helado y café con hielo.

Marian me sigue hablando de las cuevas que han visitado, de las galerías, de las vacaciones y de Airam.

¡A ver si le va a estar empezando a gustar de verdad!

La miro preocupada y me dice que no es grave, que ya se le pasará.

Ella es una de esas personas que parecen mucho más frías y seguras de sí mismas, de lo que en realidad son.

Lleva medio liada cuatro años con un chico del trabajo. Yo siempre le he dicho que esa la peor idea que podía tener, porque es un compañero de trabajo y también porque él tiene novia con la que vive desde hace años, y eso es casi como si estuvieran casados.

O más.

Esa relación no le conduce a ninguna parte.

Es una pena que las cosas sean así, porque está más que claro que no va a dejar nunca a su novia.

—Te gusta —me atrevo a decirle.

—No me gusta —dice mientras le da un sorbo a su café.

—Nunca he sabido cómo te puede gustar tanto, y afectar tan poco. — observo refiriéndome a Airam.

Me mira raro.

—Me refiero al café. — disimulo —Si yo bebiera tal cantidad de café diario, no dormiría jamás.

—Me encanta. Y yo me refiero a Airam. Es una persona fácil y tranquila, como unas vacaciones.-sonríe de forma cómplice —pero después hay que volver al trabajo y a la rutina, lo que comúnmente se conoce como “vida”.

—Las cosas no tienen porque ser así. Son así porque tu quieres —le digo levantando las cejas. — ¿Porqué no lo intentas? Esto es una maravilla.

—¿Qué venga yo a vivir aquí? —Asiento —¿Y dejar mi trabajo? Sería

raro. Cambiar Bilbao por Canarias.

—Búscate otro trabajo, para ti será fácil.-Le dijo chinchando un poco — Eres ingeniera, joder.

Marian se ríe sacudiendo la cabeza y enciende un cigarro.

—Sólo tienes que atreverte, ¿necesitas algún motivo más? —Sacudo la mano para saludar a Airam que se acerca a lo lejos.

—No sé. ¿Sabes qué día es hoy? Tal día como hoy hace un año, estábamos en la India, ¿sabes tú dónde estarás el año que viene? —Dice Marian levantándose y dándole un beso.

—¿Qué es lo que no sabes? —Airam le aparta el pelo de los hombros y nos mira a las dos.

Primero a una y luego a la otra.

—¿Pedimos aquí algo más o vamos a otro? —pregunto. A lo lejos suena la alarma de una ambulancia y borra mis últimas palabras, pero me escuchan y me dicen que nos quedamos.

Airam es un tío majo, una de esas personas que siempre parecen estar de buen humor y que sonrío con los ojos casi cerrados.

La parejita pide café con hielo y yo pido otro té helado, porque estoy muerta de sed. El primero me lo he bebido casi de trago, sin embargo, he olvidado ir al baño antes de salir de casa y eso sumado al té, hace que necesite ir ya con bastante urgencia.

Me levanto torpemente del sillón de mimbre negro, y me dirijo al fondo del bar, que es donde sospecho que están los servicios. Dentro del bar me cruzo de forma embarullada en el camino de un camarero con bandeja, que me esquivia ágilmente con una elegancia que me hace envidiarle al instante.

No sólo me esquivia, sino que además no se le cae nada de todo lo que lleva en la bandeja.

Yo me tuerzo un tobillo y casi termino en el suelo.

—Cuidado guapa, ¿estás bien? — Le digo que sí con la cabeza, que no se preocupe que ha sido culpa mía, todo a la vez.

Sonríe mágicamente y pasa rapidísimamente para seguir a lo suyo.

Balbuceo que lo siento de nuevo, cuando ya se ha ido y me quedo clavada en el sitio, viendo como se aleja a cámara lenta.

Lleva 8 vasos y recuerda perfectamente que ha pedido cada persona.

Yo sería incapaz de hacer algo así, los camareros siempre me ha parecido que tienen una memoria, agilidad y equilibrio envidiable.

Justo todo lo que no tengo yo, y tal vez sea por eso que siempre me han

llamado la atención.

Vuelvo en mí al sentir que sigo teniendo ganas de ir al baño.

El baño de las chicas tiene una puerta con una tuerca gigante en la pared, y el de los chicos, un tornillo gigante.

Original.

Después de mear me miro en el espejo para comprobar la pinta que tengo.

Pelo extraliso (a pesar de la espuma), pero al menos extrabrillante también.

Pelo y piel oscuros con tatuaje floral en el hombro.

Paletas demasiado separadas que me hacen parecer por lo menos 5 años más joven en una boca demasiado ancha para ser oriental.

Bajita y delgadita (esto también ayudaba a hacerme parecer más joven), sólo con taconazos podía superar el metro sesenta y cinco, pero no me hago con ellos.

Me remuevo el pelo para ver si consigo que coja algo de gracia. Me ahueco las raíces del cabello, pero sólo consigo enredarlo en mi anillo de esmeraldas de imitación.

Salgo del baño y recorro con los ojos la estancia hasta dar con el camarero de antes. Sólo hay dos en el local, uno fuera, en la terraza y el otro dentro.

Sólo veo al que no me interesa, así que vuelvo a la mesa y empiezo a remover mi té con la pajita mirando de reojo la cristalera.

Marian y Airam hablan sobre películas.

Sobre cine.

Un hombre con canas y cara de profunda mala leche y un fabuloso y amistoso cocker spaniel se acerca a saludar a Airam.

Es su padre.

—Estas son Úrsula y Marian, unas amigas. —Airam pronuncia el nombre de Marian de manera diferente, como para darle más importancia.

El hombre repara en ello, y a lo mejor no tanto por la entonación de Airam sino por que le haya hablado de ella.

Nosotras decimos “hola” a la vez, y pregunto si muerde mirando fijamente al perro. El hombre me dice que no y me dan ganas de decirle que hablaba con el perro, no con él.

Ahogo una risita y me acerco a acariciarle el cuello.

Al perro.

Marian parece que me ha leído la mente, y me mira con una cara de querer estrangularme a la vez que me sonrío.

Me contengo, y atiendo con seriedad la breve conversación de padre e hijo. La verdad es que algo se parecen físicamente, a pesar de que uno parece feliz y el otro enfadado. Quien sabe si Airam tendrá la misma expresión dentro de unos años...

Marian juguetea con el pelo mientras le habla de lo bien que nos lo hemos pasado de vacaciones, y el padre explica lo cambiado que está todo y las nuevas construcciones del paseo marítimo, que al parecer son todas nuevas. Dice que antes todo tenía mucho más encanto, mirando por debajo de sus cejas con la cara ligeramente ladeada.

Se le nota cierto rencor a los constructores modernos, como él les llama.

Nos despedimos y el padre de Airam continúa su paseo con el perro.

Divago mentalmente sobre la idea de tener un perro, pero termino concluyendo de la misma forma de siempre: demasiada responsabilidad, poco espacio en mi piso, demasiado caro de mantener... Me siento un poco egoísta mientras me remuevo en el asiento y termino mi segundo té.

Por el rabillo del ojo veo al camarero de antes, hablando con la chica de la barra.

Se ríen.

Ella a carcajadas que parecen forzadas.

Rubia, pelo corto, alta, minifalda, pecho operado... umm. Lleva una camiseta de seda transparente con otra más cortita por debajo y una falda apretada. Parece que se están despidiendo.

A lo mejor ha terminado su turno. Anoto mentalmente sin saber porqué, que sale a las 21:30 horas.

—¿Qué estás mirando? —Marian y Airam me están mirando los dos.

Lo que me ha parecido echar un vistacito, igual ha sido un rato largo, puede que incluso con la boca entreabierta.

—Nada, nada, es que antes casi me choco con él y...

—Es mono —Sentencia Marian con sonrisa torcida.

Así con el café y el cigarro en la boca me recuerda a Humphrey Bogard.

—No es eso —Le digo marcadamente.

Airam ríe y me dice que le conoce de vista pero que no sabe cómo se llama.

Dios que pesados, como si me interesara o algo así.

Casi a las diez, nos acercamos al restaurante en el coche de Airam. El

sitio está cerca, pero parece que él prefiere acercarlo.

Airam ha reservado mesa, porque según nos explica, no suele haber sitio sin reservar y menos en esta época.

Después de comer una ensalada de la casa con frutas, croquetas de pescado con mojo verde y pulpo frito con papas arrugadas y mojo de tomate picón, surge el tema de nuestra vuelta.

Airam se siente con pena de que Marian se tenga que ir mañana, y ésta le quita importancia a todo, prometiéndole volver. Airam le agarra la mano y justo cuando el tema se pone demasiado incómodo para ser tres, decido ir de nuevo al baño.

Cuando vuelvo a la mesa ya nos han traído la carta de postres, y Marian tiene una ligera cara de pena.

Visto desde fuera no lo parece, porque siempre se esfuerza en parecer despreocupada, pero yo que la conozco, se que la tiene.

Cuando se levantó para ir al baño me levanto con ella, a pesar de que acabo de volver, y la interrogo por el camino.

—¿Qué pasa, tía?

—Nada

—Algo sí. Me lo puedes decir a la primera o puedes alargarlo más, y tenerme dándote la murga toda la noche hasta que lo sueltes. —Digo empujándola dentro del baño.

Marian me mira algo crispada, pero no me dice nada hasta que no vuelvo a insistir.

Es de enfado fácil, pero yo ya la tengo controlada.

—De acuerdo. —Suspira —Airam no quiere que me vaya. Quiere que me quede aquí con él. Cree que merece la pena intentar algo, quiere que vivamos juntos, pero es una locura. Incluso me ha ofrecido trabajar con él hasta encontrar algo “de lo mío”. Si nos conocemos de dos días...

Sonrío.

Después me río.

Algo que a cualquier chica le encantaría, a ella parece que le agobia.

Yo en su lugar ni me lo pensaba.

Dejaría atrás ese trabajo de oficina en el que está atrapada por su compañero, un trabajo sin futuro y una relación sin futuro.

—¿Cuál es el problema? Inténtalo, dile que sí. No pierdes nada.

Mientras Marian mea, le enumero la cantidad de posibilidades que ese cambio le podría ofrecer, y todo lo positivo que se me ocurre.

—Nada te ata —le digo al finalizar mi discurso.

Me ahueco el pelo por enésima vez, y me enjuago la boca al descubrir trocitos de ensalada entre mis dientes.

Mierda.

Tenía que haber traído un cepillo.

Vuelvo a enjuagarme con fuerza.

Marian me pregunta que qué hago.

Le respondo que nada y me sigo enjuagando hasta que mis dientes vuelven parecer dientes.

Marian sale del baño y se retoca el maquillaje, mientras, yo aprovecho para mear de nuevo. Parece que tanto té helado me ha descontrolado la vejiga.

Se limita a decirme que no puede, que ella no es tan impulsiva como yo y que aunque no me lo parezca, no puede dejar las cosas así, de un día para otro.

Abre la puerta del baño con cara de pocos amigos y mientras me arreglo y coloco bien el vestido, le echo en cara que no sabe la suerte que tiene de haber conocido a un chico así. Y que se arrepentirá si le deja escapar.

—Es mi vida, Úrsula. Créeme, no es tan fácil.

—Se nota que te gusta, ¿Cual es el problema? ¿Miedo? —pregunto manoseándome torpemente el pelo. —Igor jamás te dará lo que tú quieres. Estás perdiendo el tiempo con él.

—Hay que aprender a decir adiós y dejar algunas historias atrás. Simplemente todo tiene su momento y este no es el nuestro —me dice con los ojos bastante abiertos.

Creo que entiendo lo que quiere decir, pero me da pena que pierda su tiempo con alguien que no se lo merece.

Marian sale por la puerta y yo la sigo, pero aunque me haya cambiado de sandalias, no puedo ser tan rápida, y para cuando llego a la mesa, ella ya está sentada.

De postre elige algo típico de la isla, unos huevos mole, y Airam y yo unas tortitas de plátano. Devoramos todo rápidamente y nos invitan a unos chupitos de hierbas.

Mientras hablamos, me fijo en Airam, que me pide ayuda con los ojos.

Sabe que estoy de su parte.

Yo le miro con cara de pena e intento transmitirle un “lo siento chaval, no hay nada que hacer, ella tiene la última palabra”, pero no debe captar muy

bien el mensaje, ya que vuelve a insistir.

Marian le dice bruscamente que necesita tiempo y que se lo pensará.

Le dice eso, pero lo que en realidad quiere es que la deje en paz, y que no insista más.

Airam lo capta un poco tarde.

Se queda un rato callado.

Aprovecho a preguntarle si le apetece el plan con Gerard y sus amigos, ya que no estoy muy segura de que Marian le haya dicho nada, y me dice que de acuerdo, que lo que más le apetece ahora son unas copas.

Pobre, parece algo deprimido.

Airam nos lleva hasta el “Kino Café”, que resulta ser un bar de copas alemán con temática de cine, con posters en paredes de los grandes clásicos, lámparas de araña, mesas de forja negra con sillas a juego y grandes cortinajes rojos muy teatrales en un escenario que hay en el centro.

En ese escenario probablemente habrá conciertos, actuaciones en directo... pero hoy parece que no hay nada.

Al fondo del bar hay unas mesitas negras de cristal en plan elegantes y butacones de cines de color rojo. Gerard me hace señas desde allí.

—Aquí con las copas te dan palomitas —dice acercándose una fuente de cristal negro.

—¡Qué buenas! —Le digo cogiendo un puñado y metiéndomelo en la boca entero. Tuerzo un poco la expresión al darme cuenta de que son palomitas dulces.

Cuando te comes una cosa, pensado que sabe de una manera, y luego sabe de otra, da un poco de mal rollo.

Me giro para presentar a Airam y Marian, y es en ese momento, justo cuando le vuelvo a ver.

Es él.

El camarero de la terraza.

Me atraganto con las palomitas que aún tengo en la garganta y me siento pequeñita y muy torpe.

Como un pequeño insectito.

Enrojezco cuando Marian se ríe de mí con su habitual sentido del humor sarcástico, diciendo que vivo en una caverna y que no me suelen sacar suelta por la calle.

Todos ríen y yo me encojo un poco más, tanto que temo empezar a parecer jorobada.

Se auto presenta y presenta a Airam.

Nos sentamos y cuando se da cuenta de que casi ni me muevo, me pregunta si estoy bien. Balbuceo que si, que sólo estoy muerta de la vergüenza.

Me dice que lo siente, que igual se ha pasado un poco, pero que va, la culpa no es suya.

Se lo dejo claro.

Es la segunda vez que le veo y las dos veces he quedado como una inútil.

Gerard se da cuenta de que a él no le conozco y me lo presenta. A los demás les conozco de la playa.

—Ur, creo que vosotros tampoco os conocéis, él es Rai. —dice al tiempo que este se levanta de su butaca para darme dos besos.

¿Rai?

¿Qué clase de nombre es ese?

Este Gerard y su manía de acortar nombres.

—Rai es de Raimundo. —Me dice sonriendo, y por un momento dudo si he pensado en alto, si él ha querido aclararlo porque si, o si me ha leído el pensamiento.

Intento apuntar mentalmente que esto se lo tengo que preguntar después a Marian, pero se me olvida en el acto.

—Ur es de Úrzula, digo Úrsula —dios es tan mono que ya no sé ni lo que digo.

Toso.

—Lo sé, Gerard nos ha hablado de ti... durante la cena —Se sienta en su butaca y le da un largo trago a su cerveza.

—Ah —Digo.

Y ya no sé que más decir.

Espero no haber puesto cara de imbécil, como suelo hacer.

Suerte que la música está alta, que a mí alrededor la gente no para de parlotear, y que llega el camarero a ver que queremos, sino Rai podría haber pensado que soy imbécil por tercera vez. A Rai parece que le encanta la canción, le pregunto cuál es y me dice que es "Machinead" de Bush. Pues ni idea...

Mientras pedimos las bebidas, fantaseo con la idea de que el no me recuerde como la chica torpe que casi le tira en la terraza, pero que va, por que comenta con Airam que antes nos ha visto en la terraza.

Mis esperanzas se esfuman automáticamente.

Afortunadamente la próxima canción es "Selling the drama" y esta sí que la conozco, así que decido compartirlo con él. Que vea que tengo cierta cultura musical...

Se ríe y me dice que sí, que está bien pero que se está haciendo muy comercial porque no paran de ponerla en la radio.

Claro, de ahí la conozco yo.

Se gira para hablar con Albert y yo decido desaparecer por un rato.

Voy al baño a repasar la pinta que llevo, y porque no sé muy bien dónde meterme. Mi pelo sigue extraliso y me lo intento ahuecar de nuevo.

Por segunda vez me engancha el pelo con el anillo.

Reviso mi dentadura y me enjuago nuevamente por si acaso, me aliso el vestido, que lo tengo totalmente arrugado en el culo de sentarme y me miro en el espejo de frente y de costado (como en las fotos de detenidos).

Justo cuando estoy a punto de salir por la puerta, recuerdo que no he meado y me meto dentro de una de las cabinas.

Cuando vuelvo a la mesa han traído ya las bebidas y todo el mundo habla como si se conociera de toda la vida.

Gerard está contando anécdotas nuestras de cuando compartíamos piso, y todos se ríen un montón cuando cuenta, que una vez me caí en una zanja delante de un grupo de obreros porque iba despistada.

La verdad es que fue bastante cómico, aunque me podía haber hecho cualquier avería, por suerte, sólo me rompí las medias. Llevaba falda y cuando me caí se me levantó hasta taparme la cara, dejándome con el culo al aire, literalmente, pero esto no lo cuenta, y le agradezco desde la distancia que no entre en detalles.

Al oír reír a todos, siento que me arrugo de nuevo un poquito como un insecto, pero esta vez, como uno fumigado.

Me encojo y me empieza a costar disimular la vergüenza que estoy sintiendo.

Rai se ríe un montón con las historias de Gerard, se ve que son muy amigos.

Me mira riendo y coge palomitas.

Creo que cree que soy divertida, o al menos graciosa.

Yo decido en ese mismo momento que no le pienso mirar más, porque pierdo el sentido del tiempo cada vez que lo hago, y aparte de torpe no quiero que piense que también soy rara.

Así pues, centro mi atención en la chica que tengo al lado.

Me la han presentado esta tarde en la playa, pero la verdad es que no le he prestado ninguna atención.

No recuerdo ni su nombre.

—¿Mi nombre? Rosa, me llamo Rosa. A mí también me cuesta recordar los nombres cuando me presentan —me dice mientras bebe la cerveza a grandes tragos, como si fuera agua.

Me la quedo mirando un poco pasmada y añade:

—Hace tanto tiempo que no salgo, que me había olvidado ya de cómo sabe. — dice toda sofocada refiriéndose sin duda a la cerveza.

Sonrí por cumplir, parece maja pero hay algo en ella que como que no.

No la termino de encajar con Gerard.

Me cuenta parlotando de forma desmedida que ella también es de Bilbao. Que qué casualidad, ¿no?, y “que no me había visto nunca”.

Asiento con la cabeza mientras me fijo en cómo le suda la frente.

Dios, parece un iceberg derritiéndose al sol.

—¿Casualidad? Pues no, allí vive mucha gente y no nos conocemos todos.

Río ante mi comentario sin demasiadas ganas.

Parece que a la tía le falta un hervor, su conversación carece por completo de sentido.

A lo mejor está borracha.

Conoce a Gerard porque coincidieron en un trabajo anterior, ahora trabaja en la carnicería de un supermercado.

Me comenta que este es su fin de semana libre y que por eso sale poco.

Ya.

En Bilbao también trabajaba en la carnicería de un hipermercado, pero quería cambiar y llegó a Canarias con la idea de trabajar en “la noche” pero no tuvo suerte.

Rosa padece cierta sordera que le hace repetir lo último que escucha. Cada vez que yo le pregunto alguna cosa, repite mi pregunta antes de responder.

Es complicado hablar con ella.

Rosa es rubia, tiene un rubio natural apagado y casi transparente. Tiene el pelo tan finito y escaso que casi ni se le ve, y si a eso le unimos que tiene la cara regordeta, de color rosa, los ojos muy claros y que pesa más de cien kilos, parece entendible la idea de que no la contrataran en lo que ella llama

“la noche”.

Es bastante voluminosa, con una gordura blanda que le hace parecer un postre de vainilla. A cada mínimo movimiento que hace, sus mastodónticos pechos se revelan y luchan por salir de su ajustada camiseta de tirantes anchos, dando un poco de miedo.

Calculo que con un solo pecho suyo se pueden hacer más de quince pechos de mi talla.

Pero eso es porque yo no tengo casi nada.

Siguiendo con su monotema, me dice que probablemente no la cogieron para trabajar en “la noche” porque no es guapa, ni está operada, ni nada.

Ríe estrepitosamente y yo le miro un poco extrañada, porque no sé si reírme o ponerme seria y preocuparme.

Ríe a siniestras carcajadas, tipo la bruja mala de Blancanieves y cuando ve que no la sigo, pasa de repente a una risa nerviosa de inseguridad, tic nervioso en la boca incluido.

—Ah... —le digo, y sonrío un poco de costado como Snoopy.

Me quiero ir.

Estamos celebrando el último día de vacaciones y que nos hemos reencontrado con Gerard, pero ella parece que está celebrando alguna otra cosa.

Como si se hubiera preparado para el fin del mundo y al final no hubiera sucedido nada o algo así.

Igual está drogada.

En la pista bailando, lo da todo. Suena “Under the bridge” de los Red Hot Chili Peppers y me esfuerzo por cantar un trozo, para que Rai vea que me la sé, pero la verdad es que no se me la letra y me lo invento un poco, y quedo fatal.

Marian me mira con cara de susto y pasa de mi al instante, para seguir hablando y riendo con Gerard.

Rosa fuma tabaco negro y paladea la cerveza haciendo ruidos con la lengua.

—Me muero de sed —dice dándole un buen trago a su cerveza con la cara asalmonada y brillante de sudor.

Ag, que individua.

Me deshago amablemente de ella, y desvió mi atención hacia Gerard que ahora está hablando también con Airam.

No sé que les estará contando.

Pedimos otra ronda en este bar y el tiempo pasa volando.

Mientras hablo con el resto de la gente, noto que la mirada se me desvía hacia él, hacia Rai, aunque no quiera. Es la única persona con la que no he hablado de momento.

Rosa me mira de reojo y me muevo de sitio prudencialmente, no sea que se me vuelva a acercar.

El siguiente bar al que vamos es una especie de loft con decoración minimalista en diferentes tonos de blanco.

Gerard y Albert se acercan a la barra a saludar efusivamente a los tres camareros que hay. Suena una canción que le debe encantar a Marian porque la canta nada más entrar, Rai le sigue y también Gerard.

¿Seré la única persona del mundo que no conoce esa canción?

Me apunto mentalmente que le tengo que preguntar a Marian cuál es. En ese momento me doy cuenta de que tenía una otra cosa pendiente, y aunque esta besando cariñosamente a Airam, les interrumpo y me la llevo a rastras al baño, olvidando por el camino todo lo que le tenía que decir.

—¿Estás borracha? —pregunta alisándose el vestido y mirándose en el espejo.

—No —le digo mientras me toca mear en un WC en el que varias chicas han bailado la lambada mientras hacían sus necesidades. No suelo beber, y la verdad es que me está sentando un poco mal.

—¿Qué quieres, qué te pasa?

—Tenía algo que preguntarte pero se me ha olvidado —concluyo.

Tiro de la bomba, y salgo.

Marian me mira con mala cara, dejando colgar la mandíbula, y repite que qué me pasa, que estoy rara, pero en un tono deliberadamente menos amistoso de lo que me gustaría.

—... estás más envarada que de costumbre —añade peinándose el pelo con las manos. —tu dirás que no, pero yo creo que estás borracha.

—Le voy a decir a Rai que me gusta —digo mientras me fijo en cómo las paredes se mueven lentamente y los dibujos florales de los azulejos se ondulan y cambian de tamaño. Me miro el tatuaje a ver si también cambia de tamaño, pero no.

Lástima, porque siempre quise saber como me hubiera quedado más grande.

Marian me agarra por el hombro y me explica que no puedo hacer eso:

—“Primero por... —habla y habla y habla mirándome seriamente a los

ojos-, segundo por...

Me sonrío en el espejo.

—... y tercero, y te lo digo en serio, Ursula, ese tío... — Marian me suelta el sermonecito y le digo que vale que vale, que paso de decir nada y le prometo que seré buena.

—Mira, haz lo que te dé la gana, tía. Total nos vamos mañana. — Marian suspira y me sonrío.

Salgo con Marian del baño absolutamente convencida de lo que tengo que hacer: emborracharme, y lo que me dé la gana.

Así si algo sale mal no será culpa mía, el alcohol tendrá la culpa.

De momento sólo llevo el vino y el chupito de la cena y tres cervezas gigantes.

Algo más se podrá hacer.

Me termino mi trago antes de unirme al grupo, y voy a la barra a por más, acompañada por Marian. Me pido un combinado de ron con coca cola en vaso grande y le voy dando sorbitos por el camino, hasta el centro del local, que es donde están todos bailando y divirtiéndose.

Miro a Rosa de reojo, y me coloco lejos de ella.

Ponen un par de canciones seguidas de los años ochenta que a Gerard le encantan y no duda en sobreactuarlas. Desde la barra nos hacen señales de que nos invitan a una ronda de chupitos.

Genial.

Rai me pasa el mío y me lo bebo de un trago con las manos temblorosas.

Ojalá hubiéramos coincidido al comenzar las vacaciones y no el último día.

Cada vez que me acuerdo de que nos vamos mañana, se me revuelve el estómago, y si no me acuerdo de ello, también, lo cual me hace pensar que quizá tengo el estómago revuelto sin más. O que voy por el buen camino en eso de emborracharme.

Mientras Rai me habla empiezo a sentirme mal mal mal, tanto que tengo que irme urgentemente al baño a vomitar.

Le dejo con la palabra en la boca y me voy corriendo.

Por suerte el baño es increíblemente grande y hay dos cabinas libres. Marian llega poco después a tiempo de verme con la cabeza hundida en la taza.

Tiro de la cadena dos veces.

Cuando me levanto, Marian me mira condescendentemente. Fuma con

una cerveza en la mano, la espalda apoyada en la pared y una pierna cruzada por delante de la otra.

Me arrastro hasta el espejo esquivando a un par de chicas, una de ellas con una cresta de color rosa.

Rimel corrido, pelo hecho un asco con el flequillo pegoteado a la frente. Me hago una coleta de mala gana, y me lavo la cara y la boca a conciencia bajo el grifo.

Marian me acerca un paquete de kleanex por la izquierda. Lo cojo y me seco destrozando lo poco que queda de maquillaje.

—Estoy horrible Marian —le digo haciendo pucheritos como una niña pequeña y la cara a rayas. — Estoy feísima...

Marian me ayuda a limpiarme la cara, y me arregla el pelo como puede.

—Estoy quedando como una imbécil con Rai. —le digo

—¿Rai? Así que es eso... — Marian ríe —No, la verdad es que cree que eres muy divertida. Por eso no te preocupes...

No me preocupo.

—¿Enserio? ¡Si no hago más que equivocarme y hacer cosas raras!... tú misma lo has notado antes.

Pongo cara de pena.

—Eso es divertido. Ahora que sé que es por un chico, lo entiendo mejor —sonrisa torcida con trago de cerveza —Vamos que ahora todo encaja. Yo pensaba que te pasaba algo... digamos... serio.

—Ah —digo yo.

Y no me sale nada más que eso.

Volvemos con el grupo y todos me preguntan que qué tal estoy.

Qué bien, se ha enterado todo el mundo de que acabo de vomitar.

Qué vergüenza.

Les digo que estoy bien y seguimos bailando.

Qué vergüenza, madre mía.

Al rato, quieren cambiar a otro bar que hay al fondo de esta misma calle, así que termino mi ron con coca cola y me agarro del brazo de Gerard y Albert.

Uno a cada lado.

Así es como entro al siguiente bar, que es tipo antro, y menos mal que voy agarrada, porque nada más entrar me resbalo.

Me levanto haciendo la croqueta lo más rápido que puedo y me vuelven a agarrar inmediatamente.

Me suelto para demostrar que estoy bien e intento mantenerme dignamente de pie mientras bailo.

Quiero parecer atlética y ágil, pero no sé yo...

El sitio es como tipo taberna irlandesa, y hay muchos turistas extranjeros.

Un grupo de alemanes me confunden con una turista china o japonesa e intentan hablar conmigo en inglés, pero yo no entiendo nada de inglés. Ya me gustaría.

Es algo que tengo pendiente.

Rai les dice algo y estos se van.

—¿Qué les ha dicho? —le pregunto a Albert en bajo, él es profesor de inglés y además lo ha tenido que oír todo porque se ha reído.

—Les ha dicho que eres un extraterrestre, que por eso tienes los ojos achinados y que tengan cuidado contigo si no quieren ser abducidos. — Albert se ría mientras bailaba con Gerard.

Bueno, Gerard también se ríe.

Ah, vaya...

Se ríen todos.

Me quedo mirando a Rai con la boca abierta, con ese gesto tan típico mío, mientras me pasan un vaso pequeño con mucho hielo por la izquierda.

No sé ni lo que es, no he pedido nada, creo, pero bebo.

—Rai, ¿Y esto que suena qué es?

—Stone Temple Pilots

—Ya... ¿Y la de antes...?

—Esa era de Candlebox... "Change" se titula.

—Ya...

Jo, se sabe todas las canciones...

Bebo lentamente mientras sigo mirando a Rai, que se ha puesto a dar saltos bailando en la pista.

Mirando cómo se mueve y cómo le iluminan los focos de colores.

A veces parece un mono.

Se vuelve a acercar.

—Me muero de sed, ¿queréis algo? Voy a ir a pedir a la barra. — pregunta con una gran sonrisa.

Bebo mi trago de golpe y le acompaño a pedir, mientras voy pensando por el camino que esas serán mis palabras favoritas a partir de ahora, porque han hecho que estemos solos por primera vez.

Yo también me muero de sed.

Solos entre un millón de personas más que puede haber en el local, pero solos.

Cuando Rosa las ha pronunciado antes, me han parecido inmensamente desagradables, pero ahora que las ha dicho Rai, me parece lo mejor que he escuchado en mucho tiempo.

“Me muero de sed”, soy capaz de tatuármelas.

SABADO. K.O.

Maldita sea.

Vaya forma de empezar el fin de semana: estresándome.

Ayer me quedé hasta tarde trabajando en la oficina. Había quedado con mi grupo de amigas de la infancia, con las que suelo quedar de vez en cuando y llegué tardísimo.

Además había retenciones porque un camión había volcado su mercancía a la salida de la autopista.

Llegué a casa con el tiempo justo para darme un merecido baño relajante con sales y aceites esenciales y beber un zumo de color naranja enriquecido con calcio y vitaminas a y c.

Me puse una mascarilla nutritiva en la cara con aloe vera y otra en el pelo para dar brillo.

Intenté localizar a Igor, sin éxito.

Era viernes por la noche y ni idea de dónde podía estar.

Ni siquiera dejó una nota.

Escuché el contestador automático y tenía dos mensajes. El primero era suyo, y decía que él también salía hoy con sus amigos, que me ha estado esperando en casa para despedirse pero que todavía no he llegado de la oficina. El mensaje era de las 21 horas 30 minutos.

El segundo mensaje era de Koro, para recordarme dónde habíamos quedado.

Inspeccioné la nevera para cenar algo, y descubrí una tabla de quesos que creía terminada, y una bandeja de ahumados.

Picoteé un poco de cada cosa, y me tomé un Martini con hielo mientras revisaba mi agenda para la semana que viene.

De postre mordisqueé un par de bombones envueltos en papel brillante color rojo rellenos de licor, que tiré a medio comer porque no me gustan.

Me seque el pelo, me maquillé y elegí algo que ponerme.

Me probé diferentes modelitos poniendo la percha delante de mi cuerpo frente al espejo.

Elegí mi falda corta de Calvin Klein en punto de color berenjena oscuro,

y una camiseta de TCN sin mangas, con una chaqueta de punto calado de Armani. Me puse unas medias oscuras y zapatos salón muy abiertos, y altísimos de Tods, en color negro también.

A finales de septiembre una no sabe muy bien que ponerse.

Como ya era muy tardé, me perfumé rápidamente cuello y las muñecas con Anaïs Anaïs de Cacharell, y cogí mi bolso nuevo de piel negra de Loewe, para salir tan rápidamente por la puerta, que me olvidé de apagar el hilo musical.

Conduje mi BMW 850i hasta casi la entrada del local donde habíamos quedado.

Normalmente no hay aparcamiento cerca, pero ayer había, y me ahorré meterlo en un parking.

Cuando entré a la oscuridad del local, localicé hábilmente a migas. Estaban al fondo y entre humo.

Estaban con un grupo de chicos desconocido para mí.

Saludé a las chicas, y busqué con la mirada algún sitio donde poder dejar mi chaqueta y el bolso, pero no encontré ninguno, así que lo dejé en el sofá donde estaban Marisa y Koro. Les avisé de que lo iba a dejar allí.

Hice una bola con todo y lo metí debajo de las chaquetas amontonadas.

Aunque me presentaron a los chicos con los que estaban, y olvidé sus nombres al instante.

Uno de ellos se acercó y me dijo que nos querían llevar a no sé qué otro bar.

Mila me pasó una copa y me la bebí a pequeños sorbitos mientras los demás discutían si íbamos o no vamos.

Por supuesto que fuimos, y lo que ellos llamaban bar, para mí era un antro en toda regla.

Decidí poner buena cara e intenté relajarme. Necesitaba otra copa urgentemente, así que busqué la barra y me esforcé por establecer contacto visual con el único camarero estresado que había.

No me hacía ni caso y empecé a impacientarme. Normalmente no suelo tener que esperar, me atienden en seguida.

Una chavalita vestida como una prostituta del Bronx le gritó tanto al

camarero que casi me deja sorda del oído izquierdo.

Encendí un cigarrillo light.

Para matar el tiempo.

Deseé que me sirviera pronto, que pasara del resto de la gente y me pusiera la copa a mí primero.

Se me acercó un tipejo por detrás, me saludó sin conocerme y me preguntó que a qué me dedico.

Llevaba la ropa arrugada y olía a una mezcla de sudor y colonia fuerte. Ese olor que lo mismo podría servir para eliminar plagas que para desatascar tuberías.

Me pareció que sudaba ginebra.

Arrugué la nariz.

¿Que a qué me dedico?

Uff, que pereza me dan estas cosas.

—Ya ves, me emborracho rodeada de imbéciles —le dije cargada de sarcasmo y echándole el humo en la cara.

Me fijé entonces en sus manos grandes, y en sus uñas demasiado largas y no muy limpias.

Volví a arrugar la nariz.

Me llamó zorra y le di la espalda exagerando un suspiro.

Alguien me tocó el hombro justo después de eso, y me di la vuelta con cara de asco esperando que fuera el tipejo de antes, pero era Ane.

Ane con ropa nueva.

Barata pero nueva.

Me preguntó que qué tal, así que le conté un poco por encima mis problemas de la oficina.

Ane no me estaba escuchando, sólo lo fingía, así que me interrumpí.

No hacía más que mirar a los chicos con los que estaban.

Como siempre.

¿De qué sirve hablar con alguien que no te escucha?

Me dijo sin venir a cuento, que desconecte, y me arrastró a la pista a bailar sin haber conseguido mi copa.

El tipejo que sudaba ginebra estaba intentando ligar con otra chica, y a ella parecía que le gustaba, porque no dejaba de manosearse el pelo mientras metía el estómago y sacaba pecho.

Llevaba un horrible vestido color rojo vivo, igualito que la sangre que

sale en las películas de los años ochenta.

Bien.

Millones de moscas en el mundo comen mierda, pero esto no significa que esté buena.

Me dejé llevar por Ane, creo que tenemos más de una conversación pendiente.

Ane empezó a tocarme las narices con su actitud, pero no era el momento de hablarlo.

Por suerte uno de los chico se acercó y nos preguntó si queremos beber algo.

Ane pidió no sé qué combinado y yo algo que lleve mucho alcohol.

Ane se rió de mi “ocurrencia” y se alejó de mí bailando en dirección a uno de los chicos.

Otro de los chicos se me acercó, y me dio una pastilla de color verde. Me aseguró que era mucho mejor que emborracharse.

Ya.

La guardé sin decirle nada.

Quizá más adelante.

Un Martini y dos chupitos de color morado después (nos invitaron ellos), decidimos cambiar de bar.

Tenía la sensación de que todo el mundo estaba borracho menos yo, y no me sentía con la suficiente paciencia como aguantar una noche así.

Busqué la pastilla y me la tragué sin más.

Deseé que no me sentara mal.

O no demasiado mal, al menos.

Suspiré.

Lo podía haber pensado antes, pero la verdad es que me la había tragado sin pensar.

Para cuando volví a prestar atención, Ane se estaba despidiendo para irse a casa.

Algunas personas la intentaron convencer para que se quedará pero se terminó yendo.

Ella tenía claro que se iba, pero como siempre hace, se quedó una media hora haciéndose de rogar.

A Ane, le encanta que todo el mundo esté pendiente de ella.

Mila puso cara de “mejor, así queda más para la demás” sin querer.

La pobre Mila nunca ha tenido éxito con ningún tío en su vida, ni con

nadie, ni con nada. Lleva un jersey horrible que no tengo ni idea de dónde pueden vender algo así.

Como siga en ese plan, lo lleva más que claro.

Los chicos nos propusieron ir a una fiesta privada de un colega. Tuvimos que coger varios taxis para llegar, porque era en una casa en las afueras.

Yo fui en el primero, con Mila (muerta de envidia), sentada junto al chofer y dos chicos detrás.

Uno a cada lado, y yo en medio.

Durante el viaje aproveché para enterarme de cómo se llamaban.

El chico de la pastilla verde se llamaba Alex y es técnico de laboratorio.

No tenía pinta de cerebrita, el chico estaba bastante bien y llevaba un reloj bueno.

Alex llevaba toda la noche mirándome desde lejos.

Cuando llegamos a la fiesta, me dio la mano para salir del coche y cerró la puerta detrás, en plan caballero del siglo pasado.

La casa era maravillosa. Tres pisos, con jardín y ático con terraza.

Lancé sin querer un silbido de admiración bastante poco elegante.

Conocía el sitio.

Estaba impresionada porque esta era la fiesta del año.

Sin duda alguna, y por nada del mundo esperaba poder acabar allí.

Estábamos en la casa del mismísimo Ralf Mc Affey, un conocido empresario del mundo de la noche en Bilbao.

No le conozco en persona, pero tenemos varios amigos en común. Uno de esos amigos es Héctor, fotógrafo artístico que ha realizado algunos trabajos para él.

Héctor es el novio de una amiga, y los dos estaban invitados a esta fiesta. Llevaban hablando de ello todo el mes.

En el jardín había cocteleras con hielo, vasos y copas y alcohol. Cogí hielos con las pinzas y me serví yo misma, un Martini doble.

Había muchísima bebida.

Lo saboreé con gusto.

Empecé a notarme un poco borracha, aunque era bastante probable que llevara tiempo estándolo y no me hubiera dado cuenta antes.

Me acerqué a mis amigas que estaban escuchando alguna de las historias de Miren, que cuando me vio, se me acercó y elogió la ropa que llevaba puesta.

Añadió que me queda todo fantástico, que cuando un traje le queda mal a una mujer, la culpa es que ella tiene un tipo horrible, pero que cuando un traje le queda mal a un hombre, siempre tiene la culpa el traje... pero que yo, no tengo ese problema.

Que aparento diez años menos.

Gracias.

Que pesada, cualquiera diría que me estaba haciendo la pelota.

Sonaba la música a todo volumen gracias al D.J de turno, y cada vez teníamos que hablar más alto para poder comunicarnos. Miren seguía en su línea y hacía un monólogo agrídulce sobre diferencias entre hombres y mujeres.

Nos reíamos por no llorar, porque todas nos sentíamos identificadas.

Reírse es una forma de quitarle hierro a este mundo tan injusto en el que nos toca vivir.

Repasé mentalmente lo mucho —muchísimo que me ha costado llegar donde estoy y lo fácil que lo han tenido otros, sólo por ser quien son.

Qué mierda de mundo de hombres.

Años de estudio, varios master, idiomas, prácticas en empresas inmundas, viajes al extranjero, contratos explotadores...

Mucho trabajo y esfuerzo.

Otros compañeros no han necesitado hacer ningún merito, y están por encima de mí no teniendo ni la mitad del currículo ni de experiencia.

Tengo treinta y dos años, y de momento ni rastro de ganas de querer tener hijos, en parte porque mi trabajo no me lo permite.

Estoy deprimida, así que bebo y bebo.

Alex me miraba paladeando su copa. Miren se le acercó, y sin venir a cuento, le explico que cuando una mujer dice que le duele la cabeza, es porque ellos han hecho algo mal, que las migrañas no existen, que sólo son enfados ocultos.

Cuidado Miren.

Aparta.

Ese chico es mío.

¿Es que no lo ves?

Alex la oía pero no la escuchaba, estaba inmóvil entre un montón de gente en movimiento.

No hacía ni decía nada, sólo me miraba sonriendo fascinado.

Le ignoré a propósito de forma elegante, si quería algo de mí, le iba a

tocar esforzarse un poco más.

Me serví un segundo Martini doble, y antes de terminarlo, fui al servicio.

Había una chica esperando fuera.

Esperé unos minutos y después quedó libre.

Pasé al baño, y observé que la bañera estaba llena de hielo y cervezas. Oriné, cogí un botellín y lo abrí con el mechero.

Bebí un trago y me sonreí en el espejo mientras me colocaba el flequillo.

Le quité la etiqueta a la cerveza y la pegué en el centro del espejo, justo sobre mi cara. Me giré para salir y corrí el pestillo con suavidad.

Cuando abrí la puerta, Alex estaba justo ahí.

Plantado, de pie con la copa en la mano y mirándome, de la misma forma que lo hacía antes en el jardín.

Me preguntó que si quería.

—¿Que si quiero que...? — le pregunté yo dando apoyándome en el marco de la puerta.

Lo pregunté sabiendo lo que me iba a contestar.

—Pasar un buen rato —me dijo empujándome suavemente al interior del baño, y cerrando la puerta tras él. Me enseñó unos polvos blancos en una bolsa de plástico y me dijo que me invitaba.

Sus dientes brillaban tanto como su reloj y nos lo montamos en plan salvaje sobre el lavabo.

Un polvo y un par de rayas después, volvimos al jardín.

A reírnos un rato, como si no hubiera pasado nada.

Fingí durante rato que las hacía caso, pero la verdad es que el último recuerdo nítido que tenía era el de la bañera llena de hielo.

De ahí en adelante, el resto de la noche está un poco borrosa.

Sé que volví a liarme de nuevo con Alex en el jardín, a la vista de todos, y que eso ya no iba a tener remedio.

Igor no me lo va a perdonar jamás. Tengo que dejarlo con él pero ya.

Una cosa es que le engañe en secreto, y otra muy diferente, que se entere todo el mundo.

Qué más da, ya no tiene remedio.

Hoy sábado, me he despertado muy tarde.

Estoy en un sitio desconocido, con un inmenso dolor machacándome las sienes.

Normal, sólo habrán pasado unas pocas horas desde que me retiré de la

fiesta.

Me despierto en una cama que no es la mía, acompañada de alguien que no sé quién es.

Sólo veo el bulto de una figura encogida en la misma cama que yo.

¿Alex?

Me levanto de un salto que casi hace que me estalle la cabeza, y me envuelvo en una sábana como si fuera un vestido de alta costura.

La otra sábana está tirada sobre la mesita de noche, tapándola como un fantasma.

Busco mi ropa (la que me falta) por el suelo, que está francamente desordenado.

Hay cervezas vacías y ropa por todas partes.

Voy apartando los objetos con los pies, y comprobando que nada de lo que hay es mío.

Mi chaqueta está pisoteada.

Vaya, el suelo es de sintasol.

De puro plástico.

Horroroso.

¿Qué hora será?

Miro mi muñeca, pero he debido perder mi reloj porque no lo tengo, tal vez me lo quité para algo y lo he dejado olvidado en algún lugar.

No veo mi reloj por ninguna parte y decido darlo por perdido, y salir lo más rápido posible a buscar mi coche.

Me visto a toda prisa y salgo de la habitación algo nerviosa, no quiero que quien quiera que sea el que esté ahí, se despierte.

No quiero ni saber quién es.

Qué raro.

Salgo de la habitación, y busco la salida por el pasillo.

No estoy en una casa, sino en una especie de hotel barato.

Entro a uno de los baños que hay en el pasillo. Un baño con suelo de baldosas baratas y porosas floreadas.

Uf.

Abro el grifo y el olor a tuberías me obliga a cerrarlo de inmediato.

¿Una pensión inspirada en los años sesenta?

No.

Una pensión “de” los sesenta.

Me siento como si hubiera viajado al pasado.

Retro total.

Horroroso.

La taza es de color azul.

Un reloj de plástico verde pistacho en el centro del pasillo, dice que son casi las 12.

Las agujas hacen un ruido inmenso a cada segundo que pasa.

Vaya, seguro que Igor se ha despertado ya, y ha visto que no he llegado a casa todavía, mierda.

Pido un taxi al recepcionista, que parece un yonki auténtico (probablemente lo sea) y mientras tanto, llamo a Igor desde el teléfono del hall.

El teléfono es de disco, de color negro.

No es retro, es viejo, como el resto de las cosas.

No me coge.

Salta el contestador y cuelgo.

Estará durmiendo.

Ahora mismo me siento fatal y un poco zorra por haberme liado con Alex.

Un poco puta también por no saber con quien he pasado la noche, pero se me pasará en cuanto llegué a casa y me de un buen baño.

He quedado en el puerto para comer, creo que hoy también llegaré tarde.

Por lo menos me siento legal, porque en ningún momento me he planteado engañarle.

Simplemente se me ha presentado la oportunidad y la he aceptado.

Lo suyo es mucho peor, porque me engaña premeditadamente.

Sigo dándole vueltas a todo esto, hasta que me avisa de que mi taxi está en la puerta, y salgo de allí a la luz del sol dando un portazo.

Compruebo en mi bolso, que efectivamente mis gafas con patillas troqueladas y cristales ahumados de Chanel, no están.

A lo mejor me las he dejado en casa, pero no creo.

A lo mejor las he perdido.

Compruebo con rapidez que todo mi dinero está en su sitio, y que no me falta ninguna tarjeta de crédito antes de meterme en el taxi.

DOMINGO. MARIAN POR TLF

—¿Sí? —responde la voz de Ursula al tercer tono.

—¿¡Qué tal!?! —pregunto yo efusivamente.

—Tenía ganas de llamarte. ¿Cómo has conseguido mi teléfono?

—He hablado con tus padres —le digo tranquilamente — ¿Cómo va todo?

—Bieen. Bien. Todo me ha cogido tan desprevenida, tan de repente... — contesta Ursula algo nerviosa.

—Oye, ¿En qué momento te diste cuenta de que no subías al avión conmigo y que te quedabas en la isla? —pregunto entre risas y con cariño.

—No me lo esperaba yo tampoco, me hubiera despedido de ti con mas tiempo sino. Marian, te juro que lo hice sin pensar pero sabiendo lo que hacía... — hace una pausa- Necesitaba un cambio así.

—Lo sé —suspiro —Está bien que seas tan espontánea.

—Te podías haber quedado tú también, y haberlo intentado con Airam, es un buen tío.

—¿Estás loca? Ni de coña lo dejo todo por un tío. Por la aventura quizá, pero por un tío... — trago saliva —Además tú no sabes nada de lo que ha pasado desde que he vuelto.

—Dime...

—A eso iba. El sábado cuando volví a casa, ¿a qué no sabes quién me fue a buscar al aeropuerto?

Silencio al otro lado de la línea.

—¿Quién? ¿Igor? —pregunta Úrsula con vocecilla suave.

—¡Si! —le digo con cierto entusiasmo —Exacto. Lo ha dejado con su novia definitivamente y se ha instalado en mi piso. ¡Ahora vivimos juntos!

—Que fuerte... ¿y porqué lo han dejado? ¿Por ti? —pregunta extrañada.

A Úrsula nunca le ha gustado Igor, ni mi relación con él.

Es comprensible.

—No —digo rápidamente —que va, la pija estirada de su novia, no sabe que existo.

Cojo aire y añado:

—Ella ha debido engañarle a él con otro y él la ha dejado. Ha hecho las

maletas y se ha venido conmigo.

—Ummm mm

Silencio algo incómodo al otro lado de la línea.

—Qué. Ursula ¿Qué?

—¿Ella le ha engañado a él? ¿Le ha puesto los cuernos con otro tío? — pregunta con incredulidad —¿Cómo ha sido eso?

—Hija Ur..., ¡no lo sé..., ni ganas! No me ha contado los detalles y creo que no quiero saberlos. Lo único que puedo decirte es que creo que no han terminado muy bien y que yo ahora tengo ganas de intentarlo en serio con él. Sólo él y yo, ya sabes como la “gente normal”.

—Pues deberías...

—¿? ¿Debería que?

—Conocer los detalles. —Úrsula coge aire —Porque me parece un poco raro que Igor haya dejado a su novia de toda la vida, por liarse con un tío cuando él lleva tanto tiempo liado contigo a sus espaldas.

Me quedo callada, pensando.

Me sube un poco de calor a la cara y me siento ingenua.

Cambio el teléfono de mano y me aclaro la voz.

Úrsula tiene razón.

—Es raro... —Ursula, mi querida y descerebrada amiga continúa con su teoría. —Piénsalo, no es por desanimarte, pero... ¿no te parece un poco raro o por lo menos... sospechoso? Igor engaña a su novia durante años, ella hace lo mismo, y él... ¿no es capaz de perdonarla?

Suspiro.

Dios, creo que Ursula está en lo cierto.

Algo no me cuadra en la historia.

Úrsula no tiene nada de descerebrada, esta vez.

—¿Marian? —me llama.

—Tienes razón —le digo a mi pesar —Me hacía tanta ilusión, que no me he dado cuenta de esos detalles. Hablaré con él en cuanto venga. Si tengo que darle la patada, prefiero que sea cuanto antes.

—¿Le has comentado algo de Airam?

—Nooo, ¿estas loca? Nada de nada. Si yo acepto que él esté con otras, a él no debería molestarle que yo haga lo mismo.

—Bien —dice Úrsula cambiando de tema —Según la historia que te ha contado, acaba de dejar a su querida novia por lo mismo que él hace. No sé que pensar. Si se llega a enterar de cómo has pasado las vacaciones, a lo

mejor te deja a ti también.

—Le preguntaré cómo ha sido, y si resulta que él es un cerdo egoísta, incapaz de aceptar que nosotras también podemos tener aventuras, le dejaré de las mismas. Lo nuestro nunca ha sido una relación seria. Jamás le prometí amor eterno, ni la exclusiva de nada.

Silencio al otro lado de la línea de nuevo.

—Perdona Ur —prosigo- Es que ahora mismo me siento un poco triste y no sé muy bien que más... Hablaré con él y ya te cuento. Uff que bajón.

—Tranquila tía, vosotros habladlo y ya está. Luego me cuentas.

—En cuanto llegue. Ahora ha ido a casa de su ex a recoger más cosas del piso.

Trago saliva de nuevo, y alargo el cable del teléfono todo lo posible para coger el paquete de tabaco que tengo sobre la encimera de la cocina.

—Ur, gracias por todo tía. Por las vacaciones, por ser tan comprensiva y buena conmigo. — le digo mientras enciendo un cigarro.

—Para, para. —Ursula me interrumpe —No te pega nada ponerte en plan sensible, y que sepas que sigues siendo mi mejor amiga, aunque ahora vivamos lejos.

Risas y silencio de nuevo

—Ahora soy una hora más joven —añade Ursula con voz animada.

Más risas. Es una forma de verlo.

—Oye, ¿qué tiempo tienes ahí? Es por cambiar de tema...

—Es lo que me pregunta todo el mundo. Pues aquí hace un maravilloso día de sol para ir a la playa. ¿Ahí?

—Bueno, de momento parece que el tiempo aguanta. Yo no me quejo.

—¿Crees que llegaré a echar de menos la lluvia y el mal tiempo?

No me queda más remedio que reírme ante tal ocurrencia.

—No sé. Se dice que siempre se echa de menos lo que no se tiene, ¿no?

—No, no. —dice haciendo chasquear la lengua —Se echa de menos lo que se ha tenido y se ha perdido. ¿Cómo se puede echar de menos algo que no se ha tenido nunca?

—Ur, te noto muy acertada en el día de hoy. Me estás dando hasta miedo, ¿te has golpeado en la cabeza o algo... ?

Risas y más risas desde el otro lado del teléfono.

—Llámame siempre —me dice con vocecita suave. —Yo siempre te voy a llamar. Te voy a echar mucho de menos. ¡No sé cómo me voy a acostumbrar a no tenerte cerca!

—Yo pienso igual. Ahora lo veo difícil. Pero no te preocupes, con la excusa de querer estar bronceada todo el año, te haré un montón de visitas. Seguro.

—Yo también te haré visitas.

Ursula tose.

—Mañana empiezo a buscar trabajo y piso. La amiga de Gerard está buscando una compañera de piso, pero no sé.

—¿No sabes, qué? ¿Qué amiga? ¿Rosa... ?

—Que me da mal rollo esa tía...

—¿Quién, Rosa? Por favor. , pero si es una tía maja, ¿no?

Un poco rara, pero como el mundo.

—No. A mi no me gusta, así que empezaré a buscar otro piso a partir de mañana. Le he dicho a Gerard que quería algo más cerca del centro. Ella vive bastante a las afueras. Ni siquiera voy a ver el piso, aunque me ha dicho Gerard que está muy bien de precio.

—Pues vete a verlo aunque sea.

—No, que va —Chasquea la lengua nuevamente —prefiero no vivir con ella. Me da la impresión de que es una de esas personas majaras perdidas, que cuando se cortan las uñas, las guardan en una caja...

Me río de la ocurrencia.

—De momento estoy en un albergue que me ha recomendado Gerard. Albert y él estuvieron un tiempo viviendo aquí cuando llegaron. Es bastante nuevo todo y tiene muy buen precio. —finaliza Úrsula.

—¿Tú en un albergue? —ríó —No me lo creo, no te pega nada...

—Bueno, mi habitación es individual y con baño. En realidad es como un hotel. Sólo que además, tienes derecho a las instalaciones como cocina, sala de estar, lavandería... etc. Lo cual está muy bien porque ya no sabía que hacer con tanta ropa sucia.

—Me alegro que esté tan bien. ¿Está cerca del centro?

—No, no mucho. Esta cerca de donde teníamos el piso alquilado. Por esa zona. Pero tengo una parada de autobús al lado del portal.

—¿Conoces a alguien ahí?

—No. No he tenido tiempo. Aquí habrá unas veinte habitaciones y sé que la gente se relaciona bastante. No sé... aquí sobretodo hay estudiantes y algún extranjero. Mi idea es encontrar piso cuanto antes, porque esto está bien pero es un poco ruidoso, y yo no uso las zonas comunes para nada. No cocino, salgo a comer fuera.

—Bueno, estoy segura de que pronto encontrarás algo, no te preocupes. Aunque el sitio tiene muy buena pinta por lo que me estás diciendo, y encima con estudiantes...

—Si. Y a ellos les hacen un precio especial. —pausa —pero a mí no. ¿Recuerdas que en los últimos bares que estuvimos había una tía con una cresta de color rosa?

—No, la verdad.

—¡Pues ella se aloja también aquí...!

—Umm mm. Oye, ¿qué te han dicho tus padres de tu última locura?

—¡Qué van a poner una librería en mi cuarto! —dice Ursula de forma bastante teatral.

—Genial —Le digo tirando la ceniza al fregadero. —genial...

—Están contentos por mí. Les he prometido volver antes de Navidades, aunque como ellos están jubilados, seguro que vienen mucho antes. Les he pedido que me envíen unas cuantas cosas.

—Oye, eso te quería decir, si necesitas cualquier cosa, me dices y te lo mando.

—No tranquila, sólo necesitaba tonterías como ropa, música... nada importante.

—Vale. Si necesitas algo más, me dices. No sé, un jersey de lana, un plumífero... — bromeo-... no sé, algo para el frío invierno canario...

—No tranquila, se puede decir que casi todas mis posesiones caben en una maleta y las tengo casi todas aquí.

—¿Sabes algo de Rai?

—Uf, no. No le he vuelto a ver desde el viernes, pero me prometió que me enseñaría a bucear. Él da clases de buceo, y de surf y pienso apuntarme

—Ya —digo sarcásticamente —tú no eres un pez en el agua precisamente...

—Marian, no me he quedado por él, ¿eh? Me gusta, pero no le conozco. Quiero ir despacio, que cada vez que me gusta un chico, meto la pata.

Río y casi me atraganto con el humo del cigarro.

Tiene razón.

Me cambio el auricular nuevamente de mano y apago la colilla bajo el grifo de agua.

—Es que tienes un historial, que vamos... — le digo medio en broma.

—Bueno, bueno... estoy dispuesta a mejorarlo. —me asegura.

—Tú intenta no ahogarte. Con eso será suficiente. Lo demás si tiene que

venir, ya vendrá.

—Si... y además me quiero hacer otro tatuaje, es una frase, es sobre una cosa que he estado pensando, pero mejor primero me lo hago y luego te enseño...

—Genial... pues ya me enseñarás.

Esta Úrsula nunca deja de sorprenderme.

Carraspeo y hago una pausa.

—Dime Marian...

—No, nada. La verdad es que fue una gran sorpresa que no subieras al avión en el último momento. No me lo esperaba para nada. Sólo eso.

—Lo tenía en duda. Me pase toda la noche con la idea rondándome la cabeza.

—Ya... — le digo mientras unas llaves abren la puerta de mi piso.

Aparece Igor con dos cajas de cartón del tamaño de una tele, que a juzgar por la habilidad con que las maneja, parecen tener muy poco peso.

Las esparce desordenadamente por la sala.

No sé muy bien por qué los hombres se transforman en monstruitos en cuanto empezamos a vivir juntos.

Me saluda con un beso en la mejilla y va al baño a lavarse las manos...

—Oye Ur, tengo que dejarte. Acaba de llegar Igor y quiero hablar con él —le digo en voz baja.

—Suerte

—Enserio. Llámame siempre, siempre que lo necesites. Yo lo haré. No perderemos el contacto.

—Como me paso con Gerard... —musita ella que parece tener la lección muy bien aprendida.

—A nosotras no nos pasará eso. ¿De acuerdo? Oye te dejo y ya te cuento, ¿vale?

—Marian...

—¿Qué? —le pregunto en voz baja.

—Que sepas que, pase lo que pase... — se interrumpe-... no quiero decir nada con esto, ¿vale?, pero si por lo que sea no sale bien, que sepas que antes de que llegue el chico definitivo suele haber uno intermedio...

—Gracias —Hago una pausa al notar cómo se me humedecen los ojos.

Carraspeo

—Estoy de acuerdo —le digo sabiendo que tiene razón —Un beso Ur, luego te llamo.

—Vale, un beso Marian. Agur!

—Agur! ¡Otro!

CAPÍTULO 6: PISO COMPARTIDO

VIERNES. GRIPE

SÁBADO. TENGO SUERTE

DOMINGO. HACER UNA MÁSTER ES BUENA IDEA

VIERNES. GRIPE

Tengo gripe y estoy fatal.

Estoy que doy pena.

Dolor de cabeza, moqueo, algo de fiebre, ojeras, cansancio, dolor muscular...

Me he pasado el día de ayer en casa, de la cama al sofá y del sofá a la cama.

Viendo que no mejoro, he decidido ir a casa de mis padres a que me cuiden, y ya volveré el lunes al piso para ir a clase.

Ni siquiera tengo ganas de hablar, y esta vez no es porque no tenga nada que decir, sino, porque la garganta me duele un montón.

A lo mejor tengo anginas o algo. Si no se me pasa, el lunes iré al médico.

Me levanto a las nueve, y a las diez y diez y con el pelo mojado de la ducha, se me ocurre por casualidad mirar a qué hora hay autobuses.

Resulta que el próximo autobús Vitoria —Bilbao es a las ONCE.

No me he dado cuenta de mirarlo antes, supongo que a estas horas de la mañana es cuando hay menos frecuencia.

Así que puedo secarme el pelo tranquilamente, aunque no me apetece demasiado.

Me despido de Ainhoa, que se va a la calle, con tacones y bolso cruzado. Al parecer ha quedado con alguien para “estudiar”.

Es un caso perdido, el lunes tiene un examen, según ella súper importante, y no sé yo si lo hará muy bien.

No ha estudiado mucho hasta ahora, la verdad, y mañana tiene intención de salir a la noche por Bilbao, porque tiene cena de clase y igual se queda allí a dormir.

Después de hacer la cama, limpiar el cuarto, desayunar tranquilamente y fumar un cigarro en la cocina, Rakel, mi AMIGA del alma, decide por fin levantarse de la cama, y tiene la buena idea de pillar el mismo autobús que yo.

Durante la semana está en Vitoria para estudiar (se supone), aunque casi no aparece por clase. En la uni no la conocen ni los profesores, y los fines de

semana trabaja en una gasolinera a las afueras de Bilbao.

Hay que joderse, no se para qué tendrá que ir a casa de los padres un viernes, si hay clase. Se lo pregunto y me dice que vienen sus sobrinos de Burgos a pasar el día a Bilbao, y que quiere estar con ellos. Que hoy no trabaja, pero que mañana sábado, tiene turno doble.

Pues vale.

Me toca A MÍ limpiar al hámster y fregar.

Con lo mala que estoy, ni se le ocurre decirme eso de: “tranquila, relájate que ya lo hago yo, no te preocupes”.

A las diez y media todavía estoy tirada en el sofá esperando a que Rakel se pinte y se peine. Porque aunque no lo parezca, se pinta y se peina. Al final se hace dos trenzas porque tiene el pelo asquerosamente SUCIO.

Yo me pongo mala, ¿por qué no termina de una puta vez?

Encima me dice con una sonrisilla de lo más estúpida que no tiene pelas y que la acompañe al cajero.

Me dan ganas de matarla.

Al final nos da tiempo de sobra a pillar el autobús, pero andando ligeras hasta la parada eso sí.

Algunos autobuses van directos y tardan una hora, y otros no, y tardan más de hora y media.

Nos toca el que tarda hora y media.

No pasa nada, porque aprovecho a descansar y me duermo sin problemas.

Llegamos a Bilbao y me despido de Rakel y sus trenzas de pelo SUCIO rápidamente para ir a la estación de tren.

He intentado hacer que los horarios me coincidan para no tener que esperar, pero es imposible. No importa el autobús que coja, como mínimo siempre tengo que esperar veinte minutos.

Me meto en el bar de la estación para tomar una infusión calentita, que es lo que más me apetece, y así se me hace más corta la espera.

Tengo un dolor de cabeza increíble, a pesar de la aspirina que me he tomado.

Nada más entrar por la puerta de casa, mi madre se queja sin parar de la mala cara que tengo y de que supuestamente he adelgazado.

Le recuerdo que estoy mala de la garganta y que es posible que tenga gripe y hasta fiebre, pero parece que le da igual.

Se empieza a meter conmigo por no haber ido al médico y me dice que

no son excusas. Me compara con mala leche con mis compañeras de clase de E.G.B., (patéticas todas ellas), y me dice que ninguna está tan FEA como yo.

Paso de ella, y supongo que eso la irrita más.

Me pregunta que qué hago en el piso de estudiantes y me amenaza con hacerme una analítica completa (que no sé que es exactamente) y unos análisis de sangre, para ver qué me pasa.

Le digo que vale, para que me deje en paz. De momento lo hace, pero sé que dentro de poco, volverá a la carga.

Me quedo un rato viendo la tele en la sala con mi hermana, pero me aburro rápido porque no dan nada interesante, y me voy a mi cuarto para leer un rato tranquila.

Mi madre me interrumpe para decirme que no lea tanto, que es malo para la vista.

Yo flipo con esta mujer.

Entiendo perfectamente que una madre sienta la necesidad de saber cada dos por tres lo que hacen sus hijos, pero la mía también quiere saber lo que hacemos cuando no nos ve, por eso le gusta aparecer de repente y abrir por sorpresa la puerta de mi cuarto.

Le pregunto a ver si ya se ha empezado el libro que le dejé hace un mes.

“El árbol de la ciencia” de Pío Baroja.

Un libro cojonudo, pero que tardará al menos otro mes en empezar, y como la respuesta es que no, me deja tranquila por un rato.

Mi madre es abogada.

Una persona con estudios superiores, y sin embargo le cuesta disfrutar de la lectura y casi de cualquier cosa. No lo entiendo.

No lee jamás y tengo que estar siempre encima intentando convencerla. Cuando no está trabajando no sabe qué hacer con su tiempo (aparte de meterse conmigo), pero siempre termina haciendo cualquier cosa menos leer.

Ahora parece que amenaza con hacer un curso de Ikebana.

—¿Y eso qué es? —le pregunto, y me contesta que es muy relajante, es algo así como hacer ramos de flores japoneses.

Bueno pues si le relaja hacer ramos por mi genial, pero me suena como a Ukelele, no sé a algo hawaiano.

Me siento frente al ordenador y mi querida madre vuelve a la carga porque según ella me paso todo el día jugando. Está claro que haga lo que haga, no voy a acertar nunca.

Le explico que no juego, que estoy escribiendo un diario y refunfuña

nuevamente diciendo que luego nunca le dejo leer nada.

—A veer, es un diario, no es para leer. — le digo sin convencerla.

No se lo dejaría leer jamás. Si supiera la cantidad de cosas que escribo sobre ella seguro que se cabrearía, o a lo mejor terminaba por entender lo pesada que resulta todo el rato detrás.

No lo entiendo.

Tiene otras dos hijas, pero a ellas no les dice nada.

YO soy la hija buena, pero como comparto piso de estudiantes, cree que soy una drogadicta.

Está emparanollada con mi primo Quannah.

Mis tíos están desesperados con él. Los pobres ya no saben qué hacer.

Mi madre por MI, puede estar bien tranquila.

A lo mejor es porque soy la pequeña... pero ya estoy en la universidad, ¿a qué está esperando para dejar de tratarme como a una cría, a que me salgan canas... ?

Después de todo lo que me ha costado llegar hasta aquí (me refiero, hasta casa), estoy como si estuviera en el piso, o sea, sola.

Mi ama^[16] está dando vueltas por la casa, diciendo que a la tarde tiene que ir al bufete a no sé qué (no me interesa pero me lo cuenta igual). Mi aita, que acaba de llegar de trabajar, disfruta del poco tiempo libre que tiene a descansar en el sofá.

Atiende a partes iguales el documental sobre medio ambiente de la tele, y el periódico. Dice que es capaz de atender a las cosas, pero no me lo creo.

Mi hermana mediana no hace nada, sólo vaguea, habla por teléfono con sus amigas y se encierra en su cuarto a cuchichear y probarse modelitos.

Mi hermana mayor ya no vive en casa, pero suele aparecer bastante a menudo para gorronear.

Se ha ido con un amigo suyo hasta Logroño de compras, y se han quedado allí a comer.

¿Es normal que se vayan de compras hasta Logroño?

A mí no me lo parece, pero a nadie más le importa porque como es mayor se supone que puede hacer todas las estupideces que le dé la gana.

Seguro que no tarda en aparecer por aquí, porque siempre viene a gorronearnos cosas de la nevera, igual que yo, sólo que ella tiene dinero.

Joder acaba de llegar mi aita^[17] y me está echando la bronca desde la puerta, por tener la ventana abierta.

Que más le dará si no hace frío ni nada.

Estoy en el cuarto de mi hermana, porque su ordenador va mucho mejor, es mucho más nuevo que el mío, y eso se nota.

Me dice que vamos a comer.

Mi ama se va en breve, y aunque ha dicho que nos dejaba la comida preparada antes de irse, no sé yo si fiarme, pero sí, está vez esta preparada.

Menos mal.

Antes de irse al despacho, vuelve a la carga con su arsenal de locura, repitiéndome por enésima vez que estoy FEÍSIMA y amenaza con enseñame fotos de cómo estaba yo antes.

Para comparar y que me dé cuenta de lo fea que estoy.

Lo que faltaba.

Le digo que me deje en PAZ, que estoy mala y me estoy cabreando.

Mi hermana se descojona, la muy puñetera.

No me hace mucho caso y ahora empieza a contarme la historia de que antes nunca me ponía mala. Me recuerda lo guapísima que estaba cuando entré al instituto, y acto seguido, me machaca recordándome las malas pintas que llevo ahora.

Son los noventa, joder.

Mi madre no se entera.

¿Qué espera, un vestido blanco de gasa con lacitos rosas?

Me está poniendo la cabeza como un bombo, menos mal que mi aita sale en mi ayuda, justo cuando empieza a decir que parezco una drogadicta.

PASO de ella, y se va en plan indignada a trabajar.

De postre, mi aita ha hecho un bizcocho de nueces. Como un cachito pequeño, más que nada para que me dejen en paz y nadie me diga nada, pero no me apetece.

Mi ama se ha ido, pero mi aita está bien atento a lo que como.

Después de comer, me obliga a tomarme un *Frenadol*, para frenar la gripe o el resfriado que tengo, que está realmente asqueroso.

Las aspirinas, al parecer, no me hacen nada. Estoy inmunizada a casi todos los medicamentos, por eso a veces no me hacen efecto.

El sabor del maldito *Frenadol* es uno de los más desagradables que he probado en mi vida, y el caso es que mi aita dice que está bueno, que a él le resulta agradable.

Pues que ASCO.

Puto asco de sabor.

Después de comer suben mi amama^[18] y mi aitite^[19] a casa, y me traen

galletitas de mantequilla de la pastelería.

Vienen a ver que tal va “la enferma”, que soy yo. Deduzco que mi ama ha debido llamarles. No cuentan nada especial, más que nada vienen para que les contemos cosas nosotros.

Les cuento lo del hámster, o LA RATA, como dice mi madre: hemos comprado una parejita para tener en el piso de estudiantes y han tenido crías.

Queríamos un perro, pero nos parecía demasiada responsabilidad, además Ainhoa, que es la dueña del piso no estaba de acuerdo.

Según ella, un perro estropea los muebles y el suelo.

Ni que estuviéramos alquiladas en el palacio de Buckingham, pero bueno, después de todo, ella manda porque es su casa y desde el principio nos dijo que no permitía animales.

Suerte que le hemos convencido con los hámsters.

Ainhoa es una tía maja, la verdad, aunque es un poco raro eso de compartir piso con tu propia casera.

Mi padre levanta la vista del periódico mientras hablamos y comenta que en esta casa ya hay bastantes bichos, que no se me ocurra traerlos en Navidad y vuelve a su lectura. Y esto me lo suelta así sin más.

Sin venir a cuento.

Menos mal que mi madre ya se ha ido a la oficina, porque si estuviera aquí seguro que también hacía algún comentario inoportuno.

En cuanto se van mis abuelos, me voy a mi cuarto y me tiro encima de la cama.

Más bien, me dejo caer.

Un rato después, mi aita se asoma por la puerta a tomarme la temperatura como a una niña pequeña.

Me mete en la cama y me tapa con dos mantas, pero tengo algo de fiebre, así que me quita las mantas y me quedo sólo con la sábana.

Me aburro, soy una pésima enferma.

No sé estar más de dos minutos sin hacer nada.

Me levanto y pongo música.

Escucho la banda sonora de la película “El Piano”, y me quedo dormida a la mitad.

Me levanto y pongo Portishead, que es música suave, a ver si me duermo otra vez, pero mi ama ya ha vuelto del bufete y entra por la puerta de mi cuarto.

Me toma de nuevo la temperatura.

Me pone el termómetro, y a la vez, la mano en la frente, como si no se fiara del aparato.

Sueño que vivo en una mansión blanca, de esas que son típicas americanas, estilo Beverly Hills, y me baño en una piscina, llena de gelatina de fresa. Tengo un mayordomo hecho con piezas de Tente que me trae una jarra de Tang en una bandeja alargada.

Me incorporo en la cama.

Uf, que pereza me da todo.

Sigo teniendo fiebre, pero sólo un par de décimas y me encuentro algo mejor.

Mi ama me devuelve “El árbol de la ciencia”, porque ha leído la sinopsis, y según ella, no lo entiende y es un rollo. Está acostumbrada a leer en inglés, y en castellano no se hace.

Me lo suelta así, de buenas a primeras y se queda tan tranquila. Pestañeo un par de veces seguidas, sin dar crédito a lo que oigo.

Sólo ha leído un par de hojas y dice que el libro “no tiene sustancia, no le engancha”.

Se lo cambio por “La colmena”, de Cela, ya que si ha sido capaz de leer “La familia de Pascual Duarte”, no le resultará pesado.

Aunque Cela es pesadísimo.

Pues nada.

Me dice que este tampoco le gusta, que la literatura de posguerra es difícil y deprimente.

Qué sabrá ella cómo es el libro si no se lo ha leído.

Recojo los dos libros que no le gustan y me pongo a buscar otro.

Me decido por algo de teatro, que puede que le resulte más fácil de entender.

Elijo “La casa de Bernarda Alba”, de Lorca. Yo hice la obra de teatro en la ikastola^[20].

Mi ama lo mira y lo vuelve a mirar, por delante, por detrás y hasta de canto y me salta con que este tampoco se lo va a leer porque ya ha visto la peli, como si eso lo justificara.

—Razón de más para leerte el libro —le digo yo un poco cansada ya de la situación de mareo a la que me está sometiendo.

Me dice que entonces no se lo va leer, porque es teatro y que ella no lee teatro.

Es para matarla.

Le explico que no hace falta hacer ningún master para leer ese libro, y enterarse de lo que dice, y que además hay anotaciones en las páginas de cuando lo leí en clase, lo que le facilitara mucho las cosas en caso de duda.

Le digo que el teatro se lee igual que los otros géneros literarios, igual que la poesía y que la novela, o sea juntando las letras en palabras y las palabras en frases.

Intento, sin éxito, no resultar demasiado sarcástica.

No entiendo para qué me pide que le aconseje sobre literatura clásica española. No lo entiendo, qué fijación... pues que pase de los clásicos en castellano, y se ponga a leer a Agatha Christie en inglés, como siempre.

No le interesa, y me pide que le elija otro más FÁCIL.

Vuelvo a la librería con los ojos en blanco, y elijo directamente un libro que me leí cuando tenía NUEVE años.

Lo sé porque tengo la costumbre de anotar en cada libro, desde pequeña, la edad con la que lo leo. Lo escribo a lápiz en la primera hoja, dentro de un circulito.

Este libro no es infantil ni muchísimo menos, es más bien juvenil, el típico libro que se lee la gente cuando está en el instituto. Es fácil, se entiende bien, el lenguaje es comprensible y directo, y lo más importante de todo, te engancha desde la primera línea.

No es un clásico de la literatura española, ni nada parecido, pero le hago creer que sí.

Se lo enseño, y aunque refunfuña un poco y me dice que no sabe cuando tendrá tiempo para leer, se lo queda.

Me conformo con eso.

Al de un rato paso por la sala y está leyendo.

Misión cumplida.

Suspiro.

No tengo hijos pero con mis padres y mis hermanas, estoy más que entrenada.

Algún día tengo que psicoanalizar a mi madre.

Una amiga que está en cuarto de Psicología, me puede dejar algunos test.

Seguro que el resultado no tiene desperdicio.

Llaman al timbre y ah, sorpresa, es mi hermana Karen, mi estirada hermana mayor, que entra en el salón a lo Pretty Woman cargada de bolsas con sus compras.

A saber cuánto se habrá gastado.

Me saluda con un beso en la frente para no contagiarse y nos radia a todos que anda fatal de tiempo, que ha quedado para cenar en el puerto deportivo y que se tiene que arreglar todavía.

Va corriendo a por el teléfono para llamar a su casa a ver si tiene mensajes en el contestador, y después va a la cocina a ver si hay algo para picar.

Siempre hace lo mismo.

Si tan mal va de tiempo, no entiendo a qué viene.

Vuelve al salón con un trozo de pudín de verduras y un mini bocadillo de lomo embuchado que devora en menos de cinco minutos.

Mi hermana no es muy fina comiendo, que digamos. Cada vez que viene a casa a comer, devora todo como un oso salvaje.

Se olvida la elegancia y el glamour del que tanto presume en el felpudo y lo vuelve a recoger cuando se va, porque en la calle es una tiquismiquis estirada.

Parece que tiene la solitaria, come un montón y luego está súper delgada.

Nos habla de una gran fiesta a la que está invitada hoy a la noche, y mis aitas le ponen mala cara cuando añade que a ver qué se pone.

Mi chistosa hermana mediana le dice que se haga un traje con la carne que ha sobrado de la comida como los accionistas vieneses.

Me río.

Acaba de comprar unos diez kilos de ropa pija, y tiene un vestido enorme lleno de cosas.

Mi hermana es un peligro, es hasta graciosa porque gasta muchísimo dinero en ella misma y luego hay que escucharla quejarse constantemente de que no tiene.

Joder, tendrá morro, la semana pasada sin ir más lejos, se compro un bolso de SETENTAMIL pesetas.

Empezó a estudiar en la Universidad de Deusto Filología Inglesa, pero lo dejó el segundo año para hacer Bellas Artes, y después ha hecho algún módulo o algún master en Madrid sobre diseño de moda o algo así.

Le encanta la moda.

No sé cuanto ganará en la boutique donde trabaja, pero mi hermana vive muy bien.

No hay más que ver cómo viste y la casa que tiene.

Ha pasado por casa de mis aitas a devolverles el coche con el que ha ido de compras, que al parecer el suyo está en el taller, otra vez.

Todavía recuerdo el día que se lo compró, si no dijo treinta veces las palabras “exclusivo” y “diseño”, no las dijo ninguna.

No le ha salido muy bueno, porque lo anda llevando al taller cada dos por tres.

Yo diría que hasta usa más el de mi aita que el suyo propio...

Mi padre insiste en que se quede con el coche hasta que se lo arreglen, y mi encantadora hermana, de ancha y radiante sonrisa, se vuelve a ir con las llaves del coche.

Mis padres tienen dos, y la verdad es que apenas los utilizan.

Cuando acaba de comer todo lo que ha traído de la cocina, vuelve a ir a por un buen trozo de bizcocho de nueces.

—¿Pero no has quedado para cenar... ? Si comes así, luego no vas a tener hambre. — le digo extrañada.

Se encoge de hombros y me dice que qué mas da, que ella come cuando el cuerpo se lo pide y punto.

Me llaman por teléfono mis amigas (todas juntas desde una cabina), para contarme lo bien que se lo van a pasar este fin de semana. Yo les cuento lo mala y aburrida que estoy, que ahora mismo no tengo mucha fiebre, pero que me duele todo el cuerpo.

Me machacan la cabeza durante no más de cinco minutos, y cuando acaba la conversación, me arrastro hasta el sofá para dejarme caer como un peso muerto.

Vaya desperdicio de fin de semana.

Se podría decir que mis planes son: leer, tirarme en el sofá, jugar al ordenador y ver la tele, pero cada vez que me pongo a leer un libro, me pierdo; cada vez que juego al ordenador, pierdo; y si pongo la tele, no dan nada decente.

NADA

Ni siquiera me apetece meterme en la cama, como insiste una y otra vez mi ama. Dice que soy mala enferma y que no paro quieta. YO ya lo sé, pero ella me lo repite una y otra vez.

Mil veces.

¡Qué pesadilla de mujer!

Karen se despide y yo me vuelvo a mi cuarto a tumbarme encima de la cama.

No aguanto estar así viendo el tiempo pasar y me vuelvo a levantar, y como antes, vuelvo a poner un CD de música.

Algunas canciones pueden hacer que recordemos algunas cosas.

Escucho una canción que, me sabe a la chocolatina “Huesitos”. Esa canción solía escucharla mucho cuando llegué a la Universidad en Vitoria el primer año y estaba sola en una residencia de estudiantes.

Como no conocía a nadie, solía quedarme en mi cuarto escuchando música y comiendo chocolatinas.

Se llama sinestesia y es más normal de lo que parece.

A mí me ocurre que con cierta frecuencia, suelo relacionar los sabores con la música.

Me he acordado de Txema, el encargado de la residencia que se suicidó el año pasado.

La gente es morbosa que te cagas, incluso llegaron a decir que se AHORCÓ en las oficinas de planta baja de la resi. También escuché rumores acerca de que se disparó en el sótano, y que tardaron no sé cuanto en encontrar el cuerpo.

No me creo nada.

Sólo creo que quizá me pasé un poco con él.

Bueno, no fue pasarse.

Fue aprovecharse, más bien.

Txema tenía un físico muy singular, se parecía al jorobado de Notre Damme.

De hecho le llamábamos así entre nosotras.

Tenía un físico bastante teatral, una ligera joroba, era bajito, pelirrojo y tenía la mitad de la cara quemada y con cicatrices. Se lo tapaba con maquillaje anaranjado, pero se notaba igual.

La verdad es que si no fuera por su timidez, daría miedo.

Le gustaban las CHICAS.

Babeaba (literalmente), se le escapaba la saliva por la comisura de los labios, cuando hablaba con nosotras y se frotaba las manos de una forma realmente asquerosa mientras se nos quedaba mirando.

Y mira tú por donde, parece ser que YO le gustaba en especial.

Conmigo se ponía más nervioso que con las demás. Balbuceaba, tartamudeaba y babeaba más de lo normal. Yo no me di cuenta hasta que me lo dijeron. En la residencia todo el mundo sabía que le gustaba yo.

Así que, ¿qué podía hacer?

Bueno, pues lo que hice: aprovecharme de ello.

Yo pensaba que ÉL era un salido y un guarro como otro cualquiera, y además con lo que nos cobraban al mes, consideraba que estaba en todo mi derecho de exigir y tener ciertas cosas que no me daban.

Le pedí un local para poder hacer trabajos de clase en grupo, y cómo no, me dio uno junto a las oficinas, donde él trabaja.

A veces mientras estaba allí, siempre acompañada (me daba mal rollo estar sola), se oían ruiditos extraños, y mis compañeras decían que se estaba tocando pensando en mí.

Ellas se meaban de la risa y yo rara vez conseguía concentrarme.

A mí no me hacía tanta gracia.

Al poco tiempo, empecé a notar que entraban en mi cuarto cuando me iba los fines de semana a casa.

Él era la ÚNICA persona que tenía copias de todos los juegos de llaves.

No dije nada, pero un día, un domingo al volver de pasar el fin de semana en casa, eché en falta unas BRAGAS.

Con todo mi morro, le pedí que me cambiara a una habitación mejor y más soleada en el último piso, y que me cambiara también la mesa del escritorio.

Me trajo otra, que era más bonita, pero más pequeña, y le volví a pedir que me la cambiara por una más grande.

Me fijé que Sonia (rubia platino natural con ojos azules, estudiante de enfermería, y muy maja) y otras chicas, tenían en el cuarto unas mesitas superchulas con forma de trapecio.

Pensé que eran una monada y me encapriché: quería una de esas mesitas para mí.

Ni idea de qué haría con ella (no era nada útil porque ocupaba un montón), pero eso era lo de menos.

Quería una mesita con forma de trapecio, así que bajé donde Txema y le pedí una.

Me dijo que no quedaban más mesitas libres, y le recordé que había una en el pasillo con unas plantas.

Me fui de su despacho mosqueada, pero al día siguiente tenía mi mesita con forma de trapecio forrada en azul.

Recuerdo una noche que salimos de fiesta otra compañera y yo, y nos robaron el bolso.

Nos quedamos en la calle, sin dinero y sin llaves.

Como no podíamos entrar en la residencia hasta que abrieran las puertas a la mañana siguiente, tuvimos que dormir, en las escaleras de un parque.

A la mañana tuvimos que pedirle copias de las llaves a Txema, y explicarle todo lo que había pasado. Él quería acompañarnos a la policía, pero pasamos de denunciar nada.

Unos días más tarde me llamó a su despacho muy serio y me preguntó si yo era Aura.

Le dije que sí, que me llamo LAURA pero que todo el mundo menos mi familia me llama AURA.

Me explicó que hacía unos días, había venido un tío a la residencia preguntando por mí y que había estado llamando OCHOCIENTAS veces por teléfono.

Yo sabía quién era, era un tío psicópata chungo que conocimos la noche que me robaron el bolso. Quería enrollarse con conmigo pero no quise.

Un pesado.

No quería volver a verle.

Le dije que le dijera que me había ido de la residencia, pero él ya lo había hecho, porque dijo que se puso muy muy pesado y muy violento, tanto que estuvo a punto de llamar a la policía.

Ante eso no pude hacer más que quedarme pasmada, poner cara de gilipollas y salir un poco incómoda de su oficina.

Cuando empezaba a tener el cuarto a mi gusto empecé a tener problemas con la señora de la limpieza.

Una mujer, con pintas de madame de burdel parisino de los años veinte, con los ojos pintados hasta las cejas de azul turquesa y labios perfilados de oscuro.

Se lo hacía con el jardinero-electricista, que creíamos que se encargaba del mantenimiento de las instalaciones.

Demasiado típico pero cierto.

Bajé un par de veces a quejarme a Txema de que pasaba la aspiradora delante de mi puerta antes de las ocho, y daba un montón de golpes hasta que me despertaba.

Ese año yo tenía clases de tarde, y no me levantaba normalmente hasta las nueve.

Él le debió decir algo, y ella se rebotó contra mí.

Me llamó puta delante de mis compañeras cuando estábamos en la sala viendo la tele, y fue entonces cuando empezó a joderme de verdad.

Que una vieja con su historial y sus pintas, me llame puta llevando vaqueros y sudadera, me molestó, la verdad, pero era claramente una batalla perdida.

Intenté pasar de ella, porque me di cuenta de que yo iba a salir siempre perdiendo. Me puteó hasta que me fui al piso compartido de estudiantes en el que estoy ahora.

Fue la OSTIA.

Todo esto, y más cosas pasaron en cuestión de muy pocos meses.

Justo me fui de la resi, al de un par de semanas me llegó la noticia de que Txema se había suicidado.

Todo un misterio.

A lo mejor su viejo tuvo algo que ver en el tema, porque era un cabrón resentido que le trataba fatal.

Incluso delante de la gente, y que por cierto, no me devolvió la fianza cuando me fui.

No tuve más remedio que cobrarme la fianza con todo lo que pillé: papel de WC, productos de limpieza y mesita trapezoidal forrada de azul incluida.

Faltaría más.

Qué tiempo aquellos, parecen lejanos y estaban ahí hace nada.

Me gusta recordarlos de vez en cuando.

El CD de música ha terminado hace un rato, pero no me he dado cuenta hasta ahora.

No sé ni la hora que es, pero supongo que será tarde.

Apago la luz y me duermo en menos de dos minutos porque aunque no he hecho NADA en todo el día, estoy agotada.

SÁBADO. TENGO SUERTE

Ufffffffff.

Qué difícil.

Actinio: Ni idea.

En el bocadillo del preso: Umm. ¿Lima? ¿Puede ser lima?

Denominación de origen: DO.

Dios griego: Uff... no sé.

Joya de mujer: No sé.

Arroz frío japonés con pescado crudo: Sushi. Esta es fácil. Bueno, creo que es sushi... ¿O sushi era el pescado crudo...? No lo sé.

Villa cordobesa: No sé.

Paso.

Está claro que no estoy inspirada.

Lo mío con los crucigramas es una cruz.

Jamás he conseguido terminar ninguno yo sola sin hacer trampas.

Hoy ni siquiera he conseguido dar con “las siete diferencias”. Ayer estuve toda la tarde con mis sobrinos haciendo pasatiempos, y se sabían todo, las diferencias las cazaban al vuelo.

Está claro que son más listos que yo.

Cuando me atasco como ahora, paso tranquilamente a leer el horóscopo.

He hecho estadísticas mentales durante años y sé en qué publicación me aciertan más: en el “Noticiero del Norte”, pero como es sábado, a estas horas no queda ninguno.

El horóscopo no es una ciencia exacta.

Ya sé que no se cumple todo lo que dice, pero lo leo a diario sólo por si acaso, aunque sólo sea para hacerme una idea y porque me aburro como una ostra en el trabajo.

A primera hora hemos tenido bastante gente, que se dirigía a la manifestación de “las volantas” en Bilbao, pero ahora mismo son las diez y media de la noche y no hay nadie.

Nadie.

Me zampo un bollo de crema a bocados y me leo dos revistas de cotilleo por encima.

Esto es aburridísimo.

El tiempo pasa lentamente, muy lentamente.

Mientras me pinto de rojo las uñas, Unai me dirige una mirada asesina que significa que “eso no es nada profesional, estás currando, tía”.

Yo le miro con la cabeza alta mientras soplo para que se sequen antes.

Unai es gilipollas.

Él es el encargado, pero sólo cobra un poco más que yo, que soy cajera, y se come un millón de marrones más a cambio.

Es un pringado.

Es un pobre chico que me recuerda un poco a Charly Brown. Intenta darse importancia, pero no la tiene.

Lo que si tiene es “mala estrella”, se le nota un montón.

Se supone que yo también voy a tener mala suerte durante todo el año, porque en Nochevieja me atraganté con una uva y apoye el pie izquierdo en el suelo mientras daban las campanadas.

El muy imbécil no me dirige la palabra mientras estamos trabajando porque él es el encargado, y yo sólo soy la cajera. Estar charlando mientras se trabaja no es serio. Según él.

Menudo imbécil.

Eso me lo explico el primer día que empecé a trabajar aquí.

Pues menuda mierda, pensé.

Menos mal que sólo trabajo los fines de semana, sino me muero tanto tiempo sin poder hablar. Si es que el también se tiene que aburrir... es tan patético.

Yo también le dejé claras las cosas desde el primer día.

Le dije que si tenía algún problema conmigo, se lo dijera directamente al jefe y punto, que no me calentara la cabeza con chorradas.

De momento no le ha dicho nunca nada, creo. Y llevo aquí trabajando casi un año.

Suena el teléfono y justo cuando descuelgo, entran dos municipales a repostar.

Unai habla con ellos mientras se balancea hacia delante y hacia atrás, de los talones a las puntas de los pies y viceversa.

Es un gesto que suele repetir cuando cree que habla con alguien

importante.

Lo tengo comprobado.

La voz de mi madre suena al otro lado del teléfono, y me empieza a preguntar si tengo mucho trabajo, que qué tal... vamos que se aburre y no quiere nada.

Me despido y cuelgo cuando veo entrar a un par de turistas y después a una pareja con la excusa tener que atenderles.

Ella está embarazada y el no parece ser su novio.

Demasiado jóvenes.

Me preguntan por el servicio, que está perfectamente señalizado, pero la gente es así de pesada.

He leído en algún sitio que las embarazadas mean cada dos por tres, pero no recuerdo el porqué.

Les señalo el letrero con el bolígrafo.

Los turistas buscan algo de comida y también recuerdos típicos.

Viajan en una autocaravana con matrícula de Bélgica.

Me muevo de mi sitio y les enseño los mecheros, figurillas, llaveros... y demás porquerías que nadie compraría ni loco.

Después los productos típicos gastronómicos: chorizos, legumbres, miel...

Unai se despide de los municipales, y empieza a desplegar sus innatas artes de sabelotodo con la embarazada y su acompañante, que parece que le están mareando un poco preguntándole a saber qué.

La gente es muy pesada, sí señor.

Y todo el que opine lo contrario será sin duda porque jamás le ha tocado sufrir un trabajo "de cara al público".

O no viene nadie en horas o entran todos de golpe.

Dejo a los turistas entretenidos y vuelvo a mi sitio a leer mi horóscopo.

Veamos.

Libra: Te sentirás más inspirado que de costumbre y lleno de energía, tanto que afrontarás un problema inesperado. Cuidado con la salud. Cuídate.

Cuando levanto la vista, dos encapuchados han tomado la gasolinera por sorpresa.

Uno de ellos empuja a los turistas hacia mi rincón y nos apunta a los tres con una pistola brillante. El otro coge a la chica embarazada y la apunta directamente a la cabeza.

Pasa todo tan rápido que no tengo ni tiempo de reaccionar. Unai está literalmente temblando, se mueve como por espasmos.

Yo sigo sin reaccionar.

Se llevan el dinero de la caja y nuestras carteras.

Uno de los atracadores nos deja incomunicados cortando el cable del teléfono.

El que parece ser el atracador jefe, no para de hacernos advertencias.

No para de hablar, pero no consigo escuchar nada de lo que dice.

No estoy en mí, no lo puedo evitar.

Unai está blanco y parece que le va a dar algo de un momento a otro.

Se agarra el pecho con las dos manos.

Una vez leí en un periódico, la insólita noticia de un anciano que fingió un ataque al corazón para evitar que le robaran, pero no creo que Unai esté fingiendo nada.

Él no es tan listo.

Yo tampoco lo soy.

Nos vendan los ojos y nos atan las manos a la espalda.

Por un momento pienso que van a secuestrarnos o algo así, y me entra el pánico. Pataleo y me resisto con fuerza hasta que me dan un golpe.

Entiendo al instante que tengo todas las de perder y paro. Me llevan a algún sitio y me tiran al suelo.

Allí me atan fuertemente los pies a la altura de los tobillos.

Después de eso, silencio.

Me relajo un poco al pensar que se han ido y que estoy sola, pero me meo encima muerta de miedo al darme cuenta de que hay otra persona más en la habitación conmigo.

Oigo su respiración profunda y fuerte.

¿Qué está haciendo?

¿Qué está pasando?

¿Se ha quedado algún atracador ahí para mirarme o algo así?

Pasa mucho tiempo hasta que me doy cuenta de que esa respiración no es de ninguno de los atracadores.

Es la respiración de un hombre mayor, que se corresponde a uno de los turistas. Me arriesgo a preguntar y me responde que sí, que es uno de los

turistas.

Se llama Georges.

Yo me identifico como “la cajera” y se queda más tranquilo.

Los dos estamos bien, pero atados de pies y manos, y encerrados en alguna habitación.

No sabemos dónde exactamente.

Bien, lo primero es lo primero.

Tenemos que quitarnos las vendas de los ojos para ver dónde estamos y qué podemos hacer.

Acercamos nuestras cabezas y conseguimos quitarnos las vendas a mordiscos.

Estamos en el suelo del baño de mujeres y minusválidos.

Tenemos las manos atadas a la espalda con una especie de cable finito y metálico que se clava en la piel.

Es imposible deshacer el nudo, y para cortarlo necesitaríamos por lo menos unas tijeras de podar.

El maldito cable es muy resistente.

Forcejeo intentando librar mis manos, pero sólo consigo dañarme las muñecas.

Intento lo mismo con los pies, pero nada.

—Georges... — le digo con toda la tranquilidad posible dadas las circunstancias-... vamos a tener que esperar a que alguien nos saque de aquí. No hay manera de poder hacer nada. Tal y como nos han atado los pies, ni siquiera podemos ponernos de pie...

Asiente con la cabeza y suspira.

Por lo menos no estamos solos, pienso.

Se lo digo, y él suspira y asiente con la cabeza nuevamente.

Pasa tiempo, no sabría cuanto, pero bastante, hasta que alguien abre la puerta con fuerza.

George se sobresalta bastante, pero se calma al comprobar que es una chica joven con un vestido largo de fiesta, que va a rescatarnos.

Está acompañada del otro turista belga y de Unai.

La chica se llama Lara y vuelve a casa de una boda. Eso explica lo del vestido, de tela brillante y gasa transparente.

Precioso.

Es lo primero que nos explica, después nos pregunta si estamos bien.

Le decimos que si.

—¿Qué hora es? —pregunto. Es una pregunta bastante estúpida, pero es lo primero que se me ocurre.

Tengo curiosidad por saber cuanto tiempo ha pasado desde que estamos aquí.

—Casi las doce de la noche. —Me dice mientras corta los cables que atan a George.

Madre mía.

Llevamos un montón de tiempo aquí encerrados, y ni nos hemos enterado.

—Bueno —le digo acercándole mi espalda para que libere mis manos — por lo menos estamos todos bien. No pasa nada, ¿no?, esta todo el mundo bien... ¿no?

—Bueno, creo que tendremos que llamar a una ambulancia. —mira a Unai con expresión contenida y le pide una toalla

Unai le dice que sí y corre envarado como el crío que es, a por una.

Vaya un encargado responsable.

—¿Ambulancia? ¿Qué ha pasado? —pregunto

—Te estás desangrando, pero no te preocupes, no creo que sea nada grave —sonríe tranquilizadamente.

Mis muñecas están destrozadas gracias al alambre.

Están tan llenas de sangre medio coagulada que no dejan ver el corte.

Ni quiero.

Lara me las envuelve en la toalla y corre al teléfono para llamar, pero no hay línea, evidentemente. Porque antes se han asegurado de cortar el cable. Eso lo recuerdo perfectamente.

Miro al suelo.

Llevo todo este tiempo sentada con un charco de sangre sin verlo. Pensaba que era mi pis.

Tengo la espalda de la camiseta y el culo de los vaqueros chorreando.

¿Cuánta sangre habré perdido?

Lara me ayuda a llegar hasta su coche y me dice que ella misma me llevará al hospital, que su hermana trabaja allí, me dice. Que no me preocupe, que me van a atender enseguida.

Indica al resto que llamará a la policía para que vengan tan pronto como sea posible. Unai asiente con la cabeza con toda seriedad y vuelve a actuar como “don importante”.

Pregunto por el resto de la gente y me miran raro.

—La chica embarazada y el novio... — les digo, pero nadie sabe nada de ellos.

No aparecen por ningún lado.

Lara me dice que ella no ha visto a nadie más cuando ha llegado, y Unai se pone al mando y empieza a organizar una búsqueda por todos los rincones de la gasolinera.

Parece que no hay nadie más.

Ellos se quedan buscando y nosotras nos metemos en el coche para ir al hospital.

Durante todo el camino, Lara me va distraendo amablemente, supongo que para que me olvide un poco de mis heridas.

La verdad es que no siento dolor.

Para distraerme, me habla de la boda.

Se ha casado una buena amiga suya, me cuenta que ella está embarazada y que en la comida, los novios han estado intentando ponerse de acuerdo en el nombre del bebé.

Vaya, qué gente tan avanzada.

Qué civilizados.

Algo así en mi familia no funcionaría.

Mis padres me pusieron el nombre de una chica del pueblo a la que le tocó la lotería.

Pensaban que eso me daría suerte. Su otra opción era llamarme Margarita, como la vaca de mi abuelo, que ganó un concurso de “belleza” regional.

Lara me comenta que su amiga está molesta porque su ahora marido tiene un apellido que empieza por la letra “A” y que todos los nombre que a ella les gustan acaban en “A” también.

No lo entiendo, menuda tontería.

—No, no que va a ser una tontería... — me dice poniendo cara de extrañeza —el nombre siempre dice mucho de ti. Hay que escogerlo muy bien. Yo entiendo a mi amiga, porque si eliges un nombre que termina con la misma letra con la que empieza el apellido, se crea una especie de sinalefa horrible... — Lara se mete un chicle de menta en la boca de golpe y me ofrece otro.

—No, gracias —le digo, y ella sigue con su rollo de la importancia de llamarse de una u otra manera.

Lara me empieza a parecer un poco pija, no sólo por la ropa que lleva,

sino por como habla también, y las chorradas que dice.

Hasta ahora no me había dado cuenta.

Supongo que tenía cosas mejores en que pensar.

Aún así es una chica muy agradable, y la persona que me ha rescatado.

No pienso olvidarla en la vida.

Afortunadamente llegamos al hospital en menos de quince minutos, y allí me llevan directamente en una silla de ruedas a “Urgencias”.

Me toca esperar un buen rato, lo que me hace pensar que no es grave lo de mis cortes en las muñecas, y que evidentemente no voy a morir desangrada.

Sería irónico morir en la sala de Urgencias, mientras espero a que me atiendan, ¿no?

Seguro que alguna vez ya ha pasado.

Me entretengo mirando la amalgama de fauna humana que hay a mi alrededor.

Dos niños pequeños berreando, una familia de gitanos esperando a alguien, un punki con una herida en la pierna, un par de viejos en silla de ruedas, con pijama y cara amarillenta, un grupo de jóvenes acompañando a una chavalita que también está en silla de ruedas y que se ha hecho un esguince...

De repente se abren las puertas y meten a un hombre ensangrentado tumbado en una camilla. Va rodeado de camilleros, enfermeros o lo que sean, igual que en las películas

—¡Ha perdido mucha sangre! —dice uno de los que le han traído en la ambulancia. Y debe ser verdad, debe estar muy grave, porque no le hacen esperar ni nada, y le meten dentro a toda velocidad.

Su acompañante es una chica muy joven con un vestido de noche negro con aberturas a ambos lados hasta la cadera y un fabuloso collar de piedras azules.

También va salpicada de sangre.

¿Qué les habrá pasado?

A lo mejor han tenido un accidente de tráfico.

A lo mejor vienen también de la boda de Lara, porque van vestidos muy elegante.

Divago distraídamente acerca de qué les ha podido pasar, hasta que una enfermera de unos cincuenta años y varices horrorosas se acerca a hablarme.

Me sobresalto un poco del susto.

Me llama por mi nombre con unos papeles en la mano, y me dice que vamos para dentro empujando mi silla

Se llama Brígida y lleva falda corta y unas medias de color carne horrorosas que le transparentan todas las venas.

Atravesamos unas puertas abatibles de doble hoja parecidas a las de las cocinas de los restaurantes y me lleva a una “habitación”, que en vez de tener tabiques, tiene cortinas. Creo que los llaman “boxes”.

Allí me pide que me siente en una camilla envuelta en papel blanco y que espere.

Vuelve en menos de dos minutos a limpiarme la herida, y mientras lo hace, me pregunta maternalmente porqué he querido suicidarme.

No me da ni tiempo a contestar, me interrumpe en cuanto abro la boca y me dice que no merece la pena, que soy muy joven.

Le corto y le explico la historia rápidamente y por encima, para que no siga pensando cosas raras.

Pobre mujer, la dejo totalmente descolocada. Me mira perpleja sin dejar de pestañear.

Por un momento parece hasta que se vuelve majareta porque no para de balbucear y repetir las cosas.

—Aquí una ve de todo, ¿sabes?¿sabes?¿sabes? De todo, todo, todo... — me dice mientras me cura terminando su monólogo sin sentido.

Supongo que sí, que aquí se verá de todo.

Asiento con la cabeza como dándole la razón, pero ya no me vuelve a decir nada más. Termina su trabajo y se va rápidamente, la veo desaparecer detrás de una puerta blanca de doble hoja también, pero más estrecha.

Me quedo sola.

Esperando sentada en una camilla.

Cubierta de papel blanco parecido a los manteles de los chiringuitos de playa.

Cojo aire, lo mantengo en mis pulmones y lo expulso lentamente.

Lleno y vacío mis pulmones a tope varias veces, hasta que veo una bata blanca acercarse a lo lejos.

Aunque puede que no “sea para mí”.

Me saluda con una sonrisa y se identifica como la hermana de Lara, nuestra “rescatadora”. La chica que venía de la boda de su amiga embarazada con un vestido de fiesta maravilloso.

Me dice que he tenido mucha suerte con los cortes.

Me habla de tendones, de venas y de arterias, pero no la escucho.

Parece que me van a tener que coser unos puntos, porque aunque he tenido suerte, la herida es profunda y está en una zona muy delicada.

Al fondo, detrás de las cortinas blancas, veo a Lara hablando con unos policías. Supongo que tendré que declarar en cuanto me curen, y que quizá tenga que poner una denuncia.

No lo sé.

La verdad es que no se como funcionan estas cosas, nunca me había pasado nada parecido.

A lo mejor porque tengo suerte.

DOMINGO. HACER UN MASTER ES BUENA IDEA

23:10 —No me concentro. Escucho súper alto a los vecinos, mejor dicho a su tele. Estas paredes son una mierda, se escucha hasta la bomba del WC cada vez que van a mear.

23:30 —Me estoy planteando muy en serio volver a ser como antes, en hacer un horario para organizar las cosas. Siempre he sido muy activa y ahora tengo la sensación de andar siempre perdiendo el tiempo.

Este verano he tenido un montón de días libres y me he propuesto hacer un millón de cosas, pero al final no he hecho nada, y el tiempo ha pasado mientras yo me he entretenido haciendo el gilipollas.

Ni he salido ni he estudiado. Y ahora que tengo encima la segunda convocatoria de exámenes, lo dejo todo para el último momento.

El examen lo tengo mañana lunes.

Necesito aprobar y no sé cómo lo voy a hacer.

23:50 —No tenía que haber salido ayer, pero salí.

La noche, es el momento del día en que las cosas se ponen más curiosas. Me agarré un pedo tan indecente, que me tuve que quedar a dormir en casa de una compañera.

Alguien debería inventar una mente virtual con la que pudiéramos salir del cuerpo en casos de borrachera y poder observar lo que pasa desde otro punto de vista.

Desde la distancia, que es desde donde mejor se ven las cosas.

Qué vergüenza.

Conocí a un tío majísimo y muy gracioso y me lo llevé allí a dormir. A casa de mi compañera de clase.

No creo que le vuelva a ver nunca más, no nos hemos dado los teléfonos ni nada, así que está un poco complicado.

Un poco joven para mí la verdad, veintiún años, pero no es ningún crío. Me ha gustado estar con él.

Con él y con su camiseta de Spiderman, buenas risas nos hemos echado a cuenta de eso.

Se la había regalado una novia. La había comprado nada más y nada

menos que en Escocia. La puta camiseta de Spiderman ha viajado más que yo en toda mi vida.

Ha merecido la pena.

Me he levantado a las cuatro de la tarde de la cama, más que nada porque entraba un sol impresionante por las rejillas de la persiana, y me daba en la cara. Al despertarme he dudado sobre si me había dejado las luces encendidas por la noche y todo.

He desayunado leche con cereales, y me he cargado la persiana de la habitación de mi amiga.

Me he vestido, y me he venido a casa para meterme a la bañera. Allí he estado un rato largo, hasta que se ha enfriado el agua por completo, y después me he ido directamente a la cama de nuevo.

Me he levantado y he visto una peli.

Ahora es el momento de repasar, de intentar estudiar.

00:02 —Vaya por dios, ya es lunes.

00:13 —¿Por qué no puedo concentrarme en nada?

Llevo horas y horas delante del montón de apuntes y todavía no se nada. Nada con claridad, vamos. ¿Cómo voy a aprobar el examen si son casi 40 temas?

No, son 47.

Vaya despiste... Vuelvo a contarlos y me confirmo a mi misma que son 47, y eso son casi 50...

Estoy hecha un lío con demasiadas cosas.

Normal, suelo estar sola en esta clase con tres tíos, uno es un flipado, el otro un paranoico y el tercero un feliciano al que todo le da igual. Ya ahí están los tres metiendose conmigo todos los días. Del resto pasamos.

00:14 —A lo mejor si lo hubiera llevado más al día, o si hubiera empezado a repasar antes... Pero estaba tan cansada y la película era tan interesante.

¿Por qué sólo dan películas decentes en la tele cuando tengo algún examen? Basta de excusas.

00:16 —Uff mira la hora que es y todavía sin empezar.

Volviendo a lo de antes, creo que a lo mejor en época de exámenes las películas parecen mejores de lo que son.

Yo creo que con tal de no enfrentarnos a los libros, somos capaces de tragarnos cualquier bazofia fingiendo que es la película de nuestra vida para no sentirnos culpables.

Y luego te plantas a estudiar como si tal cosa, y es cuando te das cuenta de que no tienes ni puta idea de nada.

00:17 —Muy bien, voy a imaginarme lo que va a pasar esta noche.

Estaré aquí despierta fingiendo que estudio hasta las tantas, pero no estudiaré absolutamente nada, y al final tendré que recurrir a la típica chuleta chapucera de última hora.

Toda la noche en vela para calmar mi conciencia.

Necesito un cigarro.

00:29 —Parece mentira que una tía tan nerviosa como, yo esté tan tranquila en exámenes... porque estoy tranquila.

Me sonrío a mi misma y me rasco la cicatriz que tengo en la barbilla. Para mí es como un tic.

00:30 —Bueno yo también pasé por una etapa empollona cuando estaba en el instituto.

Después me confié demasiado y dejé de estudiar, y después de eso, aún sin confianza, seguí sin estudiar, o al menos eso dicen mis padres.

Tampoco me ha ido tan mal, porque he terminado la diplomatura y ahora me he decidido a liarme con un máster, que probablemente aumentará mis posibilidades de poder encontrar trabajo.

Pero casi seguro de que no encuentro nada, tal y como está la cosa.

Terminaré currando en un chiringuito de playa poniendo hamburguesas con una falda corta y patines.

Me gusta lo de los patines. El resto de la idea, no.

00:36 —Joder mira la hora que es.

Mejor me leo los esquemas para empezar por algún lado. Suerte que en su día me decidía a hacerlos en un intento de no dejar todo para el final.

Los hice pero no los he mirado hasta hoy. Además no están hechos de todos los temas, faltan los esquemas de los dos últimos capítulos.

00:59 —Llevo puesto el jersey de rayas que le compré a mi hermana por su cumpleaños.

No le gustó mucho, y es dos tallas mayor que la mía, así que sólo me lo puedo poner para estar en casa.

Este año le compraré lo que quiere y así acierto fijo.

01:18 —Después de leer los esquemas un par de veces y ver lo que he tardado, mejor que no lea los resúmenes, porque son unas cuantas hojas.

Voy a contarlas. 179 hojas.

Y eso que está muy resumido. Un resumen de casi doscientas hojas...

Creo que esto se me está escapando un poco de las manos. Me vuelvo a rascar la cicatriz de la barbilla mientras leo con rapidez.

01:29 —Intentaré llegar a todo lo que pueda y hacerlo lo mejor posible.

La intención es lo que cuenta, eso dicen, ¿no?

01:50 —Voy al baño a mear y a llenar la botella de agua.

Algunas personas se sorprenden cuando me ven bebiendo agua del lavabo, pero es algo normal para mí, porque es agua potable, ¿no?

Igual que la de la cocina.

Me miro en el espejo la cantidad de lunares y pecas que tengo en la cara jaja, parezco un dalmata.

01:55 —A lo mejor puedo leer todo el temario por encima... ¿pero qué estoy diciendo?

¡Socorro, que me estoy volviendo loca!

Necesitaría varios días para poder hacer eso.

01:56 —Mejor que siga leyendo a ver cuánto tiempo aguanto sin distraerme...

02:20 —No está mal, es mi tiempo record, pero creo que esto va para largo.

Igual voy a la cocina a hacerme un café.

Y a fumar un cigarro mientras lo hago.

02:21 —El café está hecho, supongo que alguien lo habrá preparado para el desayuno. Me sirvo uno cargadito con mucho azúcar en mi taza favorita.

Es una de esas tazas ridículas con el dibujo de un tío musculoso que cuando le hechas líquido se queda en pelotas.

Me la regalaron mis amigas cuando decidí irme a vivir con mi novio.

Es un poco cutre, pero supongo que lo hicieron con esa idea.

02:25-Nos fuimos a vivir juntos y nos fue tan bien, que al año pedimos una hipoteca y compramos un piso de más de cincuenta años, que a priori sería muy fácil de pagar.

Le hicimos la reforma y nos fuimos a vivir.

Aguantamos dos meses, después nos dimos cuenta de que no salían las cuentas y decidimos alquilar las dos habitaciones que nos sobraban.

Él me dejó porque se enamoró de una de las inquilinas.

Una estudiante de arte medio colgada que pasaba de él, nunca llegó a saber que le gustaba, porque creo que él nunca llegó a decírselo.

Ella hacía mosaicos con los cristales de las botellas que se bebía:

cerveza, vodka, ginebra...

La llamaban Lady Wasabi en la facultad, porque era de ascendencia oriental, probablemente china. Yo le llamaba “abrelatas”, por las enormes paletas que tenía, pero sólo se lo llamaba en mi cabeza.

Una china de Bilbao, ¿dónde se ha visto eso?

Aunque él, no se atrevía a decirle nada o vete a saber, me dejó de todas formas y ella se fue inocentemente a estudiar arte a Barcelona.

Sin saber nada de nada.

Allí había más salidas para todo, según ella.

Recuerdo el día que se fue de casa perfectamente.

Tardó poco en hacer las maletas, y se lo llevó todo de un solo viaje, supongo que porque no quería volver más veces.

Recuerdo que era invierno y que hacía frío seco. Cuando miré por la ventana para ver cómo se iba, el cielo estaba de ese color tan raro que anuncia que en breve va a nevar.

Y efectivamente nevó.

Me quedé bastante tiempo allí, junto a la ventana.

Mirando nevar, con el mismo suspense en mi interior como si hubiera lanzado un boomerang y estuviera esperando su vuelta, sabiendo que nunca iba a volver.

Les deseé a ambos durante mucho tiempo que se reencarnaran en papel de WC, aunque ella no tenía la culpa.

En realidad él tampoco.

Te enamoras y te enamoras, es lo que hay.

02:34 —Vuelvo a mi cuarto con el café y un pincho de tortilla que ha sobrado de la cena, aunque creo que no me lo voy a comer, pero ya lo llevaré después otra vez a la cocina.

02:36-Esto pasó hace años, y desde entonces no ha parado de intentar compensarme. Yo le perdoné y volvimos durante un par de meses, pero las cosas no eran como antes y terminé dejándole yo.

Necesito centrarme y creo que el agujero que tengo en el estomago no es de hambre, sino de nervios, o algo parecido.

Devoro el pincho de tortilla.

Sin hambre.

Sin ganas.

02:41 —Así con el café me apetece un cigarro otra vez, pero mejor dentro de un rato cuando termine de leer esto.

03:01 —Buen trabajo, por fin he terminado de leer los resúmenes. Sólo espero que no me entren los temas que no me sé, que son unos cuantos.

Dios, me está dando un apretón, necesito ir al baño. El agujero del estomago a pasado a convertirse en retortijones.

03:12 —Repaso mentalmente los temas para asegurarme de que no me dejen nada. O casi nada.

03:42 —Me quito las gafas retirándolas sobre la frente para restregarme los ojos y se me enganchan en el flequillo. Con la mierda de pelo rizado enredado que tengo tardo un poco más de lo normal en separar las gafas de mi pelo.

Necesito relajarme un rato en el sofá viendo la tele.

Anuncios en casi todos los canales. Una rubia 120-60-90 de cejas oscuras anuncia la nueva hamburguesa gigante de una gran cadena de restaurantes de comida rápida. Je, je

04:15 —Necesito otro cafecito.

Lo bebo con muchísima leche mientras miro por la ventana cómo duerme la ciudad.

Tengo unas vistas preciosas en la cocina.

Mi habitación tiene vistas a una pared de ladrillo que está a unos 15 metros de distancia.

04:25 —Decido leer los temas de los que no tengo ni idea una vez y por encima, sólo para que me suene algo.

Muy mala suerte sería que me tocaran en el examen. Son 4 temas, 2 a elegir.

04:55 —¿Dónde está mi agenda? Igual está encima de la cama.

Encuentro propaganda de un dentista y de un centro de estética, entradas de cine usadas, una pieza de puzzle (a saber), dos jerséis, una camiseta nueva con etiquetas, un bolso de ante azul, cuatro libros de música, una revista de moda del mes pasado, mis anillos, el CD de Enigma, un sobre con sellos ya pegados, caramelos de frutas masticables y una lima de uñas color verde me han regalado con el esmalte.

05:20 —Decido comerme los caramelos de dos en dos mientras voy a la sala para ver si está allí, pero cuando llego, me doy cuenta de que la he dejado en el baño.

Dios, espero no despertar a nadie.

Cuando mi ex y yo nos separamos definitivamente, le compré su parte del piso, y lo sigo compartiendo con otras dos personas más.

Así es como pago las facturas y los estudios: comparto mi piso.

05:25 —Vuelvo a sentarme en la mesa, la luz del flexo me quema en la frente.

Me rasco la cicatriz de la barbilla una vez más y voy de nuevo al baño a untarme crema en la cara antes de que se me irrite más.

Estoy cansada, creo que me merezco un descanso, pero sigo con lo mío, dada la facilidad que tengo para distraerme, necesito aprovechar el poco tiempo que me queda al máximo.

05:30 —Tengo la cara abrasada y un sueño del horror.

Preparo el despertador para levantarme a las 9:30. El examen es a las 11 pero tengo que coger un autobús, que parece turístico, por el recorrido que hace.

Necesito estar allí con tiempo de sobra.

Odio llegar justa a los sitios.

06:18 —No puedo dormir.

Mierda, llevo casi una hora dando vueltas.

06:30 —Sueño que camino por un bosque en invierno, con una máscara de gas de la Primera Guerra Mundial.

Llueven cerezas y no tengo paraguas.

Respiro de forma agitada entre las cerezas, que se van acumulando en el suelo y me llegan hasta la rodilla.

Al fondo, entre unos árboles veo un claro que está bastante iluminado.

Deja de llover de repente, y el sol alumbra mi camino.

Se filtra entre el bosque de hayas y me deslumbra a ratos, mientras sigo avanzando.

Veó al fondo un pueblo pequeño con cuatro caseríos entre castaños y robles centenarios.

Subo por uno de los robles, el más luminoso y frondoso de todos, hasta llegar a la más alta de sus ramas, donde no para de sonar un teléfono blanco.

Un teléfono blanco.

Lo descuelgo y me despierto.

09:30 —¡Maldito despertador!

¡Qué a gusto me quedaría estampándolo en la pared!

Me dan ganas de llorar pero no tengo ni tiempo para eso.

EPÍLOGO

BSO SEPTIEMBRE DEL 94

Big Mountain: Baby I love your way
REM: Let me in
Joy Division: Transmission
Beck: Looser
Depeche Mode: Enjoy the silence
Depeche Mode: I feel you
Depeche Mode: People are people
Nirvana: Lithium
The Breeders: Cannonball
Lou Reed: Walk on the wild side
The Who: My generation
Pink Floyd: Another brick in the wall
Counting Crows: Mr. Jones
The Smashing Pumpkins: Hummer
Suede: Animal nitrate
Rage against the machine: Killing in the name
Radiohead: Creep
Los Planetas: Qué puedo hacer
Ace of Base: All that she wants
4 Non Blondes: What's up
Blur: Girls and boys
Everything but the girl: Missing
Haddaway: What is love?
Guns N'Roses: Don't cry
Guns N'Roses: November rain
Aerosmith: Eat the rich
Aerosmith: Crying
Metallica: Nothing else matters

Alice in chains: Would
Spin Doctors: Two princess
Ugly kid Joe: Everything about you
INXS: Taste it
Manic Street Preachers: Little baby nothing
Urge Overkill: Dropout
Jefferson Airplane: White rabbit
Tchaikovsky: El vals de las flores
Led Zeppelin: All my love
Bush: Machinehead
Live: Selling the drama
Cyndi Lauper: Girls just want to have fun
Patrick Hernandez: Born to be alive
Stone temple Pilots: Interstate love song
Candlebox: Change
BSO The Piano
Portishead: Road
Enigma: Return to innocence

[1] Quanah Parker: (1847-1911) Último gran jefe de la nación comanche. Hijo de Cynthia Ann Parker , secuestrada y criada por los indios comanches con 9 años y Peta Nocona. Quanah convierte a su pueblo en agricultor y ejerce una labor política muy importante a favor de los indios.

[2] “The client is always wrong”: “El cliente siempre se equivoca”
en inglés.

[3] Txoko: Palabra vasca que significa rincón o sitio pequeño. Se le da este nombre a los locales recreativos, que pueden estar formados por socios o no y de ámbito privado.

[4] Pelas: pesetas en lenguaje coloquial.

[5] Víbora y Totem: cómics undergrounds.

[6] “Enjoy the silence” del grupo de música Depeche Mode.

[7] “I feel you” del grupo de música Depeche Mode.

[8] “People are people” del grupo de música Depeche Mode.

[9] Pressing Catch: programa espectáculo de televisión de lucha libre.

[10] “Talk show”: programa de entrevistas.

[11] Fido Dido: Snack de maíz con sabor a queso.

[12] “All that she wants”: Canción del grupo Ace Of Base

[13] Wonderland: País de las maravillas en inglés.

[14] Fundador y editor jefe de la revista Playboy.

[15] TOC: Trastorno Obsesivo Común: Es un trastorno de la personalidad. La conducta repetitiva se realiza para producir o evitar alguna situación futura. Con su realización se reduce la ansiedad, es una compulsión subjetiva que va unida a un deseo de resistirla.

[16] Ama: madre en euskara

[17] Aita: padre en euskara

[18] Amama: Abuela en euskara.

[19] Aitite: Abuelo en euskera.

[20] Ikastola: escuela en euskera.